

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA - MONTEVIDEO - URUGUAY

DOMINGO LUIS BORDOLI

ANTOLOGIA DE LA POESIA URUGUAYA CONTEMPORANEA

TOMO II

RD
LW
V.2

Nº 793

ANTOLOGIA DE LA
POESIA URUGUAYA
CONTEMPORANEA

Universidad de la República
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

COMISION DEL PAPEL
EDICION AMPARADA EN EL ART. 79 DE LA LEY 13349

3478

BORDOLI
au
v. 2

DOMINGO LUIS BORDOLI

**ANTOLOGIA DE LA
POESIA URUGUAYA
CONTEMPORANEA**

TOMO II

Universidad de la República
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Letras Nacionales 9

Departamento de Publicaciones
Universidad de la República
Montevideo - Uruguay - 1966

Susana Soca (1907-1959)

Mientras vivió no recogió en volumen una obra al parecer considerable —más por su calidad que cantidad— de poesía, crítica y ensayo, aparecida en publicaciones periódicas.

Puso buena parte de su fortuna material al servicio de su revista "La Licorne" que, aparecida en Francia en 1937 fue continuada en Montevideo desde 1953.

Falleció trágicamente por accidente de aviación ocurrido en la bahía de Río de Janeiro un domingo de enero de 1959. No la conocimos personalmente pero sí a través de comunes amigos que nos han hablado de su generosidad sin tasa y, también, de su fragilidad y timidez. Durante cerca de una década había vivido en París haciendo estudios de Filosofía y Literatura en la Sorbona. Agregó a esta cultura, la de sus viajes, y la de sus altas amistades intelectuales como fueron la de Paul Eluard, Boris Pasternak, Lanza del Vasto y José Bergamín.

Pese a lo dicho, si únicamente nos referimos a su lirismo— hallamos que su experiencia poética comporta una habitual y protegida soledad. De todas nuestras poetisas, ninguna como, ella nos ha hablado con más admirable precisión del proceso de su poesía y de la finalidad a perseguir.

Después de anotar el particular sigilo con que el poeta acércase al silencio de las cosas —advertencia más o menos común— nos dice que el poeta transforma el habla de todos, siempre y cuando "sugiera sensaciones y formas experimentadas y vistas antes de llegar a la palabra". Y esto nos parece delicadísimo. Porque una sensación que ha llegado ya a la palabra, se ha convertido, por eso mismo, en historia; no es novedad productora de novedad. De inmediato, agrega que el poeta teniendo que debatirse entre posibilidades e imposibilidades del lenguaje, "hace su música, pero no

puede escucharla nunca". Lo que expresó le parece otra cosa que lo que sintió. Y además, recuerda el proceso, los tormentos que ha padecido en la ejecución. En cambio, otras personas pueden sí escuchar esa música; "alguna vez la música se hace en ellas y, como siempre, ésta es la realidad de la poesía".

Cuando en el prólogo del primer libro menciona el trabajo de corrección que tuvo que llevar a cabo en su antología de poemas inéditos, se expresa de este modo: "Si en un poema predominaba cierto orden, he intentado intensificarlo; cuando, por el contrario, predominaba una más libre combinación de palabras, traté de llevarlo hacia ese rigor más secreto que rige la libertad. Y ahí encontré el más grande obstáculo, porque la libertad se ordena a sí misma en el instante de la pasión."

Lo más esenciado de la poesía de Susana Soca es exactamente un "país de la memoria". Pero ¿cómo es este país? En el último e inconcluso poema que escribió "Vino para los ojos", refiérese a su alegría que fluye, discreta, de las cosas, "como el agua que sale de las hierbas", —y un instante separa— el árbol presente y el árbol recordado". He acá, nos parece, el momento clave para situar esta poesía: lo recordado tiene que ser vivido nada más que como presente. Es lo que, anunciándose, nunca llegó, mas estaba íntegro todo él, en ese comienzo o vislumbre de comunicación. En consecuencia, el pasado entero se está todavía por vivir, y lo que nos emocionó un día a permanecer en su instante más perfecto, en el acercamiento de su evidencia: "arde como la infancia de la rosa — y la primera rosa de mi infancia".

Para conocer poéticamente las cosas hay que —de entrada y salida— desconocerlas. "Vuelve a ver las rosas, nunca más la rosa, —la imprevista, allí los colores viven— y todas las rosas un instante crecen."

Todos tenemos que sufrir esta lucha del pasado con el presente. Susana Soca la ha reproducido en uno de sus poemas, "Laberinto". Lo importante es que sepamos saltar por encima de nuestras decepciones, amarguras vividas, tristezas. Sobre eso que llamamos experiencia y, por tal causa, juzgamos capital. Pero con un gesto —mezcla de niño y héroe— el poeta echa todo el peso de su experiencia humana por la borda, y recupera el minuto o los minutos en que "lo incesante sale de las cosas" y cuando "entre inmortales" transcurren las escenas.

Nosotros no creemos exagerar si afirmamos que, en resumidas cuentas, este país de la memoria de Susana Soca es el país donde la muerte no existe. Nos explicamos recordando aquellos conmovedores versos de Líber Falco que dice al contemplar los niños: "Míralos cómo al descubrir la muerte — mueren, y ya definitivamente — ya sus ojos y dientes — comienzan a crecer junto a las horas."

Ahora bien, ¿qué es lo que más se parece a una niñez sin muerte? Es, convengamos sin duda alguna, la alegría. Una —como dice la poetisa— "alegría fugitiva — que juega, espera y no presiente — a la alegría ya perdida."

Y por la novedad absoluta que ella comporta no admite ni equivalencias, ni semejanzas, ni pasado en que pueda reconocerse. Este es el reino de lo absoluto, pese a lo breve, cuando hasta el color de una piedra, sólo igual a sí mismo, "no se disimula en el color de otra piedra." ("Ciudades"). Pero, además —para una experiencia no ya de niño sino de adulto—; en el instante en que unos "tranquilos ojos brillan más quietos que las flores", el alma, impulsada por una música, es dejada "en algún punto adonde no sabría llegar —aunque reconociera— el camino".

Obras: "En un país de la Memoria" (1959); Noche Cerrada (1962).

Tiempo del Mar

*El mar se mueve en mí, incesante, tranquilo.
El mar avanza al borde de los desiertos
sin las cosas que amaban. Adonde vuelvo, vuelve
entre olas de azul quemado, como el alba
de mis desastres. Adonde vuelvo vuelve,
y la punta del día con el mar me acaricia.
Aunque mis sueños trenzan sus coronas de abetos
para las fiestas de los que duermen,
no las puedo alcanzar ni me llegan cercanas
mezcladas letanias de brasas y de fuentes...
Con otros ojos sigo las huellas de mi ausencia
y el color de la llama en ateridos bosques
donde los ojos míos ya no quieren mirar.*

*Sin sueños el desvelo y desvelado el sueño,
adonde llego sólo llega el mar que no duermo,
y su fría embriaguez vela por la apagada
lengua de fuego ardiente en pasados otoños.*

(En un País de la Memoria)

En un País de la Melodía

I

*En un país de la memoria
por años y años yo erraba sin salir
en un país de la memoria
escondido país, con rigor yo viví.*

*Y si llegaba a la salida
alguien de nuevo me hacía entrar
en un país de la memoria
que era país de la ansiedad.*

*Por un tiempo más largo que el de la juventud
conocí los dominios de entrar y de salir
de aquel país de la memoria
sometido a la ausencia, memorable país.*

*Mano de brujo, apenas era mano embrujada,
y sin cesar trazaba el anillo de humo
estrecho y justo alrededor
de aquel país en vano abierto a los países.*

*Aquel país surcado de infatigables ríos
que ningún mar devoraba,
sólo el mar de la ausencia para siempre
extendido entre mis ojos
y el mar de la espuma y el mar de la hierba.*

II

*Andaba por los países
atenta a seres y objetos
y un signo que yo entendía
me señalaba de nuevo
el camino conocido
camino breve del tiempo.*

*Un instante bastaba a la segura vuelta
un instante bastaba a matar el espacio:
seres y objetos iban conmigo
adonde sólo llega el repetido sueño.*

*Un signo aparecía
entre las hojas de la arboleda
entre los labios de las estatuas,
ceñidas hojas, cerrados labios...
Despertaban en mí las ciudades dormidas
en una noche crecían pueblos
de arboledas y estatuas semejantes a aquéllas
amadas en el día, cruelmente cercanas.
Y yo salí del árbol y la estatua
en busca de las vías de semejanza ambigua:
entre incisivas gracias similares
seguramente iba*

*hacia el país de la memoria
todo cabía en él.
Sólo el reposo era ignorado
y entraba la alegría
como la sombra entra en el muro
y lo bello era bello en medio del temblor.*

III

*Desaparece ahora el anillo de humo
sobre el mar de la ausencia alargado en mis ojos
y he de salir de la memoria,
camino lento que serpentea
cuando no miro atrás ni tampoco adelante
y de soslayo veo las cosas
como si fueran otras.*

*Por vez primera libre y sin país alguno
adonde pueda volver
en una misma noche entro, sin distinguir
su ligereza y su peso.*

*No sirven las palabras que en otra vida acaban.
En el amanecer de una tercera vida,
las cosas se retiran de sus nombres,
desencontradas van por tranquilos lugares
apenas lisos y resbaladizos.*

*Dilatado el espacio
entre el dolor y la alegría
con extrañeza voy al encuentro
de las cosas que amaba.*

*He de salir de la antigua memoria
extranjera a los climas que no fueron sus climas,
sin tiempo para los nuevos recuerdos.*

*Un canto llega a mi boca,
como si nunca hubiese sido mío,
escucho sin hablar y alguna vez lo sigo.*

(En un País de la Memoria)

Aniversario

*Y encuentro yo consuelo extremo en que
me enviéis ahora una especie de muerte...*

Pascal

I

*Vuelvo a buscar el instante,
el jardín de escasas plantas,
soñoliento entre las crenchas
de la hierba dulce amarga
que vuelvo a peinar despacio
en la voz de la lejana
paloma que desde el bosque
reúne sin esperanza
en el salmo de una sílaba
el crepúsculo y el alba,
Vuelvo a buscar el jazmín
de breves flores livianas
como su sombra; diciembre
creía en ella y saltaba
sobre los muros iguales
entrecruzados de cálidas
figuras a medianoche.*

II

*Vuelvo al instante, al jardín
de la cita no esperada
y por años ya cumplida
con una muerte que andaba
entre los setos redondos:
la sentí sobre mi cara
y ella me dejó seguir.
La muerte así me llamaba
como la nieve una vez
cuando esperé la nevada
y apenas vino a mi hombro
un poco de nieve blanda*

*y permanecí conmigo.
Lenta pluma dispersada,
adonde no había nadie.
La muerte así me llamaba
como la nieve.*

III

*Para perderme en dos veces
salí de las cosas altas
sencillas y singulares,
sin esfuerzo ya ganada.
Antes de tiempo perdí
las cosas, y sus fantasmas
sin ellas me visitaron,
diestros en iguales gracias.
Ahora espero la muerte
que sabe cómo se aparta
de una vez lo ya apartado,
porque aquélla que separa
manos y rostros unidos,
ya la viví. Resbalaba
apenas en los objetos
para quitar al que ama
el solo anillo del aire,
única presencia clara
entre las cosas oscuras.
Y entre el ojo y la mirada
una lenta muerte abría
caminos que no se acaban.*

IV

*En el camino a la muerte
me sigue a cierta distancia
la del encuentro primero;
no se retira ni avanza,
salió del jardín antiguo
y me acompaña.
En la que me sigue busco
aquélla que se adelanta.*

*Entre sus pasos mis pasos
saben que nadie descansa.
Cuando vuelvan a ser una,
ya confundidas sus caras
he de saber que he llegado.*

(de "Noche Cerrada")

Amanecer

Aubade.

*Ninguna voz, ninguna mano
me han de llevar al recorrido
país de la memoria.
Se cierra ahora como una nube
el camino del día primero al nuevo día
que brilla y se prolonga
en los canteros de la mañana.*

*Ya nada se separa de la noche en que estoy,
sin pesadilla y sin posible
enajenado sueño. Cuando yo no lo espero
entra un día que admiro y me es desconocido,
sin los antiguos modos de tocarle mis párpados
suavemente atravesados
por el color que daba a la azulada hierba
entre el negro y el verde
color del más ligero sueño.*

*Se cierra ahora como una nube
el camino que vuelve hacia el amanecer
estrangulado en el instante
de llegar a una lejana risa,
aquél que su guirnalda
envenenada y antigua ayer
trenzaba todavía con la reciente luz.
Sólo sé que despierto
en un país ajeno y claro.*

*Entra un alba acerada como si caminara
sobre la nieve y secamente
nos tiende el borde de un tibio día.
Sigo sus movimientos y los ignoro
y ningún alba de la memoria
le cierra el paso
y ninguna me ayuda a repetir el canto.
Sé que ella avanza
adonde nadie sabe de olas ni praderas
para los juegos
de la impaciente luz.*

*Sigue en secreto, sola y sin ser precedida
hasta el final de corredores
interminables y repetidos,
a través de hendiduras
de puertas ya cerradas por la sombra en el día,
sin rumor, sin espacio
ella se estira hasta llegar
adonde apenas encuentra muros.*

*Sola, sin pájaros ahora, sé
que rectamente avanza
en la alegría, el mudo canto
es canto de alborada.*

*Avanza sin error en busca del espejo
ya sin figuras oscurecido
antes de las tinieblas
y en los biseles estrechos, últimos,
un filo breve la acoge y brilla.
Por primera vez nace
y las ausentes cosas en ella reflejadas
un instante relumbran.
Serpentea en lo angosto como si se extendiera
sobre ovalados, amplios espejos
de agua, descansa luego
y lentamente nada.*

(Noche cerrada)

Alta la Noche

*Junto a mis ojos, la noche erguida
alta estriada de blanco,
no la redonda pura certera oscuridad.
Sólo la noche llena de signos
donde vacilan los cautelosos
lúcidos animales.
Junto a mis ojos, alta la noche
llena de objetos apenas suyos
que fueron nuestros: nada de ellos
ha sido retirado.*

*No la flúida pura certera oscuridad
que en la obediencia sirve
a una noche que está muy lejos
y nunca se equivoca,
sin otra luz que la primera estrella fija,
y de nosotros nada.*

*Junto a mis ojos la noche breve
contradictoria llena de juegos y de boscajes
y de pie en ella, sobre algún mar
sin rumor y sin peso,
en el reflejo veo la sombra
del día que no encuentro.*

II

*Vasta y ligera
alegría que ignoro
como si yo la conociera
la adivino en el oro
fugitivo, y el dejo
que un instante resbala
sobre apagado espejo,
rectamente señala
hacia algún mismo punto
en el lúcido centro
del día que no encuentro*

*allí veo el trasunto
del largo día
entero en la alegría
o no es mar ni lugar
solamente la vía
para poder llegar
despacio a la alegría
ligera y sin reproche.
Algo brilla a destiempo
en mitad de la noche
como si fuera el día,
o en el entero tiempo
de la noche y el día
es sombra de alegría.*

(Noche Cerrada)

Cipriano S. Vitureira (1907)

Vitureira trocó las gracias de su íntima poesía juvenil por las desgracias de su poesía profética, cuando intentó “anchos mirajes públicos universales” y capotó en la infeliz ocurrencia de llamarse a sí mismo “rap-soda”. Había nacido para cantar el musgo, la calle a solas del barrio, las mañanas, con un alma capaz del color tierno “de los eucliptos tempranos” y su alegría; y acabó dentro de “la tonalidad épico-lírica o humanista socialista” por escribir un libro al que no tuvo más remedio que llamar “Océano”; y en el que se perdió de vista.

Aunque en esta última modalidad logra escapar a ese hibridismo engorroso propio de la poesía “visionaria”, hay momentos en que uno no sabe qué pensar. Por ejemplo, delante de esta sinopsis: “Por cada verso en pie, un gremio serio”. Hay otros, en que más vale no pensar. Cuando leemos: “Y los programas sociales de los partidos progresistas — impresos en un papel de diario con avisos...”.

Sin duda, y poniendo a salvo los más nobles propósitos, era la temperatura colectiva de la época (Golpe de Estado del 31 de marzo, guerra de España) la que se apoderó de su corazón entusiasta. En estos poemas, algunos de los cuales fueron recitados en el Ateneo y Casa de España, Vitureira parece sentir más soledad de la lucha física que de la lucha lírica. Así después de comprobarse sólo “militante de un sueño — campesino en el vino, obrero en la verdad”, — llega a la deplorable convicción que es “poeta además en un solo cajón del escritorio...” Con lo que salta a la vista la ironía sangrienta de que se hace víctima, al encontrar la muerte dentro de un lugar tan poco expuesto.

Entre su primera y segunda modalidad hay un instante de límite y de crisis. Es cuando escribe “El Libro de Susana”. Y en el prólogo del mismo aclara: “Sé

perfectamente que ésta no es hora propicia para la poesía substantiva". Designaba de esta manera a la poesía "humanista-socialista" a la que —si bien no hizo progresar— no dejó de sentir como "la más puramente creadora de este tiempo de maldecir y bienhacer..." Y agregaba: "Sé, pues, del heroísmo creador revolucionario en la propia obra artística"... "No pido entonces para este poemario sino su justo ámbito de soledad."

La actitud íntima que expuso en sus tres primeros libros —y sobre todo en el primero— es, sin duda, lo más valioso de su obra poética. De su modalidad social sólo se rescatan, a nuestro ver, momentos o versos sueltos. "La Siega del Musgo" fue juzgada por "La Cruz del Sur" (Nos. 19-20) como obra con "muchos atajadizos románticos". Es que la revista estaba en el sarampión del dinamismo ultranuevo, y al elegir "Plaza Cagancha" como el poema de más puro lirismo, reveló que resbalaba sobre el libro, sin verlo.

Vitureira se nos aparece en él con una juventud tan cordial, tan instantánea, y con una gracia en sus humildades antojadizas y hallazgos de sobresalto, que sólo podemos ponerlo junto a poetas que, en su juventud, supieron ser perfectamente jóvenes, como Fusco Sansone y Morador.

¿Que hay debilidades? Lo cierto es que el lector se las perdona todas. Por la calidad de intrepidez y pureza que tiene aquí la ingenuidad.

Lástima grande que el poeta no podía retenerse en ella; y ya el segundo libro lo orienta hacia un hermetismo que se parece al de Basso Maglio; en el tercero, desenfrenado, se extravía en un sentimiento nebuloso. Después, viene la poesía social de que ya hemos hablado; finalmente la crítica de arte, donde Vitureira analiza —según Clotilde Luisi— desde el punto de vista más sentimental que técnico la obra del artista. Y "canta los temas". (Alfar N° 84). Como crítico literario, más que en Homenaje a Basso Maglio, nos gustó en su estudio cervantino sobre Sancho Panza.

Tornando a su mejor libro, Juan Carlos Abellá nos dice que se anuncia en "La Siega del Musgo" un gran poeta. Y que el libro, para ser gustado "requiere una sensibilidad profunda", (La Pluma, VIII, Nov. 1927). Estamos de acuerdo. Es precisamente un poeta auténtico como Abellá quien con ese ojo y nervio alertas

que da la calidad, pesca este dístico al que llama "sencillo y profundo". Pertenece a "Mañana de Verano":

"Mañana tan solícita que mientras se camina tropieza con su dicha mi canción de vuelta."

Fácilmente imaginable es el lector en manada que ha pasado por esta mañana sin percibir, ni siquiera de ida, la canción. En cualquiera de los libros de Vitureira hay versos que nos hacen siempre pensar en ese gran poeta que pudo ser. Así en el "Libro de Pausas", del poema "Distancias" quedan sonando largo, sobre los temas del dolor y el sueño, estos dos versos: "hasta el lejano azul con que la noche grande — cree en nosotros despiadadamente".

La idea que nos hacemos de Vitureira es la de un hombre nervioso e impresionable, con una sensibilidad extrema y pensamiento que salta de un cabo a otro. Era difícil, con esa naturaleza, forjar un carácter, sin aniquilarla. Estaba toda ella hecha de brotes frescos.

La acción política y literaria social devoró a Vitureira en Aiape (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores. "Por la defensa de la Cultura"), fundada en 1937.

Finalmente, no podemos saber hasta dónde es compartida la jerarquía en que hemos escalonado sus obras. Zum Felde, por ejemplo, ve una "ascensión sostenida" a través de los tres primeros libros.

Obras: La siega del musgo (1927); Libro de Pausas (1934); El aire unánime (1937); Océano (1943).

Esta Mañana

*La mañana está alegre,
a pesar de una pátina de humedad
que la hace de metal...
Y ríe la mañana,
a pesar de que el viento se ha quedado pensando...
y está tibia,
a pesar de las nubes que apretujan
la ceniza de vidrio de sus aguas...
y está ufana,
a pesar del invierno
que la desabrigara...
Y yo estoy como el tiempo,
¡quizá por ser también una mañana!*

(La Siega del Musgo)

Otra Mañana

*Una mañana egipcia de gris y de pesada
o una mañana húmeda de monotonías...
Un sarcófago grande ¡enorme!
para la momia larga de la vida.
Y una tristeza como de pequeñez que me hunde
en la profundidad de un pensamiento...
Y un vacío en el alma...
como una mascarilla sin ojos y sin dientes
que yo le colocara a Dios si 'le encontrara!
Y más adentro acaso un montón de hojas secas
donde a ratos se acuesta mi despreocupación...*

(La Siega del Musgo)

Tarde

*Fue importuno el calor
en estos días rojos.*

*Pero ahora,
las nubes se desflecan en una lluvia mansa,
el sol hace un espejo de cada gota de agua,
y la alegría es tan plácida, tan limpia,
que la tierra parece,
—con lluvia y sol—
satisfecha en su vientre y en su corazón,*

*porque todos los cauces acallaron sus gritos...
y porque el aire húmedo,
es buen conductor de los espíritus...*

*El perro juguetero
está parado en el umbral de casa,
filosofando...
El árbol en el patio luce un peinado nuevo
y trueca en juegos su meditación...*

*Y porque el agua arrulla,
acunado en el viento,
se nos queda dormido el calor...*

(La Siega del Musgo)

31 de Agosto

*En la clase me ahogaba, pero miré hacia el cielo,
y arrojé todo el tedio por la ventana
Hoy San Ramón nos trajo un crepúsculo verde...
Y el tiempo está más triste que otras veces...*

*Enternece a las piedras el crepúsculo...
y aquí en la clase no enternece a nadie!*

*¡Cuántos milagros la Naturaleza!
¡Cuántos mimos al alma!*

*La ciudad a lo lejos me impresiona
como una multitud de encapuchados...*

Mi corazón es como un toque de Angelus

*Y pasad en silencio, pensamientos,
que parece que estamos conspirando...*

(La Siega del Musgo)

El Cauce

*Vuelve despacio, Tristeza,
es difícil recorrer
las arrugas de una frente,
sin tropezar y caer.*

*Y si llegas a los ojos
y encuentras seco el abismo
y hallas que retumba todo:
que los suspiros son ruidos...*

*No le agites los guijarros
que están al sol del destino;
busca, que entre los zarzales
ha de haber un caminito...*

(La Siega del Musgo)

Iba Bajo los Árboles

*Iba bajo los árboles, como un trozo de viento;
buscando una hoja seca que levantar...*

*En mis ojos el humo del cansancio llevaba.
—quizá alguna hoja seca se me quemaba dentro!—*

*Iba bajo los árboles con la espalda encorvada,
dándole más sonido al corazón...*

*Se recogía la tarde en la primera estrella...
Yo iba con el ámbar puro de la emoción
que ha de ser de una estrella que se perdió en la tierra.*

*Me guiaba,
la tristeza que mira con ojos distraídos.
Iba bajo los árboles mi panteísmo nuevo
en el rucio sabio de la soledad.*

*Iba bajo los árboles... y mi musgo
desesperaba por coger el viento!
(Mi musgo! la inocencia,
y la alegría de un niño que viene de vuelta!)*

*Iba bajo los árboles sintiéndome maduro...
y pensando,
que voy en la Vida, en la Gloria, en el Arte,
como bajo los árboles,
como un trozo de viento bajo los árboles!*

(La Siega del Musgo)

Tardes del Pueblo

*Tardes del pueblo, románticas, claras;
los árboles entornan sus veneraciones;
los pájaros recogen las palabras perdidas;
y las calles se ahuecan de infinitos
y de un amor que se despierta junto a los muros.*

Sólo los pobres quedamos con el frío
y con las distancias todas en los silencios...

Ah! si el calor viniera como los hijos!
ah! si el frío se fuera como los hijos!
Y las distancias nos dejaran respirar un día...

Tardes del pueblo, románticas, claras,
lenguaje de principios bajo los soles y los vientos.
Hasta ellas llega nuestro odio
porque son ricas de perseverancias.

Y nosotros los pobres somos eso:
pobres ante Dios,
por ante nuestras manos
y ante el recuerdo mismo de lo que somos.

¡Nosotros somos sólo recuerdo!
Tan poderosa es nuestra miseria
y tan olvidado está lo que podríamos ser en el día de la
[justicia...

(Libro de Pausas)

Avaro

Para ocultar tus ojos, mira lejos,
y deslízate, para ocultar tus huellas.
Siempre es preciso reservarse algo
que se trate temprano con la muerte.

Destellos de la luna, las miradas;
y las huellas detalles del silencio.
Siempre es preciso ir hasta el confín
para volver por el recuerdo.

A la sombra del párpado guarda tu vino nuevo,
—debajo de una arruga cabe todo el silencio—
y las huellas, ¡tan pobres! sálvalas del camino
donde la noche vuelca las hojas de los árboles
pájaros que no han sido.

Avaro que te doras del color de tus sueños
en este mundo donde sólo las cosas velan,
lleva en ti tu mirada más ágil
como el perfil del sol al borde de la nube;
y tu paso, el del pez,
esa andanza que casi no es nada más que el brillo
entre horizontes blandos que sostenga un abismo.

Te afinarás entonces.
Mientras viaje la noche de pensamiento en pensamiento,
y haya una luna de vez en cuando.
Mientras sientas encima la bondad de los días
que pasan tan humildes por el suelo...
Iluminado el párpado, parecerá una copa;
muy adentro tu paso, se quedará dormido.

Te afinarás entonces.
Hasta que no te hagas sombra sobre el corazón
y la sencillez te caiga de la frente,
como la alegría en la lluvia.

(Libro de Pausas)

Mañana de Verano

“Mañana de verano, perfumada de nidos,
esponjando el plumaje de las brisas,
y con la actividad de una buena mujer
alegre y presurosa por despertar sus niños.

Mañana de verano,
como el lecho revuelto de la vida!
Mañana tan solícita que mientras se camina
tropezaba con su dicha mi canción de vuelta.

La ciudad se embandera porque es día de fiesta...
Si no tienes bandera, no madrugues, hermano!

Y pues dejé la noche con sus copas vacías,
en esta playa amiga,
a la sombra más clara reclinare la frente...”

(La Siega del Musgo)

Fernando Pereda (1907)

De todos los poetas presentados en nuestra antología, éste es el único que no ha recogido sus poemas en volumen. Merece la excepción, sin embargo, en razón de su calidad. Y porque no encontramos nada probable que se decida, al fin, a publicar un libro.

Sus composiciones han aparecido muy de tarde en tarde en revistas y antologías. Ni la juventud con su precipitación, ni la madurez con su renuncia, han logrado que este empeinado combate por la perfección halle punto final. Esto podría parecerse a un suicidio desde que la misma materia, reelaborada indefinidamente, acaba por enfriarse o por recalentarse; llegando el propio autor a dudar si es aún futuro, o ya pasado, el definitivo instante del poema.

Sin embargo, cada nueva composición que conocemos de Pereda, nos asegura no sólo su calidad poética sino un mundo interior tenso, muy vivo, venido de las profundidades, con relámpagos de pánico y tortura.

Si los efectos de la perfección son el reposo, la armonía, la plenitud, diremos que no son éstos los que pueden sentirse en su poesía.

Cuando en 1937 Romualdo Brughetti lo define como "Poeta de síntesis" hace, sin duda, una definición exacta. Pero cuando elogia exageradamente los sonetos, diciendo que Pereda ha llevado esa forma "a su máxima fuerza de expresión en América", desde que cada uno de sus endecasílabos "es una estructura lograda que tiene vida propia", lo que a nuestro ver, no observó el crítico fue que esos versos solitarios adolecían del defecto mortal de ser una enumeración con bruscos cambios de imágenes, sin crecimiento de intensidad y sin acorde de resolución final.

Mas felizmente la evolución poética de Pereda ha sido de una ascensión incesante, y nosotros creemos

que en algunos de los poemas aquí reunidos —si el lector los lee con la atención y aptitud para la sugerencia que ellos exigen—, ha logrado el autor hacernos experimentar la sustancia de estas dos frases de su Poética: "El poeta es el que descubre y pesa los conjuntos, el que posee una ciencia evidentemente triste —ciencia de sustitución— que lo conduce como a nadie a una madurez mortal". "De dos poemas, el que tenga más contenido humano será más poema, siempre que en ambos estén presentes los elementos mágicos sin los cuales no hay poesía posible".

A este respecto léanse "Sobresuma", "Sucesos reales" y la primera parte de "Corazón del poema". Para aproximar estos versos tenemos que sustituir expresiones como "elementos mágicos". Estos elementos, si logran éxito, operan sobre el lector una certidumbre. Ahora, el lector no sabe como ésta se hizo en él, tan de golpe le brotó. Torna a leer el poema línea a línea, y advierte que ese estado nuevo se confirma; es verdad y no ocurrencia. En dicho instante, sus ojos se han quedado fijos sobre aquellos versos que más lo excitan, que más le fundamentan esa certidumbre nueva. ¿Qué es lo que ve dentro de esa certidumbre? Según los ejemplos que hemos elegido, el lector tiene ante sí o en sí el contacto de la muerte. Pero él está todo relacionado con su muerte propia, y no con la del hombre que escribió el poema. Por lo cual, su certidumbre nueva se le hace a un tiempo certidumbre vieja. La comunicación se ha cumplido. Alguien nos ha hecho vivir nuestra muerte, hablando de la suya. ¿Y qué más? Que este vivir la muerte es serio, pero es también agradable. Rareza eterna de la poesía. Domesticar las fieras —una manera de hablar de nuestros miedos—. ¿De qué modo? Porque la euforia, la energía, la conciencia total, la profundidad, han convertido a esas fieras en maravillas, en esplendores temibles y seductores.

Los dos primeros poemas de esta selección han sido escogidos por nosotros; los siguientes, por el autor. "El bailarín" es un poema de juventud. A nuestro ver, resiste maravillosamente. En cambio, los admiradores de la obra de Pereda se extrañarán de no ver aquí (los que les fue durante años la "Monna Lisa" de esta producción. Ellos saben que nos estamos refiriendo a "El profesor gris"). Pues bien, aunque tiene seis versos estupendos, capaces por sí solos de fundar una autenticidad poética, no lo hemos elegido. El resto, aunque

con alguno que otro verso de gran raza, se ha deteriorado a nuestro ver.

Según la idea comunicable de la perfección en poesía, esta no habría sido perseguida por el autor que ha escrito: "ninguna poesía verdadera es pura" (Sin embargo, con su pureza y su verdad, ella puede ser sentida, por ejemplo, en la poesía de Roberto Ibáñez). Pero Pereda ha perseguido y a nuestro ver ha logrado en varios casos, un efecto no menos superior: el del encantamiento. Su poesía no triunfa ni en la imagen, ni el músculo, ni en el éxtasis. Pero es la lucidez mental venida de la tiniebla y precipitada sobre el alarido del sistema nervioso. Nosotros no tenemos reparo en volver a decir de él, lo que él mismo dijo de sí en el poema titulado "La espada necesaria": "—Vive y brilla en lo oscuro".

El Bailarín

*Cada actitud tiende al arco triste del destino
más allá de las cosas de la noche y el día.
Cantaban los collares sobre el cuerpo adivino
y alegre. ¿De dónde viene su alegría?*

*Quiere encontrar esa pura sabiduría,
ese puro misterio tembloroso y divino.
Mi corazón danzaba sobre mi mediodía
cuando oyó en las ajorcas el canto del destino.*

*Agil de gozo, libre, fuerte, en los triunfales
saltos en que sonaban címbalos y timbales
su cuerpo era una lámpara. ¡Su gran cuerpo profundo!*

*bailaba entre las manos solitarias de Dios!...
Miré la curva triste de su torso veloz
como si revelase el misterio del mundo.*

(Revista "Teseo")

Corazón del Poema

I

*Descifrado por vagos jueces,
persuadido, enamorado,
el corazón ya va elegido.*

*Será alcanzado y sorprendido
y por infieles sepultado.
Cambia en la tierra su quejido;
vuelve de nuevo preguntando
por la delicia que ha nacido;
y en la escritura de mis manos,
con las respuestas del tormento,
gime su silla como un árbol,
llega el amante al embeleso,*

*cambia su cielo sin descanso.
¡Cómo dibujan los planetas,
en la penumbra del poema,
un fiel infierno con estrellas!*

*Cuanto más bello es el quejido
más compromisos con la muerte
si el corazón ya está elegido.*

I

*No cabes en el mar
cuando tu gozo empieza,
corazón del poema.*

*Cantores que te alumbran,
coros de sus linternas,
junto contigo buscan
la madura sorpresa.*

*Palabras y peligros,
fúlgidos, celestiales,
vestidos para siglos,
caballeros errantes.*

*Parecen, por sus yelmos,
más livianos que el aire.
Parecen, por cantores,
caballeros y sauces.*

*Voy con ellos: no es mío
todo el manzano vivo.
¡Qué manzano guerrero
con los ojos abiertos!
¡Qué palacio si duerme!
¡Qué llave si se muere!*

*Con ellos la manzana,
sin ninguna sorpresa,
prepara su ignorancia:
con ellos la manzana.*

*Junto contigo escriben
caballeros y sauces,
sus muertes desiguales.
¡Qué tempestad si duermen!
¡Qué brisa si se mueren!*

*Cuando la muerte empieza
no cabes en la tierra.*

(Revista "Escritura")

Se Paga el Precio

*Estrechados de espinas,
mientras andan entre sí
y entre ojos,
atormentan lo que miran.*

*Por confundir sus nostalgias
llenar desiertas ausencias.
Van sumando no esperanzas;
se apoyan con sus vaivenes.*

*Como pesas desconfiadas
en sorprendidas balanzas,
entre dos medidas pueden
mentir hasta delirar.
Más pesados de tan claros,
hasta delirando mienten.*

(1961)

Ultimos Convidados

*Los veo,
de lejos me desvelan.
Están allá despiertos,
con sinuoso apetito,
deshaciendo sentidos figurados.*

*Por una vez, y ahora,
no hablemos mal de ellos:
nos acompañarán
en nuestra soledad
durante un tiempo.
Los veo,
sin nombrarlos.
Que están allá, sabemos:
últimos convidados.*

(1960)

Sobresuma

a Guido Castillo

*No hay hora que por algo
no esté representado,
un final todavía
dentro de esta aventura.*

*Algo en todas las horas
hace ver cómo sabe
cuando ya baja el denso
nudo que nos rodea,
de interminable tiempo
de exagerada trampa
y fraudulento sueño.*

*Cada minuto en algo,
bien veo cómo brotan,
entre prósperas ruinas,
más nuevas hermosuras:
no se cansa el milagro.*

*No hay hora que por alguien
más irrepresentable,
más demasiado ayer
y recién empezado,*

*ya como sobresuma,
ya futuro de pálido,
no vea cuando cruza
hacia un inmóvil teatro,
fuera de esta aventura,
un final terminado.*

(1963)

Sucesos Reales

a José Bergamín

*La hora que no sabemos
puede venir a deshora,
y de la aurora a la aurora
venir cuando no sabemos.*

*Cuando el alma ni suspira
para saber si está oyendo
noticias de la ceniza.*

*¿Cantar y resucitar?
¡Quién cantando así no oyera
pasos de su calavera!
No basta resucitar.*

*No basta. Cuidado, amor
que los colores finales
no parecen naturales.
Y entre contigo, entre amor,
minutos inventaremos
si la hora no sabemos.*

*Si cubierta o descubierta
puede venir más temprano,
si dice adiós con tu mano
el fuego que más despierta,
¿cómo estar quemando alerta?
que de la aurora a la aurora
puede venir a deshora.*

(1944)

Alvaro Figueredo (1908-1966)

Nativo de Maldonado se desempeñó primero como maestro de escuela y, actualmente, como profesor liceal. Intervino en numerosos certámenes oficiales sobre poesía, logrando en todas estas actividades una actuación destacadísima.

No obstante ello ha permanecido enclaustrado en su rincón, Pan de Azúcar, no sabemos si por amor al lugar o a su soledad, a tal punto que casi nunca se le puede ver en Montevideo.

No sólo es Figueredo un auténtico poeta sino que su búsqueda —sobre todo la de sus últimos años— está tan llena de hervoreo interior y lucidez que no nos extrañaría ver brotar de su pluma la poesía de más espléndido futuro.

Sus poemas —algunos de ellos— se podrán asir o no. Pero lo que no cabe en duda es la dignidad y jerarquía de su esfuerzo.

Por dos cauces se vierte su producción poética: una poesía de alma popular (la "Exaltación a Bartolomé Hidalgo", por ejemplo), y otra que se aproxima a un clima surrealista, (los poemas de "Mundo a la vez", por ejemplo).

Por la primera, con una elección reissnigiana del vocablo, pero con velocidades y saltos en el espacio y en el tiempo que le son absolutamente propios, Alvaro Figueredo renueva la poesía popular.

Por la segunda, se interna, y con éxito, en una vía donde muy pocos entre nosotros nos dan la impresión de haber acertado. En ella, según aclaraciones del propio poeta se rechaza: "la palabra como cuerpo eurítmico, la estática de la frase, el regodeo melódico, la presentación rigurosamente sucesiva de los elementos, la estructura renacentista de la estrofa, el huero

decorativismo". (El Bien Público, 17-V-1957). Todo esto sería para él poesía apolínea.

Anteriormente, en "Testimonio de parte" adjunto a su libro "Mundo a la vez" había escrito: "Sostengo, con juiciosa humildad, mi fe en el inagotable repertorio que va o viene desde el coro dionisiaco a la máscara expresionista, del pathos gótico al romanticismo germánico, de la imaginería barroca a la evasión surrealista, del dibujo rupestre al tango afro-platense".

Entresacamos estas otras frases: "Adopto una poesía adicta al orden y al delirio, a la coherencia del núcleo temático y a la irracionalidad del discurso, a un equilibrio entre la efusión y el fugio. Aspiro a que el poema, más que como un *producto*, logre consumarse, paradójicamente, como un *producirse*. A que la materia artística no encubra totalmente la materia prima, la piedra original."

"Manifiesto la suscitaciones mayores: Joyce, Picasso".

Fáciles son de advertir los peligros que corre esta poesía: la de no ser lógicamente comprendida, y la de no ser ilógicamente asida. Tenemos que sentir su delirio y percibir su orden: la coherencia de un núcleo temático.

En "El Ciudadano" (27-II-1957), Arturo Sergio Visca ha escrito la crítica, reconocida como la mejor, de "Mundo a la vez". Y allí nos dice: "El poema se convierte así en una singular taquigrafía del estado de alma, desde el cual nace. No creo desde luego que Figueredo procure "el automatismo de escritura" que proclamaban los surrealistas: sus poemas evidencian el esfuerzo selectivo de sus elementos y el prolijo cuidado en la selección de sus ritmos verbales." Pero al hablar del orden secreto que Figueredo dispone en sus composiciones, dice: "aunque en ocasiones la clave de ese orden pareciera quedar, peligrosamente para el poema, sólo en poder del autor".

Nosotros agregamos ahora por nuestra cuenta que si bien los ritmos verbales existen, no nos parecen los más propios de la poesía que "canta". (Inválida objeción, quizá, desde que el autor confesó su rechazo "de la palabra como cuerpo eurítmico"). Y segundo, que sus poemas, a causa de su ilogismo, son difícilmente memorizables.

Pero en compensación, esta poesía logra producir sus efectos en las nacientes mismas del espíritu; nos pro-

fundiza, sin que por eso logremos vernos más claros o asirnos a una sensación concreta. No obstante, el efecto que nos ha producido el poema permanece nítido y no vago, y a él se vuelve una y otra vez.

Para no extremar las dificultades que puede ofrecer esta poesía, agregaremos que contiene, de vez en cuando, momentos claros y lógicos, brotados en medio del tumulto y con la misma autenticidad. Y entonces sí Figueredo es largamente memorable. Así lo experimentamos en estos dos versos:

“no saber quién qué mano
junta mi fe caída mientras ando.”

(La esquina esta es la esquina).

Obras: *Desvío de la Estrella* (1936); *Mundo a la Vez* (1956).

Ya en prensa este libro, nos llegó la noticia de la súbita muerte del poeta, ocurrida el 19 de enero del actual.

Exaltación de Bartolomé Hidalgo

I — El Villorio

*El buey de la colonia rumiaba, ensimismado,
las lentas campanadas del tiempo; en el mercado
pregonaban las negras de dientes diluviales
rosquetes alcorzados y hojaldres proverbiales.
San Felipe y Santiago despertaban de prisa
para abrir los portones, asistir a la misa
y esparcir en los cielos el olor levantisco
de candombe y estiércol, de corambre y marisco.
La primicia del alba irrumpía en las casas
con un áureo y crujiente ofertorio de hogazas,
y aguateros descalzos distribuían los berros
que asperjaba un rocío vecinal de cencerros.
Al Norte, entre el vivac aéreo de los teros,
crujían eminentes carretadas de cueros,
y al Sur, en la bahía de empecinadas rocas,
empavonaba el mar los tumbos de las focas.
Ahumaban los crepúsculos velones amarillos
y cuando, entre mugientes suburbios de novillos,
San Felipe y Santiago trancaban los portones,
dormiase el villorio al pie de los bastiones,
ladraban al estuario los perrazos barcinos,
algún varón hojeaba sus libros clandestinos,
y en una esquina austral de sombra y de cautela,
punteaba su infortunio criollo una vihuela.*

II — Los Años Mozos

*Nació en una calleja de agosto y de borrasca
cuando el caballo lóbrego de la intemperie tasca
hojas del Sur y el Este, y Santa Rosa inscribe
su voz en los vehementes cristales del aljibe
y halaga las tertulias de mate y de barajas
que aturde el planetario rumor de las tinajas.
Hijo de Hidalgo pobre, junto al mar coscojero
oyó los aborígenes bordones del pampero,*

oliscó la salobre señal de las tormentas,
 vio las ardientes tropas de altivas cornamentas
 y dibujó en el anca de su firma ese rollo
 rubricado que luce como un lazo criollo.
 Anduvo, entre legajos y folios, aguitando
 una ocasión de pampa y de galope, y cuando
 avasalló el relámpago inglés la amurallada
 ciudad, fulgió en sus puños la sangre encadenada
 y le arreció en el pecho un postergado puma.
 Miró el mar que editaba sus proclamas de espuma
 y al cielo que blandía sus lanzas de zorzales.
 Cuando el afán traspuso los verdes arrabales,
 refluó el eco unánime de las caballerías
 de Asencio, y sobre un fondo teatral de pulperías,
 entre las polvaderas que atizan las chicharras,
 vibró un febrero gaucho y azul en las guitarras.

III — El Sistema

Vienen indios de torso reluciente en ariscos
 redomones que encienden con sus cascos los riscos;
 vienen chinas dramáticas y jadeantes perradas;
 vienen gauchos de barbas negras como emboscadas;
 vienen ponchos y vinchas y alaridos, y el rayo
 enastado, y los épicos payadores de Mayo.
 “Cuatro mozos del Colla, cuatro mozas del Pando
 y a bailar el cielito de Las Piedras, valseando”
 Las guitarras del pago oriental le abren ruedo,
 bajo el cielo del Sitio, al amor y al denuedo.
 ¡Ay!, pero esa clavija que se quiebra, esa nota
 degollada. . . El adiós, la invasión, la “redota”:
 sólo espinas los campos, sólo sed y fatigas,
 y tú, Hidalgo, trovando las penurias de Artigas.
 Quemazón y carnizas, abrojal y humerio,
 y el aullido y la luna en el rancho vacío,
 y la yesca mojada, y el Queguay, y esa mata
 del miomío, y la diabla viscachera, y la pata
 del caballo, y los cuervos, y el difunto, y la poca
 esperanza, y la vibora, y la yel en la boca,

y si Artigas, el padre cadencioso levanta
 esa patria descalza a ras de su garganta,
 tú, poeta, sostienes, en tus trovas, el lema
 vertical de la marcha: la palabra Sistema.

IV — Al Compás del Cielito

“A bailar los cielitos de la vuelta, paisano
 con la flor en la boca y la espada en la mano.”
 Un cielito celeste, blanco y alto, un cielito
 con potrillos y espumas en la luz del Cerrito.
 Y otro cielo, cielito federal, al compás
 vihuelista del Paso de la Arena, de las
 contramarchas amargas, de las tabas sin suerte,
 del candil agorero de humaza y mala muerte.
 “Un adiós bien punteado por la patria primera,
 y otro cielo en Guayabos, por don Frutos Rivera.”
 Cielo y cielo del godó y el porteño y después
 a bailar el cielito tricolor de Otorgués.
 Y ahora, Hidalgo, te mando esta sombra, este llanto
 esta lluvia, esta pena, este nudo, este canto,
 estas diez de la noche, este martes sin luna,
 este adiós que te escribo en la canja Reyuna.
 Aparcero, te digo que tus coplas, tu acento,
 tus cielitos nos llegan en las alas del viento;
 pero ladran los perros y además Lavalleja
 está preso, y la escarcha, y además esta queja
 del lucero o el gallo, y además la carona
 desgraciada en que escribo, y además la bordona
 enlutada, y te abrazo, y te pido, ¡ay de no!
 un cielito cruzado por la franja punzó.

V — La Victoria del Cielito

¡Oh, corazón en armas, oh voz desheredada!,
 te escucho en cada ráfaga de la ciudad, en cada
 esquina, pregonando tu azul mercadería,
 voceando tu dramático mester de gauchería.
 Tal vez, y sin embargo, Bartolomé, no es éste

teatro aquel del árbol y la payada agreste
 y el desencadenado esguince de los potros.
 Traiciona Buenos Aires su ceibo en flor. Son otros
 infieles directorios, y otro el doctor ufano
 que subasta la ecuestre vocación del paisano.
 Otro, el amo de frac extranjero que mata
 la sonrisa rural del Río de la Plata,
 y usurpa sus llanuras, sus dulces litorales,
 sus fragantes provincias de toros y zorzales.
 Pero alienta en tus diálogos otra patria en agraz,
 que custodian Contreras y Chano, el capataz.
 Escucho Hidalgo, el verde son de tu romancero;
 pero la muerte llega al trote largo; pero
 sus cascós los dispersan en musicales trizas
 y aventan tu fantasma de inéditas cenizas,
 pero yo nombro un día, hoy, por ejemplo, ahora,
 la voz de tu sencilla guitarra precursora,
 y, ¡oh juglar de la pampa!, te rescato y promuevo
 tu primogenitura celeste al cielo nuevo.

Fábula del Toro

*El toro estaba muerto, y no quería
 morir a mediodía.*

*Antorcha y nieve, al término del prado,
 se acostumbró, sin prisa, a su agonía.
 Muerto de amor, su aliento desangrado
 volvió a morir en la mitad del día.*

*Caliente aún, el pecho derramado
 —dos veces muerto—, nunca moriría
 si, toro adentro, el toro enamorado
 la siesta azul, muriéndose, embestia.*

*El toro estaba muerto, y no quería
 morir allí ni nunca, de costado;
 bestia entre piedra amarga y yerba fría,
 y ayer agudo incendio entre el ganado.*

*Si tanto toro ayer resplandecía,
 ¡qué poco toro ya, desamorado!
 Miró la luz que nunca lo amaría,
 lamió su muerte y se quedó parado.*

*El toro estaba muerto, y no quería
 morir todavía...*

Celebración de la Niña

A Silvia

*Entonces apartadla
 no es todavía el mundo
 su distraído cuerpo
 y tú qué le darías
 mejor es respirarla
 tan sin olor mejor es sostenerla
 medirla*

*ves ahora
 la catedral tan alta y ella apenas
 la niña va a crecer
 mirando todo*

*entonces apartadla
 ésta que oscuramente va creciendo
 o ya menguando
 o dando*

*a luz su propia sombra
 la breve niña ahora dirigiéndome
 textualmente explicándome la harina
 como qu'én como quien
 camina sobre el borde
 estoy tan blanco
 y tan crüel porque también así
 no puedo verla cuando
 ella promueve el mundo a su alto sitio.*

Desnudo

*La azul la benemérita
de su cauce de alondras o de espuma
naciendo sin cesar
latiendo marmolísima
allí donde el ombligo
mediterráneo impone
su majestad y lanza
a la mejilla al pie círculos de oro
avanza Sirio entre ambos senos que
imparten dudas órdenes al viento
dormida está la azul apacentando
la lentitud del eco entre sus muslos
ahora que abro la siesta para verla
horizontal estricta gobernando
los enjambres las fraguas los viñedos
la embelesada flauta los glaciares
azulazul los gallos
de las veletas cuando
su noble vientre aísla
el curso del océano
dormida está la joven cazadora
y un abedul germina en su rodilla.*

El Pecador y la Abeja

*Cuando a mitad de la oración, el ojo
izquierdo vió la abeja (“...dánosle hoy...”),
olvidó el pan y su celeste harina.*

*Habría gente cruzando las fronteras,
agolpada en andenes y suburbios,
reclamando su sitio en los teatros,
pero la iglesia estaba como siempre:
densa y abstracta edad de la amatista.*

*Vióla volar su dedo sucesivo
del bautisterio al púlpito, incitando
la penumbra al abril interrumpido.*

*Oyó el zumbido, el roce en los vitrales,
sus vaporosas galas sobre el cáliz
del ofertorio; ayer en la pradera
en el jardín, en su opulenta cámara,
y, ahora y allí, libando los rincones
vacíos y los cirios, la escuchaba,
(ella olvidando las usuales órbitas,
regresando a la cera originaria)
ir del altar al pólen de los muros.*

*Eran las once “ahora y en la hora
de nuestra muerte”, y ella absolvía,
remontaba las bóvedas del canto
gregoriano, volvía a las antiguas
vestiduras de piedra, a la románica
solemnidad del capital y el báculo,
a la inocente y solitaria sangre,
y sin cesar, afuera eran las once
y la ilusión de la naturaleza.*

*La gente iría al pie de los estanques
a malgastar su sombra meridiana,
bullirían, abejas en las nobles
cornisas, las arañas tejerían
sus falacias geométricas, el viento
izaría el tinglado de la vispera,
y alcorzaría Dios los cirros altos.*

*Eran, serían unas once claras,
mientras en torno al candelabro, ahora
y allí, la abeja destilaba su áureo
orden, y el hombre amaba y se abstenía.*

Al Sur ¿o al Este?, Solo.

Hay días en que el día...
Completamente solo,
olvido el sur, el mundo
que Dios está pensando.
Olvido el sur, olvido
la descuidada suerte
del alma apenas mía
que Dios está pensando.
Completamente solo,
al sur, al sur, comiéndome,
bebiéndome, silbándome,
allí donde algún perro
(que Dios está pensando)
errando, con el nombre
cambiado, al sur ¿o al este?
Completamente solo,
si Dios me está pensando.

La Heredad

Oh, milenario Dios, tú dices:
—Este es el patrimonio.
Yo, sin argucias, te respondo:
—Déjame elegir.
Está el estuario todavía,
al sur, al sur;
yo soy el heredero.
Miro volver las olas, aprovecho
el instante. Al infalible
designio, digo:
—Al sur.
Toco el límite: existo.
Esto es lo mío.

Créeme, oh Dios, la nube
blanca, del mar al norte,
es justo compartirla,
que el aire huele a crecimiento,
a madre.

Caballo Junto al Mar

Si este caballo blanco se cayera,
tal como está, de grupa al mar salado,
ni yo mirara al aire, tan confiado,
ni nadie a mí, tan desde el mar, me viera.

Caballo blanco, torre en la ribera,
altar en cuatro nardos asentado,
piano de sal, bajel desarbolado,
mitad del mar, mitad de la pradera.

Si este arrecife helado, caminara
un paso más entrara a mi agonía
por la salada puerta a que me asomo.

Si diera un paso más, se derrumbara.
Dejadlo, pues, allí... —clave del día—,
con su tapiz de escarcha sobre el lomo.

Canto a Hispano-América

(fragmento)

Si estalla en Río el coco azul de un aguacero,
si en Quito se despeñan los dados del paisaje,
si Panamá sus álbumes de mariposa suelta,
si Bogotá derrama su toga de esmeraldas,
si México sus arduos nopales disciplina,
si las Antillas rompen sus cuerdas litorales
de agudos tiburones y unánimes tortugas,

si digo: ¿dónde están las Indias a esta hora?
sostén, oh tú palmera —columna coreográfica
cariátide del trópico —tu araña rumorosa.
Si empuña Buenos Aires su oráculo de trigo,
si iza La Paz los duros enjambres del estaño,
si al pie del ancho río Montevideo asume
un mantial de toros con mágicos silbidos,
si en Asunción la luna se mece en una hamaca,
si el abanico antártico golpea su azucena
glacial contra la piedra intemporal del frío,
si digo: ¿dónde están las Indias a esta hora?
oh solitario ombú —cátedra del pampero—,
señala el tiempo con tu fronda planetaria.
Si donde el Ande suelda la piedra con la nieve
encarama su brinco suntuario la chinchilla;
si donde dos océanos aguzan la intemperie,
trisca una patagónica eternidad de ovejas;
si donde el sol reúne sus fraguas clavetea
el mediodía un blanco bostezo de caimanes;
si donde van los pájaros trinando un “¡Viva Chile!”
comparten una estrella la sal y la araucaria;
si donde Cuba ensambla el blanco con el negro,
nace un damero estricto de azúcar y tabaco
si la patata sopla sus títeres de chuño;
si desentierra el cuarzo sus pianos minerales;
si las vicuñas, pisan las faldas en las nubes;
si en Yucatán la selva creció sobre los dioses;
si en Macchu Picchu el cielo quebróse entre las piedras;
si digo: “¿dónde están las Indias a esta hora?”;
¡oh trueno azul que pactan el mar y el Amazonas,
dame las cavernarias palomas del estruendo.
Si Honduras alimenta con el añil al cielo,
si Guatemala firma con un quetzal al alba,
si tú, si yo, si el gaucho, si el cholo, si el llanero,
si el rolo, si el montuvio, si el charro, si la chicha,
si el pulque, si el joropo, si el tango, si la quena,
si la maraca, oh Madre, perdóname si omito
las boas, las tambochas, el zorida, el paludismo,

y más aún perdóname si olvidome del fútbol,
y el yaacabó, y el chicle, y el cine, y la ironía...
Si tañe el viento dulces campanas de vainilla,
si el irupé mantiene sus lámparas fluviales,
si el huasipungo, si la feria, si el bohío,
si el rancho, si el jacal, si aeródromos creciendo
entre desafinados paréntesis de loros,
si aldeas con ardientes ocasos de novillos;
el tiempo y la memoria y la razón he visto
romperse en pirotécnicos domingos de tucanes.
Si empavesa el niaguey su mastelero,
si abdica sus precoces lingotes el banano,
si mella el aire el múltiple rubí del terutero,
me nace en esta mano, azul como un cordero
del Río de la Plata, mi canto americano.

Serafín J. García (1908)

Ya no se sabe bien a cuántas llegan las ediciones de "Tacuruses". Algunos hablan de 17. Y el tiraje no debe ser pequeño para este libro que se vende en quioscos, andenes, paradas de diarieros y puestos de libros callejeros. Aun hay librerías de la capital —puede asegurarlo González Ruiz— en que no pasa un día sin que entre un desconocido a comprar "Tacuruses". No hace aun muchos años, cuando la clase media podía todavía concurrir en barras a los restaurantes, nosotros escuchábamos poemas de Serafín recitados al cabo de la cena por un empleado de comercio, por un agente viajero, por un bancario.

¿Cómo se iba a imaginar este vagabundo muchacho de Vergara (Treinta y Tres), agente de policía entonces, que sus versos garabateados en la soledad del monte, iban a ser los versos de todo un pueblo? El ha venido a repetir el éxito de "Paja Brava" del Viejo Pancho. Le sigue en lo mismo, y muy de cerca, Osiris Rodríguez Castillo y Romildo Risso.

Es que tenemos que convencernos. No hay, entre nosotros, poesía más leída que la gauchesca. Nos guste o no. Es inútil que los años pasen y que las costumbres cambien. Que los adoradores de la novedad encuentren una forma y un rótulo nuevos cada año. Sin que se hable de ella en las cátedras, puesta casi al margen por la alta crítica; despreciada, cuando no ignorada, por las bibliográficas de los diarios, esta poesía sigue llenando la vida popular. Llevada por las guitarras y por los recitadores gauchescos resuena en las parrilladas, en las fiestas campestres y en no sabemos cuántos fogones del aire que ha inventado la radio. Contemos asimismo la televisión. Desde hace más o menos un lustro asistimos a una epidemia: la resurrección folklórica.

Serafín García nada o poco tenía que hacer en la vena individualista del Viejo Pancho; no podía repe-

tir las inofensivas décimas de Elías Regules; carecía por completo de un humor tan criollo como el de Guillermo Cuadri; y la moral austera pero solitaria de Romildo Risso podía seducirlo, si bien trababa su intención.

Serafín va a cantar el drama de la injusticia social en nuestros campos.

Muy delicada, no obstante, es la primera dedicatoria del libro a su madre Sofía Correa: "porque supo ser la madre que yo necesitaba. Por su ternura, que restañó mis tristezas. Por su tristeza, que incubó mis rebeldías".

Desearíamos creerle del todo, pero no podemos.

En nada, por otra parte, estamos seguros que va a influir nuestra censura sobre la difusión indiscutible de su libro. Pero así como hay una trampa viejo Pancho; hay una trampa Serafín García. Hay también nos parece, y en la misma línea, una trampa-Benedetti. Pero no temamos zozobra alguna. Se trata de una convención: el autor y su público mienten, sin que ninguno se engañe.

Procuraremos aclarar: se miente cuando se exagera un sentimiento, cuando se amplifica un drama, cuando se inocenta por completo a una víctima, para carbonizar de pie a cabeza a un culpable. En resumen, cuando se trabaja con sentimientos sociales y se los quiere hacer pasar como individuales. La técnica es demasiado simplista: se regala inculpabilidad por un lado; se decreta abominación por el otro. Y nada, entre los dos platos, de la casi inverosímil complejidad humana.

Y si el árbol se conoce por los frutos, vayamos a ellos; una poesía de Serafín puede ser recitada en una reunión, en una cena, en un boliche, pero es difícilísimo que alguien se la diga a solas, como un verso de Bécquer, a su propia alma.

Sin embargo, ¿por qué el público tan insaciablemente la devora? Porque la gente tiene necesidad de hablar, de hablar de la sociedad y de la política, sobre todo, y un buen verso de Serafín es como marca de yerra.

Después ocurre... lo que ha ocurrido siempre con toda la literatura social escrita en el país. La mejor manera de que os aplauda, antes que nadie, un millonario, es escribir un libro defendiendo a un muerto de hambre.

Pasando a otro tema: ¿Por qué cambió Serafin? Dejamos aparte su obra narrativa en prosa que, a nuestro ver, no supera su producción poética. Pero volvemos a preguntarnos: un hombre, con ese inmenso público ¿tenía la obligación de imitar a García Lorca? ¿O de volcarse al romance?

Creemos que este brusco cambio no fue un acierto. Con todo, el poeta tenía necesidad de cosas más íntimas. El quería su alma adentro. Todos sabemos que ha tenido que hacerse completamente solo. Y nada nos sorprendería que, hallada su alma propia, nos diera esos versos que esperamos de él. Desde que sabe sentir y, magníficamente, ver.

Obras: Tacuruses (1935); Tierra Amarga (1938); Raíz y Ala (1945); Romance de Dionisio Díaz (1948); Agua Mansa (1952).

Ejemplo

*Venga p'acá, m'hija, no me tenga miedo;
venga, que su tata no va'castigarla
ni va'echarle'n cara tampoco lo qu'hisó,
porque sabe cierto que no jué por mala.
Ya basta de yantos, miremé de frente,
no tenga vergüenza de amostrar la cara,
que no es un delito darse por cariño
y sentirse madre no es nunca una falta.
Venga y déame un beso. Su tata comprende
que usté ha cáido, m'hija, lo mesmo que tantas
que siendo inocentes, humildes y güenas,
s'entriegan enteras, en cuerpo y en alma.
Moso él, usté mosa, los dos juertes, sanos,
yenitos de vida ricién aclarada,
no vido él querencia mejor que sus brazos
ni usté sol más lindo qu'el de sus miradas.
Campiando ese cielo que tuitos campiamos
yevando'e baquianas a las esperanzas,
creyeron hayarlo juntando sus bocas
y prendieron besos pa que s'estreyara.
Vino la dentrada de la primavera;
lucieron los cardos sus flores moradas;
bordonió el sumbido de los mangagases
y hubo contrapuntos de roncas chicharras.
Nació en los yuyales un aroma nueva
qu'el viento, travieso, mojó en las cañadas;
rosaos macachines garugó l'aurora
y en los espiniyos colgó el sol sus brasas.
Se oyó en las cuchiyas relinchar los potros
qu'iban retosando tras de la yeguada;
y olfatiando el aire, y escarbando el suelo,
con ansia salvaje baló la torada.
Se vido a los pájaros andar en parejas,*

*juntitos los picos, abiertas las alas,
 amostrando a tuitos su amor baruyento,
 madurao a cielo, sol desnudo y alba...
 Y ustedes sintieron juego en las alterias;
 cada beso, entonces, jué com'una brasa;
 les hirvió por dentro la juersa! el istinto
 y ansina cumplieron la ley más sagrada.
 No yore, canejo! Si Tata Dios hiso
 al macho y a la hembra pa que se ajuntaran,
 y el cristiano, mesmo que cualquiera bicho,
 debe hacer las cosas que Tata Dios manda!
 No l'importe, m'hija, qu'el pago murmure
 y ensucén su nombre los que la cren mala.
 Más piores son esas que matan sus crías
 pa poder ansina seguir siendo honradas!
 Cuando nasca su hijo, que lo sepan tuitos!:
 mamará en sus pechos, dormirá en su falda;
 será su cachorro nomás, ande quiera,
 pues ser madre, m'hija, no es nunca una falta!*

(Tacuruses)

Reclarando

*Asina jué, don Jues, yo se lo afianso,
 no se vaya'pensar que soy como esos
 que les untan la mano
 pa que reclaren cosas que no vieron.
 Li hablo con propiedad, sin añidirle
 ni mesquinarle ni un chiquito al hecho.
 Sé cuál jué la causa de la güeva
 y no la ñego aunque m'encajen preso.
 El pique vino por cuestión de coimas:
 usted sabe que dende qu'el pulpero
 lo encargó'e las jugadas al coquinbo
 el comisario no había visto un peso.
 Y tampoco lo inora
 que tuito el día se tiraba el güeso,
 y al monte y la primera, noche a noche,
 caiba el gauchaje de capincho yeno.*

*Dejuero! El hombre con tamaño abuso,
 andaba más hinchao que un sapo escuerso.
 Cebao dende hace añares a las coimas,
 no le sentó ni un poquitito aqueyo.
 Y anoche, como vido que no estaban
 ni el coronel ni usté'n el entrevero,
 le gustó p'agarrarnos de sorpresa
 y embarrarle'l pastel al forastero.
 Taba la indiada'e chamamé corrido:
 tayaba el entenao de don Ruperto
 y había un piernaje flor en el apunte,
 d'esos que no se casan con los pesos.
 Ni los mesmos caranchos habían óido
 ruido de corvos ni toriar de perros
 cuando el cuicaje nos ganó la puerta
 y se sintió gritar: "Tan tuitos presos!"
 Viera usted qu'esparramo
 de naipes y de latas por el suelo!
 Era cosa de réirse, li asiguro.
 Naide atinaba'nada con el sebo.
 El comisario echó p'atrás el poncho
 y se le jué a las barbas al ajeno,
 diciendo qu'iba'deslomar lo a palos
 pa que aprendiera' respet'el gobierno.
 Pero el moso, curtido como el solo,
 retrucó muy orondo, sonriyendo,
 que no era po'el gobierno l'amenasa
 sino qu'estaba l'ambición por medio.
 Y letrao y de lengua mas sobada
 que cuero pa badana, el forastera
 comensó a encarrerarle unas verdades
 que lo dejaron atorao y ardiendo.
 Usted sabe qu'el moso tiene mundo;
 que cuando cayó aquí venía de adentro:
 que jué tropero una ponchada de años
 y hasta contrabandista, según creo.
 Lo cierto jué que lo tapó a razones
 y entonces'l otro, en nombre del gobierno,
 pa concluir di una ves con el asunto*

*le descansó en las guampas el talero.
Lo demás ya lo sabe: un salto'e tigre,
el rejucilo di un facón certero,
una mojada sola pero cumba
y un preso más ¡y un albitario menos!*

(Tacuruses)

Piona

*Dende muy gurisita
se te gana en la ropa y en el cuero
ese tufo emperrao de las cocinas
qu'es mestura de hoyín, de humo y de sebo,
y atrás del que anda siempre'l macherio
como perrada hambrienta atrás de un güeso.
No bien los catorce años
t'encarosan los pechos
y la naciente redondés de'l'anca
t'enyena el vestidito'e percal viejo,
ya el algariao patrón, o el mayordomo,
andan buscando ande tumbar tu cuerpo.
Y en cuanto t'incha el vientr'l primer hijo,
ya se cren con derecho
a un lugar en tu catre y en tu carne
hasta los pobres piones galponeros,
porque vos, infelís, sos en el campo
láunica cosa que no tiene dueño.
Cuasi no hay año que no echés al mundo
un guri rubio, amulatao o negro,
porqu'en las noches emparejadoras
se confunden los pelos,
y más si son dos vidas solitarias
las qu'entreveran sangre y sufrimiento.
Uno aquí y otro ayá, por las estancias
—pelusa'e cardo qu'esparrama el viento—
esos hijos sin padre se te quedan,
mientras vos ves gastarse tu deseo
de ajuntarlos un día
en un rancho con sol, alegre y nuevo.*

*Y así vas, de hombre en hombre,
de cocina en cocina envejeciendo,
hasta qu'inútil ya, descangayada,
sin servir pal fregón ni pa los besos,
terminás cuasi siempre tu esistencia
cebando mate'n un quilombo'e pueblo!*

(Tacuruses)

Canción del Siete Oficio

*Yo vivo de pago en pago
y en ninguno hecho raíz;
que al pan me gusta ganarlo
hoy aquí, mañana allí.*

*Me llaman el sieteoficios
y no lo he de desmentir,
pues hago de todo un poco
con tal de poder vivir.*

*Domo potros, arreo tropas,
siembro y deschalo maíz
hago quinchas, trenzo lazos
soy herrero y albañil.*

*No es de hombre el ir resbalando
cuesta abajo hasta morir.
La muerte es cosa sencilla.
Lo difícil es vivir.*

*Yo trabajo, otros disfrutan.
Dicen que el mundo es así...
Puede ser; pero algún día
Lo tendrán que corregir.*

*Mientras, mi pan voy peleando
hoy aquí, mañana allí.
La vida es cosa difícil,
¡pero es tan lindo vivir!...*

(Tierra Amarga)

Pedro Piccatto (1908-1944)

Era giboso, con una doble giba de pecho y espalda. Según declaración de Líber Falco la mala suerte se ensañó con él cuando era un niño y contaba apenas más de un año. Habiendo sido llevado de paseo al Parque Rodó, el niño se deslizó de los brazos que le sostenían y cayó fracturándose la columna vertebral. Cuando su conciencia se asomó a la vida corrió, naturalmente, la burla colegial como un azote sobre su desventaja. "Ah mi niñez — paloma en las tormentas" — escribirá después.

Toda la vida y la obra de Piccatto se concentrará en esta lucha contra sí mismo y contra el mundo, para hacerse dueño de su situación. Vivió sólo 36 años, y su libro póstumo, que apareció gracias al esfuerzo de sus amigos, lo muestra victorioso de sus penalidades. Toda la fuerza del dolor está allí para confirmarnos la verdad y aun majestad de su patetismo.

Excepto el amor de su madre, casi podríamos asegurar que Piccatto no se sintió atraído por otro. Casi decimos, porque según sus íntimos había en él una devoción — que de secreta sólo pudo intuirse — por María Adela Bonavita, ya enferma, a quien el poeta en esos días visitaba. Cuando ella muere, según los amigos, para ella escritos estos dolientes versos de "Azul en Sombra":

"Yo tenía
un descanso
Bajo qué corazón
bajo qué pie
pude perderlo?"

Lo sólo cierto es que, de existir, fue éste un afecto completamente silenciado. No pasa lo mismo con el amor materno que sus versos ostentan bien grabado a buril.

Uno de sus poemas más conocido es aquel en que ha cantado una situación que tenía que serle sufrí-

miento bien habitual. El saber que su deformación física lo había excluido, joven, de los placeres de la belleza real y juvenil. En el que empieza: "Tú, desdoblada cinta al aire".

Aunque su familia, de escasos recursos, comprendió su drama a punto tal que Piccatto nunca se vio obligado a trabajar para sustentarse, en esa hora de la juventud, cuando sólo cuenta lo que nos falta y no lo que nos dan, era su amargura la de una noche cerrada: "Y para siempre — tierra y angustia" — así escribía.

A veces sentíase acometido por desfallecimientos masoquistas en los que se veía a sí mismo como una aberración: "Deja corazón que tus luces vayan prendiendo rosas sobre la soledad — Y acuérdate que eres sólo un rumor que no debió nacer".

El verdadero drama de este poeta fue, en última instancia, una lucha contra Dios. Su desgracia no podía arreglarse pensando que todo había sido producto de un ciego azar. Se necesitaba algo más responsable, si es que se quería encontrar al propio padecer algún sentido. Qué profundamente personales son estos versos: "Heridas comparables a las que sufre Dios — cuando crea el dolor de un inocente".

Asimismo, cuando le domina el sentimiento de la transparencia que, enfurecido de soledad, no halla eco en los seres que pasan, este hombre se siente como habiendo sido predestinado a un maravilloso destino de caridad. Y así dice: "El cielo tuvo celos — cuando te vio nacer. — Traías el destino — de darte sin pedir".

Son, sin duda, su infancia humillada y juventud inadvertida quienes le han predisuesto para entregarse a un amor sin recompensa.

Ya hemos dicho que el libro de Piccatto es una victoria. No es sólo la lucha contra el dolor; es la apropiación del mismo, el señorío último y espléndido desde donde mira la vida, una vez que su padecimiento fue bebido hasta las heces, y aceptado.

Pocos símbolos hay en su poesía. Entre ellos aparece mucho el de la rosa, que significa — como casi siempre — la más cumplida expresión de la belleza. El poeta se pregunta si esa belleza es una manera de morir en la inocencia, o es la vida misma que está palpando a Dios para subir. Pero, además, la rosa — simbolismo aparte — no deja de ser la simple rosa, una rosa cualquiera de un jardín. Y de esta manera ha

encontrado Piccatto lo mejor de su alma cuando dice:
"Y así — quedaba yo como una rosa — cuando sale
de las manos de Dios".

Este Dios enemigo, por lo tanto, se ha convertido en
un Dios compañero. Azote brutal en primer término,
no sólo le ha enseñado todo, sino que se ha identifi-
cado con el ser del poeta. Al final de cuentas le ha
resultado de una indecible suavidad.

De esta manera, después de tantos amores imposibles,
logró el poeta giboso estos estados casi seráficos: (Léase
el poema VII de "Sangral"). Luchó su buen combate
contra el Angel. Fue una lucha con vociferaciones sar-
cásticas y aullidos de dolor animales.

Por eso no nos resignamos a creer que esta poesía,
brotada de fuentes tan ardientes, sea cruel y ligeramen-
te definida como una "poesía pequeña". Puede
leerse un retrato "definitivo" de Piccatto por Mario
Arregui (Marcha, 14/7/1944), y un recuerdo erudito
y conmovido de Martín Enrique Jauregui (Dionisio
Trillo Pays) en el N° 34 de "Asir".

Obras: Poemas del Angel Amargo (1937); Las Anti-
cipaciones (Obra Completa, 1944).

III

Madre

*esta tarde
no me importa esa mano que le roba
colores a la rosa*

*y en 'la lenta
soledad de la piedra
los va poniendo para que ésta sueñe.*

Hoy

no me importa esa mano.

Vivo y retengo

solo

tu rara calidad

rosada queja

muda.

*Como si me alcanzaras una flor
o me abrieras un libro
estoy pendiente de tu gesto
y de tu voz...*

Tu voz.

Pienso que de ella

puede llegarme,

convertido en tu cuento,

el infinito.

Te escucho.

Te contemplo.

Y el ardor,

los paisajes

y 'la avidéz del niño

vuelven a ser aguas azules en mi cara de hombre.

Los paisajes del niño,

seda de verde burla,

resonancia

de abierto naranjal;

ruta mirando al sueño
al pie también
al iris
y al desaire
a la hoja y al miedo.

Atlas de sangre,
mi vivir,
madre,
casi de ti depende.

De ti,
de ti
almendra santa
y mía!

(Malva)

IX

Y la postal encinta,
y aquella mariposa,
¿para quién?
¿Y para quién
aquel almíbar zonzo,
y el beso sin ultraje,
y el festón de su última inocencia,
y su primer rubor de rosa diurna,
y el esplendor naranja de su carne?

(Evidencias)

XIV

Mar,
mar sin hadas,
con fábulas pero sin azucenas,
con florones de espuma, sin manzanas
y con estrellas como lirios plenos.

Mar,
mar sin ángeles,
con gaviotas pero sin mariposas,
con caracoles rosa, sin palomas
y con sirenas hábiles y amargas.

Mar
que nunca pudo ver
ni imaginar
calandrias rojas en el platanar.

(Jardín y Mar)

I

Yo tenía
un descanso.
Bajo qué corazón
bajo qué pie
pude perderlo?

(Azul en Sombra)

VII

Júbilo
asombro
y alas
¡Mundo nuevo!

Colores como esferas, tiemblan... giran...

Es el momento
campanal,
aéreo,
en que hombre y mujer, orgullo limpio,
sustituyen al niño y a la niña.

(Azul en Sombra)

VI

Cuánto esplendor de dalia asesinado
y cuánta voz de carne sin enaguas!

Cuánta abeja que quiso ser estrella
y cuánto corazón contra la piedra!

Cuánto albor de sustancia desgarrada
y cuánta brasa azul en la madera!

*Cuánta carne con alas por adentro
y cuánto girasol bajo la lluvia!*

*Cuánto asco de sábana ultrajada
y cuánta pana helada entre dos besos!*

(Azul en Sombra)

X

*Huye de mí todo el salvaje goce de sufrir.
En mi órbita de lirio ah! qué calma infinita.*

*Una calma muy blanca que me separa de lo incierto del
[hombre y de su nébula.*

Estoy como cercado de vaporosas gasas.

La tierra es una fuga que yo no he comprendido.

*Y mi tabor de sangre y de belleza,
calma de flor que no fatiga nunca,
la siento en mí como un roce de ángel.*

Hoy podría escuchar la canción de las hadas.

*Tímidas como el hombre en la sabiduría de su goce, me
[rodearian, leves.*

*Yo pondría mi oído en la lenta caravana de sombras y de
[llamas que cierran el crepúsculo,*

*y oiría, de temblor en temblor, como se hablan las flores
[entre sí.*

Melodías que duelen de tan bellas. Ay! qué ambigua tristeza.

*Hoy sí puedo sentir como huye esa lluvia de muerte que
[no encontrando amparo*

buscaba el corazón... mi corazón!

*Mis ojos que otras veces estuvieron inyectados en sangre,
hoy no sienten nada más que el deseo de herir todas sus
[lágrimas*

*y entre azules de olvido, perderse...
Con dulzura mental ah! yo apago toda fina palabra que
[se empeña en turbarme*

*Hoy podría escuchar la canción de las hadas.
De ala en ala, en la sombra, o encima de los ángeles, ellas
[me rodearian.*

La tierra es una fuga que yo no he comprendido.

(Miel Estéril)

IX

*Tú, desdoblada cinta al aire.
Yo, la mitad de un ala apenas.*

*De la amapola eres discípula.
A mí me eligen los cardales.*

*Un sol de agua te divierte.
Yo al girasol le corro nubes.*

*Le cortas vuelo a la calandria.
Yo no le robo el aire a nadie.*

*Te sobran siempre mariposas.
Yo a la lombriz le busco cielo.*

*Para ti el mundo es un anillo.
Yo voy viviendo a plena herida.*

*Tan indefenso, tanto, tanto
como una flor en calle abierta.*

(Sangral)

II

*Atraían verdades
mis ojos
si miraban*

*Cuánta humildad y orgullo
desde mi intimidad
subía a ellos
con intención de cielo.*

*En ellos,
azul de soledad,
se movían heridas
que el hombre no conoce todavía.*

*Heridas comparables a las que sufre Dios
cuando crea el dolor de un inocente.*

*Umbral de la belleza
y camino para todas las alas,
mi intimidad
soñaba...*

*De lejos le venían
como un temblor impuro,
sobresaltos de sombra.
Pero no la tocaban
ni la herían...*

Apenas levemente la turbaban.

*Pero no lo tocaban
ni la herían
como no toca al ángel
ni lo hiere
la nube de un dolor.*

(Angel Amargo)

VII

*Alguien,
cuando entre brisa y árbol
suelta la mariposa su pana,
y es una inmensa flor en llamas
la tarde
y su cristal,
alguien,
alguien me quiere amar
y no se atreve!*

(Sangral)

Juan Cunha (1910)

Una vez se encontraron en un café, mientras trajaban sus pobres trabajos, Liber Falco y Juan Cunha. (Cunha, portafolio; Liber, una muestra de hilos de colores). Hablaron de sus poesías. Y Falco se fue perplejo. Juan Cunha le había dicho: "Y... yo... todavía me ando buscando". No recordamos el año exacto, pero era por lo menos un lustro antes que apareciese "Sueño y retorno de un campesino" (1951). Los de la barra de "Asir" tuvimos la suerte —hoy, honro— de haber sido escogidos por el poeta como los primeros lectores de esta obra en la que aparecía, al fin, el Cunha fundamental.

No obstante esto último, cinco años más tarde, en utilísimo estudio (Marcha, N° 822, 1956) Emir Rodríguez Monegal escribirá que si había en Falco "la oscura intuición esencial de la verdad de cada palabra, de cada dolor", estando destinado a componer un único poema; su contraste era evidente con este otro poeta "proteico, elusivo", "del experimento lírico hacia dentro y hacia fuera". Líneas después, agrega: "Cunha sabe demasiado; tantas voces (¡ay!) como poetas ha leído". Dos años más tarde en "El Ciudadano" (24-I-1958) Arturo Sergio Visca mantiene idéntica duda: "Esa misma riqueza puede despistar al lector que, mareado por tanta diversidad de tonos, termina preguntándose cuál es el esencial (...)". Y hace muy poco (Marcha, N° 1278, 20-X-1965) por la visita que Angel Rama hiciera al poeta, nos enteramos que tiene nada menos que siete libros de poesía en preparación. Ha publicado ya catorce y ha cumplido 55 años. En dicha nota leemos asimismo esta confesión: "porque yo hice sólo tres años de escuela en Sarandí y aquí un año de liceo completo, no más".

Cunha ha sido, pese a ello, lector de abundantísima poesía, y gran lector. Su versatilidad, su polifonismo

no impiden tampoco señalar los dos o tres núcleos temáticos más importantes de su producción.

Quizá la triunfal entrada de Cunha a nuestra poesía —tenía sólo 19 años cuando escribió “El pájaro que vino de la noche”— si bien le sirvió como estímulo imperecedero, también lo colocó, a nuestro ver, en situación peligrosísima. El extravío y el caos no estaban lejos.

Así Brughetti, que habla de este primer libro como de un “libro milagroso”, se apresura a comprobar, nada más que al año siguiente —época de “Guardián Oscuro” (1930-1935)— que “en contacto de influencias perniciosas, demuéstrase incierto caminante”.

Desde entonces desarrolla el poeta esa producción de experimentos, tentativas e imitaciones que, si bien hace un alto en 1951, se continúa como hemos visto hasta hoy.

Habiendo tantos Cunhas, cada lector puede elegir el suyo. Hay un Cunha oscuro y torturado; un Cunha exquisito y artificioso; un Cunha profundo y popular; un Cunha aéreo y volatinero.

Por los temas, sin embargo, es fácilmente enlazable. Está primero el tema de la infancia, su natal Sauce de Illescas, en Florida. Es el campo, las auroras campesinas, los entrañables seres familiares, los ganados, los cerros, las faenas, el lucero. Este subjetivismo ha sido definido como “una égloga íntima”. Pero en ella cabe todo: la ironía rebelde, el viejo refrán, su angustia y desamparo de exilio en la urbe, el canto popular, los índices de la injusticia, la nostalgia, el buen humor, el malo, y, sobre todo, como un blanco impacto solar, el asombro virginal y revibrante que fue su infancia. Qué-dase en la sensación de haber perdido el paraíso.

A esta égloga íntima agregaremos como segundo tema importante la preocupación por dar en profundidad la poesía popular. Cunha lo ha logrado plenamente, si bien caben momentos discutibles. Creemos junto con Hugo Emilio Pedemonte, el mejor crítico de “Sueño y retorno de un campesino”, que puede ser juzgado como “nativista” la poesía de este libro. Pero no en dichos tercetos, sino en formas más populares: coplas, cantares, y lo que el autor llama “guitarros”, donde el pensamiento, la queja y el tono profundo se asocian al verso que no quiere hacerse olvidar. Asimismo, en algunos “Sonetos Humanos” del “Hombre entre luz y sombra”.

A la égloga íntima, a la interpretación del alma popular agregamos, en tercer término, el tema de la muerte, que ahora parece dominante en la poesía de Cunha. En él adopta a menudo la actitud de un hombre que ha sido sorprendido, golpeado desde atrás en el hombro, suprimido en un solo vistazo, y que se va con el aire de quien dice “chau”. Pero dicho de tal modo que deja patente lo popular, lo profundo, lo triste, y la aceptación rápida de la tremenda sorpresa. No encontramos, por ejemplo, ninguna declarada manifestación metafísica y religiosa. Prefiere lo sumario, lo sintético, y las palabras diarias con que los seres mueren.

A través de los sucesivos influjos esta producción se mantuvo siempre como cuidada de congeniar con las vigencias de la hora. Mas últimamente, no. “La poesía uruguaya viene tomando por otros caminos muy distintos, y Cunha, ayudado por su hurañía, parece alejarse cada vez más de todo esto que corre y cambia y se agita en la ciudad” (Ángel Rama).

Obras: El Pájaro que vino de la Noche (1929); Guardián Oscuro (1930-1935); Tres cuadernos de poesía (1933-1936); Cuaderno de Nubes (1945); Seis sonetos humanos (1948); En pie de arpa (1950); Sueño y retorno de un campesino (1951); Variación de rosamía (1952); Cancionero de pena y luna (1953); Triple Tentativa (1954); Hombre entre luz y sombra (1955); Gestión Terrestre (1956-59); A eso de la tarde (1961).

Guitarreos

*Yo tenía una canción
La canción era mi vida
Su pañuelito a lo lejos
La tarde que se me iba*

*Se oyó de la voz el eco
Se perdió en la lejanía
Y después vino la noche
Sobre los pasos del día*

*Yo tenía y ya no tengo
Ni ya tendré me decía
Me marcharé antes que sea
Silencio de abajo a arriba*

(A eso de la tarde)

*Una tarde rayada de garúas
Recuerdo el viento aquel como un cuchillo
Pero entonces qué gracia era en el tiempo
Que uno no le hace ascos al destino*

*La recuerdo patente y hoy quién sabe
Por qué es que la memoria la ha traído
Una tarde de invierno como tantas
Pero hoy viene del fondo del olvido*

*Tantos otoños mismo legua a legua
A descampado invierno y desabrigo
Tal vez de más atrás de espacio y tiempo
Me llegó su humedad su olor su frío*

(A eso de la tarde)

Sonetos

*Vine para decir tu primavera
Digo para nombrar dulce tus aves
Por abrirte las flores que tú sabes
Para hacerte de todas la primera*

*Era hermosa la tarde y cómo era
Si la evoco de pronto ya ni cabes
Eres tarde infinita ya sin llaves
Estás en donde esté y yo te quiera*

*Que estás en donde estoy hoy y te quiero
Ya no me importará decir me muero
Porque no será cierto de seguro*

*Pero vine no más para decirte
Que ya no podrás irte ni morirte
Por más que se haga triste y ponga oscuro*

*

*Posado entre ambas márgenes se alisa
El pájaro del día su amplia pluma
Antes que se le vaya o se consuma
La luz que ya denota cierta prisa*

*Tiene no sé qué vago la brisa
Que dice de ponerse a hacer la suma
Disimula el cansancio que la abruma
Y parece que en sueños anda y pisa*

*Después del diario vuelo se detiene
Tiene la luz el aire que conviene
El aire ante la luz tiende a inclinarse*

*Se callarán las voces las pisadas
Las alas los recuerdos las miradas
Donde el pájaro del día fue a posarse*

(A eso de la tarde)

Espacios

*Tuve miedo ante el rocío
Una vez cierta mañana
En cada hoja un ojo
Me miraba*

*En cada brizna de pasto
Un ojo igual al silencio
Y desde el gris de las piedras
Sentí los ojos del tiempo*

*Poco después se alejaba
De galope un potro blanco
Apenas dejó sus huellas
Húmedas sobre el campo*

*Sus cuatro cabos azules
Todo a lo largo del aire
Nada más sólo un relámpago
Pregunté no lo vió nadie*

*Misterio lo de la tierra
Misterioso lo del cielo
Pregunta que te pregunta
Por ver de correr el miedo*

*Indagué quedé esperando
Y es el caso que indagaba
Desde antes del relente
Y de muy antes del alba*

*Me dije acaso lo sepa
Y pues tal vez se me aclare
Cuando pise otro terreno
A la vuelta de la tarde*

*Al extremo de mi calle
Cuando doble cierta esquina
Bueno entonces lo sabré
Sin que nadie me lo diga*

(A eso de la tarde)

Cantares del Camino

43 *Mas si me vaya a la tarde,
Tarde, o ya noche cerrada,
Que al menos no me acobarde
Si me topo con la nada.*

44 *Anoche sonaba, oscuro,
Oscuro gotear de fuente,
Lo oíste? Yo te aseguro
Que me goteaba en la frente.*

47 *Cruzó, a lo lejos, un canto
De hombre que anda su camino.
Después, silencio. O el llanto
Del aire, en un viejo pino.*

48 *Y quedó el agua goteando
Imperturbable, insidiosa;
Tenaz, sin pausa, horadando
Olvido a olvido, una losa.*

(Cancionero de pena y luna)

Repaso

*Veinte años hizo ayer que yo llegaba
Del campo, con mis pájaros — qué lio.
Y aquí, de torre a torre, los soltaba
Con temblores aún de bosque y río.
Y hoy me encontré que de su vuelo y pío
No más, sino la ausencia, me quedaba.
Ninguno de mis pájaros cantaba,
Y miré sin un ala el cielo frío.*

*Veinte años. Tantos días. Pena tanta.
Tanta tanta nostalgia acumulada
Y acumulada espina en la garganta.*

*Qué será de mi monte y mi torrente.
Adónde, adónde, adónde mi bandada.
Eran veinte, los años; y hace veinte.*

(Hombre entre luz y sombra)

Vivir

*Este sufrir inviernos y veranos:
Conjunto padecer, noches y días.
Este sobrellevar a diente y manos,
El bulto, y cada vez con más estrias.*

*Y en cada esquina hallarte alevosías.
Y sentirte los pasos, todos, vanos.
Y a cada vuelta del camino, arcanos.
Y ya nunca encontrar lo que querrias.*

*Respirar, y beber (sucintamente):
Y cavilar, con vísceras y frente:
Y venir y volver y en movimiento:*

*Así vive y se muere el bicho humano
Mientras parla consigo mano a mano
Sólo con su cerilla contra el viento.*

(Hombre entre luz y sombra)

Existir

*Qué cosa, el sólo hecho de vivir;
Este andar, y mirar, y más cantar.
Y saber que mañana has de morir:
Que todo será nada, y ya no estar.*

*Y oler, ver y beber, y preguntar.
De milagro en milagro, ir y venir.
De dónde viene el gozo del decir.
Y cuánto será el día del callar.*

*Y entre seres y seres ser un ser
Con su parte en la brisa y el albor.
Su porción en el alba y el albur.*

*Con el día gozarse, y padecer
Con la noche, y erguirse con la flor:
A qué norte, venido de qué sur.*

Refrán

*Saben decir (los viejos) en mi pago:
"Frito el sebo, se ve los chicharrones".
Y ésta pues es la cuenta que me hago
Al recordar tal dicho y sus razones.*

*Si el aplicarme a mí tales renglones
Dice que a tal me atengo, desde luego
También quiere decir que apuro el fuego
Por si la muerte sigue mis talones.*

*Mas sí debo advertir que no me asusta
La ceniza (famosa); y que me gusta
Mientras tanto quemarme, y sin relevo.*

*Y ya que sólo cuenta el rendimiento,
Chirriaré hasta la hora y el momento
De ver qué chicharrones rinde el sebo.*

(Hombre entre luz y sombra)

Sara de Ibáñez (1910)

Quisiéramos que el lector meditara previamente este juicio de E. Anderson Imbert, para después seguirnos en la declaración de las dificultades que nos ofrece esta poesía.

“En Uruguay el primer nombre que acude es el de Sara de Ibáñez, celebrada ya en su inicial “Canto” (1940). El prólogo era de Neruda. Había algo más de Neruda en “Canto” y, también en “Hora Ciega” (1943). Rapidez y dispersión en el fuego abierto por la fusilería metafórica, palabras en discordia que se acometían con la energía de arcos voltaicos. Sólo que Sara de Ibáñez tiene la maestría del metro, de los acentos, de la rima, de la estrofa. Somete el frenesí de su lirismo al rigor de versos de perfectas formas. La oscuridad de sus imágenes no se debe a que se queden desordenadas en el fondo de la subconciencia, tal como nacen, sino que se alambican, se quintaescian y al final de un proceso mental muy trabajoso acaban por ser símbolos herméticos. Sara de Ibáñez penetra en las cosas y se deja penetrar por ellas; y el hermetismo de sus versos es porque se refieren a esa violenta interpenetración y se dejan encerrar en una frontera donde las palabras cambian de valor. “Pastoral” (1948), en tres “tiempos”, cada cual con su tono y su forma estrófica, hace fluir musicalmente un río de luces, flores, peces, trigos, perros que llegan a esa frontera y la traspasan. El poema “Artigas” (1952) sale más al exterior, se apoya más en una materia pública; pero no se aleja mucho, y el lirismo es, a fin de cuentas, más poderoso que lo épico”.

Efectivamente, este “traspasar las fronteras” hace que un cierto número de composiciones de esta poetisa permanezca más allá de nuestra comprensión. Toda la belleza de las estrofas, rimas, acento, imágenes, queda entonces para nosotros en el aire, agobiados por la

torturante ceguera de no saber a qué concretamente se está refiriendo el poeta. En cierta ocasión —recordamos— cuando dirigíamos la página literaria de “El Ciudadano” con Arturo S. Visca, en procura de hacer conocer esta poesía a los lectores, pasamos más de una noche intentando en vano, no desentrenar el sentido, sino, más sencillamente, descubrir el sujeto —la persona o el dios— en la composición titulada “El Cíngulo de Oro”. Días después aclaró nuestro enigma Roberto Ibáñez. Y si hacemos una comparación de la poesía de éste con la que ahora nos ocupa —y con la que tiene sin duda puntos de contacto— de inmediato salta en nuestra mente la frase de Supervielle: “Roberto Ibáñez se aproxima a las fronteras del hermetismo sin jamás traspasarlas”.

Para Anderson Imbert esta oscuridad proviene de las imágenes, se quintaescian y, al final de un proceso mental muy trabajoso, acaban por ser símbolos herméticos. Pero nosotros agregamos más: en este barroquismo extremo —que iguala al de Góngora— el lector está obligado a adivinar, y a adivinar nada menos que el sujeto; la persona, cosa, idea o sentimiento de que se habla. Si uno logra acertar, la belleza entonces del poema aparece de golpe.

Pero no todo, felizmente, enciérrese en este amurallado hermetismo. Nosotros hemos elegido y puesto al comienzo de nuestra selección aquellos poemas de inteligencia más inmediata. Los ejemplos posteriores ya no son fáciles.

El tema erótico en todas sus etapas y el de la muerte, acompañado éste por una perplejidad óptica y religiosa, son los predominantes de esta poesía. Cuando Neruda la llama “cruel poetisa”, suponemos que lo dice a causa de la lucidez fatal con que ella se ve y se vive dramáticamente la destrucción de su persona en el Eros, y su retorno a las fuerzas ciegas, universales, tan igualmente genesíacas como apocalípticas. Pero a esto llega, después de haber llenado el mundo, su cuerpo y su alma, de los más suntuosos esplendores, pulidos como metales, que ha quizá producido la poesía femenina en América. La recurrencia a Sor Juan Inés de la Cruz hácese bien obvia, en ciertos casos.

Este sin fin de destilaciones a que Sara de Ibáñez somete cada uno de sus versos —sobre todo cuando compone en formas estróficas consagradas, el soneto, la lira, la décima— si bien crea las dificultades de

comprensión mencionadas, asegura un tipo de belleza que puede bien ser definido como un refinado deslumbramiento. Así en "Primavera", poema inicial de "Las Estaciones" compuesto en décimas, tenemos versos como éstos: "A trino embridado atreve, — su inocencia memorosa", donde las palabras tienen la justeza de las incrustaciones del orfebre además de estar magníficamente aliteradas. Para dar ahora una idea de su refinamiento nos basta con leer esto otro: "Avanza por la espesura — caliente de los aromas".

Cuando Sara de Ibáñez deja a un lado las formas estróficas consagradas adquiere, entonces, una calidad de tono no sólo muy personal sino muy sugeridora de ese peculiar tipo de soñación que calificaríamos de germana. Léanse "Las voces". Nos gustaría verla insistir más en este tipo de poesía.

Cabe agregar finalmente que cuando esta poetisa se ha obligado a tratar un tema público como en el "Canto a Montevideo" y en el "Artigas", ha sabido revelarse como finísimo poeta-intérprete. Hacemos este elogio sin olvidar que habría, a nuestro ver, que reducir en estas dos composiciones la participación propiamente lírica, sobre todo para quien sabe tan soberbiamente trabajar lo visual.

Obras: Canto (1940); Canto a Montevideo (1941); Hora Ciega (1943); Pastoral (1948); Artigas (1952); Las Estaciones (1957).

Las voces

*Con un manso rumor de lentas aguas
que por los tallos de la noche ruedan,
abren sonrisas de apagados lirios
la coral ciega.*

*Flores frías del pánico desvelo
oigo caer en cristalina muerte,
y cruzar entre ráfagas, heridas,
lenguas de nieve.*

*Oigo el borrado son de las raíces,
el ceniciento chorro de su audacia
tiniebla adentro despeñar perdido
la voz ajada.*

*Ay bosque, bosque de gargantas, bosque
de lapidaria niebla liberado:
a tu pavor instrumental someto
mi oído blanco.*

(Las Estaciones)

¿ ?

*Dejóme Dios ver su cara
cuando entre paloma y flor
sobre aquel cielo mayor
brotó una blanca almenara;
dejóme Dios ver su cara?*

*Me miraba Dios acaso
cuando en la noche sin mella
dejaron lirio y centella
testimonio de mi paso;
me miraba Dios acaso?*

*El rostro de Dios veía
cuando en el desdén profundo,
tenaz ausente del mundo
por mi propia sangre huía,
el rostro de Dios veía?*

*Me contempla Dios, me ve
ir de la ceniza al fuego
en un iracundo juego
la muerte quitandomé;
me contempla Dios, me ve?*

*O yo me estoy descubriendo
los ojos con que algún día
veré lo que no sabía
que en sueños estaba haciendo?*

(Las Estaciones)

Plegaria

*Si tú estás allí, en lo oscuro,
señor sin rostro y sin pausa;
si tú eres toda la causa
y yo tu espejo inseguro.
Si soy tu sueño, y apuro
sombras de tu sueño andando
pronuncia un decreto blando;
librame de no pensar,
y echa mi polvo a vagar
eternamente pensando.*

(Las Estaciones)

Retorno

*LAS PALOMAS suspenden sus guirnaldas
vivas, funden, estallan; lentas plumas
llenan el iris, quiebran en dolidos
arcos la luz fragante, el aire encienden
con dulce, dulce, evaporada sangre.*

*Fugan rizados rayos entre espejos
profundos, entre platas derruidas,
entre torres enhiestas
de ojos vencidos, entre blancos mares,
entre esmaltados fríos, entre pieles de saurios,
entre piedras poderosas.*

*Huyen, se enredan, retroceden, buscan
la pálida matriz, el huevo intacto
empujan en el ciego pensamiento;
quebrantan las tinieblas del origen,
queman la cárcel dura, el laberinto
sin boca rompen, rompen y derraman
de nuevo el chorro deslumbrante, el gozo
feroz, la desatada arquitectura,
y el siempre, siempre bullidor espanto.*

(Las Estaciones)

IV

*LA SONRISA que adiestra al viento lacio
con derramadas curvas de amapola
acrece flor a flor mi tierno espacio.*

*Brinca mi sangre en su olorosa ola
y al círculo bullente me encadena
el cuajado además de la corola.*

*Muerto hacia atrás qué fresca luz me viste
el torso puro que la fuente estrena.
Nacen conmigo el álamo y la arena.
Un orto de la espuma nos asiste.*

*Con memoria de hierba toco el río,
mientras late en mi tímida osamente
el seminario cruel con verde brío.*

*Y un silbo de calandria me sustenta
al borde, al frágil borde en que sonrío.*

(Tiempo I de Pastoral)

La Muerte

*SOL AMARGO, agua amarga, amargo viento
y amarga sangre para siempre amarga.
Vencido y solo en carne y pensamiento,
y el sueño antiguo por tesoro y carga.
Quiso callado y solo y sin lamento
sorbo a sorbo agotar su fuente larga.
Miserable señor de su destino,
de espaldas a la aurora abrió el camino.*

*De espaldas a su Oriente y a su gloria,
y hueso adentro una centella vaga,
mordió el seco laurel de su victoria
y nunca fue curado de su llaga.
Terco aguijón de luto su memoria,
en toda miel ejercitó su plaga.
Y entre las brumas del silencio agrario
fue una lenta sonrisa su calvario.*

*Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entreabrió las puertas
el guerrero de blancos resplandores
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo!, gritó: y en los alcores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tendió su galope sobre el frío.*

(Artigas)

XV

*TU AIRE esculpe el otoño en mi garganta
La lumbre de las uvas montaraces
mis arriscadas vértebras levanta.*

*Dividido entre lágrimas rapaces
cruzo tus laberintos transparentes
empañados de perros y torcaces.*

*Palpo en tu rostro mis cenizas, claras,
mis pies vislumbro en tus cerradas fuentes.
Todo me nombra en cláusulas ardientes
y tú de toda puerta me separas.
En ti soy, de ti vengo, a ti me inclino.*

*Columnas son mis huesos de tu hoguera.
Sílabas de tu canto es mi camino.*

*Pero mi triste boca es extranjera
oh, duro reino, en tu solar divino.*

(Tiempo III de Pastoral)

III

*¿QUE RESPLANDOR me curva de repente
y de espuma frutal hinche mis venas?
Por todas partes me desatan lianas.
En toda tierra me sostengo apenas.
Y voy fuera del plan de las mañanas
golpeándome entre lágrimas y antenas.
Más allá de mis manos crece el higo.
Más acá de mi boca arde conmigo.*

*Pliego y despliego esta enconada brisa
que hurta perfumes, con los silbos juega
y anuda mis cabellos con la escala
donde la madre selva se me niega.
Tras mirlo y garza y picaflor resbala,
temblando de amistad, mi mano ciega
y todo está detrás de su oro vivo;
lindero de mi aliento, anda cautivo.*

*No hay duda, no, me miran como siempre
desde una miel transida los rebaños.
Con la estrenada lumbre del rocío
vienen a mí perfectamente extraños.
Pesados de rumor como un gran río
pasan abiertos por mis pies huraños
y a golpes de zampoña desolada
mi vieja imagen quiebro en su mirada.*

*Toda huella me asalta. Con un signo
prisionero golpea en mis retinas.
Cantos robados al amargo cielo
se enredan en las hierbas cristalinas.
Jadeante de visión y turbio celo
me alza la brisa entre sus garras finas.
Y el llanto que en su ráfaga me escuda
del cruel abecedario me desnuda.*

(Tiempo II de Pastoral)

De los Vivos

II

*Traspasé las fronteras de la rosa
pisé caminos que la luz no usa
y entre fríos cabellos de medusa
malgasté mi sonrisa más dichosa.*

*Contra el viento solté una mariposa
y ví mis huesos relucir confusa.
Oigo el coro enterrado que me acusa
desde mi propia carne temblorosa.*

*Empiezo a andar sobre mi voz ardida
y ante la audacia de mi boca acerba
que devora dos ríos paralelos,
en su humildad perfecta defendida*

*la señal de la muerte hace la hierba
doblada ya sobre futuros cielos.*

(Canto)

Liras

VIII

*Sosegaré a mi nube.
Diré: Vuelve a tu cisne innumerable
Al aire grande sube.
Déjame en lo durable
Dispersa ya tu muro imponderable.*

*Quiero mi luz perfecta,
mi firme desnudez de piedra antigua
La simple vía recta
y la vertiente exigua
que toda sed sin alas apacigua.*

*Diré a mi nube blanda
Can de mi pensamiento, vuelve al río
Tus espumas desanda.
Muérete en el rocío
en el oro, en al sangre y en el frío.*

*Deja en paz mi cabeza
desfigurada por tu mar volante.
No quiero la destreza
de tu piadoso guante
ni tu victoria tímida y menguante.*

*Vete, disfraz del llanto.
Arráncame tu hiedra engañadora.
Sáname de tu encanto
estas briznas de hora
en que tu eclipse audaz no me devora.*

*Retorna a la difusa
fuente donde busqué tu mal amigo.
Mi silencio te acusa
porque ya no consigo
consumir sin dolor mi oscuro trigo.*

(Canto)

Isla en la Tierra

*Al norte el frío y su jazmín quebrado.
Al Este un ruiñeñor lleno de espigas,
Al Sur la rosa en sus aéreas minas,
y al Oeste un camino ensimismado.*

Al Norte un ángel yace amordazado.
Al Este el llanto ordena sus neblinas.
Al Sur mi tierno haz de palmas finas,
y al Oeste mi puerta y mi cuidado.

Pudo un vuelo de nube o de suspiro
trazar esta finísima frontera
que defiende sin mengua mi retiro.

Un lejano castigo de ola estalla
y muerde tus olvidos de extranjera,
mi isla seca en mitad de la batalla

(Canto)

Liras

I

Rosa, rosa escondida
—finísimo cometa de jardines—
que en mi carne aprehendida
cierran los querubines
con una lenta curva de violines.

Herida, herida vienes.
Tu sangre por mis venas adelantas;
en mi voz te sostienes,
y sobre aéreas plantas,
amor secreto de la hoguera, cantas.

El filo vigilante
del hielo te cercó por la negrura.
Atravesó el diamante
tu briosa frescura
y fue sólo un perfume tu armadura.

Tú vuelo sumergido
sorprendió la raíz de los desiertos.
Yo escuché tu latido
a través de los muertos
qué aún tiene tu relámpago despiertos.

¿En mí vas a apagarle?
¿Voy a ser yo el silencio de tu fuego?
¿Logrará sujetarte
este círculo ciego,
esta prisión amarga que te entrego?

¿O soy yo quien me fundo
en una claridad desesperada,
y contigo me hundo
y ya voy libertada
sin comprenderte y en el sueño anclada?

(Canto)

Pasión y Muerte de la Luz

IX

Yo te sentí, paloma, en las mejillas
recién salidas del manzano alerta.
Tu cauto pico me encontró despierta
deletreando arenales y gramillas.

Jugaba un aire enano en mis rodillas
cuando tu anunciación pasó mi puerta.
Liviano amanecer, mi frente abierta
sufrió la voluntad de las semillas.

Turbada transparencia me dejaste.
Porque tu blanca miel labró mis huesos
y en limo y hojarasca me encerraste.

Vuélveme por los cármes ilesos
a la escasez de lengua en que me hallaste,
en un grano de azahar, los labios presos.

(Hora Ciega)

Balada de la Extraña Fuente

I

*La reina estaba dormida.
El rey estaba despierto.
Entre la reina y el rey
abrió la fuente en secreto.*

*Llenaba el rey copa de oro
y a la reina la ofrecía.
Ella se inclinaba en sueños
al claro cristal sumisa.*

*Bebió el rey, bebió la reina,
él despierto, ella dormida.
Sobre amargos resplandores
el camino los unía.*

II

*El rey estaba despierto.
La reina estaba dormida.
Entre palomas y acacias
la fresca fuente bullía.*

*Llenó el rey su copa de oro
y a la reina la ofrecía.
La copa tocó sus labios
y le quebró la sonrisa.*

*Bebió el rey, bebió la reina,
él despierto ella dormida;
su rostro una flor del aire
donde la sangre se oía.*

III

*Juntos cruzaron arenas,
campos, montes, aguas, villas,
bebiendo en la misma copa,
él despierto, ella dormida.*

*La flor olvidó su brillo.
Cayó la fruta sombría,
y el tiempo labró con nieve
las pulcras manos amigas.*

*Alza la reina, llorando,
su copa llena de frío.
La reina bebe despierta
pero el rey está dormido.*

*(Baladas y otras canciones)
(Inédito)*

Balada de la Señora de las Nieves

*Sentada en la roca fría
donde comienza la muerte,
olvido a su sombra pide
la señora de las nieves.*

*Un prado con lirios guarda
bajo los párpados leves,
—y en él una flor perdida—
la señora de las nieves.*

*Y en la flor perdida el mundo
con sus torres y sus fuentes,
y en su soledad perdida,
la señora de las nieves.*

*Por su soledad andando
llegó a ser su propia ausente:
ya nada puede perder
la señora de las nieves.*

*Sentada en la roca fría
donde se acaba la muerte,
en su antigua flor despierta
la señora de las nieves.*

*Voces del nublado mundo
que una extraña flor sostiene,
sufre entre obstinadas flores
la señora de las nieves.*

*Y aquel encendido prado
que en la vaga sangre duerme
escucha entreabrirle el pecho
la señora de las nieves.*

*Memoria a su estatua pide
y en su blancura se pierde
—su rostro una flor intacta—
la señora de las nieves.*

*Por su soledad andando
llegó a ser su propia ausente.
Blanca en las blancas fronteras
la señora de las nieves.*

*(Baladas y otras canciones)
(Inédito)*

Clamor Guerrero

*Que me quiten esta armadura
lejana flor, pobre corteza,
polvo del fuego sojuzgado,
llama que el infierno alimenta,
que me quiten esta armadura
fina piltrafa de la guerra.*

*Que me arranquen esta coraza
donde un lejano bosque suena,
y con gargantas sibilinas
a mi triste furor se pega.
Auxilio, dioses, si podéis
reconocedme en esta niebla.*

*Tanto tiempo duró el combate,
tanta fatiga me flagela
con un turbión de ajados rayos
que ya no quiero el alba nueva.
Quitadme al punto piel y sangre,
romped los huesos que me encierran,
que mi desnudo brille rfo,
y se acrecienten las arenas.*

*(La Batalla)
(Inédito)*

Mario Benedetti (1920)

Estamos ahora en presencia del más leído de los escritores uruguayos actuales, si exceptuamos como ya dijimos a los gauchescos. No se imaginaba —estamos seguros— el tímido hombre y escritor que apareciera, hace más de quince años en “Marginalia”, las transformaciones que se operarían en su vida y su literatura. Aunque nacido en Paso de los Toros, se educó desde niño en Montevideo en el Colegio Alemán. Creo que esto lo signó para siempre.

Benedetti ha cultivado todos los géneros. Benedetti ha leído todas las literaturas, ha cedido a todas las influencias. Y cuando creíamos que su arcilla no iba a lograr nunca forma definitiva, apareció, mondo y lironde ese tipo que todos conocemos: el Mario Benedetti de “El País de la Cola de Paja”, de “Los Poemas de la Oficina” y de “Gracias por el Fuego”. El best-seller de la ciudad.

El tímido se hizo audaz y buscó imponerse por la denuncia y el escándalo. Había, por supuesto, antecedentes europeos, en la utilización del tono sin respeto.

El escritor de estilo intelectual encontró la manera de hacerse leer. No tuvo ninguna dificultad en pasar del estilo Proust al estilo-escoba que popularizó su seudónimo “Damocles”. Con él apareció un nuevo ingrediente: el humorismo, que Benedetti aprendió entre los hilarantes criollos, en las redacciones, ruedas de café y en las calles. Llegó el éxito. Pero a buen precio. Hacía hablar a una sirvienta, y su literatura no superaba la que ésta podría escribir.

Benedetti, trabajador infatigable, no se amilanó. Si alguien decía que había que atarle las manos para que la materia pensante no se retrasara tanto de aquellas; si algún otro le endilgaba su falta de información; si un tercero le recetaba otra “vuelta de ecuanil”, Be-

nedetti proseguía viento en contra y viento en popa, arrasando con todo.

Cuando aparecieron sus “Poemas de la Oficina”, un joven escritor —que gana su pan como bancario—, se impresionó tanto que quiso saltar de su lecho y correr por las calles —así como estaba— para darle un abrazo. Y este gesto virtual lo explica todo.

Las ganas de gritar, de llorar, de insultar, de escupir, de romper algo, que tienen los hombres y mujeres más o menos cultos y que se sienten estafados por sus tareas de oficinas, habían encontrado a su rapsoda. Que Benedetti está profundamente agradecido a ese público, lo prueba el siguiente caso: cuando discutíamos con él la selección de poemas a insertar en la presente antología, nos dijo: —No dejes de poner “Dactilógrafo”.

—Pero che, no nos gusta.

—No es nada. Ponelo. Es el poema mío que ha tenido más éxito.

Vengamos ahora a la discusión. ¿Es poesía o no es poesía la que escribe Benedetti? Empecemos por esto: Benedetti cultiva lo que él, después de Nicanor Parra, ha llamado la “anti-poesía”. Ni melodía, ni ritmo, ni rima, ni metro, de los consagrados por el uso.

El canto pasa a ser una conversación. Pero una conversación que tiene énfasis. Mediante la repetición de un mismo vocablo y enumeración en torrente, la trepidación del espíritu se comunica con facilidad. Se ayuda de palabras gruesas y del giro vulgar del lenguaje en nuestros momentos de ira, de tedio, de asco. Algunos quizá pensarán que esto es poesía en estado bruto.

En nuestro país, donde se ha cultivado hasta el hartazgo la poesía lírica hedonista erótica y pastoral, era necesario una poesía en donde irrumpiera la sátira y el humorismo urbano. Cuando Benedetti escribe en “Las Baldosas”: “—cantan los gallos a las nueve y media— que es una hora sin ningún prestigio”, nosotros reímos francamente, porque este humor intelectual, desencantado, burlón, nos parece muy nuestro y muy límpido. En “Cosas de uno”, el oficinista apurado y cansado de sumar cifras y cheques de otro, se detiene para mirar su mano con un dubitativo sentimiento de propiedad. Empieza entonces a decirse en voz baja: “yo digo, no?” —para descargarse brutal y de golpe, así: “esta mano —¿qué carajo— tiene que ver conmigo?” En este gesto no hay rebeldía, casi. No hay resentimiento tam-

poco. Nosotros más bien vemos una impotencia trágica. La función ha devorado para siempre a un hombre.

Pero he aquí lo que el autor y sus admiradores callan. Esa devastadora oficina ¿no es la misma que suministra el confort, la casita en la playa, el viajecito, el sueño de la "cachila" propia, la educación de los hijos en institutos privados, etc., etc.? ¿Acaso Benedetti y su público ignoran que 100.000 desocupados miran con ojos de huérfano cada uno de esos sitios y puestos? ¿Y no es también historia patria la miseria de nuestros pueblitos y rancheríos del interior?

Es acá donde nosotros vemos la realidad tramposa de esta poesía. Y en esto otro, además: No siempre serán los otros —y únicamente los otros— los que tienen la culpa.

La nota en que esta poesía discutible lo es menos, aparece cuando el autor trata de retener un tiempo suyo perdido, o ve a su patria desde lejos, y el desdén que siente es el envés de su amor. Asimismo los poemas con el tema de Dios.

Pocas poesías se leen más fácilmente que las de Benedetti y logra, más allá de sus elementos constitutivos, dejar una atmósfera diaria, pocas veces vulgar; poética, aunque más para ser vivida en la calle, sorprendentemente solo, que para ser sometida a un ensimismamiento terco.

Obras: Solo mientras tanto (1950); Poemas de la Oficina (1956); Poemas del Hoy por hoy (1961); Inventario (1963).

El Nuevo

*Viene contento
el nuevo
la sonrisa juntándole los labios
el lápizfaber virgen y agresivo
el duro traje azul
de los domingos.
Decente
un muchachito.
Cada vez que se sienta
piensa en las rodilleras
murmura sí señor
se olvida
de sí mismo.
Agacha la cabeza
escribe sin borrones
escribe escribe
hasta
las siete menos cinco.
Sólo entonces
suspira
y es un lindo suspiro
de modorra feliz
de cansancio tranquilo.
Claro
uno ya lo sabe
se agacha demasiado
dentro de veinte años
quizá
de veinte y cinco
no podrá enderezarse
ni será
el mismo
tendrá unos pantalones
mugrientos y cilíndricos
y un dolor en la espalda
siempre en su sitio.*

No dirá
sí señor
dirá viejo podrido
rezará palabrotas
despacito
y dos veces al año
pensará
convencido
sin creer su nostalgia
ni culpar al destino
que todo
todo
ha sido
demasiado
sencillo.

(Poemas de la Oficina)

Elegía Extra

Hoy
un domingo
como cualquier otro
uno de esos
que Dios ha reservado
para el mate
la radio despacito
para el amor
repetido en los parques
para el descanso
el vino
y el Estadio
para la dulce farra
de la siesta
precisamente hoy
un domingo cualquiera
debo abrir puertas
de silencio horrible
debo juntarme

con mi aburrimiento
debo enfrentar mi mesa
empecinada
asquerosa de tinta
y de papeles.

El sol allí cerquita
sucio domingo
pienso
yo a veces di consejos
claros como setiembre
yo me hice mala sangre
hasta la madrugada
¿y ahora qué?
ahora
esposos y rituales
Gardel y un alboroto
bajan del sexto piso
el sol va recorriendo
tranquilamente
el muro
y yo como un intruso
y yo como una pieza
dislocada
yo frente al miedo
de la Ciudad Vieja
más allá del fervor
y el pesimismo
porque a mis dedos
ya
nadie los mueve
y quedan más planillas
más planillas
más inmundas planillas
todas
con siete copias.

(Poemas de la Oficina)

Angelus

*Quien me iba a decir que el destino era esto.
Ver la lluvia a través de letras invertidas,
un paredón con manchas que figuran prohombres,
el techo de los ómnibus brillantes como peces
y esa melancolía que impregna las bocinas.
Aquí no hay cielo,
aquí no hay horizonte.
hay una mesa grande para todos los brazos
y una silla que gira cuando quiero escaparme.
Otro día se acaba y el destino era esto.
Es raro que uno tenga tiempo de verse triste;
siempre suena una orden, un teléfono, un timbre,
y, claro, está prohibido llorar sobre los libros
porque no queda bien que la tinta se corra.*

(Poemas de la Oficina)

Licencia

*Aquí empieza el descanso.
En mi conciencia y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla
aquí empezaz el descanso.
Dos semanas.*

*Debo apurarme porque hay tantas cosas
recuperar el mar
eso primero
recuperah el mar desde una altura
y hallar toda la vida en cuatro olas
gigantescas y tristes como sueños*

*mirar el cielo estéril
y encontrarlo cambiado
hallar que el horizonte
se acercó veinte metros
que el césped hace un año era más verde
y aguardar con paciencia
escuchando los grillos
el apagón tranquilo de la luna.*

*Me desperezo
grito
poca cosa
qué poca cosa soy sobre la arena
la mañana se fue
se va la tarde
la caída del sol me desanima
sin embargo respiro
sin embargo
qué apretujón de ocio a plazo fijo.*

*Pero nadie se asusta
nadie quiere
pensar que se ha nacido para esto
pensar que alcanza y sobra
con los pinos
y la mujer
y el libro
y el crepúsculo.*

*Una noche cualquiera acaba todo
una mañana exacta
seis y cuarto
suena el despertador como sonaba
en el resto del año
un alarido.*

*Aquí empieza el trabajo.
En mi cabeza y en el almanaque
junto a mi nombre y cargo en la planilla.*

*Aquí empieza el trabajo.
Mansamente.
Son
cincuenta semanas.*

(Poemas de la Oficina)

A la Izquierda del Roble

*No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
en el que uno puede sentirse árbol o prójimo
siempre y cuando se cumpla un requisito previo.
Que la ciudad exista tranquilamente lejos.
El secreto es apoyarse d'gamos en un tronco
y oír a través del aire que admite ruidos muertos
cómo en Millán y Reyes galopan los tranvías*

*No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico siempre ha tenido
una agradable propensión a los sueños
a que los insectos suban por las piernas
y la melancolía baje por los brazos
hasta que uno cierra los puños y la atrapa.*

*Después de todo el secreto es mirar hacia arriba
y ver cómo las nubes se disputan las copas
y ver cómo los nidos se disputan los pájaros.*

*No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
ah pero las parejas que huyen al Botánico
ya desciendan de un taxi o bajen de una nube
hablan por lo común de temas importantes
y se miran fanáticamente a los ojos
como si el amor fuera un brevisimo túnel
y ellos se contemplaran por dentro de ese amor.*

*Aquellos dos por ejemplo a la izquierda del roble
(también podría llamarlo almendro o araucaria
gracias a mis lagunas sobre Pan y Linneo)
hablan y por lo visto las palabras
se quedan conmovidas a mirarlos
ya que a mí no me llegan ni siquiera los ecos.*

*No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero es lindísimo imaginar qué dicen
sobre todo si él muerde una ramita
y ella deja un zapato sobre el césped
sobre todo si él tiene los huesos tristes
y ella quiere sonreír pero no puede.*

*Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico
ayer llegó el otoño
el sol de otoño
y me sentí feliz
como hace mucho
qué linda estás
te quiero
en mi sueño
de noche
se escuchaban las bocinas
el viento sobre el mar
y sin embargo aquello
también es el silencio
mírame así
te quiero
yo trabajo con ganas
hago números
fichas
discuto con cretinos
me distraigo y flasfemo
dame tu mano
ahora
ya lo sabés*

te quiero
pienso a veces en Dios
bueno no tantas veces
no me gusta robar
su tiempo
y además está lejos
vos estás a mi lado
ahora mimso estoy triste
estoy triste y te quiero
ya pasarán las horas
la calle como un río
los árboles que ayudan
el cielo
los amigos
y qué suerte
te quiero
hace mucho era niño
hace mucho y qué importa
el azar era simple
como entrar en tus ojos
déjame entrar
te quiero
menos mal que te quiero.

No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero puede ocurrir que de pronto uno advierta
que en realidad se trata de algo más desolado
uno de esos amores de tántalo y azar
que Dios no admite porque tiene celos.

Fijense que él acusa con ternura
y ella se apoya contra la corteza
fijense que él va tildando recuerdos
y ella se consterna misteriosamente.

Para mí que el muchacho está diciendo
lo que se dice a veces en el Jardín Botánico,

vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
sólo de a ratos parecía
que iba a vivir
que iba a vencernos
pero los dos fuimos tan fuertes
que lo dejamos sin su sangre
sin su futuro
sin su cielo
un niño muerto
sólo eso
maravilloso y condenado
quizá tuviera una sonrisa
como la tuya
dulce y honda
quizá tuviera un alma triste
como mi alma
poca cosa
quizá aprendiera con el tiempo
a desplegar
a usar el mundo
pero los niños que así vienen
muertos de amor
muertos de miedo
tienen tan grande el corazón
que se destruyen sin saberlo
vos lo dijiste
nuestro amor
fue desde siempre un niño muerto
y qué verdad dura y sin sombra
qué verdad fácil y qué pena
yo imaginaba que era un niño
y era tan sólo un niño muerto
ahora qué queda
sólo queda

*medir la fe y que recordemos
lo que pudimos haber sido
para él
que no pudo ser nuestro
qué más
acaso cuando llegue
un veintitrés de abril y abismo
vos donde estés
llévale flores
que yo también iré contigo.*

*No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero el Jardín Botánico es un parque dormido
que sólo se despierta con la lluvia.*

*Ahora la última nube ha resuelto quedarse
y nos está mojando como a alegres mendigos.*

*El secreto está en correr con precauciones
a fin de no matar ningún escarabajo
y no pisar los hongos que aprovechan
para nacer desesperadamente.*

*Sin prevenciones me doy vuelta y siguen
aquéllos dos a la izquierda del roble
eternos y escondidos en la lluvia
diciéndose quién sabe qué silencios.*

*No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes
pero cuando la lluvia cae sobre el Botánico
aquí se quedan sólo los fantasmas.*

*Ustedes pueden irse
Yo me quedo*

(Noción de Patria)

Dactilógrafo

*Montevideo quince de noviembre
de mil novecientos cincuenta y cinco
Montevideo era verde en mi infancia
absolutamente verde y con tranvías
muy señor nuestro por 'la presente
yo tuve un libro del que podía leer
veinticinco centímetros por noche
y después del libro la noche se espesaba
y yo quería pensar en cómo sería eso
de no ser de caer como piedra en un pozo
comunicamos a usted que en esta fecha
hemos efectuado por su cuenta
quién era ah si mi madre se acercaba
y prendía la luz y no te asustes
y después la apagaba antes que me durmiera
el pago de trescientos doce pesos
a la firma Menéndez & Solari
y sólo veía sombras como caballos
y elefantes y monstruos casi hombres
y sin embargo aquello era mejor
que pensarme sin la savia del miedo
desaparecido como se acostumbra
en un todo de acuerdo con sus órdenes
de fecha siete del corriente
era tan diferente era verde
absolutamente verde y con tranvías
y qué optimismo tener la ventanilla
sentirse dueño de la calle que baja
jugar con los números de las puertas cerradas
y apostar consigo mismo en términos severos
rogámosle acusar recibo lo antes posible
si terminaba en cuatro o trece o diecisiete
era que iba a reír o a perder o a morirme
de esta comunicación a fin de que podamos
y hacerme tan sólo una trampa por cuadra*

registrarlo en su cuenta corriente
absolutamente verde y con tranvías
y el Prado con caminos de hojas secas
y el olor a eucaliptus y a temprano
saludamos a usted atentamente
y desde allí los años y quién sabe.

(Poemas de la Oficina)

Ausencia de Dios

Digamos que te alejas definitivamente
hacia el pozo de olvido que prefieres,
pero la mejor parte de tu espacio,
en realidad la única constante de tu espacio,
quedará para siempre en mí, doliente,
persuadida, frustrada, silenciosa,
quedará en mí tu corazón inerte y sustancial,
tu corazón de una promesa única
en mí que estoy enteramente solo
sobreviviéndote.

Después de este dolor redondo y eficaz,
pacientemente agrio, de invencible ternura,
ya no importa que use tu insoportable ausencia
ni que me atreva a preguntar si cabes
como siempre en una palabra.

Lo cierto es que ahora ya no está en mi noche
desgarradoramente idéntica a las otras
que repetí buscándote, rodeándote.
Hay solamente un eco irremediable
de mi voz como niño, ésa que no sabía.

Ahora qué miedo, inútil, qué vergüenza
no tener oración para morder,

no tener fe para clavar las uñas
no tener nada más que la noche,
saber que Dios se muere, se resbala,
que Dios retrocede con los brazos cerrados,
con los labios cerrados, con la niebla,
como un campanario atrocemente en ruinas
que desandara siglos de ceniza.

Es tarde. Sin embargo yo daría
todos los juramentos y las lluvias,
las paredes con insultos y mimos,
las ventanas de invierno, el mar a veces,
por no tener tu corazón en mí,
tu corazón inevitable y doloroso
en mí que estoy enteramente solo
sobreviviéndote.

(Solo mientras tanto)

Idea Vilariño (1920)

En cierta oportunidad, en que sentados a la mesa de un café, después de haber examinado, procurábamos nosotros estimular a Idea, ésta nos dijo, con manera más precisa y bella de la que podemos recordar, que todo su ser se había sentido siempre más cerca de la muerte que de la vida; que, incluso, le parecía más fácil lo primero. Podemos casi asegurar que no había fingimiento alguno en sus palabras, pues el tono de su voz y aspecto de su semblante eran la viva imagen del aniquilamiento.

Es posible sentir en algunos de sus poemas este efecto trágico del ser dominado por una voluntad de no ser, irritado en una circulante voluntad de autodestrucción.

Sin embargo, cuando se inició en poesía con "La Suplicante", había en ella una sensualidad estival intensa y ceñida en el afán de belleza y en un esplendor marino. Si bien no innovaba ni en la forma ni en los temas, no había duda alguna en cuanto a la calidad de sus facultades.

El cambio empieza a verificarse con "Paraíso Perdido". El poema que lleva este título es, para los lectores de Idea, uno de los más queridos. Y en él emerge el mundo de la infancia. El tono es más personal, si bien más discutible que el del primer cuaderno. Aparecen ciertas repeticiones obsesas de palabras: "No quiero — oh no quiero no quiero madre mía" (...) la sucia sucia sucia luz del día".

Comienza aquí la audacia creciente de Idea. Será primero una suerte de desesperación nerviosa, en poemas breves. Luego innovaciones y experimentos en el lenguaje: "ella la ella ella" que le dan al verso un aire de balbuceo, como de persona que habla en sueño, o de quien no piensa en lo que dice. Claro que para el gustador de esta poesía dicho balbuceo tiene

un sentido; esta ambigüedad viene de un sentimiento de fondo exasperado en donde son intercambiables los seres, los tiempos, los amores, las muertes, los ascos, los miedos y olvidos. La tercera audacia de Idea está en la crudeza de temas y términos, que algunos juzgan escandalosa. Hugo Emilio Pedemonte despacha, a nuestro ver, toda su errata en este vistazo: "El narcisismo literario puede ser también la auto-contemplación de una imagen repulsiva, o aun de una imagen sicalíptica. (...) Pero de todo esto no queda una imagen de poesía."

Narcisismo o no, creemos que es para todo el mundo perceptible la fuente de angustia de donde nace esta poesía y el ritmo con que brota. Y pese a ser esta materia que trabaja el poeta, de crisis extrema y desgarramiento, el estilo no ha perdido sino ganado en brevedad, excluyéndose la adjetivación, la imagen, la preparación, la morosidad. Todo es aquí desnudamiento: externo e interno, de alma y de cuerpo; y diremos mejor, hasta de vida, la que parece estar sólo en un hilo, en estos poemas hechos casi siempre de situaciones y palabras finales.

Emir Rodríguez Monegal que ha comentado extensamente en 1956 (Marcha N° 824) el mundo poético de Idea Vilariño, calificó como una temporada en el infierno la experiencia poética que surgió de Idea, después de haber padecido larga y terrible enfermedad. "El poeta ha mudado de piel" (...) "Hay poetas que han estado en el infierno y que traen las señales del fuego en la piel de las manos y en el brillo de los ojos sombríos. Baudelaire (que tiene tanto de común con esta poesía) fue uno de ellos; también lo fue Rimbaud; también lo es Idea Vilariño."

Si hemos citado este juicio es para decir que no estamos de acuerdo. En nada se favorece Idea con estas comparaciones. Y además, lo que ella ha escrito nos parece que ha llevado otro camino. Hay en Baudelaire una experiencia del mal como certidumbre y pecado; y hay en Rimbaud una videncia en la tempestad que no aparecen en la poesía de Idea, y son atributos superiores de aquéllos. La poesía de Idea no ha estado en el infierno, porque para ella no hay infierno. El mundo del pecado no ha aflorado jamás en su poesía. No recordamos un solo verso en que se muestre —aunque más no sea como metáfora— el diablo, Dios, las virtudes y los pecados.

Toda ella, toda su poesía está encerrada a cal y canto en el mundo del sistema nervioso. Toda ella es sensibilidad. La lucidez, su idea del ritmo, que podrían desprenderla, con su vida propia, de sus cárceles sensibles, están por el contrario al servicio de éstas.

Su lucidez le suministra convicciones mortales a su desolación. El ritmo actúa como doméstico de su vértigo interior.

El pensamiento que nos hacemos del infierno está para Idea en esta vida. Y sorprende que asaz numerosas aventuras padecidas; largas, terribles horas de enfermedad no hayan dejado en ella nada de esa sabiduría y magisterio que se ha juzgado milenariamente dádiva inapreciable del dolor. En este momento, y por supuesto, nos estamos refiriendo estrictamente al juicio que deducimos de su obra lírica.

En cuanto a las influencias que ésta ha recibido, si bien hablan algunos de Juan Ramón Jiménez y Emilio Oribe; y otros, de Pedro Salinas, nosotros creemos que las ha superado todas, y hallado su propia voz: la más cruda y audaz en la historia entera de nuestra poesía femenina; viva en su angustia como hierro al rojo.

Obras: La Suplicante (1945); Cielo cielo (1947); Paraíso perdido (1949); Por aire sucio (1951); Nocturnos (1955); Poemas de amor (1958).

Verano

(fragmento)

I

Transparente los aires transparentes
la hoz de la mañana
los blancos montes tibios
los gestos de las olas
todo ese mar todo ese mar que cumple
su profunda tarea
el mar ensimismado
el mar
a esa hora de miel en que el instinto
zumba como una abeja somnolienta.

II

Sol amor azucenas dilatadas marinas
ramas rubias sensibles y tiernas como cuerpos
vastas arenas pálidas.
Transparentes los aires transparentes
las voces el silencio
A orillas del amor del mar de la mañana
en la arena caliente temblante de blancura
cada uno es un fruto madurando su muerte.

(Paraíso Perdido)

El Olvido

Cuando una boca suave boca dormida besa
como muriendo entonces
a veces cuando llega más allá de los labios
y los párpados caen colmados de deseo
tan silenciosamente como consiente el aire
la piel con su azarosa tibieza pide noches
y la boca besada
en su inefable goce pide noches también.

Ah noches silenciosas de oscuras lunas suaves
noches largas suntuosas cruzadas de palomas
en un aire hecho manos amor ternura dada
noches como navíos.

Es entonces en la alta pasión cuando el que besa
sabe ah demasiado sin tregua y ve que ahora
el mundo le deviene un milagro lejano
que le abren los labios aún hondos estíos
que su conciencia abdica
que está por fin él mismo olvidado en el beso
y un viento apasionado le desnuda las sienes
es entonces que descienden los párpados
y se estremece el aire con un dejo de vida
y se estremece aún
lo que no es aire el haz ardiente del cabello
el terciopelo ahora de la voz y a veces
la ilusión ya poblada de muertes en suspenso.

(Paraiso Perd' do)

Paraiso Perdido

Lejano infancia paraíso cielo
oh seguro seguro paraíso.
Quiero pedir que no y volver. No quiero
oh no quiero no quiero madre mía
no quiero ya no quiero no este mundo.
Harta es la luz con mano de tristeza
harta la sucia sucia luz vestida
hartas la voz la boca la catada
y regustada inercia de la forma.
Si no da para el día si el cansancio
si la esperanza triturada y la alta
pesadumbre no dan para la vida
si el tiempo arrastra muerto de un costado
si todo para arder para sumirse
para dejar la voz temblando, estarse

el cuerpo destinado la mirada
golpeada el nombre herido rindan cuentas.
No quiero ya no quiero hacer señales
mover la mano no ni la mirada
ni el corazón. No quiero ya no quiero
la sucia sucia sucia luz del día.
Lejano infancia paraíso cielo
oh seguro seguro paraíso.

(Paraiso Perd' do)

Si Muriera esta Noche

Si muriera esta noche
si pudiera morir
si me muriera
si este coito feroz interminable
peleado y sin clemencia
abrazo sin piedad
beso sin tregua
alcanzara su colmo
y se aflojara
si ahora mismo
si ahora
entornando los ojos me muriera
sintiera que ya no está
que ya el afán cesó
y la luz ya no fuera un haz de espadas
y el aire ya no fuera un haz de espadas
y el dolor de los otros y el amor y vivir
y todo ya no fuera un haz de espadas
y acabara conmigo
para mí
para siempre
y que ya no doliera
y que ya no doliera.

(Nocturnos)

A la Noche

Inútil estrellar
colmena enloquecida
dame tu soledad
tu eternidad helada
tu tinta ciega tu ancha
y estúpida maniobra
lo que sea con tal
de que vele los ojos
de que tape la boca
lo que venga con tal
de que no sea el día
que no sean los hombres
sus mequinos revólveres
sus manos extendidas.
Dame el agua violenta de tu pozo
tu abismo tu ceguera
tus horrores
dame la soledad
la muerte el frío
todo
todo antes que este sucio
relente de los hombres.

(Nocturnos)

Noche sin Nadie

Noche sin nadie noche en la espesura
de la sombra que niega
tanto fervor y tanta
desperdiciada vida.
Noche cerrada y ciega
sin nadie
en la locura
de una pasión entera fracasando en la sombra

dándose con las cuatro paredes
con la hora
y además con la ausencia
y además y además
con la soledad cierta de implacable certeza
y pasión sin objeto
y además consumida
y además ya sin fuerzas
y además y además
abatida en sí misma
enterrada en la noche
fracasando en el sueño.

(Nocturnos)

De Nuevo

De nuevo está la muerte
rondando y como antes
escrupulosamente
me roe todo apoyo
me quiere fiel y libre
me aparta de los otros
me marca
me precisa
para mejor borrarne.

(Nocturnos)

El Encuentro

Todo es tuyo
por ti
va a tu mano tu oído tu mirada
iba
fué
siempre fue
te busca
te buscaba

*te buscó antes
siempre
desde la misma noche en que fui concebida.
Te lloraba al nacer
te aprendía en la escuela
te amaba en los amores de entonces
y en los otros.
Después
todas las cosas
los amigos los libros
los fracasos
la angustia los veranos las tareas
enfermedades ociosos confianzas
todo estaba marcado
todo iba
encaminado ciego
rendido
hacia el lugar
donde ibas a pasar
para que lo encontraras
para que lo pisaras.*

(Poemas de amor)

El Testigo

*Yo no te pido nada
yo no te acepto nada.
Alcanza con que estés
en el mundo
con que sepas que estoy
en el mundo
con que seas
me seas
testigo juez y dios.
Si no
para qué todo.*

(Poemas de amor)

Ya no

*Ya no será
ya no
no viviremos juntos
no criaré a tu hijo
no coseré tu ropa
no te tendré de noche
no te besaré al irme.
Nunca sabrás quien fui
por qué me amaron otros.
No llegaré a saber por qué ni cómo nunca
ni si era de verdad
lo que dijiste que era
ni quien fuiste
ni qué fui para ti
ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.
Ya no soy más que yo
para siempre y tú ya
no será para mí
más que tú. Ya no estás
en un día futuro
no sabré dónde vives
con quién
ni si te acuerdas.
No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.
No volveré a tocarte.
No te veré morir.*

(Poemas de amor)

No te Amaba

No te amaba
no te amo
bien sé que no
que no
que es la hora
es la luz
la tarde de verano.
Lo sé
pero te amo
ahora te amo
hoy
esta tarde te amo
como te amé otras tardes
desesperadamente
con ciego amor
con ira
con tristísima ciencia
más allá de deseos
o ilusiones
o esperas
y esperando no obstante
esperándote
viendo
que venías
por fin
que llegabas
de paso.

(*Poemas de amor*)

Amanda Berenguer (1923)

Si recorremos la trayectoria de esta poetisa —veinte años justos— desde la “Elegía por la muerte de Paul Valery hasta “Objeto Volador Identificado”, poema inédito aparecido en la página “Al pie de las letras” de “La Mañana” (29-X-1965), nosotros vemos en primer término, y desde el punto de vista de la forma y del ser íntimo, un cambio diametral.

La primera manera, bajo la influencia de la poesía pura, culminó para nosotros en “Leda”. Obtuvo esta composición un lugar destacadísimo en el Concurso de Poesía de “Amigos del Arte”, y fue publicada en “Marcha” en 1949 (Nº 508). Recordamos el entusiasmo con que nos ha hablado de ella don Carlos Rodríguez Pintos, miembro del jurado en aquella ocasión. Efectivamente, releída a los años, creemos hallar fragmentos de ese tipo de belleza que cautivara tanto en nuestros años veinte: lucidez ardiente, armonía de sonido, seducción secreta de lo escultórico.

Ya por influencia de Proust, de Henri James, de Gide, del argentino Borges, y sobre todo, de Valery, cierto sector de la juventud de entonces cuidaba su estilo como si fuera la letra de una ley. Sin duda que esas vigiliadas dieron su fruto, pero aislaban al aprendiz en los libros y en la imitación, haciéndole creer que era otro su ser personal. Lo inadaptaban asimismo con el contorno real e histórico. Mas, ¿qué generación criolla ha podido escapar a este colonialismo?

Tres o cuatro años más tarde la voz propia de esta poetisa se insinúa cuando publica “El Río”. Hay todavía vacilaciones e imitaciones. Los temas son generales, o el alma del poeta generaliza en ellos. No se ve lo concreto, lo particular. El coraje para presentarse tal como se es, vacila.

El afianzamiento progresivo de este lirismo no es sólo un irse librando de adherencias sino una intuición y adhesión creciente al signo personal. Así, la fuerza melancólica y espantada que muestra en “La Invita-

ción" como una mezcla ardiente y fúnebre, en momentos breves e intensos y con palabras cada vez más propias.

Posteriormente en "Contracanto", Amanda Berenguer realiza una experiencia de la poesía popular, mas acercándose con cautela. Aires españoles y rioplatenses de cielito y vidala. De ellos damos dos delicadísimos ejemplos en nuestra selección.

Desde 1963, es la angustia del mundo contemporáneo atomizando la suya, el tema dominante. Obsérvense estos títulos de poemas tan lejanos al de "Leda": "Carrestía", "Tarea doméstica", "El dedo en la llaga", "Estación La Angustia". Hubo siempre en esta poesía una obsesión por la muerte. Mas ese miedo, concretado anteriormente a la suerte individual, se hace ahora uno solo con la amenaza del universal cataclismo.

Si nuestro juicio es exacto existirían tres momentos en esta historia de veinte años de poesía: uno primero, de imitación; un segundo, de aguda trepidación personal; y un tercero en que acercándose a la inspiración popular, ya invadida por este clima contemporáneo de Apocalipsis, procura el yo hacerse patria, pueblo, universo.

Lo que le ha faltado a esta poesía, a nuestro ver, es una fuerte individuación, aunque no ha carecido, sin embargo, de temblor. Incluso éste recorre toda la gama, desde lo aéreo y delicado hasta lo extremo. Pero —no sabemos si esta aclaración alcanzará— es un temblor que no individualiza, que no nos permite ver un ser concreto, en una hora dada, frente a otro ser o a lo que sea, resumiendo una experiencia del corazón estrictamente personal. Piénsese por ejemplo en un poeta como Abellá. Y si lo que se busca dar no es una síntesis sino una sensación nueva, inédita, podría servirnos de ejemplo un poeta como Fernando Pereda.

Decimos esto porque no nos parece acertado el juicio de Sarah Bollo cuando juzga a esta poesía como de "tonos apagados". Además de los ejemplos en contrario aquí seleccionados, el último poema aparecido de Amanda Berenguer, la muestra, justamente, en un vertiginoso delirio surrealista. Y lo que sobra allí es temperatura. Temperatura, con todo —volvemos a lo mismo— que no identifica al autor, sino lo atomiza en el torbellino cósmico. Quizá ella, deliberadamente, lo ha preferido así.

Obras: Elegía por la muerte de Paul Valery (1945); El Río (1952); La Invitación (1957); Contracanto (1961); Quehaceres e Invenciones (1963).

"sola va y gritos daba"
Anónimo español

*Herida voy de un temporal concierto
entre mis gritos y las hojas secas.
Una fiesta inhumana, siempre viva,
acrecienta el declive y el otoño.
Pero yo sé. Y me estoy despavorida.
Una ardiente techumbre, un cielo rojo,
sangra de arriba y sangran las heridas:
que me estoy dada vuelta y no sé dónde
tengo la carne y dónde las estrellas.
Pero yo sé, aunque de asombro y miedo,
aunque herida de muerte, y ya me alcanza.*

(El Río)

Primavera I

*Hay veces en que estamos sobre el mundo
para ver la espantable maravilla,
en que vemos nacer la primavera
bajo un grito mortal, como los niños.
Hay veces tan difíciles, y estamos
de pie, en la irrespirable tolerancia
de la tierra, entre luces de peligro,
comiéndonos las uñas, escribiendo
una letra con tierra sobre el cielo,
para vernos el hasta dónde, el hasta
cuándo, y vernos a veces como muertos
con los huesos floridos, así reyes
yacentes y enjoyados. Para vernos.
Y hay veces entre otras, tan serenas,
en que vamos de sombra, y no se ve.*

(La Invitación)

*Felina, fina, amarilla
la orilla.
Yo la miraba.
Cerca del alma moria,
callada,
una larga playa iba
abriéndose en el alma.*

(Contracanto)

*Alamos tristes, cuando yo muera,
lloradme apenas. Sólo las hojas,
mover las hojas de esa manera,
alamos tristes, cuando yo muera.*

(Contracanteo)

Paisaje

*Una estrella suicida, una luz mala,
cuelga, desnuda, desde el cielo raso.
Su cerrada corona acaso sangra.
Acaso su retinado es este instante.
Crecido el mar debajo de la cama
arrastra los zafatos con mis pasos
finales. Sacan los árboles vivos
un esqueleto mío del espejo.
En el techo los pájaros que vuelan
de mis ojos brillan fijamente.
Acaso no esté sola para siempre.
La mesa cruje bajo el peso usado
de las hojas secas. Un viento adentro
cierra la puerta y la ventana y abre
de pronto, entre cadáveres, la noche.
También mi corazón. Ya voy, tinieblas.*

(La Invitación)

La Entrega

*Si entreabriera la trampa, si aflojara
esta cuerda tenaz, esta cerrada
coronaria y alzara el corazón
como una llamarada entre los hechos
verdaderos, una luz viva de espanto
anunciaria el fin del mundo. Dioses,
entonces bebería en esta última cena,
entre los jugos terrenales,
de esta inmortalidad que nos rodea
hasta embriagarme de su vino y cuerpo.
Vanos como la luna brillarían
mis despojos o ese traje real
que siempre llevé puesto. Pero no hay
respiro, ni alce, ni descanso alguno.
A veces pido al fin, socorro a gritos.
Si pudiera salvar esta celada,
si pudiera llegar al otro lado
con este sol corpóreo amaneciendo
como rehén del alma, y me entregara.*

(Quehaceres e Invenciones)

Cuando los Pájaros

*Cuando los pájaros huyeron
disparados hacia la frondosa copa celeste
y atravesaron a duros golpes de ala
esa altiva materia enajenada por la sombra,
desde cada brecha abierta
saltó la luz.
Y vi que estaba desierta entonces
la casa a mi alrededor
y entre las últimas patas quebradas
de la mesa,
la piel del amor recién sacrificado,
como una jaula vacía.*

(Quehaceres e Invenciones)

Carestía

*Si el sosegado abrazo implacable
aprieta y es parecería anuncio
de un silencio de paro general,
el astuto bienestar trepa por las venas
de piso en piso, de apagón en ciernes,
y entremira hacia abajo por el pozo
desalmado de los ascensores.*

*Cuesta caro hoy en día mantener
el corazón
con títulos de propiedad perecedera,
alimentarlo a duras penas
de esa historia celeste
atada como un pájaro a un mástil
que deriva.*

*Es escaso el salario y la vigilia
vuela entre racionados alimentos
de primera necesidad
buscando sueño, azúcar verdadera,
los puestos de la gloria, harina, sal
y tiempo bajo los fríos menudos de las aves
por quilo, al peso, limpios, insepultos.*

*Y vale la pena su valor en ramos,
y vale la pena escalar la desusada
altura. ¿Pero quién sube, vamos,
a ese helicóptero incendiado
para tocar la nube pasajera?*

*Quién se aventure, cruja y crepite,
que en eso está la gracia
de este día feriado, interminable.*

(Quehaceres e Inventiones)

Dora Isella Rusell (1923)

Ya en 1944, comentando "Sonetos" decía Sara Rey Alvarez de esta poetisa: "Sus sonetos dejan la impresión de que temiera penetrar en el arcano de las cosas y de sí misma para arrancarles a éstas sus secretos y para descubrir su propia efigie" (Alfar N° 84).

Desde este punto de vista, las cosas no mejoraron con la publicación de "Oleaje". Nada valieron las prologales cortesías de Ventura García Calderón que trocaba estos oleajes por "incendios". Según el "asirio" H. B. "la nostalgia de lo no vivido se reitera a través de su obra"; y se desmanda luego el bibliografista en una demolición entusiastamente sostenida (Asir N° 18).

El punto de vista se mantiene aun después de la aparición de las mejores obras de Russell. Y es H. E. Pedemonte quien lo confirma, pero se encarga además de poner las cosas en su verdadero sitio: "Su estilo que presenta una gran solidez formal ha dado ya algunos de los más hermosos sonetos de la nueva poesía: lo que Isella Rusell no ha hecho aún es darse ella misma en plenitud".

La propia poetisa se ha encargado de su actitud en "Autobiografía Poética" (Rev. Nacional N° 203). Acepta que su espíritu es "animoso y cobarde, insurrecto y plañidero, ardiente y laxo", como se lo señala García Calderón. Es consciente de proseguir con su "reclamo de insatisfacciones" a las que opone el ímpetu, "la vocación de realizar". Incluso nos habla de su narcisismo cuando declara que voluntariamente mimaba sus lágrimas y heridas, "tan cabalmente que nunca más pude desterrar de mí el sabor de la elegía". Llega aún más lejos. En el poema titulado "Yo" se leen estos dos versos: "Allende mi egoísmo nada existe, — y soy mi libertad y soy mi muro."

Esto en cuanto a la visión de sí misma. En cuanto a su defensa: una temprana vocación por la soledad,

por la poesía; afinidad con lo sombrío; intuición de que "era inútil pedirle primicias a la vida" — "ni las primeras rosas que no pido". Más tarde, la aceptación fatalista: "los paraísos se vuelven a perder repetidamente a lo largo de la vida". Y sobre todo, muy contenta de ser "Russell"; "firme como la roca en el agua", según la etimología que ella declara de esta voz inglesa.

Ahora bien, para Dora Isella no se trata de superar la contradicción sino de vivirla. Bien se siente en sus versos que detestaría, tanto como por la entrega, terminar el conflicto o atenuarlo, por medio de una evasión en el ascetismo o la frialdad. En cuanto a la belleza de sus sonetos compartimos el juicio de Pelemonte.

Obras: Sonetos (1943); Canto Irremediable (1946); Oleaje (1949); El otro olvido (1952); Los Barcos de la Noche (1954); Tiempo y Memoria (1964).

VII

*He sido, en soledad, la constructora
de mi desesperanza y mi muralla.
Un reclamo de amor que no se acalla
me muerde el corazón hora tras hora.*

*¿Sobre qué playa mi pasión demora
la libre voluntad de la batalla?
Acaso el sueño donde el Sueño encalla
ponga besos de espumas en la proa.*

*Es el mar y la noche, la divina
conjugación de sombras, que recorta
la media luna de cuchilla fina.*

*Con su hoz insomne, mi desvelo corta
un jirón de amargura y de neblina
en mi tristeza que ya a nadie importa.*

(Los Barcos de la Noche)

Tres Sonetos del Amor Viajero

I

*Amor inesperado, amor viajeros
soy el pequeño nombre que se olvida.
A la vuelta de mí ya está perdida
la cifra de mi tiempo verdadero.*

*Amor de adiós en pleno día: quiero
darte la lumbre intacta de mi vida
que es nada más que soledad y herida.
Y te eternizo en tanto que me muero.*

*Supe que era la hora, y fue la hora:
centella del deseo en la mirada,
el corazón inquieto que se azora*

*y la palabra nunca pronunciada.
(Sólo retengo mi precario ahora
y si el amor pregunta digo: nada).*

II

*Amor que me llegaste como un río
de imprevista ternura desbordada:
está mi dulcedumbre avasallada
entre deslumbramiento y desafío.*

*Y entre nostalgia y miedo te sonrío
y al azar de mi voz desorientada
sé que en la vida estoy mal ubicada
andando entre cordura y desvarío.*

*Estoy aquí? Acaso ya me he ido
desde mi sangre hasta la tuya, ardiendo
entre los labios el tumulto herido*

*que se debe acallar para ir viviendo.
(Estoy de pie, en medio de tu olvido,
tu nombre entre mi llanto repitiendo).*

III

*Amor que se acercó a decirme: un día,
y que se va mientras me dice:luego,
Amor que crece como crece el fuego,
en llamaradas de melancolía.*

*Amor que vuelve desde mi agonía,
amor en que me afirmo y en que niego,
amor definitivo al que le entrego
esta resurrección y esta elegía.*

*Amor que sin querer golpeó la puerta
de mi secreta sangre remansada,
amor que hallóme en la heredad desierta
dueña de algún jazmín y alguna espada
—tan solitaria, mínima y alerta—
me dió su fe, su beso, y su mirada.*

(Los Barcos de la Noche)

Morir

*Ya no te aguardo, amor. Nunca retuve
la forma del deseo, el verdadero
relámpago del tiempo, el duradero
arcángel de la dicha con que anduve.*

*Siempre entre mal y bien, así sostuve
en cobarde equilibrio pasajero,
la ráfaga feliz que algún viajero
trajo hasta mí. Mas yo no lo detuve.*

*Ya no te aguardo, amor. Ya nada tengo
de aquella desvelada fe valiente.*

—Fragil morada, de sus ruinas vengo—

*Ya no te aguardo amor. Miro la fuente
y el agua que se va y que no retengo;
si esto es morir, la muerte es inocente.*

(Los Barcos de la Noche)

Tú

*A duplicar mi soledad viniste,
a herir más hondo donde estaba herida,
a hacerme amar y detestar la vida,
a entristecer a esta mujer tan triste.*

*Tal vez una esperanza me trajiste,
una breve pasión desconocida,
la dicha leve que se fue enseguida.
Luego tan sólo la muchacha triste.*

*Busco mi sueño, el sueño que ahora tiene
nada más que tu nombre; me circunda
esta amarga verdad que me sostiene,*

*y el júbilo insensato que me inunda,
nace en el goce de morir, que viene
a duplicar mi soledad profunda.*

(Los Barcos de la Noche)

Osiris Rodríguez Castillos

(1925)

Hacerle dar un paso más a la poesía gauchesca después de Risso; y al folklore, después de Yupanqui, era una proeza difícil. Este poeta, montevideano por casualidad, ha sabido realizarla. Su infancia y juventud primera son de Sarandí del Yí. En Florida cursó sus estudios liceales, que no terminó. Prefirió echarse a vagar por todo nuestro país, por Argentina y Río Grande do Sul. De esta región provienen sus abuelos y su emoción por lo fronterizo. Cuando él escribe estos versos: "sangre fronteriza — que borra fronteras: — de tan orientala, — ...medio brasileña", muestra patente su profundo y simpático deseo de que eso sea verdad.

Nos parece que la errabundez de su vida se ha motivado más que en urgencias económicas en su necesidad de ver mundo. Por lo menos, respondiendo a una periodista, ha dicho: Y como buen uruguayo, poseo mi trozo de tierra, allá por el Batoví, herencia de mis mayores.

Se trata de una vocación poética temprana y dirigida desde el vamos! en el mismo sentido. Siendo niño escolar ya escribió versos para un río. A los 15 años tenía pronto un libro, que no apareció.

Su popularidad actual debe alcanzar —si no superar— a la de Serafín García. Porque siendo hábil guitarrista y compositor de canciones folklóricas, además de intérprete, tiene a su favor la radio, el disco, la televisión y las giras artísticas a cualquier sitio. Su "Grillo Nochero" lleva en diez años cinco ediciones, y su segundo libro de versos lleva en dos años, dos.

El mundo poético de este autor no parece, por ahora, tan definido como el del Viejo Pancho, Serafín García, Risso y Yupanqui. Es más proteico. Se advierte que ha

leído la lección de sus antecesores pero que lucha a brazo partido por su camino propio. Sin embargo, hay un aspecto en que los ha superado, y es cuando compone el tema épico en tono vibrante. Damos de ello ejemplos en nuestra selección. Debemos a Milton Stelardo la ilustración a este respecto como asimismo una evocación puntual: el parangón que puede hacer con La Cifra, de Yamandú Rodríguez.

Muchos peligros acechan a esta poesía a la que siempre salva la destreza y la emoción del autor. Su lucidez es muy grande, muy precavida, más cuando el tema es popular y no de poesía culta. Aquí ambiciona más, pero intuición y estilo son menos seguros.

Es muy difícil ser un renovador en géneros siempre a punto de agotarse. En poesía gaucha el autor no puede ser un raro, porque obligado a ser intérprete del pueblo debe cantar lo que éste pide. Con todo, en esta provincia conocida existen siempre rinconcitos escondidos, y hombres como Osiris capaces de verlos. Obras: Grillo Nochero (1955); Luna Roja, poema dramático (1957); Cantos del Norte y del Sur (1963).

Leyenda de Sebastián Romero

*Se amaban de nohecita
como la estrella y el grillo
con un agreste y sencillo
cariño de vidalita.*

*Ella ablandaba el desvelo
hasta el temblor del rocío
y él galopaba hacia el frío
desde el alba de un pañuelo...*

*Dicen que lo había querido
por mentas desde gurisa
que le llegó mal herido
con poca sangre y sin prisa.*

*Que ella escondió el parejero;
que ella engañó a la partida
y que le atajó la vida
en los ojales del cuero.*

*Que con maro milagrero
le untó los tajos felices
y el amor echó raíces
en la sangre del matrero*

*y que él le juró altanero:
"Por este puñao de cruces
vivo o muerto entre dos luces
volveré como el lucero".*

II

*Venía de nohecita
desde el alerta de un tero;
la señal, la hacía el lucero
prendiendo una lucecita.*

*Una vena que palpita
con amor, era el sendero
trayendo un trote chasquero
al corazón de una cita.*

*Y era su voz apagada
y el brillo de una testera
y un zaino negro, que fuera
sombra de noche asombrada.*

*Ella lo estaba esperando
con besos y con querellas
"Por vos vivo agonizando
sobre un rosario de estrellas!"*

III

*Una tarde en que venía
lo esperaban al acecho;
cerró la noche en su pecho
plomo de la policía.*

*Al poco rato, los cerros
se llenaron de caranchos
y se erizaban los ranchos
al aullido de los perros...*

*Crepúsculos de mugidos
alzó la hacienda en la brisa
y el silencio, echó ceniza
sobre un silencio caído...*

IV

*La muchacha, desdibuja
su silueta en la tranquera...
Clava una angustia en su espera
el chistar de una coruja...*

*Ruedan negros nubarrones;
el viento se echa en las pajas
y cruza un cortamortajas
tijereteando crespones...*

*"Cruz diablo!... bicho agorero!
Le brota un Avemaría
del fondo de la agüeria
y tiembla por el matrero..."*

*"Amalahya su altanero
juramento se haga cierto".
"Que regrese, vivo o muerto,
cabrestándole al lucero".*

*Y oye el alerta del tero;
y el corazón se le agita
porque camino a la cita
redobla un trote chasquero!*

*Es él! Sebastián Romero!
Brilla en plata brasilera
su chapeo, cual si viniera
goteando estrellas de cuero;*

*raya el zaino parajero
y hace llorar las espuelas
renacido en las vihuelas
de mi pago ganadero!*

(Grillo Nochero)

Camino de los Quileros

*Hay un camino en mi tierra
del pobre que va por pan;
camino de los quileros
por las tierras de Aceguá.*

*Tal vez sin ser bien baquiano
cualquiera lo ha d'encontrar,
pues tiene el pecho de piedra
pero el corazón de pan.*

*Guricito piernas flacas,
barriguita de melón,
donde hay tantas vacas gordas
no hay ni charque para vos...*

*—Tu bisabuelo hizo patria,
tu abuelo fué servidor,
tu padre carnió una oveja
y está preso por ladrón!—*

*Tomá café con fariña
y andá guapiando por a'i...
Mañana, mate cocido;
pasado... Dios proveerá!*

*—Mañana busco el camino
del pobre que va por pan;
si no me para una bala
pasado te traigo más!*

*Caña, yerba, rapadura,
y un rollo 'e naco no más...
—Los pobres contrabandiamos
agatas pa' remediar!—*

*Bien gaucho es el tal camino
pero... es duro de pelar!
Camino de los quileros
por las sierras de Aceguá.*

*...Camino de los quileros
por las sierras de Aceguá!*

(Cantos del Norte y del Sur)

Muerte del Gral. Aparicio Saravia (Masoller)

*...Jué en Masoller;
francamente,
no sé ni cómo explicarlo...
Nunca anduvimos tan fuertes
ni tan bien armaos... ni tantos!*

Dende Tupambay, la cosa
comenzó a dir mejorando
y esa tarde...

éramos tuitos
coronillas y quebrachos:
firmes;

soportando el fuego
que crepitaba a lo largo
de las líneas enemigas
como un granizo cerrado.

Como víboras chiflaban
las moras abriendo claros...

Caiba la gente en racimos...
Se acalambraban los brazos
de rastrillar los jusiles,
y avanzábamos di a ratos...
trompezando con el plomo,
con los gritos, con los cáidos,
con un bárbaro horizonte
de divisas degolladas
y un graznido de clarines
que se estaban atorando
como cuervos con la carne
de la Patria!

...Delirando!

A'i nomás cayó mi jefe;
gaucho crudo hasta el tutano
que sabía espantar las moras
con el poncho, como tábanos,
y a'i nomás otro valiente
picó espuelas sable en mano!

Y cayeron otros jefes
...milagrosos!

Como santos
de melena y barbas blancas

Capitanes con el grado
puesto a dedo... por la Muerte,
corajudos como diablos!

"Firmes!

Firmes mis cachorros!"

—Nos gritaban—

Trompezando!

Pero nada;

Eramos tuitos
coronillas y quebrachos,
y el quebracho no se duebla;
no se quiebra ni llorando;

Nos pitábamos la vida
con el humo'e los disparos!

Por delante'e las guerrillas
como quien anda pastando,
con su escolta y de bandera
desplegada, tranco y tranco,
desfiló el Aguila Blanca
del Cordobés.

Veteranos

que la guerra a lanza seca
talló en cerno de lapacho,
se sacaban el sombrero!
Lo aclamaban lagrimiendo!

Moribundos que boquiaban
se acodaban entre el pasto
pa' morir con esa imagen
en los ojos!

Pa' mirarlo!

Pa' mirar aquella estampa
—que jué orgullo de los gauchos—

*desfilar entre las balas,
de sombrero y poncho blanco!*

*—Aura sé que dos fantasmas
le flanqueaban el caballo...
...Que Chiquito y Gumersindo
lo esperaban pa' escoltarlo,
pa' llevarlo hasta la Gloria
galopando!*

...Galopando!—

*“Viva el General” —gritaban—
“...Cabo Viejo!, viva el Cabo!”*

*El tostaó se abalanzaba
y él lo diba sujetando...*

*Las raliadas divisiones
deliraban a su paso!
Y un repente...
vino un frío
recorriendo el espinazo
de la tropa, y un silencio
nos creció d'entre las manos... ..*

*Sobre el cerro Lunarejo
dió el lucero un grito largo
que rodó por las laderas;
tiritó sobre los pastos;
se erizó sobre la sangre
derramada por el llano;*

*se arrastró por los abrojos,
por las chilcas, por los cardos,
se tajió en las espadañas
temblosas del bañado,
y murió en los ñapindases
monte adentro...
sollozando!*

*Una helada luna llena
vino pálida a besarlo...*

*Ni los grillos se escuchaban...
La frescura de los pastos
perjumó los cojinillos
donde se iban desangrando...*

*No dejaba ni un momento
de acordarse de sus gauchos!*

*...Yo lo ví poco más tarde;
Lo llevaban entre cuatro...*

*Sobre un zarzo'e maniadores
y de lanzas...*

*entre cuatro...
Se llevaban el coraje
del ejército!*

Entre cuatro!!

(Cantos del Norte y del Sur)

Canto al Abuelo Gaucho

II

Estás al pie del caballo.

*Con un aire de nostalgia
miras —por sobre el lomillo—
los rasgos de tu campaña...*

*Toda tu sabiduría,
se expresa en una mirada
que dice adiós a la tierra,
al aire, al fuego, y al agua...*

*Vas desatando correones
y acomodando cacharpas.*

Grita un clarín a lo lejos,
y un crepitar de descargas
incendia el cielo, amarillo
como si fuese de chala.

"A'i habló 'la tartamuda"...
—gruñe un decir de entre barbas—
"No ha de ser cristiano el gringo
"que inventó matar a máquina..."

—Y en toda la montonera
retumba una carcajada—

A tus pies, en ese llano
donde debieran las vacas
estar pastando tranquilas,
muerde el aire la metralla.
La sangre salió de madre
con un temporal de rabia
que escupe rojas centellas
por las bocas de las armas.

Huméa en los cañadones.
Se extiende por las vaguadas
donde los pastos se erizan
de horror y desesperanza.

Ya estás a caballo, abuelo.

Ya en el aire, tu tacuara
clava el fantástico acento
que agudizó tu palabra.

Tus fieros ojos, hundidos
bajo el frontal de patriarca,
se encienden en la bandera
chamuscada por las balas,
y son —en fogones hondos—
dos campamentos de rabia.

Un negro —clarín heroico—
empina el codo, y se baña
con frases color de bronce
como si fuese una estatua.

Juicio Final de los Gauchos:

El clarín, pare la carga.

Crujen hondo los garrones.

Las sierras vomitan lanzas.

Los cascos, quiebran las piedras.

Siegan los pastos.

Esbaran

a la orilla de la sangre.

Las espuelas los levantan.
Los lanceros, tienen prisa
por atorar la guadaña.

Van...

Mordiendo los barbijos.

Sopesando la moharras.
Cada cual elige un punto
para quebrar la vanguardia
destrozándola a zarpazos.
De pronto...

"La carcajada
del diablo" sale al encuentro
de los héroes.

Los alcanza,
y es como un muro de plomo
que el Siglo Veinte levanta
para que el gaucho no pase
con su historia y su esperanza!

Con un trágico relincho,
los primeros potros se alzan
en balance prodigioso.
Buscan el azul.

Resbalan
cielo abajo,
y se derrumban
astillando las tacuaras.

Pero hay más.
Vienen sedientos.
Mueren bebiendo las balas
con la furia de la sangre.
De los huesos.

De las almas.
Pero hay más.
Son unos pocos.

Los últimos.
Los de "yapa"
Vienen "por lujo" a la muerte.

Vienen a ver si le tapan
la boca a "la tartamuda"
con el poncho.

Ya no alcanzan
a verla, pero la buscan
con una ciega mirada
mientras ruedan los caballos
chicoteando con las ancas.
Pero hay más

Un veterano
de melena y barbas blancas.

Quedó de a pie y malherido
pero se afirma... y se arrastra.

Es...

El Alma de la Tierra.

Es,
el Hueso de la Patria.
Es la Carne de la Historia.
La concreción de la Raza.

No puede morir!
Y muere.

No han de matarlo!
Y lo matan.

Mientras él siga avanzando
no morirá la Esperanza.

Pero la Esperanza tiene
todo el frío en las entrañas.

Redobla a muerte su pecho—
tambor para la metralla—

La Esperanza está perdida.

Se retuerce y se desangra
como una rosa de fuego
que en su color se incendiara!

Abuelo gaucho!

Estás muerto...

Tu yunque, muerto.

Tu fragua.

Tu pecho de bronce vivo,
muerto en un bronce de estatua.

Muerto, el alto cristianismo
que descarnaste en "gauchada",

y hasta tu muerte, está muerta
de olvido sobre estas pampas.

Abuelo...

Ya somos pocos
en la tierra profanada
los que aún vemos tu silueta
perfilarse en la distancia—
monumental— sobre un siglo
tubiano de noche y alba.

Pero esos pocos,
vivimos
recordando en las guitarras
que —cuando vino a llamarte—
la Muerte tartamudeaba!

(Cantos del Norte y del Sur)

Romance del Malevo

Para mi perro Leal (el que me envenenó un milico)

I

Yo no atrancaba la puerta
de mi rancho, ni durmiendo;
¿pa qué? si del lao de ajuera,
por malo que juese'l tiempo,
la enrejaba de colmillos
el coraje de mi perro!

Cimarrón; medio atigrao.
Lo hallé perdido en las sierras,
boquiando de agusanao.
Malo, como manga'e piedras!
Tuve que trairlo enlazao
pa curarle las bicheras!

Y... a'i se quedó; aquerenciao.
Compañero de horas lerdas...
Trotiando abajo'el estribo
ni carculaba las leguas!
y ande afluejaba la cincha,
se echaba a cuidar 'las priendas.

Eso si ¿eh? Muy delicao!...
¿Manosiarlo? Ni le cuento!
Se ponía di ojo estraviao
y se l'erizaba'l pelo.
Conque... tenía bien ganao
su apelativo: "El Malevo".

Qué animal capacitao
pal trabajo en campo abierto!
Había que verlo al mentao
trajinando en un rodeo...
De ser cristiano, clavao
qu'era dotor aquel perro!

¿Yo echar tropilla'l corral?
Le chiflaba entre dos dedos,
y embretaos en el chiflido
me los traiba clin al viento;
y era un abrojo, priendido
de los garrones de un trueno!

Una vez, bandiando tropa
con mucha'agua en el Río Negro,
cai quebrao di un apretón
entre un remolino'e cuernos,
y me ganó la mollera
l'escuridá y el silencio...

Cuando golví'abrir los ojos,
cruzaba una nube'l cielo...
Gemidos y lambetazos
llegaban como de lejos...

Redepente comprendi!
Medio me senté en el suelo
pa darle gracias:

“Hermano!
“désta, te quedo debiendo.
“No me halla ni el pan bendito
“si no me sacás Malevo!”
y una inmensa gratitú
se me atracó en el garguero!!

Güeno; la cosa pasó.
Yo dentré pal casamiento.
Hice'l horno, la cocina...
Mi rancho estiró un alero,
y en su chücara clinera
charquió el arroró, y el rezo.

A los dos años, gatiaba
mi gurí sobre un pelego!
O andaba por'l guardapatio,
priendido a la cruz del perro;
ah! porque'l me le sacó
las cosquillas al Malevo

...Lo habrá tomao por cachorro
de su cría, el pendenciero...
Le soportaba imprudencias,
se priestaba pa sus juegos,
y ande amenazaba'cáirse
se l'echaba abajo'el cuerpo!

La cosa jué tan de golpe
que hasta me parece cuento...
Jué después de un mediodía,
como pa fines d'enero:
Yo me había echao en el catre
pa descabezar un sueño:

la patrona, trajinaba...
prosiando con el borrego;

y un redepente, aquel grito
como de terror: “Rosendooo!”
Y ya me pelé al patio
manotiando el caronero.

Ella, estaba contra'l horno
tartamudiando en silencio;
tenía el gurisito, alzao,
tembloroso contra'l pecho;
y avanzando, agazapao
como una fiera, mi perro!

Enseñaba unos colmillos
como puñales! Los pelos
se le habían parao de un modo
que costaba conocerlo,
y en las brasas de sus ojos
se habían quemao los recuerdos!

De un salto me puse enfrente;
le pegué el grito: “Malevo!”
lo vi soltar una baba;
—“está rabioso, Rosendo!”—
“No te me acerqués hermano!
“Echá p'atrás!
Juera perro!!”

Redepente me saltó:
ladié pa un costao el cuerpo,
sentí como que la mano
lo topaba contra el pecho,
y cayó; cuasi sin ruido;
como una jerga en el suelo...

Cuando lo miré, los ojos
se le habían puesto muy güenos,
como dándome las gracias!
Se le acertaba el resuello!
Se arrastró, lambió mis pieses
y... me brotó un lagrimo...

*"No tenía pa elegir
"hermano! tabas enfermo...
"Jué po'l, cachorro, ¿sabés?
"de nó no lo hub:era hecho!"
Menió la cola una vez...
dos veces... y quedó muerto!*

*Por eso es que, desde entonces,
no me gusta tener perro;
y cuando voy de a caballo,
me parece que lo sienta
seguir abajo'el estribo,
trote y trote por el tiempo!*

(Grillo Nochero)

Ricardo Paseyro (1926)

Estamos seguros, sin consultarlo, que este poeta —nacido en Mercedes y radicado en París desde 1949— desearía ser presentado por el más cercano, el más querido y el más hermano suyo de sus amigos: Guido Castillo. De este modo ya lo ha presentado éste: "Es apasionado y vehemente aun para asumir cualquier actitud por insignificante que parezca, y posee una rara habilidad para crearse dificultades. Este joven turbulento de precoz cultura y pertinaz desorden, en quien todos viéramos muy hermosas virtudes amontonadas al descuido, considerándolo por lo tanto altamente incapacitado para realizar nada serio, hasta que en un porvenir muy remoto alcanzarse una problemática madurez, hizo un largo viaje por Europa y el Medio Oriente, dejó vegetar su barba y nos dio una sorpresa. Después de haberse dado unos cuantos baños tumbales en Egipto, acompañando por unos meses a las momias y sarcófagos milenarios, y de haber recorrido Grecia e Italia; después de mantener un duelo consular a puño y pie en un vago país oriental, porque sus padres tuvieron la mala ocurrencia de llamarlo Samuel además de Ricardo; después de haber atardecido en el Monte Parnaso y trasnochado en los cafés de Mont Parnasse, se afeitó y volvió a su tierra con el que, a mi entender, es uno de los mejores libros de poemas que, en estos últimos años, se ha escrito en el Río de la Plata" (Asir N° 16-17, 1950). Este libro al que hace referencia Guido Castillo es el primero de Paseyro, "Plegaria por las cosas", del cual el mismo presentante escribe: Su poesía es casi siempre la evocación romántica e inocente de un recuerdo, en donde la actualidad de las cosas es nada más que el reflejo de una historia perdida, de un fuego distante, el humo que teje y entreteje al mundo, el esfumino que hace del mundo una sorpresa mágica.

De la misma obra decía José Bergamín que era de los pocos libros verdaderamente juveniles, y que raras

veces aciertan a escribir los poetas veinteañeros. En cuanto al juicio de Castillo, su frase: "la actualidad de las cosas es nada más que el reflejo de una historia perdida", es válida aun para la poesía posterior de Passeyro.

Poesía de clara ascendencia española emparentada, según H.E. Pedemonte, con la de Jorge Guillén y Cernuda; influida, según otros, por el juanramonismo. Su poesía anhela y logra poseer en los mejores casos, la limpidez, la frescura, las vítreas y aéreas transparencias de las nostalgias primeras y perdidas; después, su gran lucidez se hace más enigmática, se endurece un tanto de intelectualidad, y sus obsesiones son entonces el tiempo y la muerte. Pero esperamos que nuestra selección sea capaz de mostrar lo que ha sabido realizar en medio de esas inefabilidades.

Estos tres temas —nostalgia, tiempo, muerte— son para él, visión del mundo, mediante la Poesía, de la que dice: "no es la mitad de mi vida, es toda mi vida, la única vida que tengo; y a la que define: Lo que vive es lo que no se ve, es la poesía que secretamente nos asalta y nos reduce, temblorosos siervos, a su merced".

Obras: Plegaria por las Cosas (1950); Poema para un bestiario egipcio (1951); El Costado del Fuego (1956); Música para Buhos (1959); Arbol de ruinas (reunión de los cuatro libros anteriores, 1961).

Gris y Rayo

I

*Los almanaques mienten. Julio, mes dorado,
trajo alborotos grises, remolinos
de rosas viejas, líneas que no aprietan
contornos: todo en danza,
nunca rotundo, nunca fiel a límite.
El cielo se desmalla en un diluvio
de plomo: hilos de azogue
sesgan el ala como pájaros,
rompen el aire, esfuman árboles,
liman perfiles lentos a morir.*

II

Galerías

*que abre la lluvia en los caminos altos
del espacio!*

III

Y el rayo,

*¡qué convidar la nube que le tienta!
Fulgura, muestra el borde de la mano,
hace la rueda, clama,
quiere alzarse de tierra, entrar en vuelo.
Y ya con alarido
—sol instantáneo, témpano de fuego—
surca la esfera y atraviesa el tiempo.
Queda el cielo más limpio y más vacío.*

(El costado del fuego)

Un Canto de Frontera

*Loca de un día, el alma, ¿a qué me sirve
si pesa tanto y va tan prisionera?
Dejarse ir como si se viviese,
como si hubiera dimensión y tiempo,
como si esta envoltura estremecida
viviese, fuera cierto y fuera mía.
Saberse muerto y respirar tranquilo,
callar, no resistir, abrir las venas
y dejar que el dolor tuerza los huesos,
funda los nervios y la voz deshaga:
dejarse ir como si se viviese,
saberse muerto y respirar tranquilo!*

(El costado del fuego)

Ser y no Ser

*¡Ah si se pudiera,
desmantelado, inerte, como una barca al viento,
empaparse de un puro infinito naufragio
en todo cielo y todo mar, y toda
potencia de los ojos!*

*Ah!, si se pudiera
dormir, tenderse en el vacío
intachable, seguro, desvivido,
y detener la rueda navegante del tiempo
y matar la conciencia, ese mono
que va de árbol en árbol!*

(El costado del fuego)

Fe de Vida

Viva la luz del día...

Juan Ramón Jiménez

*¡Viva el cielo de otoño,
viva la nube suave
y la cúpula sola
fulgurante!
¡Viva lo que transcurre,
viva el sol que se ha ido,
viva el tiempo que pasa
despavorido!
¡Viva el tiempo que vuelve,
viva la sombra nueva
y la noche que sube
de la tierra!
¡Viva el cerco de abismos
que nos ciega!*

(Música para buhos)

Haya Purpúrea

*Para el haya purpúrea
del Pré Catalán*

*del Pré Catalán
El sol no dora, quema.
Su luz blanca
tiñe de púrpura las hayas.
Arde la copa, casi toca hierba
el ondulante incendio de las hojas.
¡Y qué frescor, adentro! Qué vivir
—el tronco mármol, ya y el pie
como una garra fiera.
¡Y cuánto espacio
lugar grande del alma entre las ramas!*

(Música para buhos)

II Penseroso

Traigo cuenta de los años,
lo que acaba y lo que empieza,
como si el tiempo que pasa
no fuese el tiempo que queda.
Protesto lo que no fui
y arguyo lo que me espera
como si el hombre que fuere
no será el hombre que fuera.
El cuerpo que va conmigo
no sabe el alma que lleva:
el alma juega a Don Juan,
el cuerpo juega a doncella.
Vivo por miedo a morir
la muerte tanto me asedia,
que aunque me mate su paz
no quiero vivir su guerra.

(Arbol en Ruinas)

Humberto Megget (1926-1951)

Nacido en Paysandú, vivió sólo 24 años, y falleció en Montevideo. La enfermedad que acabó con su vida, aunque larga y penosa, no era mortal.

A los 17 años intentó con una revista *Letras*, desaparecida tras su primera entrega, una aventura que sus presentantes de *Número* juzgaron más infantil que adolescente. En 1947 repitió la tentativa con *Sin Zona*, revista de la que hablamos al presentar a Brandy, y que duró hasta la segunda o tercera presentación.

Su único libro, de limitadísimo tiraje, "Nuevo Sol Partido", estaba compuesto de siete poemas. Los restantes fueron escritos en los últimos años y durante su enfermedad. Ellos son los que mejor configuran su fisonomía poética y más hacen deplorar su prematura muerte. Aparecieron póstumos junto a los siete editados en 1949.

Esta última colección viene antedicha de un apunte del autor titulado "Esquema para una conferencia" (1949). Se refiere a sí mismo en tercera persona y con gran lucidez. Antes se veía centralizado en un casi juego intelectual, pero ahora se libera en un retorno hacia un casi naturalismo, y destrabado entra espontáneamente en la canción, la canción límpida y clara, casi primitiva. Antes que nada nos asegura que no rebusca la metáfora sino la encuentra, y que en su actividad no hay nada de enfermizo. Con modestia, agrega: "el poeta aun no se encuentra aunque es fácil adivinarlo. Nada ahora de trucos literarios nada de ese intelectualismo usado por el pseudo creador que en lugar de intentar crear con religiosidad crea con intelectualidad".

Sin duda, este apunte había de servir de prólogo a una lectura de sus poemas. Estos últimos mostrarían no el logro, sino el camino por donde comenzaba el poeta

para que le supiesen ya en marcha. Y todo esto es modesto otra vez, y verdadero. Y ay! no pudo ser.

Un niño, en su vértigo de niño; en sus fulguraciones, ilogismos, ternísimos caprichos; en su total descuido, en su muerte no existe, en su unidad con el mundo.

No se recuerda la infancia. Se es la infancia. El yo sólo funciona para desaparecer en una suerte de delirio fusionante: yo me hago todo; tú te haces todo. Es imposible saber qué persona canta en esta poesía o cómo es la mujer amada. No hay personas, sino gritos naturales, puros; raptos, antojos, ayes... Esta poesía no tiene causa; quiere ser fuente. La mayor aproximación a ella esperamos que sea la de Idea Vilaríño quien la prologa y antologiza en edición que, en el momento que escribimos, ya está en prensa.

Obras: Nuevo Sol Partido (1949); Nuevo Sol Partido (1952, es la anterior con una adición de treinta poemas). En diarios y semanarios hemos podido leer, además, algunos inéditos importantes.

Salir por este Ojo

*Salir por este ojo
o por la boca
o por la oreja derecha
salir así a hurtadillas
de esta manera impersonal que es ser Megget
y que me cuesta
irme
irme por los ojos
o por las orejas
tomarme de las cuerdas más largas
y hamacarme en el cerco de mi encierro
tomarme
tomarme solo y enredarme
acostarme boca abajo en la ladera
y rodar hacia el mar
como ruedan guijarros desde el puente
y así
saliendo de mi ojo
de mi color vegetal
colocando mis pies en el barro
y regándolos para que crezcan
así saliendo de la oreja más hermosa
quiero sentarme en el ángulo de un rayo
en la o formada por las sábanas colgadas
quiero dejarme tender también al sol
para secar estas ansias
de ser cuadrado
o polvo
o guante abandonado en la vereda
quiero escaparme
para no ser siempre así como soy
el mismo hueco
el mismo todo en mis movimientos
y la misma piel
con su calesita de enfermo.*

(Nuevo Sol Partido)

Poniendo el deseo de tu boca en los juncos
 yo tendí mi balsa
 la había hecho del madero más fino
 la había unido con cuantos besos tú me habías dado
 y la entregué al agua
 y entre los juncos viendo salir tus dedos
 tomé de cada una de tus manos uno
 y lo usé como remo
 me llevaste a una velocidad de ave
 y me recostaste en una gracia de bruma humedecida
 yo navegué mucho tiempo en la laguna
 navegué tiempo de mármol
 y tiempo de arena
 recosté mil veces mis espaldas en los maderos
 y esperé rodeado
 que mi balsa se convirtiera en tu cuerpo.

(Poema inédito)

Remó el Viento al Sostén de mi Cuerpo

Remó el viento al sostén de mi cuerpo
 remó y cubrió su barca con arenas
 y lo depositó en isla de madera
 y lo dejó con árbol que se abrió para que penetrase

y entré
 y me senté en la rama más baja
 y comí de una hoja
 y luego de comido me acosté
 y luego de acostado escuché lo que no veía

y vi al cuerpo mío todo negro
 sin ojos
 sin boca
 sin orejas

y salí con alegría puesta en mi rostro
 y saludando al río saqué de él
 aguas con formas de mi cuerpo blanco
 y deposité mis pies en la playa que recogí tras mío
 y cuando mis ojos se vaciaron de estrellas
 entregué piernas mías al viento para que las llevase.

(Nuevo Sol Partido)

Ahora que Todo Gira

Ahora que todo gira
 vamos a cantar un rato
 el niño está en la pradera
 la madre lo está llamando
 ahora que todo gira
 vamos a reír un rato
 los gatos con los ratones
 y el hombre con sus zapatos
 ahora que todo gira
 vamos a dejar los llantos
 que se bautice a los perros
 a las cabras y a los patos
 ahora que todo gira
 vamos a cantar un rato
 que afuera todo es manzana
 y adentro todo es naranjo.

(Nuevo Sol Partido)

Toma la Fruta

Toma la fruta
 toma

la más suave

la de color más opaco
la fruta de ese árbol
la más alta
toma
tómala por su nombre
por sus ramas
toma la fruta
toma
la que te ofrezco
la que sale del gris
y del rosado
toma la fruta
toma
la más alta
la que esté menos cerca de
tus manos.

(Nuevo Sol Partido)

I

Ay ay cómo me duelen
estos retazos de flores en mis brazos
ay ay cómo las dejo
con sus ojitos de tierra
ay ay cómo me duele
esta pierna que es derecha
esta pierna que es izquierda
ay ay cómo las dejo
en el camino escondidas
entre la hierba y el fresco
ay ay cómo me duelen
tantas piedras y colinas
entre tu cuerpo y mi cuerpo.

(Poema inédito)

Yo Tenía una Voz

Yo tenía una voz
botas de niño recién puestas
bombacha campesina más que rota
herida en las rodillas.
Era una voz que dominaba
a gigantes pequeños de juguete
que hiciérame anidar entre gorriones
y madurar la mente entre los hombres
que cortaban los árboles y el césped.
Yo tenía una voz tan pequeña
que hacía con ella collaritos
y ataba tantas cosas a su corazón de trigo
que un día hasta una niña tuvo presa
a una niña de ojos de dedales
con pestañas de fibra de los linos
a una niña de niña más que niña
que tomando mi voz entre sus dedos
la convirtió en palabra de los ríos
y me quedé sin ella.

(Nuevo Sol Partido)

Ida Vitale (1928)

Nacida en Montevideo, realizó estudios fragmentarios de Derecho y Humanidades. Dedicóse esporádicamente a la crítica literaria en revistas, diarios y ciclos de conferencias por la Radio Oficial. Más tiempo le ha llevado su actividad de traductora de obras teatrales y poéticas (Supervielle, Quasimodo, Apollinaire).

Pero desde 1949 ha mostrado que la vocación poética es la decisiva en su labor intelectual. A su primera obra, algunos como M. Benedetti (Marginalia N° 6) le le censuraron su brevedad. Estaba compuesto por quince poemas que componían en realidad un solo poema. Pero el crítico celebraba, en cambio, la acendrada ternura, cuya aparente oscuridad era sólo infructuoso intento de esconderla. Era un libro de amor, sentido éste como una presencia fantasmal, una sombra querida, una memoria.

Isabel Gilbert de Pereda, (Escritura N° 8) ve en este libro una voz delgada y firme, acento de recatada confidencia, autenticidad grave e ingravida, aire opaco que vela un brillo íntimo. Estas expresiones que nosotros espigamos nos parecen inolvidables para acercarse a esta poesía. Testigo también de esta autenticidad, Guido Castillo (Asir N° 15) le censura, con todo, el caer en lugares comunes que no le son propios, insistiendo con el hallazgo de giros y expresiones de apariencia novedosa.

La verdad es que tal promisorio advenimiento no fue jamás desmentido.

El itinerario de la poetisa pasa luego del amor, a la intuición de cada instante de la vida como una forma posible de la plenitud, pese a su inevitable transitoriedad. Muy claramente ha señalado Arturo S. Visca estos aspectos de Ida Vitale al comentar "Palabra dada", concluyendo de este modo: "Ante la imposibilidad de apresar

el instante fugitivo, ni siquiera mediante la luz de esta memoria, se termina por sentir la vida como asentada en raíces de miedo, allí donde la muerte muestra su rostro. (Asir N° 37)."

Se complacía además en sentir en estos dos libros la cualidad de una poesía con futuro. H. E. Pedemonte en 1958 dice igualmente: "El fino talento de esta poeta promete una obra trascendente". En lo que estamos de acuerdo. Pero no, en cambio, cuando cree hallar la novedad de esta poesía en una aliación de orden intelectual y profusión romántica. Nada de profusión en esta obra, sino de contención. Su intensidad no es profusa. Y en cuanto a eso de romanticismo... si esta poesía lo es —sin ningún desmedro por la escuela— habría que hablar de romanticismo eterno, o mejor aún de unamuniano eternismo.

Que sea nueva o no, esta poesía tiene sobre todo, gracia, fuerza, y es capaz de esa difícil concisión en lo vago. El dolor, el tedio, el delirio luminoso del día, el miedo, la rutina, la muerte, etc. están a la vista, redondamente modelados en lo que se ha querido y sabido decir. En gay decir. Su obra no es ya sólo una promesa.

Obras: La luz de esta Memoria (1949); Palabra dada (1953); Cada uno en su noche (1960).

Apenas Vida

I

Cada día es un rayo cegador
hundido en tierra,
cada instante una perdida gota.
Noche a noche algo cambia,
con una insignia oscura,
una pluma ya inútil para el vuelo.
Como lluvia que cae
por los techos,
la vida va bajando
por caminos quebrados,
perdiendo su antiguo olor salvaje,
su candor de creerse
desatada y radiante y duradera.
No es raro
que una paciencia amarga
nos cubra a veces
como una triste tierra anticipada.

(Cada uno en su noche)

Ventana sobre el Jardín

Erizado celeste cielo,
rosas de rojo inalcanzable,
viento cartero olvidadizo
que a mi piel llama y para nada.
Con el azahar del limonero
lucha el cedrón y nadie gana.
Un trino alto —qué triste celo—
áridamente también reclama.
Piedra dura y gesto de nube
y aire dormido en la ventana:
un solo lazo me uniría
a tanta gloria regalada,
un sólo lazo que aún está suelto,
lazo, gozo, que nadie ata.

(Cada uno en su noche)

Día Acabado

¡Qué verde el árbol
el aire alegriverde
y el pájaro
mereciéndose el verde
con su canto.
Un olor siemprevivo
invade el cuerpo
¿qué más otoño
puede dar el cielo?
¿Qué más cielo este
mundo de los hombres?
¿Y qué día será
más que lo que es este,
futuro ya y recuerdo?

Este Mundo

Sólo acepto este mundo iluminado,
cierto, inconstante, mío.
Sólo exalto su eterno laberinto
y su segura luz, aunque se esconda.
Despierta o entre sueños,
su grave tierra piso
y es su paciencia en mí
la que florece
Tiene un círculo sordo,
limbo acaso,
donde a ciegas aguardo
la lluvia, el fuego
desencadenados.
A veces su luz cambia,
es el infierno;
a veces, rara vez,
el paraíso.
Alguien podrá quizás
entrebarrir puertas,

*ver más allá
promesas, sucesiones.
Yo sólo en él habito,
de él espero,
y hay suficiente asombro.
En él estoy,
me quede,
renaciera.*

(Cada uno en su noche)

Paso a Paso

*De pronto vendrá el viento
y será otoño.
Se va el verano,
y cae algún recuerdo
y baja otro escalón
sin ser notada,
la vida,
de amarillo en amarillo.
Adiós, atrás,
el paso que no he dado,
la insegura amistad
apenas sueño.
Será otoño de pronto.
No hay ya tiempo.*

*Perdí un mágico doble
de mi nombre,
un pasajero signo
que pudo hacer el mundo
más exacto.
Perdí la paz,
la guerra.
Perdí acaso la vida
y acaso aún no gané
para la muerte.
En el vacío espacio
alguien tañe una cuerda,*

*poco a poco.
Ya es otoño, tan pronto.
No hay ya tiempo.*

(Cada uno en su noche)

Quando es de Noche

I

*Este viento de noche,
esta noche que tiembla
como una tela al viento.
Lo siento
como al pasar sobre las cosas
siento el tiempo.
Viento, tiempo, noche
llevan a sombras
mi verdad.
Lo oscuro
es réplica terrible
de lo incierto.
Acaso con vivir
miento otro vivir,
otro tiempo,
y este ardor, júbilo,
asedio, sólo son
verdad mortal,
pasos del viento
en el viento.*

II

*Gira la tarde sobre sí
y desnuda su piel
para asumir,
fuera de los engaños
y cautelas,
su otro rostro
terrible.*

*El sol se aniega a solas.
Ángel o sombra de hiedra negra,
cierra la soledad
las puertas decisivas
mientras adentro crece
duramente,
la red donde la vida es trampeada.
Caen las formas
con que me sentí viva,
cuanto más dulces fueron
más heridas.
En el combate
ya no sé qué presagio
fabuloso inventar,
qué resplandor
o alada ordenación
para calmar las sombras.
Al fin el sueño viene
perpetuo bienvenido.
Tras él transige en esperanzas
la mañana.*

(Cada uno en su noche)

Preguntas

*¿Puedes contar el color de la lluvia,
los grados de la ausencia por su peso de sombra?
¿Aceptas, cuando bajan del cielo
los anillos del tiempo,
cómo estrechan tu infancia, tu piel o tus herbarios?
¿Puedes ver deshacerse la escalera de polvo
por donde tu alegría había crecido en nubes,
sin estupor volver al mismo sitio,
y no gritar y no gritar?
Una vuelta de vida, un giro bajo el sol,
y un mundo de fantasmas ha perdido sentido.
¿Puedes vivir y olvidarte que es juego,
olvidar su secreta razón y estar muriendo?*

(Palabra Dada)

Camhios

*Puede cambiar la vida
sus ramas, como un árbol
cambia las suyas desde
el verde hasta el otoño.*

*Puede, pilar oscuro,
suplicio oscuro puede
recubrirse de frutos
como un mes de verano.*

*Ah puede también caer,
caer no sé hasta dónde,
como cae el poema,
o el amor en la noche,*

*hasta no sé qué fondo
duro y ciego y terrible,
tocando el agua madre,
el manantial del miedo.*

(Palabra Dada)

Washington Benavides (1930)

Roberto Ibáñez fue quien nos trajo, en 1950, los versos veinteañeros de este claro y entonces desconocido muchacho de Tacuarembó. Al presentarlo en la revista *Asir* (Nos. 19-20) señalábamos una saludable influencia de Antonio Machado, creyendo ver en Benavides una segura vocación que iría, sin prisa, haciendo su camino.

Desde entonces, empezó a poetizar torrencialmente sin que le urgiera, del mismo modo, la publicación. Escribía mucho, mostrando a cada paso versos hermosísimos, pero raras veces lograba el poema logrado. En vez de insistir una y otra vez sobre el mismo, le resultaba, no más fácil, sino fatal, escribir un poema distinto. Tal era el problema del "Bocha".

Pero con la aparición de "Tata Vizcacha" nos sorprendió a todos. En vez del lírico joven, verde y azul, que entonces esperábamos, apareció una violenta sátira contra cuanto personaje importante, o autocreído como tal, moviase en su Tacuarembó nativo. Bueno, según nos contó después, fue el acabóse. Despertó la fiera, y durante tres o cuatro años sintió sobre su pecho una pata de oso.

Cuando en "El Ciudadano" (1-II-1957) volvimos a ocuparnos de la poesía de este autor, reconocimos en él dentro del panorama de la lírica joven al poeta más ágil, más volandero, más frívolo en cierto sentido. Allí estaba su encanto y su riesgo. Agrebábamos: No sabemos si la profundidad le estará para siempre vedada. Pero esa misma agilidad le permite colocarse encima de los otros por su don imaginífero. Las metáforas más sorprendentes, extraídas de todos los planos de la realidad, hacen que cada poema suyo pueda tener a cada instante una sorpresa. Su mundo poético ofrece una realidad espacial mucho más amplia que la de los otros,

no por contemplar más mundo, sino por hacerlo aparecer más simultáneo. Y terminábamos diciendo que Benavides era el poeta poseedor de mayor gracia, quizá, entre los que habíamos presentado.

Este juicio debe, después de la lectura de su último libro, modificarse así: hay menos frescura y mayor profundidad. Aunque menos saltarina, la gracia visual y gustativa permanece. Golpeado por una muerte muy querida, el niño mimoso quedó, de golpe, convertido en hombre solo, y le empiezan a frecuentar dos tinieblas: la tumba que vuelve inútil todo lo vivo, y la ceguera del mundo y el universo. Ya no le alcanza el fresco cuadrito departamental. Ni aquel vibrar con sólo el aire.

Muy culto y popular, muy diestro, muy afincado en su lugar pero sumamente flexible y cosmopolita, Benavides continúa, cambiante pero a tientas, buscando un profundo centro interior que nos parece todavía no ha encontrado.

Obras: *Tata Vizcacha* (1954); *El Poeta* (1959); *Poesía* (1963).

Cuarta Casa

*Aquí la rosa falta, no el verdín.
Las azules paredes desconchadas
agitan como ángeles sus muñones de alas.
Casa de vecindad, mejor que casa.
Paredes de roídos colores nacionales
donde el ladrillo muestra
su sonrisa de enfermo.
¿Y cómo penetrar en esta casa
si es como penetrarnos alma adentro?
Allí está Perico,
que remedia zapatos ajenos.
Y Amaranto,
que albañilea muros desparejos;
y Zenón,
que es simplemente un negro
en la ciudad que el blanco hizo a su semejanza;
que toca el bandoneón en una orquesta típica,
y Pedro,
pero es de tierra adentro...
A veces lo reúne
la tarde confidente
en un tango que vuela desde el fuelle
y las teclas de nácar
hasta encontrar en sus distintos gestos
el rebaño disperso de sus almas.
Amaranto, Zenón, Pedro, Perico,
se explayan en el mate y en la charla...
Sabén que fueron migas
los panes de sus mesas,
y la suerte barata que les cupo
no fue divina providencia,
no fue cosa de Dios. (Algo les dice
que el festín de los otros
es la suma de todos sus remiendos...*

*Pero no sienten odio).
Casa de vecindad, mejor que casa.
Las azules paredes desconchadas
agitan como ángeles sus muñones de alas...*

(Poesía)

Chejoviana

*Cuando era una temblona
dicha convaleciente
a quien la luz confunde y retrocede,
como un gato ante el agua,
la calle se ofertó a mis pies.
La calle, la infinita calle
con sus dioses de polvo
y sus mensajerías, alzóse,
reclamándome el precio de mi sangre.
Yo deseaba pasar la palma de mi mano
por la pared de enfrente,
rugosa y gris;
la pared entrevista en la desolación
de los meses de lluvia
con su paciente lomo de elefante de India...
E irme, despacito,
mirando los terrones ciegos que se golpean
y mueren confundidos en el anónimo polvo;
oyendo la torcaza decir cosas de amor
al aire —todo oídos—.
Quería respirar la humildad de las rosas
de cerco, ametralladas
de abejorros azules;
sentir la escandalosa charla de la vajilla
después del mediodía,
y comprender que el hombre no es una circunstancia,
no es un azar impuro,
y que siempre estará por encima del polvo...*

(Poesía)

Las Muletas

No es ésta, deshílachada ternura, fuerza
para vivir. Ni la mano que, a tientas, busca la frente
hundida, entre las latas de un zanjón suburbano.
Este peso del cuerpo, desploma en la balanza
las sombrías arrobos de una materia inerte.
En vano, en vano el sol, la luz que va corriendo
por las habitaciones de los convalecientes;
el viento que respiran las suaves cortinillas,
los pegajosos brotes con ámbar del ciruelo.
En vano, en vano, en vano
las plantitas moradas en la humedad del muro
de viejas areniscas; aquel sabiá dormido
y muerto en mi bolsillo —tibio contra mi pierna—;
el río descubierta cuando tenía cinco...
En vano, en vano, en vano aquellos dedos fuertes
de resplandor moreno, los libros bajo el brazo;
la cerrazón venida con los carros al pueblo,
la mosca amodorada de tantas vacaciones;
la voz —de hombría adentro— cuidadosa y aquellos
ojos grises que hacían tierna la noche oscura...
En vano, en vano, cierto.
Ya la hora es venida de caminar a solas.
Sin bastón ni hombro alguno para aflojar el paso.
En vano, en vano toda riqueza de recuerdos,
al descampado tenso, sin el menor agüero...
(Poesía)

Amarili

(Fragmentos)

— IV —

Alguna vez lei que la templanza...
pero tú, que me sabes
desposeído de los gestos suaves
de un amor que da humo
y nunca brasa,

tú sabes cómo, ardiendo me consumo,
cómo el fuego es mi casa.

— XIII —

Ancho de amor en una humilde plaza
con luceros y pájaros en serie,
aunque te desmemories de mi casa
como un árbol te espero a la intemperie.

— XIV —

Abro en la tierra el ventanal oscuro
de mi sueño: recorren cien parejas
del pico de las aves, el seguro,
mientras se vuelven trinos, las lentejas.

— XV —

En la amarilla casa
donde de niño a mozo
me destiné en un verso
a ser fatiga y polvo,
pasando de la Iliada
a un disco de Villoldo;
de un viaje a la plazuela
de azul jacarandoso
a vinos arteriales
y amigos bondadosos,
en tres o cuatro años
me puse como loco
en rimas familiares
con melenitas de oro
diluvio de hilos claros
en ríos abundosos
poemas como gotas,
como vilanos, como
fiestas de boletines
y mementos mortuorios.
En tres o cuatro años

*me arrinconó el encono
poniéndome en el pecho
una pata de oso.*

— XXI —

*Qué escuela de nostalgias, si me miras.
Qué sentirme con ropa y vida ajenas.
Si vuelvo de tu arrimo de azucenas
sillas y mesas se me vuelven lirás!*

Madrugada

*Madrugada. Tomamos el amargo
mate cordial con nuestro padre viejo,
El cielo desarruga el entrecejo,
parpadea un lucero sin embargo.*

*Tenemos borroneados los perfiles
en el sintoma azul de la alborada.
De pronto, somos hombres juveniles,
—nos comprendemos sin decirnos nada—.*

*Y pensamos las mismas inquietudes
diarias, que pasan en las multitudes;
el vestido, la casa, el alimento.*

*Aunque sabemos que la madre buena
—aunque tuviera que espigar al viento—
hará eterno el milagro de la cena.*

(El Poeta)

La Búsqueda Ominosa

*La búsqueda ominosa que me trajo,
inasible señor, al decalento,
fue pretendido afán de complemento
en la tormenta de áspero trabajo.*

*Un decoro a la fácil semejanza
y a la ligera forma que nos diste:
(no hubo la llaga ni la casa triste
ni la espera confiada a la esperanza).*

*Ahora me vuelvo, sin sentirte, (apenas
eres un vago rostro en la ventana,
la mano en la mejilla de las penas...)*

*Me vuelvo al río con sus tarariras.
A la calle nudosa, ajena y vana,
con olvido de tí... ¿Por qué me miras?
(El Poeta)*

El Testigo

*Yo venía por un camino
con vecinales cinacinas
era el verano y por si acaso
noche
a mi paso volaba el polvo
del camino
la luna era una brasa entre cenizas.
Alguien pasó a mi lado y yo no pude
decir ni buenas noches
si recuerdo una brasa cercana
a un labio grueso
un perfil con el hueso a flor de tierra
y un encenderse y un morir tranquilo
de la luz en los charcos de unos ojos.
¿Quién estaba de carne y vivo hueso:
el alguien fantasmal*

*o quién venía
junto a las vecinales cinacinas
alzando polvos a la ciega luna?
¿Quién era el ojo real*

*quién la apariencia
quién era objeto de un ajeno sueño?
Yo venía por un camino es cierto
junto a las vecinales cinacinas
de algún sitio hacia una milonga
la luna estaba allí como dormida
alguien cruzó la tierra de mi sueño
o yo crucé por un soñar ajeno
la luna estaba allí testigo y ciega.*

(Poema inédito)

Un Tango

*Un tango que venía más solo que la muerte
tanteó mi corazón con mano ciega
el silbo se me fue de entre los labios
y la deshabitada boca entró en la tierra.*

(Poema inédito)

El Concierto

*Junto a muchachas y muchachos
en una atmósfera de oro
Quiero decir de luz que estalla en risas
en movimientos de belleza
ya sea un teatro o un estadio
gozando de las encendidas apariencias
¿me acepta el mundo ajeno?*

¿mezclo

*mi ser al agua de otras fuentes?
¿Veo acaso en los ojos de un claro adolescente
la misma luz que gasta mis ojos intranquilos?
(no estoy pensando ahora en lección y maestro)
quiero irme más hondo*

en esto que me aqueja

*por eso me interrogo:
¿sentí una vez (o siento) lo que me agita
estos altos pechos que me rodean?
¿esta vivacidad que me recuerda
el correr de la luz por el lomo de un potro
este sabor a yerbas frescas mordidas
este cordial gratuito de la vida
cuando uno es joven y lo bebe y lo bebe?
oh risas que parecen la propia luz que alienta
y que también decide convivir esta magia
sonrisas que en el rostro
ponen alma o nostalgia
en una atmósfera de oro
junto a muchachos y muchachas.*

(Poema inédito)

Jorge Medina Vidal (1930)

Su actitud se ha repartido entre la crítica literaria, la docencia y la poesía:

Su primer libro de versos lo mostró en pleno experimento: "Cinco sitios de poesía" dice a las claras su origen plural. El segundo libro, aunque recibió un cálido elogio de Vicente Aleixandre, parece ser ahora para su autor un momento superado, desde que lo descarta por completo la selección que, a nuestra solicitud, nos envía, y que sólo en parte respetamos.

Es juicio más o menos generalizado que esta poesía adquiere importancia, tonalidad propia y autenticidad, en la publicación de "Las Puertas". Y culmina con el último libro.

Si bien se ha hablado de su vocación elegíaca, y que se mueve en ella con sensibilidad y destreza, dicha caracterización sólo puede servir como atmósfera de fondo a dos logros más importantes, a nuestro ver: el efecto de lo cotidiano callejero y casero, dado subjetivamente, en mezcla de frustración humana y eternidad; y, sobre todo en "Las Terrazas" acierta al comunicar, vertiginosos, y tan breves como exactos, vislumbres de lo misterioso. Para darse cuenta de lo personal que es esta poesía podría el lector comparar el primer logro con la poesía de Benedetti; y el segundo efecto, con la poesía de Emilio Oribe. En estas comparaciones no se trata de preferir sino de ver más claro en tres mundos poéticos independientes los matices distintos de temas muy próximos.

He aquí su "Ars Poética: "Escribo mis versos— de espalda a los lápices— como se olvidan del Instituto— los maestros rurales,— como los niños— se hacen amigos—. Sólo cuando estoy abandonado— me atrevo a la poesía". En consecuencia, es desde el olvido o desde la ignorancia, que viene, sin ser buscada, la inspiración.

Los elementos más diarios y familiares entran con toda facilidad a esta poesía: “—No— yo soy el otro—, el que una vez estuvo sano.— El niño que miraba caballos— en las cuadras— de la otra manzana—.

El muchacho del Liceo Rodó,— héroe del regular con bueno”. Y ellos van fragmentariamente dispuestos entre versos de oscura lógica misteriosa que trama repentinas identidades.

El lenguaje tiene a veces una incoherencia surrealista: en otras, es tan claro como la prosa más usual. En un tercer caso, la lógica sobrevive pero la sugerencia lo es todo. Por ejemplo: “Salgo de la mañana— y penetro en la noche,— como aquellos malvones— en el último patio— de la casa.”

Cuando dicha coherencia desaparece, si sentimos pese a ello un poema de Medina, como logrado, el efecto es para nosotros muy semejante al que recibimos de los poemas de Paul Eluard. Pero no creemos en una influencia importante de este último. Montevideo, el Niño (sí, tenemos que poner al Niño con mayúscula, porque en esta poesía es esencial), y vivencias muy suyas de lo enigmático y de la muerte lo revelan con una fisonomía poética cabal.

Obras: Cinco sitios de poesía (1961); Para el tiempo que vivo (1955); Las Puertas (1962); Las Terrazas (1964).

San Giorgio e Il Drago

I

*Ni Tú
ni yo
podemos caer bajo la luna
y entregarnos a las despedidas,
a los disfraces,
a los placeres de aquellas.*

*Pero ni tú
ni yo
podemos salir solos a la noche,
por las calles del Dragón
duro
atado
arriba, en las chimeneas
o en las profundidades
donde el oro
como el pecado,
se esconde.*

*Por eso morimos
tú*

y yo.

*Por eso nada nos separa en la soledad
de un cuerpo poseído
en interminable invierno.*

En las ciudades

tú

y yo

*somos los bobos
y en los campos somos
el hermano soñador.*

II

*Ahora vengo a tu casa,
a tu jardín donde el recuerdo tiembla
como el plumón de la entreal,*

a llorar la guerra que perdimos,
el mundo nuevo,
mundo de nosotros.
A protestar los brazos lacerados
a los que falta un hueso o una espada,
y a reiniciar los años de muchachos.

La tarde nos empuja,
a los deliciosos aires marinos
los empuja,
a ti
a mí
nos habla desde la nuca
el bienaventurado interior.
Háblame, porque en las calles
como un camión sin frenos
el odio nos llama
a ti
a mí.

III

Los que ahora se mueran
no dejarán cansancio, porque mueren
sentados en la vida.

En la mediamañana,
los niños que ya no almorzarán
se quedan solos,
como una tapia en un jardín.
Y la eternidad para los niños
es un premio perfecto
porque nunca la soñaron.
Los atletas con un extraño,
con un dolor que sube por la pierna
hasta el mesenterio,
en la estridente agonía de sus órganos
construidos con gracia
para más larga vida.
Ahora que van hacia la agonía

alzan la voz entre las sombras
y protestan,
como protestarían en aquellos
tiempos de salud y de rosas,
si los hubieran obligado
a vivir full-time dedicados al estudio,
a la vida monástica,
a la castidad.
Y luchan una sola vez contra la muerte,
porque van vírgenes a la muerte.
Una sola vez a la muerte
y la muerte les enseña de una vez,
que fue un trabajo
de pájaros
la vida.
Y entran en la eternidad
que es un premio perfecto,
porque nunca la habían soñado.

Tres rosas caen
sobre el alero del vestíbulo
y las sombras que proyectan
son también luz.

La mujer encinta
que se penetra o se muere,
que ya no recuerda aquellos atardeceres
cuando el amante
en el reposo de lo cumplido
poco a poco se alejaba.
Ahora está cargada de salud
o de leyes
y protesta contra el cuerpo
que trabajó
solo,
allá abajo
y ahora le quita las miradas del hijo.
La mujer encinta
no quería morir,

pero viene
entre chatas de sangre o algodones
o rosas,
porque la muerte enseña
que un hijo o la vida
es liviano como el beso del sol.
Y entra en la eternidad
que es un premio perfecto
para quien nunca lo había pensado.

IV

Tranquilo en una acera suburbana
me rindo.
Soy un guardiacivil que vigila
dormido.
Allí crecen, caminan, se matan
o se quieren
y yo sigo escribiendo
para una muchacha
que en su hamaca
en un bosque,
me dicen que me besa
pero en sus brazos muero.
Tranquilo en una acera suburbana
me rindo,
confesando mi propia cobardía.
Han matado,
han matado todo lo que se puede herir con el deseo,
han detenido nubes y trenes
y corazones engañados en su escondite.

Ahora quiero el mar
que todo lo termina,
ir a una tarde con sol y acrobacia de nubes,
porque debo preguntarme
si este aire musgoso
es la causa del odio,
que entre nosotros vuela.
Quiero aquí la guerrilla

y agitar un banderín con un lema
entre los hijos de los muchachos
que hace treinta años
fueron una avalancha de frescura.

V

Salpica tanta sangre
que no se derrama,
el amanecer del joven obrero
y la muchacha,
que me decido por la vida
para que la sangre viva en las venas
o embadurne las calles,
pero que no se evapore más
como las lágrimas,
como el dinero,
como la esperanza.

Escucho un canto en la sala de reuniones
de los sindicatos,
provocativo y lento y torpe
como los barcos areneros.
Pero si me levanto sobre la marea
y respiro
yo sé bien que ese canto
planea en la bahía
como un ave.
Pero, ¿dónde he vivido,
llegué de algún planeta,
de una víbora convencida
en su carey?
Yo soy un hijo de vosotros
puedo llorar,
puedo nombrar el pan y desnudarme.
Por eso no quiero la superstición
de la sangre,
caer de súbito en la intimidad de ustedes
que si el amor es extrañísimo
prefiero el error al silencio.

Ahora yo pregunto si alguien odia
la tierra,
el mar,
la madrugada que adelanta
su pie de virgen
entre las hojas del ombú.

VI

Aquí también estamos
tú
y yo
aún contemplando la invisible
espesura del alma.
Veleros por su espacio, por un alma
que se mira tan sola
en un espejo.
Luz de acuario nadaba en la cocina
donde
una taza blanca era un milagro,
donde Muerte no vive,
donde nadie conspira,
donde es dura manzana la manzana,
donde más tarde un pájaro
liberado
levantará su ritmo.
¿Dónde
tú
y yo
sentimos estas voces?
¿Montevideo o Capadocia?
Ahora muchos trabajan
y otros ladran y ladran,
mientras los apasionados se apuñalan
junto a un cerro.

(Las Puertas)

Y de Súbito el Rostro

Pequeña rosa,
apenas una rosa
en un cuarto de hotel,
apenas tu presencia
de gran luz
entre cosas manchadas.

Me recuerdas la Crucifixión.

(Las Puertas)

No Tengo Días que Recordar

I

No tengo días que recordar,
no tengo cartas
ni papeles con citas o teléfonos.
Hay silencio de nube en la azotea
y lluvia persistente.
Salgo de la mañana
y penetro en la noche,
como aquellos malvones
en el último patio
de la casa.

(Las Puertas)

II

Entramos inconscientes en la noche.
Cae pesada y leve
ahora
en la terraza.
Me muevo sin sonido
y los rincones de fugitivos oros
se limpiaron del vicio.
Estoy solo y sombreado
e inconsciente me penetré de noche,

*casi indócil,
porque entrar inconsciente
es estar fuera,
fuera del tiempo y en la Noche.*

*Un mantel se sostiene,
pesa abajo la mesa
terca
y dura
succionando raíz en los mosaicos.
La sombra, un cenicero
y el libro de Cervantes
son nada en un mantel
y en los ojos de un niño
pudieran reflejarse.*

*En la misma maceta
el cobre de la aurora
se apagó en el oído
y música se llama.
Rombos, rombos de sombras
sobre sombras
maceta como un alga a la deriva.*

*El mar lejano está
cortando la terraza,
se acumula a las dunas
sin espejear las nubes.
Extendiendo mis dos manos de sombra
hasta su sombra
y penetra mi estría
como un tallo en su fruta.*

*El mar puede moverse
lo creo en la terraza,
lo veo en la terraza
avanza con pesada movilidad de toro.
Se llega y queda solo
comiéndose las luces,
conserva todavía la forma del abismo.*

*De frente, paso a paso
me pasa,
ya no miran mis ojos
de la nuca.
Ha llegado
a mi cuarto
y en mi cama
está el mar. Todo es noche.*

(Las Terrazas)

15

*Llegan a la terraza
los que no necesitan acertar en el juego.
Los que juegan y están lejos
sin jugar,
los que traen un dado mágico
sin números
pero con furia arrojan algo en el cubilete.*

*Llegan a la terraza
los que van a morir completamente,
—los que tienen, en cambio un mundo a ganar—
y ese mundo es de polvo
y hacen rosas con el polvo
y es una tierra gris en el envés de la mano,
y es polvo que cae
sin atracción
hacia una profundidad que se levanta.*

*Llegan a la terraza
y crean rincones de silencio,
grupos de soledad,
realidades que pueden
o no pueden
ser palabra o silencio.*

*Llegan a la terraza
los que nunca se movieron
y los otros,*

*reunidos en columnas,
espaciados,
ostentando que nadie va primero
para hacer una senda por el aire,
Y las duras luces de las estrellas
lo observan todo.*

(Las Terrazas)

13

*Ya nacieron todos, todos
los que me acompañarán al cementerio.*

*Ya el raso de tu mortaja
está guardado en algún sitio.*

*Ya sacó su libreta de chofer
el que me llevará al cementerio.*

*Ya los que pisotearán tus flores
caminan solos.*

*Ya empiezan los ritos de moda
a la hora de mi muerte.*

*Ya se evapora el agua que lloverá
en mi día.*

(Las Terrazas)

Circe Maia (1932)

Cuando la conocimos, sus quince o dieciseis años en vez de tender hacia la mujer acentuaban su aspecto de niña. Y aunque era bella y esbelta parecía sin sexo. En la transparencia de su mirada podía verse algo más que su niñez. Una suerte de éxtasis. Y nos parece que ya sabía entrar y salir de él a voluntad, cosa que ocurre en los niños más de lo que suele suponerse. Pero lejos de parecer una jovencita alelada se desenvolvía frente a profesores y compañeros con toda alegría y talento. Había sin embargo una amenaza que temer. Tan a gusto en su edad, tan feliz en el seno ejemplar de los suyos, no la sentíamos de ninguna manera capaz, a causa de su sensibilidad extrema, para resistir ninguna sorpresa de la fatalidad.

Cuando ello ocurrió con la muerte de su madre, fue víctima de una profunda crisis. Mas contra todo lo que podía esperarse, cuando le sobrevino a poco una segunda catástrofe más punzante: la imprevista y brutal muerte de un hermano menor, esta frágil muchacha de largos cabellos rubios supo sobreponerse y proseguir ciegamente hacia adelante. Hoy ya casada, feliz y con hijos, enseñando Filosofía en Tacuarembó, publica "Presencia diaria" donde entre otras cosas, muestra un ahincamiento para poner de relieve el sello de dignidad con que pueden estar revestidos los más domésticos minutos. Porque la paciencia, pese a la maldición de Fausto, sigue siendo virtud, vieja y grande virtud que paga en oro moral y poético a quienes son capaces de entregarse a su noche.

Un deseo paternal la hizo autora de libros a los once años, y eligió este bellissimo título: "Plumitas". No recordamos si siguió publicando en Tacuarembó. Entre las revistas que circulaban en Montevideo, Asir (Nº 29) fue la primera en publicarle.

Ya desde la adolescencia mostró su poesía una peculiaridad en la que no ha sido superada: Es la de una patente sensación de frescura frutiva que se entra, primero, en el cuerpo; y en cuanto quiere escapar se la contempla con el alma para poder retenerla. Frescura, por ejemplo, de arena que se mueve bajo los gluglúes del agua, o de un gajo de hojas nuevas mojándose en el río. Toda sensible; nada sexual. A este propósito, Heber Raviolo ha hecho un estudio pormenorizado en su comentario de "En el Tiempo" (El Ciudadano, N° 148).

Para dar una idea de su arte poética nos valdremos de sus versos siguientes: "Limpia luz de rocío; que no quiero mirarte— sino ver desde tí, el aire, el agua en sombra— el temblor verde, arriba." Es una identificación corporal imaginaria con los objetos —los más instantáneos, muchas veces los más pequeños —escrutados con lupa de naturalista.

No hay panteísmo, sin embargo, o si existe, es micro-cósmico y no colosal, desde que, identificado con la pequeñez, recibe y no provoca el abrazo unánime de la naturaleza.

Sobre "Presencia Diaria" ha escrito Mario Benedetti en la página literaria de La Mañana (20-11-64), y acierta, sin duda alguna, cuando señala que el mundo de imágenes del poeta que antes venía de la naturaleza, del contorno, procede ahora del interior. Pero este interior es mucho más fuerte y sano que ese "transido yacimiento de soledades" visto por el crítico.

Creemos que también acierta Benedetti cuando señala "El ruido del mar" como uno de los mejores poemas del primer libro.

Obras: En el Tiempo (1958); Presencia Diaria (1964).

A las Tres de la Tarde

*A las tres de la tarde le anocheció de golpe.
Se le voló la luz, el piso, las agujas
del tejido, la lana verde, el cielo.
Ves qué fácil, qué fácil:
un golpecito, un hilo
que se parte en silencio
a las tres de la tarde.
Y después ya no hay más. De nada vale
ahogarse en llanto, no entender, tratar
de despertarse.
Muerte, de pie, la muerte,
altísima, de pie, sola, parada,
sobre mayo deshecho.*

(En el Tiempo)

Pronto se irá el Invierno

*Pronto se irá el invierno. Como un mar retirándose
al bajar la marea,
deja esas suaves islas, finas, lisas, lavadas,
estos días livianos, fríos, como de arena.
Y me acuerdo de ti. Así, de arena húmeda
que el agua ha de golpear y ha de aventar el aire,
así, de arena fría, volandera, liviana,
nuestros días, cristales
quebradizos, piedritas costaneras,
arena, arena, arena,
horas de arena suelta,
días barridos, frágiles.
Y me acuerdo de ti. Pronto se irá el invierno.
Vendrán, derrochadores de luz, días azules,
blanqueará nuestro almendro.
(Ya tiene la retama
dos flores amarillas)
Qué injusto, qué vergüenza,
de estos ojos bebiendo los colores, los días
que tus ojos no vieron!*

(En el Tiempo)

Los Remansos

*Sobre el mantel, después de haber comido
—nos habíamos ido ya todos de la mesa—
qué presencia tan fuerte de realidad y reposo:
los vasos en su vidrio, la jarra con su leche
tranquila luz cayendo sobre el frío de loza.*

*Y es como una alegría de miradas y tactos:
Color del pan, sabor del agua, blanco
blanco de arroz, de azúcar, de silenciosa harina.*

*Pero además, qué quietos
qué quietud de seguro contento, qué apoyados
qué reales, qué fuertes.*

*Conozco estos remansos que forma la corriente;;
una vez los mirábamos en algún viejo cuadro
que un pincel cuidadoso recorría hace siglos.
Un ala de retablo: se ve el fuego prendido
—nitidas llamas rojas— las maderas pulidas
y trabajadas, firmes.*

*Una jarra con agua transparente y brillante.
Y de espaldas al fuego, abrigada en un manto
Santa Bárbara lee.*

*Con qué avidez entonces y con qué sad ahora
vuelvo a mirar el vidrio, del mantel los dibujos
los reflejos de loza.*

*Como breves descansos al subir escaleras
—¿en ascenso o descenso?—
como escaparse un rato de las ruedas girantes,
de golpes imprevistos, de un tiempo hecho girones...*

*Y en verdad, no se puede:
Un mundo inaccesible que en sí mismo reposa
y no permite entrar porque se quiebra;
un agua remotísima, luciente, fría, pura
que no puede llegar a los labios sedientos.*

(En el Tiempo)

Estas Tardes

*Estas tardes de paz, de cielo liso
de gritos infantiles en las calles
y ladridos y juegos*

*van navegando juntas siempre iguales
con su mismo aire limpio
sus árboles sin viento
sus veredas de idénticas baldosas
y el lento oscurecerse de sus horas
de despacioso tiempo.*

*Y no es posible entrar dentro de ellas
—real, realmente dentro—*

*Antes de haber pasado ya están hechas
de la misma sustancia del recuerdo.*

(Presencia Diaria)

El Ruido del Mar

*Hay un tejido, una red luminosa
que tiembla en la arena, por abajo del agua,
Se ve a través del verde transparente
como una temblorosa trama.*

*Cuando la ola rompe su espuma
quedan burbujas sueltas, chiquitas
sobre la piel del agua:
brillan intensa, nitidamente
en seguida se apagan.*

*Por la suave curva de las olas
sobre su lento avance
sobre su amplio movimiento seguro
la luz resbala.
Se deslizan los resplandores
por los movedizos toboganes del agua.*

*Ruido del mar, qué golpe derramado
qué entreverada voz y qué sonido
tan confuso y oscuro
cuando todo en redor está tan claro.*

*Todos los limites
firmes y recortados
todo con su color tan decidido
los colores tocándose
una al lado del otro, sin mezclarse.*

*Y parece que cada uno: limpio
y liso azul, rojo tejado
verdor brillante
diera un sonido puro e inaudible
y todos un acorde fuerte y claro.*

*Pero el ruido del mar no se comprende,
se desploma continuamente, insiste
una y otra vez, con un cansancio
con una voz borrosa y desganaada...*

*Y no se sabe
qué es qué quiere o qué pide
el turbio ruido oscuro
cuando todo en redor está tan claro.*

(En el Tiempo)

Sobre el Caraguatá

*Cuando desde las islas de arena y sauces
sale un chajá volando y gritando su nombre
porque el bote se acerca*

*cuando es casi de noche
y un resplandor rojizo navega en el arroyo*

*cuando en las dos orillas
se ha oscurecido el monte
y ensombrecen el agua gajos de sarandies*

*qué bueno es el quedarse callados y sintiendo
sólo el golpe del remo
sólo el ruido del agua*

*estirarse a tocar la flor del camalote
con su sol pequeñito en pétalos azules
o abandonar la mano en el frío brillante.*

*Los sauces de las islas
finos y altos
dejan que se le apague
su verde claro*

*Aunque estemos callados y no cantemos
un rumor como música vuela y envuelve
vuela y abraza,*

*Y el cielo de la noche
cae en el agua.*

(En el Tiempo)

Junto a Mi

*Trabajo en lo visible y en lo cercano
—y no lo creas fácil—
No quisiera ir más lejos. Todo esto
que palpo y veo
junto a mí, hora a hora
es rebelde y resiste.*

*Para su vivo peso
demasiado livianas se me hacen las palabras.*

(Presencia Diaria)

Es Así

*Es como si del marco de una puerta entreabierta
quisiera ver qué ocurre en una inmensa sala
viendo tal vez la esquina de una mesa
el vuelo de un vestido.*

*Como esos cielos de las calles estrechas
telones desvaídos
un pedazo flotando, cortado
sobre los ojos miopes, lejos.*

*Es así: contemplamos
retazos, trozos, sueltos.*

*Quién sale de su fina ranura, quién se alza
escuchando el rumor total: sonido puro
o roto, absurdo ruido?*

(Presencia Diaria)

II

*Los quehaceres, el orden de las horas
trajín diario, sustancia de la casa.
No te hiciste al alzarse las paredes.*

*Siempre, día por día
preciso es sostenerse
tarea interminable*

*(Veo en innumerables
cuartos, las infinitas
manos que no se paran:
brillo de las agujas en manteles y ropas
polvos de las escobas
cansancio de las planchas.)*

*Te estás haciendo ahora, cuando ya se han dormido
los niños, y el comedor y la cocina a oscuras
han desaparecido.
Sólo es real ahora
este cuarto, esta lámpara.*

(Presencia Diaria - Sitio)

Antología de Poemas

Esta segunda parte, por el juicio de valor que comporta con respecto a la anterior, debe ser precedida de las siguientes aclaraciones:

Nada impide que un lector cualquiera leyendo las composiciones siguientes se sienta obligado a decir: El mejor poema de esta antología lo encontré precisamente en la sección dedicada a los autores que recién se inician o que escribieron un solo libro hace ya muchos años. Para mí la lectura de esa sola poesía me permitió intuir a un ser poético perfectamente constituido, y por lo tanto el antologista se ha equivocado. No se trata de un poeta en formación ni en descomposición, sino de un poeta entero, total, maduro.

También puede ocurrir que otro lector encuentre en esta sección, si no personalidades poéticas por completo consolidadas; sí, en cambio, el ejercicio de una facultad particular; y esto le agrada sobremanera: la musicalidad de uno; el colorismo de otro; el humor; la imagen; etc.

Al llevar a cabo esta discriminación tan riesgosa nosotros hemos procurado controlar más que nunca nuestro juicio de temperamento. Ningún poeta créese un principiante; ninguno juzga que su poesía está pasada de moda; o que ha dejado de superarse con la publicación de su último libro. Asimismo no encuentra jamás que sus temas se repitan; que su tono, fatiga; que su necesidad de escribir pueda ser otra distinta que la poética, etc.

Pero al lado de esta opinión personal hay también una opinión pública sobre la poesía que se escribe. Y el esfuerzo del antologista debe consistir— nosotros no estamos haciendo, a lo Alone, una antología personal— en conciliar hasta donde sea posible el juicio particular del lector con el de la opinión crítica generalizada.

Nadie duda que un solo poema es suficiente para asegurar la inmortalidad de un nombre. Y que un mediano poeta puede ser— tanto como uno mayor— capaz de tal hazaña. Y asimismo, hay momentos en que un poeta— juzgado pequeño— está de pronto más capacitado que uno llamado grande para expresar cierto tipo de realidades. Allí es tan insustituible y tan inolvidable, y tan puntualmente fijado a su puesto, como una hoja de hierba, aunque la gente mire sólo los cedros del Líbano.

Las causas que determinan esta distinción son: 1º) La permanencia en un mismo tono que, si agrada en momentos, fatiga al fin dándonos la convicción que su autor no podía ya elevarse sobre él mismo. 2º) La tentativa anárquica en poemas poco claros, cuyo hermetismo es más bien caos y dispersión, 3º) El haber el autor abandonado, después de un intento decoroso, su carrera poética. 4º) Otra razón palpable en más de un caso: el fresco, ingenuo y bello libro juvenil seguido de una decadencia progresiva. 5º) La calidad que aflora con intermitencia en libros que no la mantienen en su conjunto, y que son testimonio sincero pero insuficiente. 6º) Los creadores de cuadros o de estampas, agradables por su sentido de la composición y de la imagen, pero a quienes la repetición es mortal. 7º) Los de ambicioso tema más pensado que sentido, más formulado que vivido. 8º) El poeta que sólo pocas veces puede independizarse de la imitación, y en el cual lo leído es más visible que lo vivido. 9º) O el caso de un poeta auténtico pero que apenas dio vislumbre de sí, de modo que su valor quedó más presintido que realizado. 10º) Los trances de aquellos que de tarde en tarde logran algún poema nada más que bien hecho sin que ello permita suponer que hay detrás una real persona poética. 11º) Las naturalezas muy sensibles, extremadamente sensibles y capaces pero en una única facultad, que, de por sí, no funda categóricamente a un poeta.

12º) Los libros de poemas en donde nos parece abundante el escamoteo, conseguido mediante una vorágine de imágenes o deliberada contradicción en las ideas, sin que por ello deje de verse en varios casos la calidad del autor. 13º) Otros ejemplos nos son suministrados por volúmenes muy tenues: una fina sensibilidad se insinúa, una profundidad mental está a punto de precisarse, también un estado musical, pero todo queda demasiado en el aire.

Finalmente tenemos los casos de los poetas que se inician: 14º) La tentativa, el experimento, la imitación, el creerse ya en el camino sin convencer al lector que lo han hallado, alterna con las primeras certidumbres humanas y poéticas. Se debaten en el crepúsculo de sus capacidades e impotencias, no pudiéndose afirmar que sea el del alba, como lo deseáramos de todo corazón.

De las virtudes individuales hablaremos al presentar cada uno de los poemas siguientes.

Ramón Montero y Brown (1879-1965)

Nació en Soriano en las puntas del Coquimbo, y puede decirse que toda su alma y su poesía quedaron encerradas para siempre en la paradisíaca y cristiana infancia que vivió allí. Creció en pobrísimo hogar, ordenóse de sacerdote salesiano, y consagró toda su existencia a la enseñanza.

Mucho ha estudiado y escrito sobre Literatura, Folklore, Didáctica, Historia, pero gran parte de su obra no ha sido publicada.

Lo mejor de sus versos está en "Querencia", y si éstos adolecen a menudo de ausencia de brevedad, rigor escaso y reiteración en tema y tono, su nostalgia es tan directa, tan sentida en alma y cuerpo, que produce un angustioso efecto. El mismo lenguaje gauchesco que utiliza es aun otra manera de estar indisolublemente atado a su terruño.

Obras: Querencia (1948).

Trisagio

*Ese trueno me trái a la memoria
Una de tantas noches de tormenta;
En 'lo oscuro apretau, el oído escucha
Como los pasos dí algo que bombea.*

*Noches en que los duendes
Están agazapaus atrás del rancho,
Mientras "las cosas" de su Mama Vieja
Escuchan sentaditos los muchachos...*

*La vela 'e sebo en candelero 'e bronce,
Alumbra los rincones medio huraña,
Y en las paredes y en el piso 'e tierra
Nuestra figura movediz' alarga.*

*Ahi saborié relatos familiares,
Ahi conocí la fe de mis agüelos,
La cencia 'el campo, y hechos, y agüerías,
Misturau con hazañas de campero...*

*Y ese trueno me trái a la memoria
Aquella noch' el rayo en la cocina:
Piedra tirada en el arroyo 'el tiempo
Estrujón en un sueño 'e pesadilla.*

*Sobre las casas, mesmo, la lechuza
Con tres chillidos picotió la sombra...
—"Cruz diablo!, dijo mama: y con los dedos
Le hiciemos una cruz a 'la chillona.*

*Erá una noch' oscura, de tormenta,
Que se tragó los campos y los cielos...
Vino la trop' arisca 'e rejucilos
A tumbar la carreta de los cuentos*

*Que Mama Vieja, en la sillita 'e palma
Nos contaba dispacio;
En el cuarto sagrau de mis agüelos,
Qu' era como l'altar del vecindario,*

*Con la "palma bendit'", atravesada
Bajo un Cristo grandote de madera,
Con la Virgen del Carmen sonriyendo
Dende la cama blanca 'e Mama Vieja;*

*Dende la cama blanc' and' en relevo
Ronda la noche y se acurruca el día...
...Cuando, un repente, un trueno —¡qué tronazo!—
De nuestro rancho se deshizo encima.*

*Y cuasi al mesmo tiempo,
Reventó un rayo, seco, en brillazonéz,
Como un gran chicotazo
Contra un latón colgau con maniadores...*

*Nos atoró el silencio,
Rayau po' el "Santa Bárbara Bendita!"...
—"China, tráime la palma y candelaria
Que 'stán en l' alacena; pronto, china."*

*Y como si el tronazo se rajara
En cien tronazos más, con aguacero:
Sobre 'l rancho 'e terrón la noch' oscura
Diba rompiendo truenos.*

*Mama Vieja prendió la Candelaria,
Y en ella, dispacito, jué quemando
De la "palma bendita"; y con nosotros,
Arracimaus, se deshojó un Trisagio:*

*El Trisagio que Isaías
Oyó cantar en el cielo
A angélicas Jerarquías;
Ante el trono sacrosanto—*

*Arcángeles, Querubines,
Angeles y Serafines
Dicen —Santo —Santo —Santo...
Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal:
Líbranos, Señor, de todo mal!*

Y qué sé yo por ánde, a rempujones
La luz de los relámpagos dentaba...
La Candelaria y la velita 'e sebo
Staban dentro 'e pastizal en llamas!

El corazón salía 'e la garganta,
Tiritaba la fe con el Trisagio,
Y temblaban el piso y las tiseras,
Y retemblaba el cielo sobre 'l campo.

La tormenta, con rayos y tronazos
Apedriaba los ranchos... Y nosotros,
Cada vez más cerquita 'e Mama Vieja,
Arrempujando el techo con los hombros!

Cortando los tronidos, juerte y firme:
La voz de Mama Vieja!...
Y, la fe 'n Tata Dios se priende 'n l' palma,
Entre 'l techo de paja y piso 'e tierra!

"El Trisagio que Isaías
Escribía con gran celo,
Se oyó cantar en el cielo
A angélicas Jerarquías,
Ante el trono sacrosanto
Arcángeles, Querubines,
Angeles y Serafines
Dicen: Santo-Santo-Santo..."
"Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal:
Libranos, Señor de todo mal!"

Lo de adentro bailaba
Musiquiau por el rezo del Trisagio,
Cuando sonaron golpes en la puerta,
Y los ojos ansiosos curiosaron.

¿Quién golpiaba en la noche?... ¿Un d'ima en pena?
¿Quiénes eran?... ¿Ladrones o pantasma?...
Pó' el sendero 'l l' angustia
Los ojos diban de la puert' a mama...

Mama gritó: "¿Quién es?... ¿Quién anda 'juera?
Y tajiando los ruidos,
—"Abríme, respondieron, porque un rayo
Ha cáido en la cocina, y... "Un tronido

Tapó la voz de tata, y en retumbos
Jué galopiando por la noch' oscura,
Mama ladió la tranca de la puerta...
Tata emponchou nos espantó l'angustia!

Algo como aquel rayo 'e la cocina
Cayó 'nel mesmo mojinet' el cuarto,
Quemó la "palma" de la fe cristiana,
Desparramó pa' siempre a los muchachos;

A m's viejos, rodiaus de claridades,
Me los hundió la noche sin estrellas...
Pá' unos se alzó la Cruz del camposanto;
Pá' utros, la Cruz pesada 'e la pobreza.

Hoy los siento venir, golpiar la puerta
Y decir, como entonces, al muchacho:
—"Abrí, que ha cáido un rayo en la cocina,
Y aventau el fogón de tus hermanos"...

Aquéllos que lidiaban nel rodeo
Y montiaban jipando tuito el día;
Que tenían d'espejo los arroyos,
Y las callosas manos, de peinita...!

Virgencita 'el Carmen!

Virgencita 'el Carmen...
Te güelvo a encontrar
En el cuarto 'e mama!
No te vi'a olvidar!

Tenés como mama
La gracia 'el amor,
La gracia 'e dentrarte
Por el corazón.

Madrecita 'el Carmen,
Que linda que 'stás!...
No te pongás vieja,
Que me hacés llorar.

Virgencita 'el Carmen,
No te vi' olvidar;
En mi rancho criollo
Tendrás un altar...

Como aquél que mama
Te ofertó y cuidó;
Y mucho, 'e rodillas
Por mi te rezó.

Le pondré unas flores
Pobres como yo;
Porque 'l pobre gaucho
Tuito lo perdió;

Te pondré unas flores
D' escama 'e pescao,
Asperas y fieras
Como mis pecaos...

Te pondré unas flores
De mi campo en flor;
Aromau y fresco,
Tierno como vos...

Flores d' espinillo
Y jacarandá,
Florcitas de ceibo
Y de resedá.

Y otras del rebozo
Que mama llevó,
Pa' que 'sté mi mama
Entre vos y yo.

En el medio mesmo
El Cristo pondré
Que besó mi mama
Cuando se me jué...

El será mi rumbo,
El será mi Dios,
El será mi estrella;
Y —en mi rumbo— vos.

Tenés en la cara
Un yo no sé qué...
Que 's cara de Madre
Es lo que yo sé;

Sacás d' entre 'l juego
Al que cái en él...
Ah! Si yo me quemó
Sacáme también.

Pero, si está mama
En el juego!... Sí!
Sacála del juego,
Y ponéme a mí!

Sandiera

Y pasó por mi barrio llevando
un sandial en el carro entoldado
y sandiales su voz, que llenaba
de rojas sandías la siesta quemante.
¡Oh rojas sandías, de carne jugosa,
blandita, incitante, brillante y sabrosa!
¡Oh sandiera canaria, que pasas

por mi siestas de grillos y duendes
y chicharras cantoras. Sandiera
del grande pañuelo listado... Sandiera
del carro entoldado, de fuerte caballo,
que al sol del verano,
pasas frente a la casa del pobre
gritando: "Sandiera"

como pasa la dicha sandiera
de mi infancia feliz, de mi infancia
que en las piedras del largo camino
se rompió como "sandia madura"...
¡La llevaba, corriendo, en mis manos
y se me hizo pedazos...!

Sandiera, te quiero, porque eres sandiera
de mi infancia linda, sagrada, inconsciente,
Ya estarás viejecita en la chacra;
ya no irás en tu carro entoldado,
al sol de la siesta indolente,
frente al rancho del pobre
de piso "rociado"
gritando Sandiera.

Ante el verde sandial de tu chacra
y la gloria alegre de tus nietecitos,
mateando a la sombra,
harás unos viajes muy largos, muy largos,
a los barrios más pobres del pueblo,
donde tantas mujeres de blanco,
tapándose el rostro con grandes pañuelos
se te acercan diciendo:

—¿Cuánto vale esta "sandia", sandiera?

¡Cuánto dieras por ir cada día,
voceando a la siesta "la rica sandia"!

Yo también... cuánto diera por ver tu silueta
sobre el carro entoldado.

Pero yo, quién soy yo que te hablo sandiera?

Soy "un niño" que llora en silencio, que llaman "poeta",
de esos hombres que sienten la vida;

soy aquel morochito, de blanco vestido,
soy aquel morochito del barrio querido
desde donde se avistan las islas y el río.
¡Oh sandiera canaria, estrellita
de mi infancia tan fresca y bonita
quiero ir por tu chacra, vestido de cura
a comerme una "sandia madura"
y a leerte esta dulce poesía,
más dulce y sabrosa que roja sandia.

Juan E. Fagetti (1888-1952)

"No sé si conoces el anecdotario increíble pero veraz que circula sobre Fagetti. Para mí es uno de los ejemplos más raros, demoníaco-angélico y extravagante que dio nuestra fauna literaria. Te aseguro que si hubo un verdadero poeta maldito, este fue Fagetti", tal es la carta que nos escribió a mediados de año Saúl Pérez, de este hombre posiblemente oriundo de Paysandú.

Según la misma agrega, nadie desea en esa ciudad acordarse ni del nombre del poeta —leyenda negra—, y los que guardaban algún ejemplar de sus obras lo han arrojado al fuego. Es posible que su primera producción se haya perdido para siempre.

De acuerdo también a noticias de Saúl Pérez, Fagetti era sifilítico, alcohólico consuetudinario y tan crápula que pretendía sostener mediante el chantaje incesante un pasquín que editaba. Agrégase a esto una vida solitaria en piezas que —no la bohemia— sino la viva mugre envenenaba. Basta decir su costumbre de arrojar la basura en un agujero debajo de su cama. Parece —esto no se sabe con certeza— que había sido medio militar, y se le había pensionado por ello.

Pasemos ahora a su poesía. Desconcierta, sin duda, pero no por las causas que han envilecido al hombre. No es posible dudar que era un poeta. Que era sincero, y que encontraba su cielo en la poesía. Un cielo no propiamente azul pero tampoco renegrido. Era sí, alma sin esperanza y desvergonzada, a punto de decir o hacer cualquier disparate; pero lo salvaba el humor.

Este humor —a veces, muy límpido— es con mayor generalidad una mueca, y le lleva siempre a una intensidad lírica, estridente y clownesca. Creemos que el mundo se le presentó al mismo tiempo como un sainete inverosímil y una danza macabra.

En cuanto a su técnica, es de lo más divertida. No tiene problemas con la rima porque delante de un con-

sonante imposible como ópalos acomoda tópalos; y llama desaprensivos a los poetas que se contentan rimando alondra con sombra, cuando deberían hacerlo con sondra. El bromas y el veras no es aquí discernible dada la falta de seriedad, tanto natural como deliberada, que muestra el autor. Pero, aunque se lo propusiera, jamás se ha dado en Fagetti la felicidad de un poema logrado. De ahí que sea tan difícil una selección de lo suyo. En casi todo sus poemas hay chispas, pero precursoras del corto-circuito. Como arrimar... arrima siempre.

Es necesario esperar el esfuerzo de dos estudiosos —Uruguay González Poggi y Gonzalo de Fleitas— para que, en posesión de todas las obras de Fagetti, nos digan la palabra final acerca de la risa sombría de este payaso, que ríe muerte algunas veces.

Obras: *Palique del Momento* (1909); *Ultimos Poemas Simples* (1914); *Piropos a Buenos Aires* (1943); *San Ramón* (1943); *Tesis Lírica* (1960); *Policiales* (s/f); *Pueblo Chico* (s/f). Además un libro citado por J.J. Casal en su *Exposición de la Poesía Uruguaya*, "La Ruta de San Francisco".

Estación Once

*Los trenes músicos
vienen y van
como las aves
hasta el juncal;
como las flores
del Paraná...*

*A los novios llevaron las flores
de inequívoco rol tumular
y ya en marcha el trencito encogióse
el celoso en la noche legal.*

*De regreso o de viaje
todos hallan amor,
razos que les aguardan
en lianas de ilusión.
Todos tienen destino,
hasta el muerto, no yo
a quien ni ve la gente.
Vengo a ser el convoy.
Mas aún:
la estación.*

*Por no pagar boleto?
Siempre pagué con flor;
nunca, nadie, aguardóme;
nadie, me despidió.
En regresos e idas
vine a ser el convoy.*

*Bahl: ¿y en qué acaba el verso,
con zampoña o timbal?
Tu... tu... tu...
Tlán...*

Bar en Avenida de Mayo

A mi querido maestro don Eduardo Carrió,
que me deja hacer el murciélago literario,
mientras se aviva la lámpara con alcohol y
él plancha su chaqué, frente al espejo de
mi saco criollo.

*El dosel tumular da flor de luna.
Las antorchas discípulas de a una
claras se encienden, tal como en el prado
las margaritas y el clavel nevado.
Esta noche de sábado, es la lápida
de seis alondras dulces. El Domingo,
en que casa Piringo,
con respecto a la lápida es sepulcro.
El ser humano se hace, entonces, pulcro,
únese a tres o cuatro
horriblemente limpio o de chaqué
y mete el Universo en un teatro
o en cuadrúpeda mesa de café.
Los siete días son álgebra exacta
del pecador y del autodidacta
si ejerce el maestro
con liberal temor al Padrenuestro.
A la prosa, es el último magnesia,
remanso de acreedor y cobradores
allá en el sotabanco de la iglesia
en que el hermano cura vierte loores
por un tratado de litogenesia.
Hacia las vs, es órgano, es incienso
y hallan las almas, en el Coro, pienso.*

Domingo

I

*Ya la aljaba celeste distendía
su arco lujoso y era flecha en blanco
e iba yo por Balcarce cojitranco
hacia donde tampoco no sabía.*

*De pronto, texto de filosofía
luto en el aldabón. Será Lanfranco,
mi antiguo jefe? — dije. Un hombre, manco,
guarnición de la trágica Etiopía.*

*Vi cómo el hormiguar de la escalera
puso luego el cadáver a la acera
en la suposición de que era un hombre.*

*Puertas, ventanas, guiaron el entierro,
mis ojos dieron sal, a nadie asombre
e iba cuidando a todos como un perro.*

II

*En el alcoholadero de la fonda
dolime luego de no haber estado
junto al extinto, de velada y dado
pésame a quien doliente corresponda.*

*Muchachas lindas con el seno en honda
y onda también. Marineritas. Hado
de quien trasuma por enjambre alado.
Pude hacerme de amigos en la ronda.*

*Nada dijo la prensa. Mas, no obstante
se me ocurrió que era un señor de guante,
enlevitado, serio, de chistera...*

*¿Un escritor? ¡Si pude ser su amigo!
El más bueno tal vez. Y fue un castigo:
se ausentó sin saber de mí siquiera.*

III

*Y si nunca le vi. ¿por qué mi huella
sigue? A mi mesa de café, sentado
lívida estatua, escucha endemoniado
como venido de remota estrella.*

*¡Qué raro eres! —me dice—. Te querella
tonita inquietud de penetrar mi estado.
Nadie pesó mi fúnebre. Obcecado
de alma, me vistes y me ataste a ella.*

*Y en soledad de la parroquia ahita
con ginebra y limón, dos, en la cita;
sobre la mesa el lápiz, una taba.*

*Y fue lo natural que el mozo, luego
té me sirviese a mí y al otro, fuego,
pues no bebía, al c.rio que fumaba.*

(Piropos a Buenos Aires)

Torrero

*Un día, cuando me haga
sin retórica, puro,
conseguiré subirme
a las torres y junto
con el Padre Doldán
la escalera de luto
vibrará en su teclado
el a b c penúltimo:
rico... pobre... unos todos
pobres... en los tramos últimos
que, horizontes esquivos
hacen al ansia túmulo
y flor, me rehuye*

su amistad. Veo el yuyo
riendo de mi ignorancia;
de mi ilusión, al buho.
Rico... pobre... sí, ¡pobre!
Vanidoso que al lujo
de un ensueño se lanza
y que hallará en lo trunco
de una torre, una cruz
como cándido escudo
para la travesía
que el Cielo abren y el mundo.

Ya subido a la torre
me sentiré más niño
y hasta cuando el señor
cura cante, al descuido
cantaré por lo bajo
miedoso de ser visto
y veré el mundo todo
en la iglesia fundido.
Luego, alzaré las bellas
medallas que hace el río
como orfebre de plata,
geometría de lino;
con pétalos de barcos;
santos hechos marinos.
De un lado, las medallas
tienen selvas y chivos;
del otro, está la Muerte
paloteando en el limo.

Yo subiré a las torres
cuando sea más puro
para así avecindarme
a las aves y al musgo
que tiemblan, así se esponja
su viñedo maduro.
En hoz veré los límites
del pueblo cejijunto

llamar a las lucernas
con piedad de crepúsculo
y al halcón que me trae
su mensaje del mundo.
Qué feliz me sintiese
de torrero, en un turno
permanente. Tapiada
nuestra boca, seguro
de que dan vino eterno
con oro de minutos
en su copa los cuatro
ventanales del júbilo.

(Revista Nacional - N° 136)

Tú

"Contemplando el retrato del Ayudante.
Me ponía en penitencia injustamente y
ahora yace en la tumba helada".

Todo el dolor de la tierra
sube, amigo, hasta tu rostro,
como una luz de ultratumba
iluminándolo todo.
Si sacudieses los brazos
te desharías en polvo.
Bajo tu máscara surge
inconfundible la de otro...
Si me miras, me amedrentas
pues me traspasas cuatro ojos...
Sí... no me mires... Pareces
escapado de un velorio.
En la mano, una mazorca,
enseñando vida y gozo
mas, en la otra, el martillo
que sella el cofre mortuario.

*Mensajero indefinible:
tú no eres tú, eres tú y otro.
La Tierra, toda la Tierra,
se trasuma por tus ojos.
Las pupilas, dos océanos;
tu voz huracán saudoso
y el secreto de la Esfinge
vela tu cuerpo canónigo.
Tú no eres tú. Eres la sombra
de otro que me guiña. De otro.*

(Tesis Lírica)

Leandro Vilariño (1892-1944)

Este Leandro Vilariño es el padre de Idea. Nosotros hemos encontrado poemas suyos en "Los Nuevos" (1920). Según noticias de su hija, fue más o menos en el lustro que termina dicho año, cuando publicó en revistas sus poemas. Cesó luego de hacerlo, sin que nunca se supiese la causa, aunque continuó escribiendo para su propio goce.

Interioridad, fantasía tenue, pero presente el paisaje, ceñido el tema, y el verso claro, sin que por ello deje de percibirse un estremecimiento delicado, huidizo, que flotando, rodea al poema.

Un cierto cansancio también, de vida vivida, que no ha perdido su encantamiento aún.

Póstumamente fueron publicados sus versos en volumen por Idea Vilariño con el título de "Poesía" (1953).

Parque Otoñal y Ceniciento

*Parque otoñal y ceniciento
tu bruma es una encarnación
te vuelves todo sensación
para mi frágil sentimiento.*

*Pienso y me duele el corazón.
Lloro y me duele el pensamiento.
Cristalizarse en la emoción
es embriagarse de tormento.*

*Amor y versos —sueños de oro
y azul— ¡oh parque insonoro!
todo mi ayer en ti se esfuma*

*con el silencio del fracaso
y abate sus alas de raso
que vuelven mojadas de bruma.*

La Tarde dio a mi Alma

*La tarde dio a mi alma
todo el tesoro
de su belleza.
Yo dí a la tarde mi alma.*

*En esta confusión de sueños
nos hemos confundido hasta ignorarnos.*

*Así dos brisas locas
que se encuentran.
Así dos locas llamas
que se besan.*

*Tanto da ir tarde afuera
como entrar alma adentro.*

Me Eras Desconocida

*Me eras desconocida
y sin embargo no te ignoré nunca.*

*Salías de la infancia a largos pasos
como para alcanzar mi corazón,
visión traída, sabe el cielo,
por qué ligera fantasía mía.*

*Luego sin saber cómo
ni cuándo, ni por qué,
era ya tuyo,
eras ya mía.*

*Nos penetramos ignorantes
de que veníamos a ello.*

Dimas Antuña (1894)

Merced a Real de Azúa conocimos las dos obras "Israel contra el Angel" (1921) y "El Testimonio" (1947) de este uruguayo casi completamente desconocido en nuestras letras. Ha vivido en Brasil y en Argentina, y ha publicado en esta última. (1).

Ya, desde joven, de una intensa espiritualidad católica muy pocas veces vista, mostró su fuerza y finura en el análisis de Rodó, Darío, Nervo, Reyes, de su primer libro.

El segundo, reúne prosa y verso. De su prosa, nos parece altamente descollante su discurso sobre San Juan de la Cruz. Según un poeta brasileño, Schmidt, que él mismo cita, hay gentes que están en las letras por una fatalidad, pero fuera de la vida literaria. Antuña cuéntase entre ellas y aclara que esta fatalidad es tener que atestiguar cosas de Dios con prescindencia de la literatura, es decir, por memoria de la sola justicia.

Visible es esta religiosidad absoluta en el poema que hemos elegido.

(1) Está citado en el prólogo de Antología del Ensayo Uruguayo Contemporáneo de Carlos Real de Azúa (Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1964).

Recuerdo y Muerte de un Amigo

I

*Un hombre limpio pasó por nuestra vida,
un corazón inteligente nos brindó su amistad.
Era tan fino que parecía débil,
era tan noble que fue tenido en poco,
de tan discreto pasaba inadvertido.*

*Callado, simple, amable,
atento a sólo Dios, olvidado de sí,
¡dulce amigo dichoso que ensanchó nuestras almas!
Su trato era un descanso.*

*Para él todos salíamos del bautismo.
En ese drama
de lo que soy y lo que quiero ser,
en el dédalo de pistas que no existen
porque el camino es uno y los demás espejos,
mientras estos se afanan, y los otros
por no saber que están buscando a Dios
se buscan a sí mismos,
él sabía percibir dónde estaba lo auténtico.*

*Veía la estatua pura en una piedra basta
y sus pocas palabras eran voz acordada
con lo que había de ser, curioso amigo,
porque en la luz ya era.
Señor, ¿qué es el amor?
¿Qué es esa caridad del Padre
que difunde tu Espíritu?
¿Por qué un hombre tropieza con otro hombre
y halla en su corazón una certeza para siempre
y dice de alguien sin posible yerro:
¡Tengo un hermano!...*

Con aquel hombre limpio cabía amistad divina.
Con aquel silencioso se podía hablar de Dios.
Con aquel gran sencillo holgaban las palabras.

Criatura sutil, sabía que Dios llama
y sabía qué tenue, qué insegura
qué sospechosa es para todos esa voz indefensa.
Qué diferente de la lucha abierta
es la lucha del alma,
y qué agonía, qué lucha que padece,
existe en el secreto de la lucha del ángel
que no dice su nombre.

Y si estamos haciendo una obra ingente,
si aquella hija del cielo, la pobreza,
que otrora era una gracia,
ahora esgrime un código, amenaza,
se desconsagra y todo un mundo trabaja
para poner las almas a nivel de los cuerpos
dentro de esas enormes organizaciones
que niegan el Espíritu...

Si en este misterio constructivo de la apostasia,
amordazada ya la Fe y asesinada casi la Esperanza,
hasta las piedras del santuario
dejan el fundamento y se aúnan,
fuera de la estructura,
donde no hay confesión,
donde no carga el peso,
con todos los cascos e impurezas del ripio,
¿no tendrá Dios un hombre, un escogido,
para que valga al hombre que guarda su bautismo?

¿Nadie hará nada
por el precio despreciado de la Sangre
para que el pobre sea pobre,
y el poeta poeta, y el casado casado;
para que guarde la virgen su velo
y sea el monje, monje consagrado?

Para que no sea enturbiada la vida que Dios hizo,
para que no sea cerrado el costado abierto de Cristo.
Para que pueda el hombre vivir sin disimulos
ni engaños, ni artificios,
en presencia del Padre,
con conciencia de hijo,
en común, y no aislado,
según su sello y sacramento?

Un hombre limpio vivió para borrarse,
un corazón inteligente negó lo que no existe
y se negó a sí mismo,
para dar y olvidar,
para que otros fueran,
para que en su sosiego otros tuvieran el cimiento
firme, abnegado, justo, de su esfuerzo.

Su caridad fue una larga paciencia
Non recuso laborem
Este Martín para vivir de Cristo
partía su alma con el pobre,
Sin ser dueño de nada
dio mucho, a muchos,
mas todo lo que daba era pequeño.
¿Quién vio su rostro y pudo ver sus dones?
Su mano era su dádiva. Siempre,
por más que diera,
—Martín que daba a Cristo—
sólo daba su paz.

Tenía un alma blanca.
Tienen color las almas. Yo he visto negras
y las hay muy hermosas de plata y de ceniza
y también, ¡ay, Señor!, amarillas.

Mas aquella alma pura
reflejada en su casa
fue un jardín escondido.
Vivía al amparo de un monte,

v'ía en una luz de espaciosa blancura,
Otra alma, en esa luz, respondía a su alma.

Pero pasó al Señor.

II

No hagamos un gran tùmulo,
nuestro pobre morir no es importante,
sólo es morir del cuerpo.
Consagra para el Padre todas las otras muertes,
las grandes, las divinas;
la del Hijo en la Cruz (que no fue sin nosotros),
y la que consuelta con él en el bautismo,
y ésa de cada día,
el Suscipe de los que ofrecen,
muerte secreta, casta, simple, interior, total!
No hay ninguna más ardua.
Sólo por el altar
—gota de agua en el cáliz
y herida que no acaba—
podemos ir tan lejos.

Quien tuvo vida eterna en este mundo,
de vida eterna herido ha muerto muchas veces.
Aquellas sí son muertes,
ésta sólo un oficio menor y transitorio.
El pago de una deuda, debida;
el paso de una pascua, deseada.

¡Aprieta, hermana muerte!
¡No perdones, amiga! Mira que no estoy solo.
Sea cumplida hasta el fin también esta obediencia.
No llegas tú, no temas,
hasta la división del alma.
¡Otros vestidos he quitado
y que me estaban más inexplicablemente adheridos,
para poder dar gracias!

Poco muere el cristiano en esta muerte.
Al que nació de Dios y vivió Inter Convivas
tu hora es breve Fiat!

III

Duerme ya nuestro amigo.
Descansa de su día.
Un valle de montañas indecibles,
un ensueño de luz
vela su sueño.
La voz severa de San Juan Bautista,
la voz amante que nombró al Esposo
precederá su despertar.

Muchos pueden orar sobre su nombre,
Wagner Antunez Dutra,
yo, sólo recordarlo.

Difunto, libre, desligado, exento.
Ausente de estas cosas,
puro de estos torcidos tristes afanes
para siempre.

Sólo presente al alma
y a estas lágrimas que el dolor,
¡amigo! ¡amigo!
o acaso la desesperada virtud de la Esperanza,
lentas, no amargas, y sin llanto, y calladas,
del corazón, sólo del corazón, me arrancan.

Junio Aguirre (1895-1962)

Perteneció a la tertulia que presidían Abellá y Zarrilli y que frecuentaron Roberto Ibañez, Fernando Pereda, Jesualdo y Vitureira. Este último lo reconocía como un Francis Jammes de Malvín.

Cuando aparece su único volumen, "La Cruz del Sur" en breve bibliográfica dice que este autor ha, sobre todo, vivido sus poemas. Esto sí que fue hacer el Agosto en Junio —como verá el lector. El Humberto citado en el primer poema tiene que ser Zarrilli

La "Eutrapelia" está acribillada de vocablos raros, a veces científicos, que si bien molestan, no hurtan al libro su jocundo tono. Es una poesía que está a punto siempre de excederse en libertad pero que se detiene a tiempo. Su lectura es agradable y hace suponer que el hombre que escribió este libro, era feliz.

Luego, abandonó por completo a sus amigos y se fue a una chacra a trabajar. Lo hizo de un modo tan contundente que cuando Vitureira —según nos contó Ibañez— fue un día a visitarlo, Francis Jammes no quiso recibirlo, y no quiso tampoco enviarle ninguna explicación.

Obras: Eutrapelia pastoril y gandulesca (1928).

Gaudeamus

*Amigos de mis más hermosos días:
el equinocio Libra está a llegar
y presto va a sonar
la flauta de Marsias...*

*Vamos Humberto, el de sedientos labios
y ojos de zahori:
bien sabes tú que los preceptos sabios
están en las canciones de Saadí,
cual tordos escondidos
en soto de agabanzos florecidos.*

*Mira: cada camino suburbano
que parte a las afueras,
conduce a las idílicas riberas
del Manga, Miguelete o del Malvín:
do el último verano
paseamos con la amada y el esplín.*

*Abandonemos buhardas y hosterías
la ciudad por la fronda...
y en este agosto de calientes días,
reunamos la estival, antigua ronda.*

*Luego, todo otra vez estará listo...
La merienda y los vinos en la cesta,
en las bocas el beso y la canción.*

*Oh, alegre y pimpante caravana:
volemós a la fiesta,
como Fausto del manto de Mefisto:
asidos al ropón
de luz de la mañana.*

(Eutrapelia Pastoril y Gandulesca)

Le Daban Tierra

*Le daban tierra a aquella pobre muerta,
y mis ojos volaron por encima
de las tumbas,
hasta un arco de playa, en donde,
una casita púrpura anudaba
la blanca arena con la mar azul.*

*La playa era Malvin... y el sentimiento
unánime se fue tras de los ojos...
Allí sobre la arena, aún insepulto
—asperjado de sol y agua marina—
yacía el cadáver de mi mocedad.*

(Eutrapelia Pastoril y Gandulesca)

Federico Morador (1896)

¿Por qué no hemos ubicado a este poeta en la primera parte de esta antología? No sólo porque van más de treinta años que su voz se ha silenciado, sino porque en el último de sus libros de versos titulado "Anatomía" desaparecen las calidades que había mostrado en los primeros. Nos produjo, en consecuencia, la sensación de haber perdido el rumbo; con un futuro, si no clausurado, por lo menos imprevisible y, a nuestro ver, poco prometedor. (Véase el poema a Julio Herrera y Reissig, Rev. Nac. N° 203).

Lamentamos con esta opinión contrariar la de H.E. Pedemonte que ve en "Anatomía", uno de los libros más bellos de nuestra literatura. Que el lector decida. Nosotros, por nuestra parte, hemos consultado este antagonismo crítico con quien fuera compañero de Morador en la revista Los Nuevos, Nicolás Fusco Sansone. Opina éste que el poeta logró en su primer libro "Poesías" lo mejor de su obra. Y deploraba que el profesorado hubiese, luego, con su literatura didáctica, absorbido al poeta. Nos parece que también es ésta la opinión de Pereda Valdés. Agregamos ahora por nuestra cuenta que el segundo libro de versos de Morador no nos resulta indigno del primero.

En nuestras letras, ya sea por ambiciones, por timidez o dudas sobre sí, los poetas jóvenes en edad, difícilmente lo son en su poesía.

Podríamos citar como excepcionales la euforia ruidosa de Fusco Sansone; la ingenuidad radiante de Viturera, la vibrátil perplejidad penserosa de Ricardo Paseyro en "Plegaria por las cosas"; y la primera modalidad de Washington Benavides. Y entre las poetisas: en primer término, a Circe Maia; y luego a Silvia Herrera, en sus comienzos.

Cada uno posee su timbre particular e inigualado. El de Federico Morador consiste en la *Instantaneidad y desenfado juvenil*. Claro que esta actitud no valdría de nada si no fuese acompañada por la gracia, por la simpatía y por el relámpago de la intuición que acierta. Cuando esto no acontece, la espontaneidad deja paso a la simpleza; la gracia se chasquea en un querer ser gracioso; y la intuición, que no ha acudido a la cita, es sustituido por un capricho en el aire.

Esta manera de arte de Morador supone intrepidez, creencia segura en su propio encanto como algo comatural, y golpe de vista fulminante. Todo puede caber en el poema —a veces, se encuentra allí cualquier cosa— todo, menos que el poema de la impresión de haber sido pensado de antemano. Nosotros hemos comprobado que este tipo de poesía corresponde a cierto tipo de hombres de notable velocidad mental y verbal.

El contrapeso de tan bellos dones está en que pocas veces logran superar sus frutos de juventud, o lo que se había descubierto como promesa en ellos.

Obras: Poesías (1920); El Libro de Ella (1922); Anatomía (1931).

Encuentro

*Cuando caían las primeras
Hojas la vi por vez primera
Y era tan linda que pensé:
Yo debo ser indigno de Ella.*

*Y tuve ganas de irme lejos,
De estar con otras o acaso solo...
Mas ya era tarde, con un gesto
Nos lo habíamos dicho todo.*

*Luego viendo que sus amigas
Le sonreían, sus mejillas
Se coloraron poco a poco.*

*Se coloran de igual manera
Las cerezas en el cerezo
Para que sean descubiertas
Entre el follaje, desde lejos.*

(El Libro de Ella)

Ella es Así

*Ella es entre las diosas una virgen desnuda;
Ella es entre las vírgenes, una diosa violada,
Con sus rubios cabellos sueltos de reina loca
Y con sus claros ojos fluidos como el agua*

*Entre sus senos nacen las rosas más oscuras;
Desde su alma soplan los vientos más distantes;
Su carne es triste como la cara de la luna
Y en su boca finísima tiene un gesto algo acre.*

*Yo la quisiera hacer eterna entre mis brazos,
Estar siempre quitándole alegría y dolor
Y en vano, porque aunque yo me llevase toda
Su belleza conmigo, la reharía El Amor.*

(El Libro de Ella)

Posesión

*Yo la deseaba en un amanecer de Otoño.
Como se desea un fruto para la boca, como
Se desea un sendero de sombra por el campo
Y como, en el dolor, se desea estar solo...*

*Y ella vino despacio por el parque llovido
Pisando los agóricos blandos y venenosos.
Ella tiene la gracia de esas flores de tallo
Grande, un poco inclinado, que pintan en los biombos.*

*Yo la deseaba en un amanecer de Otoño.
Sus hombros eran algo caídos y redondos
Sus cabellos olían a suave resedá
Y en sus senos había un ligero heliotropo*

*Cuando vi su sonrisa comprendí los abismos.
Sus palabras me dieron la música del gozo.
Ella fue mía tanto como yo la deseaba.
En sus ojos había un profundo reposo.*

(El Libro de Ella)

El Comedor

*Yo soy un comedor fresco como una huerta
De madrugada; tengo una vida feliz
La polilla me come ya hace doscientos años
Y siempre estoy oliendo a canela y anís.*

*Cuantas veces los niños jugaban con los cromos,
Las estampas azules y las estrellas de oro,
Que vienen en las capas de las pasas de higo,
Sentados sobre el hule a cuadros, en el piso.*

(fragmento de "Una Mañana")

Alba

*Todo está temblando y hay
Un ruido que no se oye...
Sol grande entre las ramitas
Donde cantan los pinzones.*

*Todavía están sombríos los matorrales
Pienso en la sonrisa, como una luz apareciendo entre la barba,
En la sonrisa de un gran hombre
Que usaba corbata de dos vueltas
Y escribía libros magníficos y amorosos.*

*La melancolía se nos hace esplendor.
Y es dulce, así, decir cosas redondas y fuertes
A la mujer que queremos;
"Te querré para toda la vida". Es un ejemplo.*

*Tiembla la nata azul de la leche
En los grandes tarros negros.
El cielo se va haciendo cordial.
Los perros se estiran sobre las cuatro patas
Y nosotros dejamos escapar del corazón,
Como quien abre un puño,
La mitad de la experiencia del mundo*

(Poesías)

Blanca Luz Brum (1905)

Nacida en Maldonado, en "Contra la Corriente" recuerda su niñez en una estancia vista de noche en medio de los relámpagos, árboles enloquecidos y caminos cortados por las inundaciones. No volvió jamás.

Según Fusco Sansone, escapó luego de un colegio de monjas y se presentó a la oficina de la revista "Actualidades". Traía versos. Allí conoció a Parra del Riego. El poeta la llama "Terutero de cristal" a causa de sus piernas delgadísimas. Se casaron. Murió él, y con un bebé en brazos esta Blanca Luz de relámpago echó a correr por todos los caminos de América (Chile, Perú, Méjico, Estados Unidos, Brasil) en libertaria, en comunista, en solitaria, en solidaria, ya despreciado el férvido credo católico anterior.

Hizo vida riesgosa con artistas; vida perseguida, con políticos; y vida ancha, suelta y suave con industriales magnates. Tiene actualmente su residencia en Chile.

La poesía y prosa que ha publicado recoge el fuego, la luz —también el humo— de este leño de carne puesto a arder. (Perdón, lectores, esta vida de Blanca Luz nos ha impuesto un poco a todos la misma retórica del fuego. Así Brughetti: "Es un arder incitante, sobre la marcha, en su hincharse la cara en la brasa!").

Obras: *Las Llaves Ardientes* (1925); *Levante* (1926); *Atmósfera Arriba* (1933); *Cantos de América del Sur* (1938); *Romancero de Frutos Rivera* (1942).

*Pálpame como fruta de la noche
búscame en el hondo terciopelo
porque la noche es tuya y mía
la noche donde tú y yo nos encontramos
nerviosos en la tiniebla ávida
con los nudos del deseo en la boca.
La que me hizo la espalda eléctrica
y agotada la sien
diente de fuego adentro de mis ojos
ceniza de la madrugada.*

*La noche que extrae los zumos de los senos
y la leche del vientre.*

*La noche que me sirves en tus manos
la que te trae y te inmoviliza en mis dedos.*

(*Atmósfera Arriba*)

*En la noche de tus ojos
dos marineros fuman su pipa de ámbar
tu tristeza tiende puentes de angustias
en mi garganta,
y mi estridencia se queda adentro, como
en las fábricas...*

*Porque a mi corazón de rudas poleas
no le puede seguir tu corazón
que es como un cordero que crece con miel*

*Sin embargo no sé qué cosa fina
nos une las patitas
como a un casal de pájaros.*

(*Atmósfera Arriba*)

La Ardiente Soledad

*En nuestra cama blanca
la huella de su cuerpo
se ha quedado clavada!*

*Cuando tú estabas
la cama estaba bella y plena
y parecía
¡mi mismo cuerpo con mi hijo!*

*Ahora...
¡qué triste y desolada!
Hasta en la quieta oscuridad del cuarto
se recalca tu huella
violenta y obstinada!*

*Pasa el gigante de las noches lentas...
Cada vez más calladas
y desiertas
Sobre mi mesa de trabajo
tu retrato*

*Junto al retrato de mi madre muerta
contemplan mis insomnios
y parece, que velamos los tres
y lloramos los tres la misma pena*

*Interrogo a la Virgen que me mira
con el hijo en los brazos:
“¡Cuándo vienen, mi madre
cuándo vienen
los dos a mi regazo!*

(Levante)

María Elena Muñoz

(1905-1964)

Calladamente se extinguió el año anterior, dentro del silencio en que se había instalado durante más de treinta años, esta figura trémula, un poco siempre en vago más allá, un poco siempre entre los ámbitos de la tarde y la noche.

Sus días y años en que concitó la atención fueron en torno a 1925, cuando sus sobrinos Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz que redactaban en La Cruz del Sur, forzaron su modestia; su eterno aire de no entenderse. Y aparecieron entonces sus poemas, rodeados siempre de palabras de cariño y de estímulo. Leandro Castellano Balparda ilustrará tres, en 1931. (Es de fulgurosa belleza solemne el grabado en madera que interpreta el poema “Silencio” de “Puñado de Agua”).

“Cartel”, de Ferreiro, reaniman la siempre débil fe de María Elena, una y otra vez. Luis Giordano le dedica una conferencia entera en la “Historia Sintética de la Literatura Uruguaya, Plan del Señor Carlos Reyes” (1931). Jules Supervielle califica de admirable hallazgo su poema “Llueve”. Eduardo Dieste, en “Te-seo” (1930) habla de “Horas Mías” como de un libro que “si no es definitivo, revela un talento definitivo”.

Los muchachos se entusiasman. La colocan al lado de Delmira, de María Eugenia, de Juana de Ibarbourou. La incitan a internarse en la trascendencia, en la mística, en el panteísmo, en la metafísica. Y creemos que la aconsejaban mal. Y que elogiaban más los libros en que, para nosotros, empezaba a perder pie.

Aunque hija de una antigua familia muy respetable y entroncada con los fundadores de la nación, creciendo en medio de élites sociales e intelectuales y educada

con una cultura europea, María Elena buscó siempre, por naturaleza, la penumbra, la soledad más que la sociedad, y el silencio más que la conversación animada —bien que fuese la afabilidad y delicadeza en persona.

Amó sobre todo, la media voz. No creía en los extremos, ni místicos ni pánicos. Permaneció siempre con ese aire de no entender, o de entender apenas, los hombres, las cosas, las horas, en lo que ellos tienen de “aparición”, de entes de otro mundo.

Obras: Horas Mías (1924); Lejos (1926); Puñado de Agua (1931).

En el Piano

*Pobres manos mías, cómo van muriendo!
ya, sobre el teclado resbalan de tedio.*

*¡Qué ágiles y alegres trajinaban antes
en el blanco y negro!*

Ahora desfallecen, y caen

como caen las manos sin techo

después de una súplica que no encuentra eco.

Suspensas y pálidas

parecen envueltas como en un misterio,

y así, recogidas,

a una garza inmóvil se están pareciendo.

Lacias y pesadas, oscilan sin fuego

como dos badajos de campanas tristes

que tocan a muerto.

Dos cabritos blancos eran en las teclas

saltando y corriendo;

ahora se clavan en un solo acorde

que alarga el silencio.

.....
*Y el piano dilata con risa sardónica
su boca de ébano,*

mostrando la dentadura rígida,

como un monstruo negro.

Algo inmola el monstruo, que sigue riendo;

su risa me duele: en mis fibras siento

que algo de mi vida en el encordado

se está consumiendo.

Retiro las manos del piano, con miedo

de que aquellos dientes me muerdan los dedos;

y espantada, le cierro de un golpe

la boca de ébano.

(Horas Mías)

Como un Puñado de Agua

*La noche ha bajado una estrella...
Suspendida la tiene*

Sin rozarla con nada.

*La estrella sigue limpia
Como un puñado de agua.*

*Los días se han gastado
Buscando la siembra de luz*

Que del surco se escapa.

*Las horas van temblando
A robarle su llama.*

*Viaje de prisa llevo por las calles...
Voy mirando la estrella
Que juega a esconderse detrás de las casas,
Y me mira, burlesca,
Por entre las verjas desnudas de un árbol
Que pasa.*

*Cabrita cargada de noches,
En el campo abierto*

La estrella corre y salta,

*Y de pronto la veo muy grave
Sobre el mástil de un buque
Suspendida en la calma.*

*La estrella sigue limpia
Como un puñado de agua.*

(Puñado de Agua)

Llueve

*Llueve, llueve a torrentes,
en el techo del cuarto
ha dibujado el agua
un personaje raro.*

*Los ojos miran lejos,
con una pipa larga
entre sus labios secos
parece que fumara.*

*Ya no pienso en dormirme.
Ese duende
que asoma la cabeza por el techo
me tiene desvelada.*

*¡Fuera, cómo llueve!
(¿y esta gotera extraña?)*

*¿Es un viejo marino?...
Mirada escrutadora
y la pipa clavada...
De súbito la pipa
se ha convertido en gaita.
¿De dónde te has venido
gaitero, hasta esta casa?...
¡Venga, venga tu música!*

*Y al compás de la gota,
la gaita complacida
parece que sonara.*

César M. Rappalini (1908)

En sabrosísima carta —que por su extensión no podemos transcribir— “Rapp” satisfizo nuestro deseo de saber cosas de su vida y poesía. Nació en la falda del Cerro, crióse en un saladero propiedad de su padre y su abuelo. De ahí le viene la sal.

Continuó su niñez en Villa Colón estudiando en el Colegio Pío, y empezó a publicar “El Chajá”, empujado periódico festivo. Pasó a “El País”, y para obtener entrada gratis se hizo cronista de fútbol. Pero el rectángulo de campo verde, más que inspirarle goles, lo lanzó a la Agronomía. En esta Facultad jugó tan sólo las preliminares.

De vuelta al plomo con el “Uruguay” (1935) donde me derrumbé —dice— “para no levantarme más de una profesión que me mantiene hasta el presente”. Allí publicó sus primeros versos “hábiles”. (Y digo hábiles porque los otros fueron festivos). Se trató —agrega— de un accidente en un “Paso a Nivel”, que así se llamaba la página literaria dirigida en dicho diario por Julio J. Casal, quien fue siempre muy democráticamente amigo de nivelarlo todo.

Desaparecido “El Uruguay” pasó a “Marcha” y a “Mundo Uruguayo”. Después entró a “El Plata” como “solista” de su página política. Solfeó más de cien veces en el mismo sitio haciéndolo luego en “La Línea Maginot” radial y en “Peloduro”. (Aquí publicó cuentos humorísticos).

Agréguense centenares de epigramas y biografías caricaturizadas en “Dioses y Angelitos” de “El Plata”, donde ocupa actualmente el cargo de Secretario de Redacción. Siempre firmó con el seudónimo de “Rapp”.

Como transición adecuada entre su humorismo y lirismo, aparece su primera publicación en volumen:

“Crónica de Pájaros” (1961), editado por el Ministerio de Ganadería y Agricultura, instructivo, bello y aménisimo libro.

Como influencias líricas cita Rapp las de Lorca y Neruda, y la de un gran señor de la prosa: Gabriel Miró.

El único libro de versos publicado reúne una espaciada producción de 30 años. En él está el Cerro, de algún modo; y el deslumbramiento de su vida infantil. Mas todo trasladado a la imagen, y con mucho mar, visto y soñado, por horizonte. De nativo desencuentro, nativa ausencia, nativa lejanía, son los aires que rizan misteriosamente esta agua quieta.

Y no queremos dejar de citar las últimas frases de Rapp: “Le confieso sinceramente que me cuesta creer que mi obra, si así puede llamársele, tenga siquiera un valor relativo. Y al decir esto, le confieso que creo no padecer la peor de las vanidades, o sea, la de la modestia”.

“La vida me ha tratado bastante bien y me ha enseñado mucho; sobre todo a conocer mis propias limitaciones”.

Obras: Agua Dormida (1965).

Pensando en Ti

*Pensando en ti
toda la tarde adquiero.
Sin ti, no atino
lo qué hacer con ella.
Quisiera usarla
para estar contigo;
dártela en nombre
de tu nombre y suelta
toda la tarde
sobre tu silencio,
ungida en ti,
santificada, llena
de lo que pienses
cuando yo te pienso,
volverla a mí
para gozar tu ausencia.*

(Agua Dormida)

En Donde Estés

*En donde estés
te atrapa
mi pensamiento ahora.
Entristeci la tarde
para encontrar tu ausencia.
Yo no sé si estoy triste
o si soy mi tristeza.*

*Deja que yo te traiga
recomenzando el tiempo.
Deja que yo te aleje
de tí para encontrarme.*

*Ya me estorban
los ojos y las manos
que no saben hallarte
y sin descanso vuelven.
Y me estorba la voz
que no encuentra tu oído.
Y me estorba el deseo.*

*Desearía encontrarme
aquel que amaneciste
en mí con tu presencia
y retenerlo siempre;
volver a tu regreso
y desandar tu olvido
hasta llegar a mí.*

*En esta tarde pasa
que todo me despide
desde este andén que pienso
y llueven tristemente
palabras sin oídos
y sopla un viento de algo
que parece que nunca.*

*En donde estés
te atrapa
mi pensamiento ahora.
Siempre será lo mismo.
Aunque ni tú ni yo
seamos ya nosotros
ni muera este silencio empecinado
que ha llegado a mi sangre
para sembrar tu ausencia.*

*Yo no sé si estoy triste
o si soy mi tristeza*

(Agua Dormida)

Juan de Gregorio (1909)

De carácter "entre tímido" y "orgullosa", dejó pasar bastantes años antes de permitirse la primera publicación. Fue ésta "Cántico del Retorno" a la memoria de Juvenal Ortiz Saralegui. Una fuerte autocrítica —de la que se siente satisfecho— ha llevado a De Gregorio a una poesía que maneja casi exclusivamente palabras-símbolos y esencias. Y esto —aunque quisiéramos— no podemos celebrarlo del todo. Porque siendo como es un espíritu de real intensidad y sopesado lenguaje, podría aproximarse mayormente a las cosas, sin desnaturalizarlas. Desearíamos más detalles, más corporeidad, más circunstancias precisas, sobre todo en quien ha sido capaz de amar a una criatura no humana, hasta consagrarle un libro. Es que no sabemos adónde asirnos cuando en ningún verso, ni en ningún vocablo el poeta ha tenido el coraje de llamar pan al pan, y al perro, perro.

Obras: Cántico del Retorno (1962); Oficio del Alba (1963); títulos que incluyen un sólo poema: El Sobreviviente, Maya, Proyección de lo Oscuro, Espadas de Fuego (1963); Los Círculos Radiantes, Luz Creciente, Fervor, La Desairraigada, Lugar de Sueño; Mientras Llega el día, Tríptico del Amor Ausente (1964). Este último, compuesto de tres sonetos.

El Sobreviviente

Anegados nos dejan en el alba vacía.
Kathleen Raine.

*Soy el sobreviviente que clama abandonado.
Aquí estoy sucediendo,
sin brújula en mis ojos,
acumulando muertes, temblor y pesadumbre.
Es un día cualquiera.
Es ayer, hoy, mañana.
Tal vez siempre fugitivo en la sombra,
como un pájaro herido por la llama nocturna.
Me muevo entre cenizas,
buscando tus celajes,
tu puerto incommovible,
mientras cae la nieve sobre mi corazón,
derribando paisajes.
En mi frente cruzada por lentas cicatrices,
golpean las borrascas,
los desastres golpean,
y como nadie viene a sostenerme,
soy el sobreviviente que vaga hacia la nada.
Aquí estoy sucediendo,
no sé, en ninguna parte,
en la tierra, en el cielo,
o en un pozo de furias.
A veces me acompañan las voces sumergidas,
este coro de voces de cal despedazada,
y un ruiñeñor que llevo en mis arterias.
Si pudiera, tu rostro,
ver tu rostro un instante,
qué dirías al verme con los pies mutilados,
y mis carnes abiertas por tus crueles verdugos.
Ya mi padre y mi madre se fueron en silencio.
Mis hermanos, caídos, vencidos por el rayo,
¿en qué aspecto dispersos hasta agotar sus sendas,*

*en qué orfandad, privados del trigo de los justos?
Hay círculos hostiles.
Hay fuerzas insaciables.
Esos grandes impulsos nos lanzan como piedras.
Sólo somos fragmentos en la noche,
cuerpos diseminados,
asidos, desasidos
en la Fiesta del Fuego.*

Luis Alberto Varela (1912)

Montevideano, de la ciudad vieja y, desde niño, amigo de la calle como un gorrión. Se hizo solo. Pero este año, cuando para conocerlo nos trasladamos hasta el local donde oficia de figaro, quedamos sorprendidos de la cantidad de hombres de letras que había conocido, y entre la cual actualmente se mueve. Hombre claro; sin ningún veneno. Con rabias sociales, sí. Pero transido de nostalgias juveniles o niñas. Ahí están, como prueba, sus sabrosísimas "Estampas Montevideanas" que le prologó Julio C. Puppo (El Hachero). En mayo de este 1965, el conocido periodista Davy hizo de "Varelita" en "El País" una semblanza muy simpática. Por el diminutivo lo suponíamos de estatura escasa. Pero es al revés.

Hay como un Líber Falco en la transparencia viril y madura de Luis A. Varela. Aunque es más expansivo, más deseoso de acercarse a la gente mediante una caricia en el hombro que desearía ser un abrazo. No le oímos ninguna antipatía literaria ni rivalidad, ni queja alguna en cuanto a su suerte en las letras.

En poesía se inició con Alvaro Figueredo que dirigía "Mástil" en Pan de Azúcar (1933). Por lo que nos cuenta, es siempre un hecho real, una persona o suceso que le ha vivamente impresionado, lo que da origen a sus composiciones. Así: "Una", es la transposición lírica de una envejecida prostituta callejera, vista, noche a noche, en una esquina de la ciudad vieja. "Niño Muerto en el alba", es originalmente un cuadro del Cerrito de la Victoria: un arrapiezo de 8 o 9 años, visto a la salida de un bailongo, muerto en la calle y, extrañamente, con un puchito en la boca. De esta composición ha dicho Alfonso Reyes: "es uno de los más dramáticos poemas escritos en América". Y "Nuevo Aire en Líber Falco" nació de la siguiente situación: Al ver a éste junto a su esposa, sentados en un banco de la plazuela "Artigas", el poeta se lanzó del ómnibus donde iba con el objeto de saludarlo, o mejor aún, de presentarse. Lo sabía ya signado de muerte. Pero era

tal la sensación de abatimiento expresada por aquel rostro que, sobrecogido, Varela rehuyó el encuentro y siguió de largo.

Lo que place en sus versos es la mezcla de cotidianidad, de fotografía hecha pedazos, entre los que intercala imágenes de interpretación subjetiva. Estas no son siempre lo exactas que uno desearía. Más raras, a veces, o forzadas o bruscas, que exactas. En cambio, una fuerza real y unidad de emoción, salvaguardan.

Obras: Heme (1940); Cara y Cruz de la Esperanza (1941); Tiempo del Amor y la Amistad (1951); Mural de Poesía Nos. 1 y 2 (1954); Mural de Poesía Nos. 3 y 4 (1955); Costado Triste (1958); La Calle se levanta (1961).

Una

*Más que flacura
en la inocente luz
un dibujo de piedra
en el vestido.
Huella de cielo y tiempo
entre la carne.
Son pétalos de dedos que se pudren
y barajas nocturnas
florecidas.
Quien la quiera tocar
será en la calle.
Mariposa de sangre
desde el vientre
entre brumas
y briznas
y almanaques.
Un documento de zapatos rotos
y la vigilia de calladas hambres.
Quien la quiera tocar será en la calle.
Qué trizadura en los ojos
qué agazapada infancia
qué callados otoños en la boca
hay lámparas de aliento
que la empujan
su mortaja de sal
su muerte viva.*

(Costado Triste)

Nuevo Aire en Líber Falco

*Era la tarde terrón de sal
y llevaban tus pies para adelante.*

*Estabas junto al muro
cárcel de hueso,
sangre sin meditar.*

*Empezaba tu hazaña,
luchar desde tu sitio
con quemados otoños.*

*Comenzabas a ser,
la almendra genital de las hormigas.
Te envidiaré yo tanto,
como tu abstracto vino,
y verás ay, los buzos,
hurgando tus maderas,
tu ceniciento rostro,
los odres de tu piel,
los diamantes helados de tu boca.*

*Y serás el viajero devorado
sin tabaco ni amigos,
entre turbios licores,
azotado de tierra,
entre raíces.*

*Y yo diré de ti en este mundo triste,
cada día en la calle con tu misma saliva,
con iguales escamas
junto a ti en los gritos,
(amapola de asfalto)
con la misma latitud de mariposas,
que hay un circo vacío de piedra solitaria,
y delirio de verso detenido
en viejo tiempo, torpe,
asesinado.*

*Ay, cómo duele tocar
tu frío sello,
tu mano que se escapa
que abre puertas,
tu cuerpo que deambula acostumbrado,
al muro de la calle, entre las moscas...*

Niño Muerto en el Alba

*Qué solo se quedó
en la calle, qué solo,
un barco de papel y una baraja,
y entre tempranos dientes
el tabaco.*

*Qué solo se quedó con la sonrisa,
dibujada con lápices de hambre
y caracoles de angustia,
en los zapatos.*

*Qué funeral aliento
por la espalda,
qué vegetar de hongos
en el pecho,
qué calendario de hollín
en la miseria.*

*Lo rodeaban los ángeles,
las moscas, el fotógrafo
que suda sus primicias,
las uñas que se enroscan
en los folios, para explicar
la muerte,
y el esqueleto de la luz que envuelve,
el hilo de la sangre sin ventura.*

*Qué pantalón de soledad,
qué solo en la isla de la calle,
con orugas de tierra entre los dedos,*

*como cenizanovia,
como carne que se pudre en los vestuarios.*

*Qué solo se quedó,
como se quedan,
los caballos que enlazan la tormenta
en éxodos de sombra,
como un pájaro que llora su creciente lunar,
como se quedan,
los huesos, la oración,
la sangre de los niños en la calle...*

Pedro Montero López (1914)

Nacido en Durazno, se sintió llamado a escribir desde la edad escolar. Llegó a rendir algunos exámenes en la Facultad de Derecho, abandonando luego para ingresar mediante concurso de oposición al profesorado de Historia, cargo que ocupa en el Liceo "Dr. Miguel C. Rubino" (Durazno).

En datos que envía a nuestra solicitud, Pedro Montero López nos dice de su amistad lírica con los clásicos, principalmente los españoles. En su última obra —y para nosotros la mejor— "Sonetos Duraznenses", si no por el lenguaje, que en Montero López es siempre menos raro, sí, en cambio por los temas, por la limpidez del conjunto así como por la frescura y calidad de los elementos elegidos, el autor logra darnos una visión muy próxima a la de Herrera y Reissig en "Los Extasis de la Montaña".

Claro que aquí hay un pueblo nuestro del Interior siempre reconocible, y no villorrios, montañas, zagaes y zampoñas; las "églogas de abanico" de que hablaba Zum Felde. La tonicidad que se difunde de los poemas de Montero López, su virtud esencialmente cordial y siempre de encantamiento plástico, hacen que no sólo se embellezca la visión que tenemos de nuestros pueblos y ciudades de la campaña sino que una ola de salud, de salud física y moral se expanda sobre ellos.

Obras: Cavilación por el amigo grande (1943); Sumo Encuentro (1944); Canto al 29 de Junio (1950); Canto al Héroe (1952); Medalla de Romances (1954); Elegía por Telémaco Morales (1957); Cristal por Medio (1960); Sonetos Duraznenses (1964).

Domingo

*El carro, de culata, alza las varas
desperezándose en celeste acceso;
el perro a su costado muerde un hueso
y las gallinas hacen algazaras,*

*a ratos, contra las palomas claras
que andan coquetas, de claror ileso,
entre el estiércol; y el domingo es eso,
y sol en horas y oros largos; raras*

*veces es algo más o diferente,
aquí en el patio y el galpón sin gente,
sin gestos duros y sin voces hoscas;*

*aquí donde sazonan los zapallos
sobre el techo, y debajo, los caballos
dormitan arrullados por las moscas...*

La Luna

*Luego de un largo y penumbroso asedio
acércase la noche; no la ahuyenta
el olor de la ruda, entra y se sienta
familiarmente, lámpara por medio.*

*Una cuchara, un frasco de remedio
y un vaso dan sobre la mesa cuenta
de mi tos infantil; la paz aumenta;
oigo latir puertas afuera el predio*

*y en los techos rumores imprecisos,
de las semillas de los paraísos,
tal vez; la luz ahora me importuna*

*y apágola, que en sombras estar quiero,
mas, ¡ay!, por el espejo del ropero
de mis padres, alúmbrame la luna.*

La Siesta

*La casa tan de siesta; con rigor,
tan íntima quietud, tan poro a poro
y tan afuera, tan azul, tan oro
y tan aire y tan pájaro y tan flor.*

*Del patio, tan campante, al corredor,
tan verde moscardón y tan sonoro
y el balde en el aljibe tan en lloro,
tan gota, gota y gota de frescor.*

*Alcoba tan callada; celosía
tan baja; tan dormida todavía
la tarde y yo tan solo con mi afán*

*tan atento a las tres en la campana
de la iglesia que suena tan sin gana
y tan lejos, tan lejos, tan, tan, tan...*

(Sonetos Duraznenses)

Walter González Penelas (1915)

En los años en que Don Julio J. Casal levantó en su Antología "un censo vecinal más que poético..." —va en el decir de Guillermo de Torre—, González Penelas residía en el Cerro y compuso entonces su primer libro, que Vitureira comentó en "Aiape".

Empezó —como casi todos los que terminan en las letras— estudiando abogacía. Si bien ocupa actualmente un cargo técnico en el Instituto de Colonización, su vocación docente lo llevó al profesorado de Sociología, cátedra que obtuvo mediante concurso en los Institutos Normales. Cuando allí le conocimos —recordamos— no quiso dejar de mencionarnos un tema con el cual procuraba renovar la enseñanza de su materia: era la sociología de la serpiente.

Su expansiva naturaleza quedó demostrada acto seguido al recitarnos en un café sus sonetos amorosos. Lamentamos no haberlos visto impresos en las "Elegías", pues eran todo fuego y puntillazo final, y no hubieran dejado de producir su efecto sobre este lector medio que procuramos no olvidar un instante.

Pero está a la vista que González Penelas fue tentado luego por otra temática. El tema de la muerte se ha hecho en él obsesivo, y Hugo Emilio Pedemonte lo define como un "verdadero agonista". "Y a veces un desesperado". Según él, no parece esta poesía uruguayo, sino poesía española de post-guerra, amargada, angustiada. Y termina Pedemonte su juicio sobre las once elegías, diciéndonos: "Respiramos hombre real, hombre-integro, hombre-angustia por todas las palabras". Creemos nosotros, por nuestra parte, que la vehemencia de esta poesía-desahogo no escapa a los peli-

gros de la poesía torrencial: frondosidad en exceso, enumeraciones sin término, nerviosidad en reemplazo de la profundidad. Que se entienda el matiz: hablamos de peligros.

En el poema que hemos elegido procuramos mostrar este doble tema del eros y la muerte que han ocupado lo mejor de la producción del poeta.

Obras: Canto para los fuegos del hombre y de la estrella (1937); Elegías y otros poemas (1956).

Juego con el Relámpago de tu Cuerpo en la Sombra

*Juego con el relámpago de tu cuerpo en la sombra
mientras llueve en la noche tu cabellera suelta.
Tus ojos recordados flotan sobre mi espalda
y tu aliento desata toda la primavera.*

*Me sorprendo buscando no sé qué de mi mismo
cielo cerrado, sangre, tacto, pavor, ensueño,
y algo obstinado sube desde tu piel nocturna
y me deja la noche naciendo entre los dedos.*

*Ya no sé donde empiezas, ni siquiera, si empiezas,
ni si eres no obstante tenerte entre mis manos.
Eres tú y la que llega, la que se va y retorna,
la estatua disolviéndose y el helado relámpago.*

*Tan natural es todo que parece imposible
la curva de tus hombros donde se inicia el cielo
todas las cosas juntas que se acercan de golpe
y quedan en nosotros como un bosque en secreto.*

*Tú misma en este modo de venir por la noche,
de ponerte a mi lado con llantos y rodillas,
de flotar con tus manos tropezando en el miedo
y de encontrarte alegre mordiendo una sonrisa.*

*Te respiro en silencio con mi furia inocente
por el temor de oírme lo que tengo olvidado,
y tener que salirme de mí para estar solo
escribiendo en el muro la mitad de mi canto.*

*Quiero salvarme, ahora, de tener una muerte,
de caminar, de oírme, de andar entre relojes,
de ver como las lluvias quedan en la memoria
y hay calles numeradas y árboles con adioses.*

*Dame tú que lo puedes, sólo por un instante
el júbilo inocente de una manzana ciega,
quiebra el cuadrante negro que me habita la sangre
que sobre mí, no sienta pasar la primavera.*

(Elegías y otros poemas)

Uruguay González Poggi (1915)

Fue destacado profesor en el Liceo de Paysandú. Es la poesía española, sobre todo, la que se ha impreso en su modalidad musical: un aire de romance, de copla a veces. En el poema breve, un pensamiento recurrente busca su culminación significante y sugeridora en el verso final. Se aproxima a la actitud de Machado pero lo retiene aparte un lirismo insistente, más cantado que pensado.

Aunque no siempre acierte, es siempre auténtico y bien escogido el estado lírico que busca expresar. De una de sus obras ha escrito Juvenal Ortiz Saralegui, quien sabía ser buen crítico de poesía, siempre que sus amistades líricas no le presionasen demasiado: "Es en la letrilla humilde, sin tono intelectual, libre de todo ejercicio de trascendentalismo, donde González Poggi obtiene sus mejores conquistas". (Alfar N° 86).

Obras: El Canto de las Ondas (1937); La lluvia estira el ala (1946); Un árbol sin olvido (1958).

Nocturno

A Beltrán Martínez.

*Cuando se apaguen los cielos,
también morirá la llama
de que muero.*

*La noche tiene en la frente
la alegría de un lucero,
y una paloma en el hombro
peinándole los cabellos...*

*Veo una mujer que surge
en la copa de mi sueño;
la que buscaba perdido
al lado de mi desvelo.*

*Filos de silencio,
me cortarán la mirada,
y se llevarán mi cuerpo.*

*Y tú suma de esta noche
ya sin la mano del fuego;
¿por qué borrado camino
dejarás mi pensamiento?*

*O esta muerte es un recuerdo
de otra pasada...
y la pienso!*

(*El Canto de las Ondas*)

La Muerte del Amigo

(A la memoria de Hugo Guridi, que
reposa en la capilla del Sauce)

*El dolor nunca se escucha,
porque nada tiene oídos...
¿A quién le diré llorando,
que se me ha muerto un amigo?*

*Ya su cabeza sin llama
estará como en un nido.
Su cabeza está más alta
que la noche y el olvido.*

*Voy traspasado de luna
por el amigo perdido
aunque la tierra sea buena,
aunque el sueño sea tranquilo!*

*Era de la primavera,
era bello, era cumplido
tenía la mano más pura
que las gotas de rocío...*

*Ah, que te lleven mis ojos
que mi dolor te de abrigo...
¿A quién le diré llorando
que se me ha muerto mi amigo?*

Saetas

*No tengo ganas de vivir aquí
y no sé adonde, de morir tendría...
Tierra gastada, sol sin alegría
de cuanto cielo ya me despedí.*

*Crece distancias, hoy, mi desamparo
algo el jardín del mar que dice Ulises;
en las costas de todos los países
oigo mi historia cada vez más claro.*

*Todo es Talión! El golpe, golpe eterno,
huye el verano, cae el aire oscuro,
el valor de rodillas, solo y puro!
a la puerta callada del infierno.*

(*Elegía Saeta Plegaria*)

Beltrán Martínez (1915)

Era verdad lo que ya afirmaba Carlos Alberto Garibaldi en "Hiperión": era éste un poeta auténtico. "Poeta por dentro y por fuera". Y hablamos de él casi definitivamente en pasado porque es muy poco probable que retorne a los versos.

Hemos creído deber concederle más espacio que a otros, para que el lector no tenga dudas acerca de su calidad, de la profunda madurez de su melancolía y de su música.

Poeta de pie a cabeza. Hace recordar —sin influencia mediante— a veces, a Juan Carlos Abellá; otras veces, a Liber Falco.

Lo que más nos impresiona en él es el acento: resig-nado y ardiente a la par. Y su melodía, sin duda antigua, pero que brota suya desde muy adentro.

Beltrán Martínez parece haber aceptado de antemano la fatalidad, para revolverse luego dentro de ella, si bien con perfecta lucidez de que todo lo acaba. Hay en el fondo una ironía lúgubre... es la noche en que suenan a hueco todas las razones; y más aun las de la imaginación y el corazón. Leed "Frentes".

Obras: Despedida a las Nieblas (1939).

Versos de un Anochecer

a Raúl Mones

*Lluevo en la tarde dulcemente triste
Cómo llegáis recuerdos del ayer
No debieráis llegar ya todo es triste
lejanos sois, cercanos parecéis.*

*Mi corazón golpea lento y lento,
está el pueblo vacío y la casa también.
Y el tiempo es un camino y va corriendo
sin saber porqué.*

*El pecho en esta hora es como un puente
por donde pasa enloquecido un tren
máquina cruel de fuego y de ceniza
que quiero y que no puedo sostener.*

*Y aquella blanca nave ¿qué se hizo?
junto a los litorales naufragó.
Partió en el alba desde un joven puerto
Después... Benditos sean los caminos de Dios.*

(Despedida a las Nieblas)

Donde Llueve el Olvido

a Leónidas Spatakis.

*Ahora que el invierno desciende por los árboles
y hay rostros asombrados detrás de las ventanas
y en el olvido el vuelo de tanta mano amiga
y en el hospicio vibran tan dulce las campanas.
Perdido entre los vientos de la estación y el año
quisiera no haber sido más que un arbusto breve.
En paz el corazón junto a los viejos muros
heridos de abandono donde el olvido llueve.*

(Despedida a las Nieblas)

Ultimo Poema

a Alfredo y Esther Cáceres.

*Porque es el tiempo de cantar y ahora
su voz me llega por un dulce espacio.
Porque es el tiempo de mirar y miro
y por la tierra con mis piernas ando.*

*Porque estoy solo, en alegría y solo
y el tiempo ido vuelve como un pájaro.
Y son las noches, noches, y los días
son buenos para el trigo de los campos.*

*Y las estatuas del otoño dejan
trajes y vientos de color morado,
puertos y mares y ciudades solas
como tiernas guitarras sollozando.
Porque la tierra negra es mi sustancia
y cada día y cada noche avanzo.*

(Despedida a las Nieblas)

Oh Frentes

a Roberto Ibáñez.

*Bajo la noche densa, elemental, de piedra,
¿por qué llenan la frente sueños irrealizables
y el corazón estalla de enloquecida angustia?
¿Por qué arde la vida, mas sin alegre llama,
sólo tenue ceniza dejando en pos de mí,
y soy el sin ventura, el alma perseguida
de estrellas impasibles, de sombras y de vientos?
Jardines desde lejos, jardines imposibles,
¿en dónde estáis ocultos? Os interrogo triste.
Miradme, porque os creo hijos de mi locura.
De lejos os saludo. ¿No sois más que yo mismo?
Estatua serenísima, perfección, equilibrio,*

*toda clepsidra es breve para medir mi tiempo;
te busco, desolado corazón en delirio.*

*Uno a uno, arrojados en devorante bruma,
ojos, manos amigas, en un morir sin término.
¿Qué molinero blanco, de una mortal blancura,
tritadura indiferente todos los pensamientos?
¿Qué bateleros locos inventaron el canto
en donde esa palabra remaba a contratiempo?
No hallé jamás el hombre acostumbrado a ella.
Tampoco soy feliz narrando lo que pienso.
No puedo imaginaros, frentes que un día sostuve,
albas, con pensamientos y sangre en las arterias,
yacentes, sin temor, sin frío, ni esperanza.
¡Oh, frentes! ¡Yo no puedo!*

*Duráis tan poco y tanto os lleváis con vosotras!
Si esta escritura que hago no basta a consolarme,
si engaño es de mis ojos el día alegre o triste,
embriágame, Destino, de oportuna demencia
y en tal delirio crea que lo vivido existe.*

(Despedida a las Nieblas)

Alejandro Peñasco (1915)

Crítico y autor teatral, muy entendido en música y sobre todo, para nosotros, destacado profesor de Literatura. Desde joven ha sentido un profundo amor por la vida y las letras hispanas. Su poeta fue, durante bastante tiempo, Antonio Machado. Sin embargo, su libro muévase en la órbita del siglo de oro: usa el metro de la lira pero no la rima; y el soneto ambiéntase en un aire de Lope o Quevedo. Hay sin duda, contactos más modernos: ¿Salinas? ¿Cernuda? Pero todo muy tenue, si hay influencia.

Su mundo es el de un paraíso perdido: inocencia, amor, infancia. Su angustia es la del tiempo y la de la muerte haciéndose más carne cada día. Su euforia lírica: sentir la Creación en su día primero.

Obra: Despojo de la llama (1964).

Al Borde del Sendero...

"Amor, color de olvido"
Cernuda.

14

*El día torrencial conmueve el aire
con claridad ruidosa;
verde tumulto invade muros, calles,
infinita presencia de la vida.*

*La gracia de la tierra comparece
estática hermosura
río a pájaro, a cielo, sin apremio;
eternidad desnuda de memorias.*

*Integral en sí mismo el día toca
realidades sin pausa,
sin designio, sin nombre, sin medida;
crece su madurez con su vigilia.*

*Ahora descubre el día su secreta
densidad sin historia,
hace verde mi cuerpo, transfigura
el ayer en primicia;
ritual de eternidades, ya terrestre,
el amor es de olvido*

18

*Quisiera estar todavía
en las calles de mi infancia,
abrir con dedos reales
las fallebas de la tarde;
tocar los gritos, la risa
y aquél aire,
ahora sí, tan verdadero.*

*Quisiera volver a verte
abriendo el tiempo y la herida
que se cierra en mi costado;
quisiera medir la puerta,
las columnas, verdaderas de aquel aire.*

*Ciega lluvia, sorda, ajena;
otoño que al verdor abrió su fuga,
hombre de mí, hoy tan crecido
de ayer y de ignorarlo;
hombre al fin, oficio del olvido,
sitial de la amargura, ...
quisiera, y es verdad, no haberme muerto.*

(Despojo de la Llama)

Luis Alberto Caputti (1915)

No es el barroquismo sino el simbolismo lo que torna enigmática la poesía de Caputti. Identificándose en el cordero, el ciervo, el niño, muéstrase como amante que es al mismo tiempo víctima. La materia es el erotismo que quiere hacerse mística. Pero esta mística es narcisismo deificado. El poeta no tiene ojos nada más que para esa criatura desvalida —niño, cordero, ciervo— y esa criatura es él.

Se trata de una poesía ardiente y sumamente melodiosa. Ya desde "Alma y Encanto" mostró Caputti un gran dominio de la rima y el metro.

Pero Liber Falco (Asir N° 19-20) lo veía como "abrumado por el instrumento", sintiendo que experiencias ciertas quedaban sumergidas en una sonoridad que convertía al verso en "un ente virtual y no real".

La poesía de Caputti fue haciéndose cada vez más música hasta culminar en "Teoría de la Hermosura" y "Cancionero Espiritual". Es quizá la más eufónica de nuestra poesía, pero tiene este pecado mortal: se derrite a causa de su blandura.

Cuando en "Prosa de Sensaciones" (Alfar N° 86) oye la música de la lengua "haciendo resonar aquellos racimos en donde el diptongo es más tierno", y habla de "la fricativa consonancia más ajustada en su silvo, la consonancia, ya final, ya interna, más secretamente aliviada en su oficio de ala arquitecta de la estrofa, y donde, desde las íes inciden finos y hacinados gritos hasta la sien alta de la ternura" — es indudable que tenemos que detenernos. Cabe precisar que éste es un texto perteneciente a 1947 y que el poeta ha logrado sobreponerse —en lo que era posible— a esta delicuescencia.

Sin duda, para los que estamos —tejas abajo—, hasta casi insoportable nos resulta, a veces, la blandura amorosa de los místicos. Ahora, no creemos que Caputti haya convencido a ningún crítico de ser un poeta verdaderamente místico. Lo que hay que admirarle —como ya ha sido dicho— es más que sus imágenes o sensualidad de lenguaje, su organización del canto, su ardor en él de “locura armoniosa”.

Obras: Como si en Flor Divina me Llagara (1946); Alma y Encanto (1949); El Vitral de los Ciervos (1952); Teoría de la Hermosura (1954); Cancionero Espiritual (1955).

El Niño de la Lámpara

*Está radiante
Con la lámpara en el aire*

*No la mira simplemente
Como a otra de las lámparas
Sino más vehementemente...*

*La mira con más viva fijeza
En la mirada
Con una abeja
En el alma!*

*La acaricia
Como si fuera una llama
Como si fuera una paloma
Blanca*

*Como si fuera una espada
De belleza!*

*Como si fuera una estrella
Que sube
Frente a sus lágrimas
Frente a su fijeza inmaculada
Frente a su mirada
Frente a su gracia!*

*Como si le naciera una fuerza
Que la inocencia no desecha
(Una fuerza
Hecha de belleza)
Como si le naciera en las manos
Un mar de ojos!...*

*La mira
Con arrobo*

*Está radiante
Con la lámpara en el aire
No la mira simplemente
Como a otra de las lámparas
Sino más vehementemente*

*La mira con más viva fijeza
En la mirada
Con una abeja
En el alma*

(Teoría de la Hermosura)

Del Ciervo Acuitado

*Yo nada pido ni me esfuerzo en nada.
Tengo la flor de la mirada, rota.
Y la tristeza apenas se me nota
Tal como yo la llevo iluminada.*

*Natural que mi vida está quebrada
Natural esta pena que me brota
Natural, si se eleva como nota
Toda mi soledad, desamparada.*

*Aquí estoy; hombrecito de la muerte,
Pequeñísimo ciervo delicado,
junto a la noche que la sombra vierte,*

*Junto al inmenso cielo constelado,
Tal... como una oración que se advierte
De haberse recogido demasiado!*

(El Vitral de los Cervos)

II

*Revelación de Dios en el granado!
Todo lo fui absorbido por las ramas!
Quedé como paloma entre las llamas
Con todo el Pensamiento iluminado.*

*(Amas a Dios —gritaba el ciervo helado—
Amas a Dios como a los seres amas
Llamas a Dios como a los seres llamas
Y perfumas la noche con tu estado).*

*¡El tronco del granado fue el madero
En donde quedé herido por entero!
¡El fruto del granado fue en mi Mente!*

*(Fuí el espejo de Dios sobre la entera
Explosión del granado en la pradera)
Fuí todo el cielo repentinamente.*

(El Semblante)

Carlos Denis Molina (1918)

Acrobático Denis de entonces, de 1940, en la barra literaria del "Libertad" y después del "Metro". Juvenil, con su clásica "libreta negra" debajo del brazo, por Montevideo entero, de arriba abajo, leyendo sus versos, sus notas, sus cuentos, sus obras teatrales. Bastante Lorca... Onirismo y coraje. Y de zigzagueante viveza natural.

Tela de Penélope su narrativa y su teatro. Publicó su novela, estrenó sus obras, pero de golpe, llegaron días devastadores sobre su tierra. Creemos que la crítica cruel lo aniquiló. O fue... la vida, que sigue... y ya no nos encuentra preparados ni para el canto ni para el cuento, ni para el drama.

Uno de sus temas más queridos es el de la infancia, con sus sueños y extrema pobreza material en los lindes y campos de su San José natal.

Una imaginería y velocidad ultraísta campea en su primer libro de versos; un clima onírico, de asombro y miedo, en el segundo. Hay sobre éste un fino análisis de Selva Márquez en Alfar (Nº 87); otro, más enquistado y pretencioso, puede leerse en Escritura (Nº 4). Una breve y hermosa síntesis de la persona y obra de Denis fue escrita por Banquo en "Boletines" (Asir, Nº 32-33).

Obras: La Liga de las Escobas (1938); Tiempo al Sueño (1947).

Campos

*Es por nadie, que invento tristezas?
Es por nada, que me llora el tiempo?
Es por nadie, que yo no soy yo?
Es por nada, que no los encuentro?*

*Quién puso este cuchillo
entre ellos y yo?*

Quién, quién sino el campo?

*Cabe todo el grito de este corazón
en mis manos,
en mis ojos llenos de árboles
y de arados,
y de azadas,
y de pastos
y de balidos,
y de lágrimas y lágrimas de sol a sol
sobre el arco del cielo?*

*Tu esperanza está muerta, padre,
y es un sacrificio recordarla.*

*Ah! No me escribas, padre
que cada letra es un ay! repetido;
Que cada letra es el rancho
en donde yo soy un desconocido.*

*Basta un día para cambiar los dormitorios,
para que todo el campo me grite
para que el gallo me preste su canto,
para que el perro me muerda los oídos,
su queja de par en par!*

*Collares de huevos de paloma
en las latas de aceite colgadas a los árboles!
Millares de mujeres
prestando sus vientres y sus pechos
por no saber qué hacer con ellos!*

*Campo;
donde las vacas no me parecen vacas
ni los caballos caballos, ni los trigos trigos,
sino gritos y gritos
y gritos
que abren las puertas del dolor!*

*Ah!, padre, nada hay en tu rancho,
porque nunca hubo nada!
Nada, porque las paredes y la qu'nta
se hicieron con "gracias a Dios".*

*Nada, porque el agua
y hasia el barro
eran: "si Dios quiere" . . .
y a veces Dios no quería!*

*Y es por lo mismo
que se secaron los árboles
y los arroyos no tienen cielo
más que el verde de las ranas.*

*Y es por lo mismo
que vino la langosta
en batalla amarilla contra el trigo
hubo velorio para los aburridos!*

*De que sirve la escuela,
de qué padre?
si es hoy la ropa tendida,
y es el caballo herido,
y es el gorrión en el sembrado
y es la cachimba sin agua?*

*Si las mariposas perdieron sus números
mientras mi madre se cruzaba de brazos,
mientras mis hermanos se cruzaban de brazos
mientras tú y yo nos cruzábamos de brazos!*

*Dime ahora:
si es por nadie que inventó tristezas,
si es por nada que me llora el tiempo,
si es por nada que no los encuentro,
si es por nadie, que yo no soy yo!*

(Liga de las Escobas)

Remate

*En la barra, en el pino,
también en la escoba
como en la rosa, mi alma
encantada.*

*El pájaro sin jaula, triste.
La lombriz en el jardín
bajo el cielo de mis zapatos
y la silla haciendo espiritismo*

remata:

*una jaula,
un campo sin pájaros,
una tranquera,
mi saco
y un bostezo de la tarde.*

*La azada
ha comprado todo.*

(Liga de las Escobas)

Ariel Badano (1920)

Lo conocimos en 1947 cuando "Marcha" organizó un concurso de sonetos a D. Quijote. Como jurado, luchamos para que su composición obtuviese el primer premio. Ocupó el segundo. De su excelencia podrá juzgar seguidamente el lector.

Pero nos desconcertó luego con sus "Cantos Generales". La concisión se había perdido. Como Cantos lo eran; como Generales lo eran mucho más —pero en contra— ya que se convertían en generalidades. Efectivamente, como se escribió en "Alfar" N° 88, había allí dos planos: el autobiográfico definidor de una fe; y otro, descriptivo y circunstancial; y también como allí se dijo, era el poeta: "una razón que sueña".

Nos falta mayor conocimiento de su poesía para circunscribir su mundo propio. Con todo, por los poemas que nos ha hecho llegar a nuestro pedido, observamos que Badano retorna —y muy felizmente— a ese tipo de composición que lo destacara en 1947, y lo hiciera triunfar luego con un primer premio en el concurso de la Primavera organizado por la Universidad de la República (1958).

Ariel Badano es ingeniero; y lo suponemos ocupadísimo porque según nuestro caso, se le puede buscar una y otra vez con la posibilidad de no hallarlo, en la mesa de redacción de "El Popular".

Obras: Cantos Generales (1947); Voces del Hombre (1949); Amor, amor (1951); Cantos para niño (1953).

Ausencia

*Ausencia, esposa gris, tiende la mesa;
dame mi pan amargo cotidiano;
dame la soledad, la leche espesa
del silencio en el cuenco de tu mano.*

*Alcanzáme el calor que no se tiene,
la luz que falta... Préstame, aunque sea,
el eco de esa voz que ya no viene,
y esa mano que ya no nos palmea...*

*Ausencia, están llamando, ve ligero,
hay que atender el timbre en cuanto suene;
puede ser que me vengan a buscar:*

*tal vez serán mis hijos, el cartero,
un cobrador, o es el dolor que viene
a cobrarme, y no sé ya qué pagar...*

El Río

*Como un río viajero, yo he venido
rodando entre las piedras y las penas.
Corriente soy, que escondo su sonido,
manantial que entre helechos canta apenas...*

*Arroyo manso, desapercibido,
voy escribiendo cartas en la arena,
dulces palabras de caudal sin ruido,
pero de buena sombra y agua buena.*

*Yo voy copiando el lloro de los sauces,
Doy de beber a las sufridas gentes.
Me contamino de esperanza y llantos.*

*Voy lágrima adelante por los cauces,
y soy el río, padre de relentes,
soy el sudor, el padre de los cantos.*

Don Quijote

*Este Quijote armado en puro viento,
puro dolor andante, España andante,
flaca figura en flaco rocinante,
triste de carnes, trágico de aliento;*

*éste que mueve a risa, yo lo siento
que mueve a corazón, a pena errante,
y a sangre mueve, sangre alucinante,
a sueño doloroso y polvoriento.*

*Este que pintan seco, roto, hundido,
empecinado cid descalabrado,
de sombra la color, fantasma herido,*

*cabalga por un mundo desolado
donde mira su lágrima sin suerte
la risa en el espejo de la muerte. . .*

Mirtha Gandolfo (1920)

Nacida en Montevideo, después de estudiar algunos años Derecho, pasó a la Argentina y realizó, intensamente, periodismo. Extendió luego dicha actividad a su patria.

En su carácter de esposa de un diplomático viajó por varios países de América, lo que le permitió difundir nuestra poesía en diversos centros universitarios y tribunas culturales.

Sábat Ercasty llama a Mirtha Gandolfo "voz integral, suma de equilibrio, de sensatez; armonía que extiende el acorde en lugar de estrecharlo". En efecto, esta poetisa hace una poesía noble, digna, pero ¿qué nos parece que le falta? Desearíamos equivocarnos, mas ese equilibrio que indudablemente muestra, da la impresión de estar exteriormente regulado. Diríamos que lo sentido viene después o al mismo tiempo, pero no antes que lo pensado. Y que esta vigilante razón le quita siempre audacia. Así, el simbolismo de "Viento Amarrado" es, para nosotros, efugio y refugio.

En cambio, su último libro con "el tema grave y tierno de la maternidad" le hace escribir a Sábat: "No es lo pensado, es lo vivido, más lo soñado, más lo deseado, más la esperanza en el instante en que deja de serlo para encarnarse en la realidad".

Obras: *Cristal en llama* (1942); *Viento Amarrado* (1954); *Poema de las Nueve Lunas* (1957).

El Hijo

*De nosotros, de ti y de mí,
como de tantos otros anónimos y tristes
ha subido a la tierra
por un tallo de insomnio
la flor clara de un hijo.*

*Ahora se comprende el Evangelio
de los días sin prisa,
se comprende una Biblia
de tiempos y fatigas
recogidas al fondo del tedio
hace ya mucho,
cuando tú y yo
crecimos de repente,
sin tener un espejo de luz
en la sonrisa,
cuando cargar la muerte
era difícil
si no se compartía.
Y ahora es tan igual
y tan distinto
este igualar la vida con la vida.*

*¿De qué tierra sagrada
nos han hecho esta carne
que florece para recomenzar?
¿De qué semilla,
guardadora de mares y de vientos
abre el día de pronto
sobre un pecho
que apenas se creía?*

*Y tú conmigo,
por cuidar silencios
detrás del agua ardiente de la noche,
por estar sorprendidos de ser tristes,*

*por no entender la muerte,
hemos logrado el filo de un relámpago,
hemos tocado aconteceres únicos
y nos han hecho merecer un trino
en la alborada azul de un nacimiento.*

*Inclinemos la voz hacia la tierra,
y oremos sobre el trigo.
En el costal de Dios tuvo su harina
y de nosotros dulce levadura
este pan del destino.*

(Poema de las Nueve Lunas)

Orfila Bardesio (1922)

En "Diálogo con mi poesía" (Alfar N° 89), Orfila escribe: "No hay poeta que no se desvele por dar su obra, con riesgo de perder su vida por algo cuyo valor ignora". ¿En dónde estaba para ella ese algo? No en lo interior sino en las cosas; de las que dice: "Más adelante supe que no se defendían por humildad, y que nos daban una gran lección de Silencio; y que este silencio es el mismo que deja en libertad al hombre. Y tomé sobre mí, la responsabilidad de defender esta causa; la de ser abogada de las cosas, la de hacerles justicia".

El libro en que dicho programa habiase principalmente logrado fue "Poema". Y en "Clinamen" N° 2, Ola O. Fabre, que juzga el libro haciendo algunos reparos, no encuentra ninguno para esta ambición principalísima, y escribe: "Una transmutación del que canta en el objeto del canto se ha realizado en forma total".

Pero las cosas se complican cuando llegamos a "Uno". Encabezando el libro, a modo de divisa, leemos esta segunda cita: "Ningún espíritu creado penetra —en la intimidad de la Naturaleza" (Albrecht von Haller). De modo que el intento del primer libro: expresar las cosas, desde las cosas y no desde el yo, ¿ha fracasado? La naturaleza, en su intimidad, es impenetrable. Bien. Pero aun así, hay que sentirla entera y lo más próxima que nos sea posible. Este "Uno" es, para nosotros, el Universo. Ante él, el "yo" se asombra, y se hace una misma cosa con el mundo. Cada poema de este libro es, por lo tanto, mundo derramado, que trama su "yo". Todas las cosas pueden corresponderse, de extraña súbita manera. Esto a nuestro ver, explica la primera cita en la portada del volumen: el cuarteto famoso de Baudelaire que ve pasar al hombre a través de

florestas de símbolos. Y si la visión de Orfila es simbolista, la ejecución de chocante ilogismo viene sin duda del surrealismo. Si sus temas son de un "panteísmo erótico" —como se ha dicho— nosotros creemos ver algo más: una fiebre que viene de la lucidez en lo bello. No transporte o arrebató: sino asombro, infancia, aunque con suculencia hacia lo edénico. Pedemonte no ve todavía lograda su expresión.

Nos parece lo mismo, aunque es difícil mostrar la prueba, a favor o en contra, de este logro.

Obras: Voy (1938); Poema (1946); Uno (1955).

La Magnolia

Sola bajo la luna y sola entre las hojas.
Lejos de la raíz y de los gritos.
Mi oído abandonado en las espaldas de la noche.
Yo era la princesa de la savia, la princesa más débil,
torcida hacia el palacio del crepúsculo.
Y la semi-sonrisa del misterio y la flor de los siglos,
el astro de los árboles. El ruido tenía miedo de moverme
y mis respiraciones despertaban una frágil columna de
[ángeles.

Mi oído recibía las miedosas campanas
y la voz de la luz, la del rocío,
la arena silenciosa de la miel,
las palabras celestes del alba.
Mi oído era la copa de la niebla y la de las abejas,
alrededor giraban las muertes del otoño
y los silencios tímidos y las arquitecturas de la araña,
los pequeños terciopelos del miedo.

De mi oído volaban las luciérnagas,
los flotantes estuches del murmullo,
la ceniza del ruido.
La noche me tocaba y era suave.
A veces me miraba la sombra de la muerte,
y yo apenas hablaba, apenas me movía,
apenas respiraba, apenas sonreía,
para no deshojarme.

(Poema)

El Abrazo

Un brazo con batallas ardientes.
Otro brazo con jardines ebrios.
Los ciervos saltan sin extrañar la hierba
de un brazo a otro brazo.

(Uno)

El Mago

Acerca a sus gacelas una prisa, y sonríen las naves,
los grillos cantan en su oído, y ella escucha
cómo la tierra sube al cielo por escaleras invisibles,
los otoños lo esperan para nacer,
—un errante dorado busca su arpa antigua
para cantar en las viñas, en los rosales,
en los coros de hiedras,—
las cabras llaman al pastor para reunir
con ritmo las fechas,
vapores de amanecer huyen las cosas
cuando llegan sus ojos, cuando llegan
jinetes del Asombro los reciben,
y las cosas agitan cabelleras,
en la infancia del aire cruzan peces
que el agua les presta,
las flores se apresuran a entrar a su mirada para existir,
—hacia otras miradas se alejan las costumbres
ante sus luces nuevas,—
de sus manos se desprenden pesebres,
besos, guijarros, panes,
lee cartas del tilo,
y la memoria se puebla de mariposas,
salva la historia de los olvidos,
la Primavera no se afina sobre la hierba si él no quiere,
como un racimo de olas, de espinas, de preguntas,
de sedas, de peligros, la niña se arrodiña en su templo,
declara guerra de espumas
a los muertos, al hielo, a los números,
cuando llama con un panal que arde como una fuente,
en las altas murallas, la piedra se convierte en jardines,
el riesgo en alegría, en manzano,
el gris en amarillo, la tristeza en avena,
del mundo y de su alma,
bajo la guardia del Fuego,
amanecen gaviotas, lluvias, pianos,
el mar y un caballo de llamas blancas.

(Uno)

Silvia Herrera (1922)

Aunque no nos asiste un convencimiento total, preferimos la primera poesía de Silvia Herrera, no sólo a la segunda de "Ziegelrot" (Ladrillo rojo), sino a la última.

Sabemos que hay opiniones contrarias. Pero en tanto que "Ziegelrot" nos produjo una impresión tan pesada como su título, continuaban viviendo en nosotros los frescos poemas de "Ayer y Azul". Con menos ambición, pero más lograda naturalidad; con ardor y miedo adolescentes que cabían en los límites del soneto, del que saltaba una gracia expansiva.

No parece que convenga a esta poetisa ni el poema largo ni el caos moderno como materia. Lo prueba en exceso el "Contrapoema" que dedicara a Carlos Brandy en 1962.

Obras: La Noche Breve (1964); Ayer y Azul (1947); Ziegelrot (1950); Cinco Reinos (1956).

El Césped

Acostado en el campo
camino sobre las estrellas

A. Koschetz.

*El césped minucioso, vello verde que roza
la colina.*

*Silencio de virginidad fría.
Lejos, árboles finos, de ebriedad rumorosa,
se mueven sobre el viento que los une, los guía.*

*Cada fibra florece de brisa austral, ansiosa,
y es gigantesca desde la pequeñez sombría
de la tierra*

*La alfombra celestial se destroza.
Es verde el universo. Verde de epifanía.*

*Una presión de ráfaga suave, inmoviliza,
inclina en torno a un cuerpo de milagro, profana
las hebras, altas como juncos que beben brisa.
Se obscurece de extraña claridad la mañana,
porque el cuerpo que inclina la hierba, se estiliza
y tiene la violencia de una cabeza humana.*

(Ayer y Azul)

XI

*Nunca como este instante, por más cercana, había
visto el mar, que persigue mis noches. Todavía
repercute en mis ojos la imagen fabulosa.*

*La costa era escarpada, rocallosa. La arena
sentía bullir, constante, la lejana colmena
que la invadía anulando toda huella borrosa*

*de los pasos humanos. Va una mujer conmigo.
Sabe frágil el alma, mas no cree en el castigo,
y, vencida cien veces, cien ha recommenzado*

*pero sin percibir su renovación viva.
—Antes que la corriente, soberana y lasciva,
ávida del espacio, —dijo— 'lo haya inundado.*

*he de mostrarte el Puente. Plateada maravilla!
Ningún arco tendido sobre la tierra, brilla
como él, de majestad, de poder inconsciente!*

*Vi dos torres inmensas. Su mole poderosa
desprendía dos bandas, que en una curva airosa
formaban, al unirse, la senda seluciente...*

*Bello, de una hermosura casi melancolía,
todo un canto de fuerza y de presagio, unía
con quién sabe qué orilla misteriosa, la tierra.*

*con la nunca lograda ribera del futuro.
Pausadas nubes grises, eran el signo obscuro
en cuyo flotar, toda nueva visión se cierra.*

*Oh! Te fascina! —dijo la mujer a mi lado—
Mas, regresemos. Oigo ya el fragor acentuado
más creciente, del agua, la potente y severa.*

*Y marchamos... El viento de la costa escarpada
nos arrojaba al rostro fría espuma salada.
Y, bajo el cielo obscuro, transformóse en carrera*

*nuestro paso. Alcanzamos, por fin, 'la barquería.
Un huracán helado se entornaba y rugía...
Yo sentí que algo amado... muy amado!, aterido*

*e impotente, a merced del oleaje quedaba...
Y la angustia del sueño no se ha desvanecido
Oh, Fuerza que el transcurso de mi noche velabas!
Volverás, a decirme qué es eso que he perdido?*

(La Noche Breve)

Mariposas

*Jardín. Vasto jardín, prolongadas las rosas
lejanas, intocables se mueven,
vagas vienen y rozan la frente
como quisiera ser, como quisiera
rozar al fin la tierra.*

*Entonces es su reino. ¡Qué pies leves
tan sólo flor de flor, sin tiempo muerto pasan,
sin creerse vivir, hacia las cosas
apenas asomadas!*

*Y son lámparas vanas azules, y elásticas mueven su sombra
erguidas, irreales, las aguas oscuras las miran
nacer de las frágiles llamas, nacer de las hojas.
Ojos largos y azules dominan los estanques, sus alas
bajas y tibias, cerradas manos en plegaria.
De dos manos azules aflora su cabeza que oye el viento,
que oye todas las voces por las curvas agujas
extendidas al eco.*

*Ahora viven. Ahora. En el tiempo solemne, en el espejo
que transita callado y todo deja
vivir.*

*Deja vivir y nunca nadie
habló así, como ellas,
habló así, tan de cerca.*

*En esas luces, nadie dió tan clara
la forma de las cosas.*

Sarandy Cabrera (1923)

No es que el primer libro de Sarandy no tuviese ni pies ni cabeza. No. Lo que ha ocurrido era que tenía cabeza y pies. Pero con una peligrosísima debilidad de los últimos. Veamos la presentación que de él hizo Guido Castillo en "Asir" N° 13: "Podríamos llegar a decir que en "Onfalo", Cabrera casi siempre pierde la cabeza, pero, cuando no pierde el pie junto con aquella respetable parte de nuestro cuerpo, logra poemas tan hermosos como "Fotografía", por ejemplo".

Con todo, Jesualdo ve en aquel libro primero una expresión casi totalmente invalidada a causa de una enumeración recargada, obsesionante, de la cosa dispar. No se trata sólo de un peligroso sendero cuando Sarandy escribe imágenes como éstas: "y la puntiaguda generación asexual del enchufe". Cualquiera se da cuenta que este "peligroso sendero" de que habla Jesualdo es ya una clara caída en el pozo.

Como bien dice H. E. Pedemonte, este desorden sin funcionalidad estética de Cabrera es, sin duda, un defecto que anega a todos los poetas nerudianos.

"Cabrera no es ya un poeta en formación sino en ebullición" —sigue diciendo Castillo. Hervoreo aparte, las cosas mejoraron en el segundo libro. Y quizá, como sostuvo Jesualdo, el solo poema "Bárbara Andante" alcanzaba para justificar al poeta. Aquí puede verse el original esfuerzo de Cabrera: dar una presencia espléndida de mujer valiéndose de esteras, hilachas, alfileres, rincones, cepillos y anchos pies.

Aunque parezca raro, esta vía de imágenes proseguida, a veces, hasta el efecto despampanante sirve a Cabrera para darnos, no un mundo raro, sino la infancia en su Rivera natal, los antepasados, su esposa, sus hijos, viendo de qué manera en ello la vida y él se destruyen y se construyen. Su ojo es zahorí y trata sin mimos sus piedades, pero su fe no le abandona.

Ultimamente se ha ensayado en el soneto, y damos dos ejemplos, a nuestro ver, logrados, de esta su primera tentativa.

Cabrera ha vivido dos años en China, apareciendo últimamente más preocupado de la política que de la poesía.

Así en "Marcha" N° 1269, expresa: "Irse o quedarse? Yo diría: quedarse o volver. ¿Por la literatura? No: en primer término por la revolución".

Obras: Onfalo (1947); De Nacer y Morir (1948); Conducto (1949); La Furia (1958); Poso' 60 (1960).

Los Presagios

*Este día que cae, esta arboleda
el mar, la fresca racha que da el viento
la soledad y desazón que siento
la rara compañía que me queda.*

*Y mi sangre que rueda y que se enreda
en los presagios de mi pensamiento
parece apresurarse, que presiento
a la dsgracia que giró su rueda.*

*Si ya la muerte me eligió, si el día
en que acaba a mis días ha llegado
y es verdad que la muerte me diría*

*soy tu gran sombra y el final legado
tan es verdad que le respondería
que soy mi desencuentro terminado.*

(Poso' 60 - Sonetario)

Un Triste Son

*Alegre estás, acaso porque sí
y es sano que lo esté tu corazón
porque no necesita más razón
que mirar en la luz que luce en tí.*

*Cuando hayas agotado tu pasión
y la edad te castigue como a mí
oirás sonar como el que escucho aquí
un negro, un solitario, un triste son.*

*Será el acento que tus días den
estarás triste entonces porque si
triste será tu soledad también.*

*Yo no estaré, la pena que sufrí
me habrá dejado y renacido en
tu corazón y aún vivirá de tí.*

(Poso' 60 - Sonetario)

Bárbara Andante

*Iluminada, andante
con tus ojos enormes de vidrio y almendras
te adelantas andando,
te adelantas mirando tu resplandor distante,
atendiendo tu punto impropio
tu huida hacia adelante.*

*Y a tu paso de pechos colgantes
surten hilachas, caen esteras perdidas,
se deshacen los accesorios,
en un juego infatigable y doloroso
de alfileres, aguas y menesteres.*

*Mi corazón entonces se levanta
y a tu fijo corazón reconoce
en la galería larga ya recorrida
y liberado de rincones y de fotografías
te llama y necesita,*

*¡Ah, tantas veces negada y desconocida!
¡Ah, contemplada en el oscuro espejo!
Ya estamos liberados de los alrededores,
ya de los cepillos funerales,
ya de los órdenes pinchados.*

*Andante, iluminada, acaecida,
inclinada, encendida, sonriente,
sigo tus anchos pies,
tu carne reconozco,
y caigo en tí como tu hijo.*

(Poso' 60 - Altamar)

Hugo Emilio Pedemonte (1923)

En su "Nueva Poesía Uruguaya" (1958), Pedemonte se ha presentado a sí mismo y hecho una antología de sus versos. Si con ello llenó una necesidad doble: la de hacerse conocer en España y América —la edición es española— y la de hacerse conocer en su propio país, sólo diremos que esta doble urgencia se justifica. El desconocimiento, entre nosotros, de Pedemonte como poeta, era una ignorancia casi absolutamente generalizada. Sus triunfos por ejemplo en el certamen de la Vendimia, por su índole y por la poesía que allí suele presentarse, no es oportunidad propicia para turbar el olvido que se hace antes, en, y pasado el mismo.

No ha ocurrido así en el extranjero, según nos puntualiza Pedemonte. Su corazón "celestes" se agranda en tierra extraña. Y el Ateneo de Madrid lo ha oído, al parecer más de una vez, en recitales de sus propios poemas. También ha repercutido con éxito en Caracas, Chile, Bolivia; y sus versos han sido traducidos en Milán.

Después de tal "vendimión", Pedemonte compone su Antología con la que consigue desprestigiar al país tanto exactamente como él lo había prestigiado con la difusión de sus poemas. No sabemos si fue el temperamento o un espíritu sectario, los que arruinaron su real capacidad para la valoración sensible, la discriminación crítica y su innegable formación. La primera parte en que historia nuestra poesía, es utilísima y siempre a tenerse en cuenta. La segunda, por la doble causa citada, es no sólo casi siempre injusta sino reveladora de un hombre que se cree acorralado en su propio país. Lo que es conceder demasiado importancia al enemigo.

En cuanto a los poemas suyos que recoge, no nos agradó su epístola a los amigos españoles, pero sí sus sonetos, de los que elegimos dos.

Obras: La Sangre Enamorada (1951); Música de hojas muertas (1953).

Sonetos Españoles

I

RECUERDO DE CASTILLA

*Estamos juntos por la senda ahora;
hojas caídas, nube blanca, anhelo
de conversar de cosas... ver el cielo
de una tarde de pájaros sonora.*

*Mirar el tiempo como se demora
en la piedra del gótico en el cielo
y sentir vagamente ese consuelo
de lágrimas de un río que no llora.*

*Los chopos sobre el agua; el cono blanco
de una torre que el Angelus musita;
la soledad de dos que se hace una...*

*el musgo o la esperanza sobre un banco
y la tristeza de la noche escrita
en el tronco de un roble por la luna.*

II

G O Y A

*Si árbol luciente vióse en negro fruto
si fruto fuese siempre caprichoso
si se vuelve lo trágico asombroso
y se pinta con lágrima y con luto
si pasa de lo breve a lo absoluto
y le duele lo feo por lo hermoso
si de la sombra llega luminoso
y manchado de brujas impoluto
si pinta con puñales, si le baja
la sangre por el alma, si chorrea
vida y color donde la mano apoya
vistiendo y desvistiéndose la maja
si veis a un hombre que a pincelorea
se llama España aunque se firme Goya.*

Generoso Medina (1923)

Nació en el departamento de Durazno, y aunque ejerce magisterio, es otro el ejercicio al que denodadamente se ha entregado. Es a la poesía, de la que dijo, en el homenaje a Sábat Ercasty, que era “un ejercicio de lirios”.

Un año antes intentó algo más peligroso que estos liliales esparcimientos: escribió —en su viaje a España— un libro cuyo subtítulo era “Pasión de América”, y que se explica mejor por su título principal “Deslumbramiento”, si tomamos este vocablo en la acepción que lo define como “falta de conocimiento por efecto de una pasión”.

Nos parece que Generoso Medina es un poeta que no ha encontrado aun su propia voz. Lo excede el tema grande; se excede en el pequeño. Sabemos que tiene un duro y honrado ayer infantil y adolescente que cantar. Manos a la obra, entonces. Con más soledad y menos sociedad. Que no hay ayuda, más que la propia, en estos casos. Y el “mar adentro” —como, sin haber navegado nunca, lo ha probado Guido Castillo— es al mismo tiempo un “mar afuera”.

El poema que hemos elegido —como casi todos— muestra a Generoso entre sus peligros y sus vislumbres.

Obras: Música Primera (1952); Deslumbramiento (1956); Las aguas como sueños (1961).

A un Duraznero Florecido

*Fue ayer.
El día de tu flor.
Vengo del rito,
oh dios de la pradera.*

*Vi tus tiernos ejércitos de azúcar
y tus relámpagos de amor adolescente.*

*Contigo la mañana.
Te sorprendí iniciando
tu rosada estrategia de setiembre.*

*Quería hablarte a solas.
No me engañas.
Sé quien eres tras tu máscara ardiente
de tigre vegetal.*

*Aquí me tienes.
He dejado mi choza solitaria
y vengo a juntar los adjetivos
que caen de tus crepúsculos abiertos.*

*Porque eres beso,
trampa de Dios,
su luz aprisionada.
Y luchas con tus dedos,
con tus racimos de sangre
que tocan los vientos del deseo.*

*Te proclamo.
Por tus ojos rosados que nos miran.
Por tu fragor de espuma florecida.
Porque desnuda está el alba en tus espejos.
Y porque eres como yo: Codicia.*

(Las Aguas como Sueño)

Juan Carlos Legido (1923)

Profesor de literatura, más conocido como autor teatral, si bien inicióse como poeta lírico.

Su teatro y poesía se acercan en procura de una expresión cabal, de tono justo, con lo que es nuestra realidad, con lo que son nuestras vidas. Vistas más bien en el ayer y en las calles: Las cometas, Montevideo al Sur, el Puerto, el biógrafo de barrio, el teatro independiente, los plátanos, la ciudad vieja de noche, la ciudad nueva, el Cerro.

Y mayormente interiores, tenemos: Gardel y la tristeza de los lunes, evitando siempre el enquistamiento fatigante, canceroso narciso de tanta y tanta poesía-desahogo.

Posee Legido sensibilidad: fresca, casi traviesa, a veces; pero aun más venteando ávidamente una nostalgia cariñosa. Nos parece, en cambio, que le ayuda menos su imaginación. Estos cuadros de barrio exigen la imagen de tipo Silva Valdés o la de Yamandú Rodríguez. Entonces, sí, logran quedar patentes, paraditos.

Creemos que Legido va por ese camino. Puede hacer algo no sólo hermoso sino bueno. El montevideano está pidiendo a gritos que lo poeticen, aquí y ahora; y si es en la calle, todavía mejor.

Obras: Ancla y Espiga (1949); Montevideo al Sur (1963).

El Tranvía

Llegabas

con el trole en acecho apuntando hacia el cielo.

Eras el carricoche de la avenida aldeana.

*Se anunciaba de lejos tu osamenta de fierro
con un plantel de niños de azules moñas locas.*

Salían de la escuela

—ronda, trompo y pelea—

y ya se desbandaban igual que los gorriones.

Tú andabas entre ellos

como un buey cuidadoso

que hubiera sorprendido un rebaño de ovejas.

En la quietud pueblera de las puertas cancelas

eras “uno inter pares” engendro de progreso,

te querían los niños,

te querían los viejos.

Desde tu ventanilla se veía el idilio

de un zaguán recoleto, medianamente a oscuras,

de repente a tu paso se cruzaba un caballo

*y un aroma de yuyos se enredaba en tus ruedas
desde las bocacalles.*

Eras la mole andante con un ojo ciclópeo

que alumbraba la noche de las lentas esquinas.

La ciudad se estiraba

en una inspiración de azoteas y rejas.

Y pasaron los años.

A tu lado gruñían modernos artefactos.

*Ya no fuiste trotante con caballos y perros
y en aquella carrera*

ibas por los caminos rezagado a la tranca.

*No supiste adaptarte a insensatas urgencias
y mientras los purretes despoblaban tus vías
la confianza perdiste*

*como un pesado atleta inútil por los años
y te fuiste a morir a un galpón polvoriento.*

El Perro Muerto

*Venia
en un grisáceo amanecer de invierno
entre la indiferencia de las casas dormidas
y allí
en la calle desierta
descubriendo en el alba su desamparo hiriente
yacía un perro muerto.*

*Estaba sólo y triste.
No era dueño siquiera de su muerte más íntima,
inmensamente tierno en su quietud sin eco,
más desnudo que nunca
en esa pública muerte desolada,
en esa desposesión tremenda y cruda
de morir sin nadie
en lugar de nadie*

*sin siquiera la buena, negra tierra
que es blanda por debajo
pero no, ni esa tierra siquiera
donde dejar sangrar todos los sueños.*

*Porque ahora lo sé.
Aún en la misma muerte
hay una pavorosa desnudez
cuando se muere así a la vista de todos.
Ahora sé que la muerte
debe tener
la intimidad de los amantes.*

*Entonces
sentí dolor al ver tu desnudez
como si hubiera sido
la propia desnudez pública y mía.
Sentí dolor por tí
que ni siquiera fuiste dueño de tu muerte,
esa muerte
de la que somos
ols exclusivos dueños
y a veces la única propiedad que heredamos
los pobres de la tierra.*

Umberto T. Pereira (1923)

Cuando nos llegó su libro, confesamos que el título sólo nos hizo esperar lo peor: "Poemas de Punta del Este". ¿Qué podía salir de allí que hubiese escapado a la voracidad publicitaria? Pues bien: a los periodistas se les había escapado no mucho, sino todo o casi todo de lo que este franco muchacho canta a clara voz.

Bien se lo dice Heraclio Pérez Ubici: el hombre de nuestras costas, de nuestros pueblos marítimos no ha encontrado todavía sus poetas. Algunos narradores que otros —casi todos malos— sí. Es que pesa sobre ellos una lápida feroz: no pueden ser serios; son balnearios.

Pobre gente! aquélla que ha nacido y crecido, vivido y muerto allí, trabajando de lechero, de recolector de basuras, de albañil, de mandadero. Sin un Morosoli a mano...; y en un balneario!... Pero ¿es que alguien va a las playas para observar, comprender y sentir a estas gentes? Estós sudores en medio del confort, esta conducta respetuosa en mitad de la lujuria; etc.

Pues bien, Umberto Pereira lo ha logrado. Ha cantado a su pueblo como si no fuera un famoso balneario. Casi diríamos que —apartando la presencia del mar— se identifica con una cualquiera de las poblaciones de tierra adentro.

Niños, hondas, perros, patios, y esto que nos asombra: el padre del poeta, Don Narciso Pereira, domador. La canción surge con gotas de rocío, con gracia, con recuerdos para todo el mundo, y oliendo a hogaza en el firme hogar que diez hijos tornaron memorioso.

Pero al mismo tiempo el mar se cuele por todas partes.

Lluvia en el mar, y en la ladera "se oculta bajo las hojas — la doncella de las uvas". Desde otro punto de vista, algunos diminutivos, puerilidades, sensibilidad un tanto añiada, muestran —sino aciertos— la afectuosidad, la salud moral y limpidez espontánea con que fueron escritos estos versos.

Obras: Poemas de Punta del Este (1957).

Pinar

*Pinos y pinos y pinos;
pinar, pinar y pinar;
"agujas" tejiendo arena,
piñas vigías del mar.*

*Está calando una sombra
con sus cuchillos el sol;
y trae aliento de yodo
la voz del mar cantaor.*

*Una cinta blanca corta
al monte por la mitad;
hay a su orilla pinitos,
arbotantes del pinar.*

*Mi Punta es un gran anfibio
que bañó su cascarón:
oro, verde, blanco y rojo
y lo está secando al sol.*

*Pinos y pinos y pinos;
pinar, pinar y pinar;
"agujas" tejiendo arena,
piños vigías del mar.*

Ocaso

*Contraluz de pescadores
tira dos puntas de cabo;
se hunde el sol; viene una red
con un bolsón de pescado.*

*Semicírculo de corchos
solo de flautas, soplando;
círculos de agua salada
para peces encantados.*

*Me late un pez en el pulso,
nata de vida temblando;
en un tráfico de voces
choca un grito con un canto.*

*La bahía —madreperla—
broche de sol, ha cerrado;
en una cesta de mimbre
todo el mar está brincando.*

*Con un regreso de aceite
la noche me está esperando;
en un bracero de estrellas
voy a freír mi pescado.*

(Poemas de Punta del Este)

Carlos Brandy (1923)

Ni recordará Brandy —ni querrá recordar— los tiempos aquellos (1947) de la revista "Sin Zona", mimeografiada, y que vendía por los cafés un estropajoso personaje. ¡Qué revista que necesitaba todo, "Sin Zona"! Pero antes que nada una carretilla de tilo —como alguien dijo—. Con decir que el Vaz Ferreira del grupo era el pintor Cabrera! "Fue u... una lás... tima —nos aclaraba el buen Alex— esa con... conferencia tan tan importáan... te de Ca.. Cabrera que no se pudo dar". Y la importante conferencia no se había podido dar por estar ya su autor asilado en Colonia Etchepare. Pero, además, en su título, la revista "Sin Zona" tenía la "Z" dibujada al revés, como esos almacenes y carnicerías de campaña que se llaman "El Progreso", y siempre con la "s" dada vuelta. Cuando se interrogó al amigo si dicha anomalía correspondía a un capricho artístico, nos contestó muy sencillamente que no, que había sido una pura equivocación del dibujante. Pues bien, en este mundo de ignorancia delirante dio sus primeros pasos poéticos Carlos Brandy.

Recién con la aparición de su libro "La Espada" puede percibirse con cierta nitidez —pues es siempre vaga— la voz de este autor. Lo principal en él es el tono: de añoranza imprecisa, de tristeza cuya causa nunca se explica bien y que él desea más que rehuye; de ritmo recurrente mediante la reiteración de un verso. Se da también un amor semi romántico por lo viejo y desnudo, y por las lluvias.

Pero su último libro no sólo es nebuloso, sino que pierde la conquista rítmica lograda en los anteriores y plantea a más de un lector, como problema, su sinceridad. Las realidades que hace presente mediante gestos: la voz, la sed, el nombre, se mezclan, con la sombra, el misterio, el fantasma, el sueño; y al lector le

cuesta creer en unas y en otras. Existen, sin embargo, bellos versos y bellos instantes pero no alcanzan para convencernos que una real necesidad de verdad o de sueño ha presidido la elaboración del poema.

Hay una búsqueda de la rareza inconvincente. Así por ejemplo: "en tu piel una pena — reclinaba una dulce, — soñolienta melancolía". O esto otro: "en ti puse mi amor, — como una serpiente en la llanura infinita — perseguida por una estrella errante". En cambio, cuando se acerca a una poesía de la experiencia, de reunión de cosas pasadas, de cierta indefinida tristeza de vida ardiente, sabe darnos lo real sin que su poesía tenga nada que ver con la poesía realista. El ámbito de distancia y semi sueño permanece, como así también su ansiedad convicta de no hallar calma en ninguna parte.

Obras: Rey Humo (1948); Larga es la sombra perdida (1949); La Espada (1951); Los viejos muros (1954); Alguien entre los sueños (1959).

Vuelve a los Caminos

*Vuelve a los caminos
una tarde:
tu viejo espíritu
se quedará temblando,
reirás contigo mismo
con tu locura triste;
vuelve a los caminos
una tarde:
no como viajero
con casas y posadas,
sino en polvo y piedras,
no como viajero
sino como la nube
sin país, sin huellas;
vuelve a los caminos
cantando una canción
dulce como la lluvia mansa;
honda como la tierra;
vuelve a los caminos
con tu amor sangrando
eternamente,
con tu destino abierto
a las furias que pueblan
la larga noche.
¡Oh sangre que la tarde lleva
sin paz, sin cielo,
ardiendo como los fuegos fatuos
en la dura tiniebla!*

(La Espada)

Larga es la Sombra Perdida, es necesario andar

*Si hoy, en el mismo génesis de la esperanza,
torciera la ruta del navío;
si hoy, por causa mayor para mis hombros
abandonara todo, el día en que vivo,
la hora en que mi sueño se ha acostado entre los hombres;
si hoy, pobre corteza de un ser que sufre y vive,
dijera: estoy cansado, y me inclinara por la borda
en un acto de último desvarío,
estaría entonces tan atado al destino
como una flor al tallo.
Pero es larga esta edad que yo llevo,
y mis fuerzas se estiran por el camino
sin pensar exactamente cuánto falta, ni cuánto llevo
muerto tras de mí, como una sombra
que se alargara eternamente.
Es tarde entonces, e innecesario el acostar las velas
y echar un largo sueño.
En la tierra polvorienta sólo hay un destino,
y andar no es otra cosa sino olvidarse un poco,
y dejar que los años corran sobre nuestro cuerpo
como el agua dormida que nos moja en la lluvia.*

(Larga es la Sombra Perdida)

Una Sombra Doliente

*Es tiempo de decir adiós.
Al fin será el olvido
una boca delgada que no murmura,
una paloma que el viento estremece.
Entonces estaré solo,
triste como una estaca
que la lluvia corrompe,
con el millón de insectos que me rodea,
con este viento del Sur
definitivamente detenido
sobre mi corazón.*

(Larga es la sombra perdida)

Recapitulación

*Mi naufragio lo he de llevar a cabo
con buena letra,
con buena ortografía,
Cansado estoy de ver el mundo,
con mucho viento,
con fuego en las entrañas,
en un océano donde cada hombre
es una ola con el destino de vencernos.
Reniego, pues, de esta filosofía,
y busco como el sol, un pan eterno
para mi vida,
un nuevo modo de hallar las cosas,
una canción usada donde mi voz
pueda sentir su piel desnuda,
Estoy ahora, no esperando,
sino que al andar me medito,
me mastico, me digo
y me comparo largamente con las cosas vistas
que atrás se quedan
para nacer conmigo.*

(Larga es la sombra perdida)

Luis Víctor Anastasía (1925)

Ganó por concurso de oposición el profesorado de Literatura en el liceo de Treinta y Tres. De muy vasta información literaria y fineza de análisis son sus estudios críticos referidos a temas españoles.

Empezó publicando sus primeros versos en Asir (Nº 21). Gustaba en ellos de una encantada atmósfera indecisa entre pérdidas y reencuentros, que hacían pensar a unos en Supervielle; y a otros, en Salinas.

Tiempo después precipitóse en el poema extenso y caótico con clave surrealista, sin que este experimento le contentase como para hacerlo público.

Finalmente es en el poema breve donde logra la quintaesencia de temas instantáneos vibrantes de enigma, de no tiempo y tiempo.

Obras: *El Viento y la Sombra* (1962).

*Con la noche no se ve el río,
pero su voz oscura canta y suena
y deja clara
a la escondida arena,*

*¿Qué música escucha el río
cuando danza
en el profundo cauce,
y arrastra, entre el silencio
y duelo, la oscuridad?*

(El Viento y la Sombra)

1

*Bajo el cielo gris
una higuera verde;
más acá un muro gris
con una puerta cerrada.*

*Por la calle
pasan el viento y la nada.*

(El Viento y la Sombra)

*Esta tarde llueve. Es cierto,
triste mes. Llueve a ratos
y a ratos la humedad sombría
del viento
cava en este mundo
como un grito de sepulturero,
y vuelve el agua a caer
como el llanto
de una bestia triste,
tierna y dura.*

(El Viento y la Sombra)

Cecilio Peña (1925)

Profesor de Literatura egresado del Instituto de Profesores "Artigas", ha unido a su destacada docencia una preocupación casi absoluta por la poesía. En comparación, poco cuentan hasta ahora sus trabajos críticos muy finos y sus tentativas o ensayos en el cuento o el teatro poético.

No podríamos decir que su poesía es intelectual pero sí, a veces, de un conceptualismo barroco no carente de ardor. (Por ejemplo, "Variaciones sobre el agua", parte V). En algún otro momento, que seleccionamos, se presenta Peña como un "agonista".

De las nuevas promociones líricas es este autor uno de los que mejor predice la calidad de su futuro, sobre todo por el ideal de perfección poética que se ha propuesto: rigor, hondura, sensibilidad elegida al máximo.

No se ve todavía claramente cuál es su mundo propio, aunque no tenemos dudas de las cualidades apuntadas y de lo que éstas procuran realizar.

Pero su hondura es todavía a tientas, y no sabemos si está fatalizada o es deliberada su falta de concreción. Empero el autor es muy lúcido para cercar lo que no dice, y esta tendencia intelectual aliada a su filtrada avidez erótica dan a su poesía una sugestión y vigor ciertos. Donde mejor lo hemos visto no es en sus libros sino en "Variaciones sobre el agua", poema más o menos extenso, del que aquí presentamos sólo una parte.

Obras: *El Hombre Entredormido* (1957); *Cuarteto del Ser* (1961); *Desde Eidar* (1963).

Claves Nocturnas

6

Nunca bajo a mirar.

*Aguas partidas
me llevaron la voz que un tiempo tuve.*

Sólo palabras

—una confusa trama rota— tiemblan.

*A veces logra el viento
dentro hacerlas vibrar, pero muy poco.
(El viento aquí, debajo de la puerta
que no se abre...)*

¿Seré una larga carta equivocada?

(Cuarteto del Ser)

De un Poeta

II

*Tal vez no sean muy
difíciles mis versos. Si absurdos,
Tan perezosamente derrumbados,
con un poco más que yo de mi zozobra.*

*Son palabras, las mismas
de los otros, y me asedian explicando.
Es este mapa imbécil en que vivo
(El Uruguay, al Sur, Montevideo,
calle Industria en la Unión, y allí tal número.
También algún oficio, ruedas de ómnibus,
puertas, gente de pie, luces velando...)*

*Este mundo sin qué ni amor desgarrar
los girones de mí que a veces puse,
Y sin embargo existen de algún modo.*

*Son lentos agujeros, harapientos
silencios, jeroglíficos.
Avaros, ciegos, van
urdiendo tiempo. Pesan
abandonados, tarde.*

(Desde Eidar)

Yo no Tengo una Estirpe

V

*Yo no tengo una estirpe
que ofrecerte. No alcanzo
más allá de mi efímero misterio.
Y sin embargo digo
ante ti mientras tanto:
no fui fugaz. El tiempo
también me pesa, Eidar como tu barro.
Esa grieta es de la noche que te hiere
la misma noche humana que teníamos,
mi noche, Eidar, temblor de abismo vivo.*

*No fui fugaz. Te salvo
en mi tiempo. Quemándome
construyo el mediodía que te cerca,
canto junto a la grieta tu alabanza.*

*¿Te traje hasta ti mismo? Ya en mis hombros
con dolor, tu aventura sostenida...?*

*¡Ah, si vibrara un poco tu sonrisa
tal vez por otra sangre sustentada!*

*¡Ah si ardiendo tu llama
fuera mi asombro límite!
Fui para ti. Tu tiempo
me pesa, Eidar. Escúchame.
No fui fugaz. Prosigo.*

(Desde Eidar)

Variaciones Sobre el Agua

*En el charco sin sombra, a veces dejo
la mirada que crezca, dure, ahonde
en el cielo sumiso que responde
al alto cielo duro, tierno espejo.*

*En carne de agua, para el mundo viejo
resucitó aquel cielo. Y no halla donde
regresar a su ser, que el agua esconde
entre sus valvas el fugaz reflejo.*

*¿Quién reanuda la luz? ¡No soy camino...!
Dice la quieta imagen, entre tanto:
"No has de salvarme porque eres vuelo,*

*tampoco pudo el ave, con su trino..."
Murió y nació para mí poco canto
la divina ecuación de cielo a cielo*

(*Rev. Nac. N° 198*)

Pablo Aurelio Chiarelli (1925)

Cuando este poeta publicó su primer libro —hay otro del que no quiere acordarse— nos llamó la atención por la vehemencia, juventud y, al mismo tiempo, delicadeza y sol mental de su erotismo.

Sabía empinarse en su primavera, irradiar su tiempo breve, hacer claridad vibrante en torno. No quería ni presentir el tiempo en que todo ese fuego del aire se hace ceniza. El poeta nos dijo que había cultivado esa poesía durante bastante tiempo pero que ahora ya no le interesaba. Sin embargo, hasta siete años más tarde, cuando en la Revista Nacional N° 114 publicó "Tu nombre", aquella manera persistía.

Nada sabemos de su libro inédito "El Corazón Divino" que en 1960 obtuvo premio Municipal de Poesía y Premio del Ministerio de Instrucción Pública.

La modalidad con que ha querido verse representado en esta Antología nos lo muestra en una preocupación de la palabra abstracta, cuando ésta es capaz de llevar luz adentro. Una belleza de línea dura en sus límites, pulida, brillante y exacta. Así en estos versos de "Tríplico Estival" (Revista Nacional N° 194): "Los objetos, los seres — son relieves inscritos — en un canto" (...) "La luz" —tiembla en su estatura. El aire —fulgura en creaciones".

Obras: El Deseo (1950).

Cenit

*El mediodía tiembla, como un gran dios hermoso
gozoso de su luz de ambiguas consistencias.*

*El aire, casi estatua transparente, sin tiempo
palpita detenido en pristinas presencias.*

*El día adolescente ya madura su cima.
Su plenitud solar es el Todo en su esencia.*

*Puede palpase el Ser que ordena la armonía.
Está en éxtasis. Vive su cenit de potencia.*

*Contempla con la luz el Todo a sus criaturas.
Y observa en esa luz su misma complacencia.*

*Los hombres son pequeños dioses recién creados.
Vuelven a la mañana de la exacta inmanencia.*

*No hay sombras. Ni fronteras. En la luz se disuelven
alas, hocicos, savias, carne y hasta su ausencia.*

*El gran ritmo interior unifica a los seres.
Cada ser por su centro está unido a la Esencia.*

Intacta

*Naces como la fuente,
luciente, vertical,
casi niña, desnuda,
surgente de luceros
sumergidos en cantos,
y en pulsos trasmarinos
la tan dichosa forma
es ágil inocencia,
espuma sonreída,
liviano pie sin huella,
y cielo que se acerca*

*en momentos —miradas
en fuga—, alegrías
que tejes tú en el aire
y tú tan sólo, entiendes,
fuente luciente, móvil,
ay pristina presencia,
amanecer nacido
de submarinos astros.*

Pablo Aurelio Chiarelli

Milton Schinca (1926)

Fue Mario Benedetti quien nos llamó la atención sobre este poeta, que no se ha precipitado en publicar. La sociología, la política, sus comenzados estudios de derecho, la filosofía, sus orientaciones, preocupaciones vocacionales no podían dejar de estar presentes en su poesía.

No así, en cambio, su periodismo radial y crítica de teatro en el diario "Acción".

Es un hombre seguro —en el sentido que sabe lo que hace— dentro de una radical inseguridad de fondo. Es el hombre-átomo de la vida urbana; cuando no aquel insecto en que queda transformado el protagonista de "La Metamorfosis" de Kafka, en la vorágine sin sentido de vidas y fuegos del mundo moderno, en su exceso de movimientos y en el alud infernal de sus amenazas. Pero lo que nos gusta en Schinca es su precariedad frenética, su ausencia de toda histeria.

Es hombre que comprueba y baja la cabeza atontado. Convicto de que no puede hallar su verdadera vida interior y que no hay ya, ocasión, tiempo o ser humano próximo donde poder reencontrarla. Mas convencido además que es imposible proseguir así. En vez de rebelión notamos en él ironía y desesperanza.

He aquí algunos títulos de sus poemas: "Cielo Matemático", "Geometría intercontinental negada", "Clamor Hora Atómica", "Cablegramas elementales", "Astronauta, hora 1", "Memoria electrónica". Pero aquí, lo científico está mezclado al gólgota íntimo.

En cuanto a la forma poética utilizada cabe perfectamente la discusión acerca de si es poesía o es prosa. Aun el relato —que nosotros valoramos— no está excluido de ella.

Obras: De la Aventura (1961); En esta hora urgente (1963).

Mundo Interrogado

*Uno alza esa cortina como quien llega a un cielo.
Adentro está el salón como un acuario lento
de humo, pelo, petacas y tiniebla.
¿He vuelto aquí a buscar el mismo incendio
de la vez anterior;
aquel musgo rojizo en cada brazo,
el vientre sonrosado y sin sosiego?
Pero puede ocurrir que a media noche
uno no busque nada, ya: tanto hablar, tanto
y querer convencer (son tan duros
ciertos entendimientos!), querer colocar siempre
siempre en cada negocio
ese mismo producto con su nombre extranjero,
su eficacia instantánea!
Odio ver que las puertas
de todos los despachos se abren igual:
activamente, sin ruido,
como pulcras empleaditas modelos.
Los ascensores corren
enloquecidos por sus tubos
con ese afeitadisimo sigilo. Piso 10,
Planta Baja. ¿El Gerente? Imposible.
Telegrama enviado. Hay que discar de nuevo.
Pesa, eterno, en la mano el portafolio
(este gastado compañero mío
regalo de mi esposa en otro tiempo
"para que junto a ti me lleves", dijo).
No, pero no quiero seguir cismando más.
Sé que no está la pelirroja; bueno,
pero he venido aquí por otra cosa.
Todas las minas miran (soy un tipo de cine)
y yo solo pretendo no sé qué, no recuerdo,
quizás que estos morochos del mostrador sean tiras
y descubran ahora un contrabando de opio
y haya una buena escena de balazos, un muerto,*

*Y yo escape en tumulto por la puerta trasera
protegiendo a las locas que gritan
y me agarran, pero yo soy un joven repórter
con corbata de moño, galantemente
me desprendo de ellas porque mi novia
me está esperando a semejantes horas
con un café con leche en el bar de la esquina.*

*Pero no sé por qué me he metido aquí dentro.
(aquel gordo en la mesa
hoy lo he visto firmando: ¿cheques? ¿vales?
¿conformes? (¿Por qué no llega ella?)
(Pienso que tenga mucha guita el pobre,
con su cuerpo que se ve que no sabe estar solo).
Este lugar nocturno, este salón sin sueño
a veces me recuerda, no sé, como si fuera
un sitio cándidamente consagrado
a congregar buenas mujeres, dulces maridos,
y que alguien con un torvo propósito
les hubiera revelado de pronto
que hay prácticas mejores, oscuras experiencias,
que los cuerpos humanos
desconocen preferibles desembocaduras,
y entonces estas gentes, mi casa, el mundo mismo,
se parecen de golpe
al asesinato, o al olor aquél, del asilo.*

*Por eso quiero irme. Nada encuentro.
Puede llegar ahora la pelirroja y digo
que no he venido, no, por ella.
Y ya no sé qué busco aquí. Un hombre
tiene derecho a visitar lugares,
a comprar diversiones
colocando monedas en ranuras prohibidas
y a falta de otra cosa
siempre habrá tocadiscos en los bares.
Qué busco, qué buscaré en mi casa, qué
y mañana temprano cuando salga
las mismas cosas, sí, las mismas cosas*

*me seguirán hablando
bla bla bla con sus lenguas de humedades
y yo bajando con mi portafolio
diré adiós a mi esposa,
me iré silbando y nunca, nunca sabré por qué
tanto buscaba aquí y en otras partes.*

(De La Aventura)

Octavio Larriera (1927)

No por nada sus compañeros han puesto un aro canónico en torno a la boina vasca, debajo de la cual pueden verse los ojos miopes tras gruesas lentes y, un poco más abajo, el "puchito" cordial. Es que este dibujo —a la cabeza de sus poemas— nos lo ha presentado tal cual es. Para nosotros seguirá siendo "Larrierita", el sobrino del "indio", y el hijo de Diego, quien se hizo más conocido por su letra del tango "Yo también como tú" cantado por Gardel, que por su libro de versos "Los simples motivos", según algunos publicado; y según sus familiares, inédito.

Hijo de un alcoholista consuetudinario y de una madre de pulmones enfermos, Larrierita mostró siempre una constitución física endeble acentuada por un tic que le hacía, al andar, dejar caer la cabeza alternativamente sobre cada uno de sus hombros. Era casi esta imagen de la desvalidez cuando comenzó con sus primeros versos.

Profundamente humilde, delicado e inteligente, su voz ha sabido decir siempre nada más que eso que nadie podría decir en lugar suyo. Es que todo poeta, por pequeño que sea, tiene su sitio en el mundo de la poesía y hace, como el más grande, progresar el lenguaje de las emociones, si ha sabido ser fiel —no a las modas— sino a lo intransferible de sí mismo.

La voz de Octavio nos hace también, a veces, recordar a quien fuera el "benjamín" de la poesía nicaragüense, Rodolfo Sandino, que en su "Autorretrato", dice: "Soy mi niño mismo y vivo solo, — escribo papeles largos y no sé a quien enviarlos".

Obras: Nuevo Cielo (1957).

I

*Estoy lleno de sombras, hoy.
Las sombras venerables de mis padres
me acosan.*

*Me golpean de frente
estiran mi corazón hasta lo imposible.
Están en sus respectivas tumbas
con sus dulces y descoloridos huesos,
con sus ojos
en el agua impasible de la muerte.
Hoy, mañana, siempre,
en esa agua callada y uniforme
enfundados en sus largas sombras.
Yo los avivo en un doloroso calor
que se sube a los ojos y a la frente,
siempre.*

(Asir N° 15)

XIII

*Quiero dormir por siempre
dormir mi corazón
dormir mi sueño
y todo este desvelo
que ya sabe de mí.
Quiero dormir la tarde,
el cielo que me mira,
la tierra que me alarga
los brazos al morir.
Quiero dormir por siempre
todo lo por vivir.*

(Nuevo Cielo)

Saúl Pérez Gadea (1929)

¿Y qué vamos a decir de Saúl? En primer término, que su amistad es tan temible, como el temor de una muela delante de la fresa del dentista. No podríamos decir que se desorbita porque eso implicaría previa existencia de una órbita. No podríamos decir que habla, porque en vez de seguir sus palabras es preciso seguir sus movimientos que lo colocan indistintamente encima o debajo de la mesa; no podríamos decir que razona porque no hace otra cosa que trepar y descender vertiginosamente por los postes de los signos de admiración; en elogios que son cohetes y desinteligencias que son centellas. No podemos decir que lo vemos porque nos está bailando delante de las vistas. Lo único que concienzudamente podemos afirmar es que hay que atarlo.

Bueno, lo dicho basta para inferir "la presión" con que irrumpió Saúl en la palestra lírica. Su libro-torbellino "Homo-Ciudad" fue perseguido desde "Asir" (Nº 19-20) por el hoy televisible Alfredo de la Peña: "inmadura experiencia"; "partículas poéticas en boga"; "abusos de enumeración"; "enloquecedora tarea inútil". Con todo se le reconocían nervios, que era lo menos, y lo que nadie ha osado jamás discutirle.

Después escribió Saúl —según nos dijo— baúles de narrativa, obras de teatro y poemas —testigos de su insobornable vocación— pero no publicó, salvo de cuando en cuando en páginas literarias y revistas.

Ibamos a escribir que ahora había, en poesía, encontrado su centro, ¿pero de qué centro vamos a hablar tratándose de Saúl? Lo que diremos es que su lirismo ha notablemente crecido tanto en sus temas como en su tono y verdad poética y humana.

Hoy está casado y con dos hijos, en Paysandú. De allí nos ha dirigido sus poemas que publicó a mimeógrafo. Ellos aseguran nuestra fe en su futuro.

Dos rasgos biográficos para explicar nuestra selección. Saúl tuvo que padecer siendo muy niño el asesinato de su padre, que ejercía las funciones de comisario, en su Santa Clara de Olimar nativa. Desde entonces, único hijo, su madre lo ha sido todo para él. Mas el desgarramiento recibido hizo camino en medio de la estrechez económica, la soledad y los abusos de alcohol. Una sed de venganza... de justicia y de ser, que no hallaba su objeto; impotente asimismo por el desamparo, debilidad y buen natural del poeta, más inolvidable, torturó su cerebro de tal modo que por dos veces no ha pedido resistir. El segundo poema —de sobrecogedora intensidad— es un recuerdo de su vida de alienado.

Obras: Homo-Ciudad (1950); Poemas (Cuadernos Nuestra Voz, Paysandú, 1964).

Mi Madre

*Con penumbra de mueble en la sonrisa,
delanteles de infancias y recuerdos,
se me formó tu imagen sobre el alma,
Y así te vi vivir sobre mi espejo,*

*En cada brazo tuyo un río nace;
se descuelga un sonido de tus dedos;
en tu falda un cordero se arrebujó.
Y una lámpara azul te da destellos.*

*Tu presencia y su ráfaga de aire
recupera blancuras como sueños.
Tu ausencia eleva una gran luna-madre
que asoma en los tejados soñolientos.*

*Porque de ti me viene esa alegría,
porque de ti se aleja la tristeza,
y donde cae tu gota de ternura
renace un sitio, la distancia viene,*

*De ti llega la uva sin verano.
No es necesario hablar; todo se entiende.
En la lámpara que arde entre nosotros,
uniendo mi futuro a tus recuerdos.*

Hospital Vilardebó

*Si Dios llegara a visitar la casa
en un atardecer, si Dios viniera,
si yo pusiera en sus
manos totales la total
llave que nos abre el mundo turbio;
el mundo hundido de esta casa hundida
como un gran hoyo o como un monstruo ciego.
Adelante, Jesús. Veamos todo; no marchites el rostro,*

*el ojo blanco, la silbante
sangre, tu madera.*

*Aquí está Pedro que se ató las manos
con alambres de púa y de serpiente,
que inunda pabellones de fantasmas
y profiere alaridos, tu sufriente.
Adelante, Jesús. Aquí a la vieja que se lava las manos
el pellejo le cuelga de los dedos sarmentosos,
tiene sangre, suda sangre, sufre sangre;
vedla sangrar, falanges cavernícolas,
dedos rasgados de jabón, martirizados de agua,
tu sufriente.*

*Adelante Jesús Aquí el poeta que se estrangula solo,
que ruge, escupe, orina y cabecea,
y al fin como una bolsa que se pudre,
sus huesos sobre el suelo esparce al viento.
Todo está bien. Job en su piedra,
Job en su yugo. Job en su cadena.
La locura es el beso de los ángeles
que tienen de medusa las cabezas.*

Walter Ortiz y Ayala (1929)

Ya lo sabíamos: no era un improvisado ni tan joven el poeta que arrió con todos los premios en la 3ª Feria Nacional de Libros y Grabado (1962).

Ocurrió sólo que era desconocido, aunque noticias suyas nos había suministrado Roberto Ibáñez en 1950 cuando desde Tacuarembó trajo los versos de W. Benavides para la revista *Asir* (Nos. 19-20).

Ortiz y Ayala era, entonces, el coterráneo, y un poco el hermano menor de Benavides. En aquella ocasión, por timidez, no quiso enviar sus versos, alguno de los cuales publicamos más tarde en "El Ciudadano".

Sólo lo conocimos personalmente pocos meses antes de su triunfo. Hombre un tanto perdido no sólo en la capital, o en su pueblo, sino en sí mismo; pero que se ha jugado enteramente —hambre y frío mediante— a la poesía, al sueño, a quien sabe no se qué... que él hostiga, cerca, aguarda.

Sabemos que escribe sin tregua, día y noche, y que no puede con esta fiebre. Sin un estudio que le abra económicamente el mañana, sin un empleo, sin un oficio; leyendo versos, diciendo versos, pensando versos... Menos él, todos parecen hacerse cargo de lo patético de la situación.

En su poesía, —que cultiva a lo diestro— Ortiz y Ayala es un delicadísimo evocador: en primer lugar de calles, plazuelas, ríos, árboles, noches, madrugadas y olores y brillos solares de su pueblo. En segundo término: el tiempo, el amor, y el desconcierto de lo que ve vivir en la ciudad. Da la impresión de un espíritu tenue, gozoso de su asombro, dueño de la sensación, pero indefenso frente a los años que se adelantan trayendo sobre sus hombros la experiencia, lo definitivo... el destino.

Obras: *Hombre en el Tiempo* (1963); *El trotacalles* (1964).

Sol de Mayo

*Yo no diré esta tarde la alabanza
del rojo vino que a beber convida,
Tampoco de aquel río que me alcanza
memorias de su fronda estremecida.*

*Pero lo haré del sol, que se me afianza
en los huesos cavados por la vida,
que me otorga su tierra de labranza,
su dulzura en monedas, repartida.*

*Aquí, indolente, en la feliz plazuela,
—verdes acacias, síncope morado
de aquel jacarandá que se me vuela—*

*Dulce vino solar que tibio, apuro,
con la humildad divina de un oscuro
y humano caracol desorientado.*

(*El Trotacalles*)

Mirando Hacia Atrás Encuentro

*Mirando hacia atrás encuentro
y apenas lo puedo ver
el rostro viejo de un niño,
del niño que fui una vez.*

*Me mira con ojos tristes
y silencioso se va
por una casa amarilla
sola y amplia como el mar.*

*A veces lo reconozco,
otras, no sé ni quien es.
Viene de lejos, de siempre.
De la nostalgia tal vez.*

*Me mira y creo que a veces
hasta intenta sonreír,
entre naranjos y palmas
de aquel antiguo jardín.*

*Mirando hacia atrás lo veo
lejanísimo, sin voz.
Lo llamo, no me responde.
Tras de su sombra me voy.*

(Inédito)

Trébol de Olor y Romero

*Trébol de olor y romero
romero y trébol de olor,
humilde aroma esparcido
entre el jardín y mi voz.
Vellón de nube en el cielo,
cordero en manos de Dios,
tarde de otoño, dorada
como el maíz, donde voy
de memorias en memorias
con soledades de amor.
Trébol de olor y romero
romero y trébol de olor,
aroma fresco, sencillo
como de patio con sol,
morada flor —casi niña—
¡tan cerca del corazón!
Tarde de otoño, cayendo
en prestigioso arrebol,
sobre alamedas y campos
del Norte, en Tacuarembó,
el que camina te sabe
—infatigable andador—
recupera tu presencia
con una mano de amor.
Trébol de olor y romero
romero y trébol de olor,
aroma fresco, desnudo
casi de lluvia con sol
¡cómo limpias la nostalgia
y me reencuentras la voz!*

(Inédito)

Carlos Flores Mora (1930)

A Carlitos lo conocimos desde los tiempos del "Metro", cuando llegaba por las noches con algún amigo, poseído de la embriaguez lírica y la otra. A la segunda la abandonó para siempre unos años después, porque no le daba —nos dijo— sino ocasiones de arrepentimiento. Y casi en seguida de recibir el título de abogado y de casarse, abandonó también la lírica. Quedó un volumen en puerta que —a nuestro ver— no repetía la calidad de su único libro.

Cuando en 1957 presentamos en "El Ciudadano" (1º de febrero) "Nuestra Poesía Joven", sentimos la de Carlos Flores Mora, con menos instantaneidad emocional que la de Circe Maia y Benavides, pero con una madurez mayor, más próximo a la palabra síntesis, última de la emoción y la expresión. Por eso mismo sus breves poemas poseen una contención apasionada y una esbeltez arquitectónica que son cualidades raras de hallar en un poeta joven.

Obras: Poemas del Tiempo y de Lise (1952).

Poemas del Tiempo y de Lise

VII

Mira, Lise, pasar
en esta tarde
por el aire
la sombra de otra tarde.
Tal vez la estén viviendo los extraños
árboles grises en el aire calmo.
Apenas pisa el viento la gramilla,
apenas si en el agua se demora
su rubio pie para marcharse luego.
Así es la vida, Lise, pasa apenas,
apenas se demora y ya se ha ido.
De ti un temblor recuerdo,
Leve sombra,
fugaz reflejo,
imperceptible aroma.
Porque es así el amor,
apenas nombra,
apenas toca y ya se fue callando.
Por eso en cada aroma sobrevive
Y permanece siempre en la sorpresa,
porque apenas se mira se descubre
en cada cosa su imborrable huella.
Digo tu nombre para huirlo, quiero
que lo oiga algo que no sea mi alma,
porque me duele ser yo solo el dueño,
porque me agobia como una montaña.

XIII

Bella como una nave
es la boca de Lise.
Vuelo tras ella cuando ríe, y canto
como el viento en el alto
velamen desplegado.
Suave como la huella
de un gamo en la ladera,

dulce como el azúcar,
suave como la avena,
tenue como el reflejo
del viento en el follaje,
es la boca de Lise,
de aquella Lise flor
de aquella Lise rama de durazno.

XV

Si yo no fuese fuego,
Oh inmarcesible Lise,
acaso te olvidara,
si yo no fuese fuego que se apaga.
Si yo no fuese sombra,
Oh inmarcesible Lise,
acaso te olvidara,
si yo no fuese sombra que pasara.

(Poemas del Tiempo y de Lise)

Saúl Ibergoyen Islas (1930)

Recién con "El Otoño de Piedra" adquiere madurez la obra de este poeta. Desde 1954 ha venido publicando ininterrumpidamente hasta 1962. Después de esta fecha, es indudable que algo le ha llevado a repensar su producción.

Aparte los libros primerizos, no encontramos diferencia notable de calidad entre un libro y otro de Ibergoyen. Nos parece que él había encontrado una manera —ni muy exigente, ni muy profunda, ni muy fatal— para decir lo suyo.

La posición en que se colocaba era la de mostrar el ánimo del que está de vuelta. Denunciaba, por ejemplo, la injusticia, pero no nos excitaba a la rebeldía. Mostraba la frustración de todo, pero para reemplazar eso no había ni fe ni planes. Su desgano, su cansancio, su no creer era sincero, pero también una forma de narcisismo.

Hace poco tiempo, Angel Rama, en "Marcha" (26-IX-1965), lo ha visto como el poeta más representativo de "La Generación de la Crisis".

Obras: El pájaro en el pantano (1954); El rostro desnudo (1956); El Otoño de piedra (1958); Pasión para una sombra (1959); El libro de la sangre (1959); Un lugar de la tierra (1960); Ciudad (1961); Sin regreso (1962).

La Respuesta

*Como discretas respuestas
serán los días finales del que ama
las cálidas abejas
y el sonido de las lágrimas.
Solamente discretos, bien medidos
con el rancio almidón de tantas camisas
y los colores cansados de alguna corbata,
y el traje de todas las derrotas cotidianas,
y un libro apenas leído,
sobre un tema de época,
con marcianos de antenas verdes,
bastante sexo
y muchos muertos,
y otro libro, el nunca escrito,
porque el tiempo se nos va en otras cosas,
sobre asuntos sociales o místicos,
con revoluciones, libertad
y otros cuentos,
y un otoño,
cuando las muchachas miraban las hojas secas
y cuando era importante
el nombre de una estrella.
Discretos los últimos días,
como una pasión doméstica
satisfecha con poco sudor
a fin de semana.*

(El Otoño de Piedra)

Anciano en un Parque

*Los árboles derraman
sombras en tu cara,
una luz inerte
se acerca a tus miradas.
A cada instante
regresas al pasado,
como la serpiente
que quiere morder*

por última vez
su propia cola.
La extinguida geografía de la infancia
es ahora vereda, una plaza
y un parque con sus bancos claudicantes
Te sientas, caminas, tu bastón
aparta las hormigas entusiastas,
marca el itinerario
que no pudiera recorrer
de otra manera.
Qué tonto resultó
después de este tiempo
y estos días,
de los horarios infaltables,
de las profundas lágrimas,
qué tonto resultó
sentarse a descansar
sin el goce del cansancio,
y empezar a suponer
que el polvo a nuestros pies
guarda un motivo,
que no hemos sido
tan necesarios,
que el universo y la ciudad,
los parques y las fábricas
existen sin nosotros,
que el aire ya estaba sin nosotros,
que las hojas caerán
donde estuvimos,
que el dolor seguirá
y no estaremos,
y que grandes multitudes
gritarán nuestro silencio.
La sombra de los árboles
continúa en tu rostro.
Desde el polvo surge un perfume
que parece acercarte
a la tierra.

(Ciudad)

Iván Kmaid (1930)

A Iván nosotros le llamamos "el turco". Los que empiezan a conocerle y aquéllos que ya lo conocen de años, suelen llamarle del mismo modo. Y cuando él se coloca frente a sí, y se da severas reprimendas en público, echa también su "turco" un poco a los tum-bos, hacia adelante.

Ninguno hasta ahora —que se sepa— ha inventado la manera de componer un libro que ha sido propia de Iván. Todo el mundo sabe que con motivo de la Feria del Libro Nacional, en el Palacio Municipal pululan noche tras noche y en denso enjambre las abejas de Himeto. Se apostaba Iván, bien cabe una columna o en cualquier sitio, y cuando elegía a uno de los poetas le apartaba muy suavemente y, desembolsicando una libretita, lápiz en mano, daba comienzo a la lectura de uno de sus poemas.

Al cabo de la misma y del: ¿qué tal?, ¿qué te parece?, cuando escuchaba el: "está bien... aunque mirá, esa imagen, esos primeros versos, esos últimos... yo no sé... —y más rápido que su incertidumbre iba el lapicito corriendo sobre la o las líneas a defenestrar.

Esta humildad lo salvó. Logró así componer un libro digno, con intensos recuerdos maternos, un algo de su ayer riverense y un mucho de su ojo desorientado de hoy. La poda pública a que sometió su libro antes de editarlo, le hizo ganar en vigor y contención.

Cuando una vez lo reportearon acerca de sus poetas preferidos, Iván señaló, sin ningunas vacilaciones, a dos: a Homero y a Líber Falco. Del primero, por supuesto, no puede rastrearse ninguna influencia. Del segundo, hay más que influencias, coincidencias.

En cambio, lo que parece propio de Iván, es su agonia de hombre del asfalto. (Por su callejeo permanente como errabundo vendedor de libros, bien puede hacerle una "rapsodia" a sus "botines viejos"). Y también le es propio una profunda tristeza de ausencias: infancia, maternos días, sueños...

Obras: Porque impar es la dicha (1964).

Estoy para la Risa

*Estoy para la risa,
Los codos se me salen
de la manga
aunque disimule
el antebrazo su pobreza.
Cuelga de los pasos
el cansancio,
pega el aliento
entre mi lengua
y repito de memoria:
mañana será más caro
también más tarde.*

*Estoy para la risa.
Se burlan las moscas
que zumban mi contento,
el árbol descansa
su pereza
y mis codos disimulan
su destino
comprado a plazos
confort para la muerte.*

*Estoy para la risa
sin dejar de levantarme
lo más temprano
a la mañana
y de bruces partir algún gajo
o cortar el vuelo de algún pájaro.
No vaya a desear demasiado
volarme con la brisa.*

(Porque Impar es la D:cha)

V

*El candil encendido
aceite tan viejo,
guarda en los espejos
ayer de recuerdos.*

*Paredes garabateadas
repiten el juego:
los hijos, infancia,
tinta volcada sobre el blanco.*

*Mis hijos que no te vieron,
que no oyeron,
tu voz lluvia de otoño
entre los pies descalzos,
aventurados botes
venidos hasta hoy,
horas sin tiempo de lloverse.*

*No se muere, madre,
se vive cada día
para vivirse siempre.
Son testigos los espejos,
la lluvia, y este brazo
que hiciste de los sueños.*

(Porque Impar es la D:cha)

Nancy Bacelo (1931)

Ya no es posible nombrarla sin tener que pensar en la anual Feria Nacional de Libros y Grabados, pues a ella se debe la importancia creciente de la misma.

Su talento emprendedor la ha llevado también a editar la revista "Siete Poemas Hispanoamericanos". No es sin duda montevideano sino de tierra adentro este espíritu generoso capaz, si no de posponer, por lo menos, de fusionar su suerte con la de todos en procura de un solidario crecimiento cultural. Nancy Bacelo nació en José Batlle y Ordoñez (Lavalleja) donde vivió hasta sus veinte años.

Su libro primero de versos no mostraba, todavía, un camino. Incluso, había en él incoherencias notables. Eran sus temas los de la soledad y el amor desgarrado.

Paulatinamente, con ahinco, ha ido haciéndose dueña del instrumento y ámbito poético en que logra sus mejores aciertos: es el cantar, la cuarteta, casi la copla a veces.

Nancy Bacelo ha procurado ceñir la experiencia y la expresión. Nada de desarrollos, enumeraciones, reiteraciones, desahogos, sino lo concentrado, la quintaesencia, en cuatro, tres, dos versos que tengan la potencia memorable del refrán, y el aire de lo que puede ser cantado más que leído.

En su último libro —el más importante— aléjase un tanto de dicha modalidad pero lo ya aprendido permanece. Si bien los temas no han variado, muestra mayor hondura y señorío en el acento.

Obras: Tránsito de Fuego (1956); Círculo Nocturno (1959); Cantares (1960); (Cielo Solo 1962).

Tres Cantares

LXXXVI

*La soledad no está sola
si a soledad y verdad
sumamos ola tras ola.*

XCV

*La soledad
la tan sola,
la que no tiene verdad
es la que viaja en la ola.*

·XCVI

*Solo se llama faltar
a la cita que nos d'eron
para encontrar nuestro par.*

(Cantares)

Esta Vida

*Después de abrir los brazos
después de ver cómo la boca
que crece
a impulso de los otros
ya no nos pertenece
y es de ellos
qué ganas de hacer lágrimas
de fuego
y quemarnos los ojos
y llorarnos.
Porque siempre es igual
siempre es de todos
y nunca de uno mismo
la alegría
el sabor de reír
sin ningún precio
el estar con la deuda
de esta vida.*

(Cielo Solo)

Para Siempre

*El dolor es eso
que nadie contaría
en su crudeza
porque más que una pena
sin testigos
es toda una verdad
un cielo solo
una incipiente realidad
vertida
sobre la circunferencia
del olvido.*

(Cielo Solo)

María Ester Cantonnet (1936)

Profesora de Literatura mediante concurso de oposición y como egresada del Instituto de Profesores "Artigas".

Colabora desde hace años en el suplemento dominical del diario "El Día" y lo ha hecho también en la página literaria de "El País".

Su primer libro, aunque no muestra las vacilaciones del principiante, da cuenta de un mundo propio todavía exiguo, con predominio del tema y experiencia infantiles.

Su segundo libro, más intenso y maduro, despliega el tema de la soledad. Al margen de esos excesos tan conocidos como inoperantes —el nerviosismo, la torrencialidad nerudiana, el bla bla bla de tipo surrealista— su poesía logra comunicar la desgarradura interior sin que sus poemas —pese a ello— logren separarse los unos de los otros como breves mundos independientes o entidades aparte. Queremos decir que es un mismo estado general poético y temperamental el que lo informa, y su número podría variar sin que el efecto global quedase seriamente afectado. Esto aparte, sus versos son auténticos, por su carga sombría y dramatismo.

Obras: Luz Exacta (1961); Tiempo de pájaros sin cielo (1964).

Elegías de la Noche del Sábado

II

*Esta noche, Señor,
¿quién me la ha dado?
Para qué esas estrellas
tan fragantes,
para qué el bosque azul
de largos pinos,
para qué este silencio contenido
que desgarrá mi alma y desvanece
la soberana fuerza del olvido!*

*Esta noche, Señor, quiero estar sola,
como siempre lo estoy desde que vine
a darme cuenta de que soy terrestre
y de que soy inmensamente triste
y que he de amar mi paulatino canto
para olvidar que el corazón existe.*

Elegías de la Imagen

II

*¿Quién no ha sentido la soberbia tristeza
de las fuentes de piedra?*

*¡Las viejas fuentes con sus bocas secas
y el agua clara entre las flores nuevas!
Peces de marzo como flores rojas
son frías hijas que el otoño anuncian.
Sueño tu imagen; él, espejo quieto
la desdibuja cuando sopla el viento.
Es el viento de marzo; él asegura
nuevos amores en recuerdos viejos.*

(Tiempo de Pájaros sin Cielo)

EPILOGO

Al fin de nuestra empresa no es posible responder a la pregunta que demandase por el sitio jerárquico de la poesía uruguaya en el concierto de la hispanoamericana.

Otros autores nuestros lo han hecho ya. Así Zum Felde al juzgar su antología de poetas uruguayos publicada en Santiago de Chile (1935): "De esta selección se desprende para el Uruguay una figuración de honor en el cuadro de la lírica hispanoamericana de nuestro tiempo." Así también Zarrilli, en 1944, cuando publica con Alvaro Yunque "La Moderna Poesía Lírica Rioplatense", no vacila en afirmar: "País de poetas, el Uruguay." También Filartigas en el prólogo de "El Uruguay y sus artistas" (1923) refiérese a nuestro país como "la nación que ha marchado más de prisa en el coro de sus hermanas de América." Al decir esto estaba, sin duda, influido por la idea de progreso político y social logrado en nuestro medio, pero estaba hablando de arte, sobre todo.

Pues bien: a nosotros nos bastó leer la antología poética de una república cuya extensión y población son aún más pequeñas que las nuestras. Y quedamos temblando. Y se nos vino al suelo, felizmente, toda gana de andar patrioteramente jugando carreras con poetas. Era "Nueva Poesía Nicaragüense" (1948), selección a cargo de Ernesto Cardenal.

Aun entre nosotros, opiniones contrarias a la excelencia de nuestra poesía han circulado alguna que otra vez. ¿De quién será esta frase?: "Hay en este libro, poesía, con gran seguridad, poca; versos, con no menos seguridad, muchos." Pues pertenece nada menos que a nuestro querido Julio J. Casal. Y está escrita en el pórtico de su "Exposición de la Poesía Uruguaya", libro que viene desde los días de la independencia hasta el año 1940, y que, sobre todo se hizo famoso porque no dejó al margen, a ninguna persona que escribiese versos. La frase juzga 130 años de poesía nacional.

Asimismo Falcao Espalter al prologar su Antología de 1921 dice: "El Uruguay no tiene en su historia ninguna jornada memorable por la cultura universal, tiene sí algunos casos periódicos, pero no una condensación repentina, en un instante dado, de todas sus fuerzas de civilización literaria espiritual."

"Hay muchos poetas pero pocas personalidades; muchos líricos pero escasos psicólogos; numerosos martillos pero limitados yunques." Agrega luego que su Antología ha sido compuesta procurando abarcar todo genero de inspiraciones "desde la épica y pindárica hasta la poesía de gallinero".

Finalmente recalca "la preponderancia extraordinaria del soneto", y concluye diciendo que "los poetas uruguayos padecen una pobreza franciscana de recursos".

Pero lo curioso es que repita las mismas palabras, sin la menor rectificación, ocho años más tarde, en 1929, cuando reproduce este prólogo en "Interpretaciones"; es decir, un año antes de expirar la década que —a nuestro criterio— es la década de oro de toda la historia de la poesía nacional.

Esta elección es una convicción que nos ha surgido como un resultado. A medida que avanzábamos en nuestro trabajo se iba configurando la importancia extrema de estos diez años: 1920-1930.

Pedimos al lector que piense seriamente en una poesía que podamos llamar "nuestra", "nacional". ¿Qué tiene de nuestro y nacional la tan famosa del 900? Herrera y Reissig pudo nacer en cualquier sitio, Delmira Agustini, igual. Aún, su impetuosidad parecería más tropical que rioplatense. María Eugenia es germana; o europea. Más moderadamente: su castidad, orgullo, nocturnidad, no tienen fronteras. ¿Que los tres han realizado algunas veces, gran poesía? No lo dudamos. Mas tampoco olvidemos que son sólo tres.

Pasemos ahora a la década de oro.

Un año antes, 1919, hace su aparición "Lenguas de Diamante". ¡Qué poesía tan distinta a la anterior! Es la frescura y el encanto de lo nuestro lo que ahora domina. Y fácil es ver que esta brillante carrera llegó en ese decenio a su cenit. El libro de 1930 que indica un cambio: "La rosa de los vientos", señala para nosotros la primera instancia de su declinación.

Un año después de esta década de oro, aparece "Ñandubay" de Risso. Marca el momento cumbre de la poesía gauchesca, muy entonada por el Viejo Pancho desde 1915. Ahora conviene precisar que Risso tenía 49 años cuando publicó ésta su primera obra.

Esperamos que se nos permitirá no dar importancia a un año más o menos, cuando se trata, como en este caso, de circunscribir una época. Veamos este cuadro:

Emilio Frugoni con "Poemas Montevideanos" inaugura la poesía de la ciudad. Sería interesante realizar un itinerario de la misma viéndola, de algún modo, proseguida en Ferreyro, Benedetti, M. Schinca e Ibargoyen Islas.

La poesía gauchesca se continúa gallardamente con "El Agregao" (1926) de Cuadri.

La poesía cósmica de Sábato Ercastry alcanza en este decenio sus mejores logros: "Los poemas del Hombre" y "Vidas". La misma, pero bajo otra tonalidad, aparece en "Las Fuerzas Eternas" y "Las Formas Desnudas" de Casaravilla Lemos.

Iniciase el nativismo con "Agua del Tiempo" de Silva Valdés, y se profundiza con el gauchismo cósmico de "Alas Nuevas" y "Júbilo y Miedo" de Ipuche.

Un pastoralismo que se hará cada vez más íntimo se inicia con "Arbol" de Casal y un año después de este decenio prosigue con "Línea del Alba" de Ortiz Saralegui.

La poesía profundamente personal, sin influencias notables, de honda experiencia de vida, triunfa con "Andén" de J. C. Abellá. Es la línea en donde triunfarán más tarde Beltrán Martínez y Liber Falco.

En la inspiración filosófica y metafísica, Emilio Oribe con "La Colina del Pájaro Rojo" logra para la poesía nacional momentos insuperables.

El lirismo dinámico y moderno posee tal carga de emoción vertiginosa en el peruano-uruguayo Parra del Riego que, a veces, nos ha hecho pensar en que no ha habido, en nuestro ámbito, un poeta tan poeta como él. Con idéntica modernidad, pero más inclinado a la pirueta lírica, al humor y al ultraísmo, aparece A. Mario Ferreyro con "El hombre que se tragó un autobús" y "Se ruega no dar la mano".

Por otra parte —en Francia— pero comprendido en este decenio, el "Colombarium" de Rodríguez Pintos es clara muestra de un agnismo contemporáneo, mental, instintivo, refinado, brutal, y está ya en la línea de su gran poesía.

Agreguemos ahora una lírica verdaderamente juvenil, como pocas veces la hemos visto después, y que culmina en "La Trompeta de las Voces Alegres" de N. Fusco Sansone. Deben colocarse dentro de la misma tónica, "Poesías" y "El Libro de Ella" de F. Morador y "La Siega del Musgo" de C. S. Vitoreira. Dentro del mismo lirismo gozoso no queremos olvidar a J. Aguirre y su "Eutrapelia pastoril y gandulesca".

La poesía femenina, a su vez, ahora no más erótica sino espiritual, místico-panteísta, y místico-católica está representada en el primer caso por "Diálogo de las Luces Perdidas" de Sarah Bollo; en el segundo por "La Conciencia del Canto Sufriente" de M. A. Bonavita; y en el tercero, por "Las Insulas Extrañas" de Esther de Cáceres. Con igual intimidad, aunque más dentro de sí misma que de la búsqueda religiosa, figura M. E. Muñoz con "Horas Mías" y "Lejos".

Una poesía de simbolismo barroco, hermética, pero capaz de brujería emoción en hondura y música es la de V. Basso Maglio en la "Canción de los Pequeños Círculos y de los grandes Horizontes".

Ildefonso Pereda Valdés encuentra su originalidad con "La guitarra de los Negros", poesía, si no folklórica propiamente dicha, sí nativista, si entendemos al negro —según Zum Felde lo dice— tan propio de nuestro medio como el indio y el gaucho.

Pero también en este decenio hacen su aparición poetas que, años más tarde, afirmarán su plenitud. Todos ellos muy ensimismados en el caso estrictamente lírico, caminan hacia la poesía pura, inefable y mágica. Ejemplo de la primera es Roberto Ibáñez con "La Danza de los Horizontes"; de la segunda Zarrilli con "Libro de Imágenes"; y de la tercera, F. Pereda, aun sin libro publicado, pero ya conocido entonces por antologías y poemas aparecidos en revistas.

Finalmente, y cerrando este decenio de oro, el "benjamín", J. Cunha Dotti con "El pájaro que vino de la noche", lirismo de instinto, imaginaria y nocturnidad. Será una de las tres figuras señeras de la generación del 45, siendo los dos restantes Líber Falco e Idea Vilafrío. Puede citarse también aquí a Benedetti.

Aun así rápidamente esbozada, salta a la vista que por su cantidad, calidad, autenticidad, originalidad —y en casos menos significativos— por su decoro, la producción de este decenio ha configurado el hecho lírico mayor en toda la historia de nuestra poesía. Y no sólo es el más grande sino el más nuestro. Tenemos que dejar aparte —por razón de brevedad— los otros géneros.

En cuanto a sus revistas: "Los Nuevos", "Teseo", "La Cruz del Sur", "Alfar", y monumentalmente "La Pluma", ofrecieron con todas las palpaciones de la hora, un aporte hasta ahora inigualado.

La crítica de nuestra literatura también llegó a su apogeo con Zum Felde, en esta década. No podemos olvidar a Rodó; pero sí ponerlo a un lado, porque él fue un crítico más hispanoamericano que de nuestras letras.

De citar al fino Eduardo Dieste tendríamos que pasar a una perspectiva que nos apartaría de la estrictamente poética en la que queremos mantenernos. El decenio de oro mostró una conjunción tan íntima como jamás repetida de líricos, narradores, críticos, artistas plásticos, ensayistas, educadores y pensadores filosóficos. Basta hojear "Teseo", "La Cruz del Sur", "Alfar" y "La Pluma".

¿Qué fue lo que ocurrió después del 30? ¿Fue la gran crisis económica mundial, que iniciada un año antes, repitese en éste "corregida y aumentada" y continuó en el 31? ¿Fue a causa del Golpe de Estado de 1933? ¿Fue la guerra de España (1935-1939) sacudiendo de modo tan violento a los espíritus que pareció actividad egoísta o culpable la de entregarse a un arte desinteresado?

¿Fue la larga preparación y estallido de la segunda guerra mundial (1939-1945)?

Sin duda, todos estos hechos sucediéndose sin tregua, ahuyentaron la paz individual, la seguridad económica, la confianza en las instituciones y en los ideales. Del 30 al 40 nuestra vida intelectual vivió en permanente conmoción por acontecimientos exteriores a sus propios problemas y finalidades. Con respecto al anterior decenio, pocos nombres nuevos aparecen: Selva Márquez, en dos oportunidades; y dan solitariamente su primera obra Alvaro Figueredo, Serafin García, Pedro Piccato, González Poggi, Beltrán Martínez. En el último año surgen dos líricos de excepción: Líber Falco y Sara de Ibáñez.

Ya el cuento y la crítica, mayoritarios sobre la poesía agremiada que se encastilla en "Alfar", prepara una nueva generación: la de 1945. (Una tercera, que actualmente Angel Rama pretende imponer ("Marcha", diciembre de 1965) con el nombre de "Generación de la Crisis" (1955-1970) tendría sus principales nombres en Cecilio Peña,

Saúl Ibargoyen, Milton Schinca y P. A. Chiarelli. Pero todo esto, sin duda, se está por ver).

¿Cómo fue contemplada nuestra poesía durante la década de oro? El Uruguay era entonces —según nuestro Filartigas— un "patio pequeño, de fresco color celeste". Oigamos en primer término a Jorge Luis Borges, con "un abuelo montevideano que salió con el ejército grande el cincuenta y uno para vivir veinte años de guerra", y una "abuela mercedina que juntaba en idéntico clima la execración a Oribe y a Rosas": "¿Qué distinciones hay entre los versos de esta orilla y los de la orilla de enfrente? La más notoria es la de los dos símbolos manejados. Aquí la pampa o su inauguración, el suburbio: allí los árboles y el mar. El desacuerdo es lógico: el horizonte del Uruguay es de arboledas y de cuchillas, cuando no de agua larga; el nuestro, de tierra. El anca del escarceador Pegaso oriental lleva marcados una hojita y un pez, símbolos del agua y del monte. Siempre, esas dos tutelas están. Nombada o no, el agua induce una vehemencia de ola en los versos; con o sin nombre, el bosque enseña su sentir dramático de conflicto, de ramas que se atraviesan como voluntades."

"Dos condiciones juveniles —la belicosidad y la seriedad— resuelven el proceder poético de los uruguayos." (Aquí ejemplifica Borges la primera condición con el Juan Moreira de Podestá, con "el ya inmortal compadrito trágico Florencio Sánchez" y con "las atropelladas de Ipuche").

"Los argentinos vivimos en la haragana seguridad de ser un gran país, de un país cuyo sólo exceso territorial podría evidenciarlos, cuando no la prole de sus toros y la feracidad alimenticia de su llanura. Si la lluvia providencial y el gringo providencial no nos fallan, seremos la Villa Chicago de esta planicie y aun su panadería. Los orientales no. De ahí su clara que heroica voluntad de diferenciarse, su tesón de ser ellos, su alma buscadora y madrugadora." ("Palabras finales" en la Antología de Pereda Valdés, 1927).

En varios aspectos coincide con la de Borges una nota de Carlos Mastronardi aparecida en "La Pluma" (Vol. 9, dic. 1928) y titulada: "Comentarios tranquilos sobre lírica uruguaya". Encuentra a nuestros poetas "muy señores en las emociones raigales, menos señores de los instrumentos críticos". Ya, sin embargo, algunas revistas nuestras hablaban cada vez más de Marcel Proust y Valery. Pero don Carlos Benvenuto que había regresado de Francia lucía sobre todo su independencia frente a la gala seducción. Y empezó a publicar sus "Concreciones" ("que de algún modo había que llamarlas", se comentaba en "La Cruz del Sur"). Mastronardi siente a los uruguayos "menos confesionales que los argentinos; bellamente se representan en el paisaje". Rasgo interesante: la efusión nos ha dominado casi siempre más que la confesión. Agrega luego Mastronardi: "manejan elementos primordiales y son conductores del influjo cósmico". Sin duda piensa al decir esto en Sábat y en Ipuche. Y aun en ellos, cuando línea después afirma lapidariamente: "Allí un hombre es ante todo un macho".

Su mirada sobre el país tiene convivencias con la de Borges: "Suelo de transición —dulzura intermedia— esta franja uruguaya significa la variedad apasionada. En el Uruguay declina la planicie y se inicia la serranía. La pampa, despaciosamente, se expresa en arboledas y comienza a quebrarse en repetidas lomas. Ni el mismo Herrera y Reissig las olvidó, aun cuando hablaba de panoramas y no de pagos."

Una observación muy penetrante y coherente encuéntrase hacia el fin de la nota, cuando Mastronardi escribe: "el subjetivismo de los uruguayos termina allí donde comienza el pudor de cada uno".

Sin duda, las reflexiones de estos dos argentinos son corteses pero serias. Fue el buen tiempo aquel —ya perdido— de fuertes cordialidades artísticas entre ambas márgenes. Mas el mutuo afecto no ha muerto. Oigamos a Bernardo Canal Feijóo, un nombre muy querido de los orientales. Es, después de recordar a Eduardo Couture, que escribe: "al argentino sigue bastándole trasladarse al Uruguay para granjearse una propia extraterritorialidad sin salirse de patria." ("Ficción", N° 5, enero-febrero, 1957).

Y para terminar, ahora que ya no somos "patio pequeñito, de fresco color celeste", y se escriben notas donde se habla de este "paísito", y se titulan otras: "Lindo país pa irse", y en este crujiente instante de la naufragada queremos recordar una página de Julio Supervielle, extraída de su libro "El Uruguay". La página electa puede ser meditada como una parábola, en donde el árbol aquí citado, con sus debilidades y sus fuerzas, nos representa.

"El ombú, como el teru-teru, tiene en el Uruguay una importancia casi nacional. Se hubiera podido también dar su imagen a los sellos de correo. Es un árbol grave, a menudo enorme, de raíces a veces aparentes: hay pocos en el mundo que tengan su significación y su importancia. Crece en la soledad, como si no fuera para el llano más que un profundo deseo de madera, de hojas, penosamente realizado. Y es un árbol muy atareado. Le es preciso dar sombra, él solo, a los hombres como a los perros y a los caballos, ensillados o no, que esperan a veces durante horas con la paciencia de los huesos bajo tierra. Debe también dejarse hundir gruesos clavos a los que se suspenden cuartos de carne. Y cuando muere un niño en lejanas estancias, se le coloca en su pequeño ataúd sobre una rama alta del árbol. Para que el alma no tenga gran trabajo en irse, se le deja la tapa abierta toda una noche. Aunque de apariencia imponente, el ombú no es muy robusto: ¿hay que decir que el más hermoso árbol del Uruguay es de una madera esponjosa, que su tronco es hueco, y que pertenece a la familia de los herbáceos? Es una especie de hierba monstruosa, una simple tentativa de árbol, pero se agarra admirablemente al suelo, y nunca he visto un ombú desarraigado..."

Y es también el mismo Supervielle que tornando extremo su sentir, escribe: "El país se da a cada uno de nosotros por entero, y lo confundimos con la idea que nos hacemos de los domingos y de la libertad."

ANTOLOGIAS ANTERIORES

- 1921 — "Antología de Poetas Uruguayos", por Mario Falcao Espalter.
 1923 — "Antología de Poetisas Americanas", por Juan Parra del Riego.
 1927 — "Antología de la Moderna Poesía Uruguaya", por Ildefonso Pedraza Valdés.
 1935 — Índice de la Poesía Uruguaya Contemporánea", por Alberto Zum Felde.
 1937 — "18 poetas del Uruguay", por Romualdo Brughetti.
 1940 — "Exposición de la Poesía Uruguaya", por Julio J. Casal.
 1944 — "La Moderna Poesía Lírica Rioplatense", por Alvaro Yunque y Humberto Zarrilli.
 1958 — "Nueva Poesía Uruguaya", por Hugo Emilio Pedemonte.

INDICE

SUSANA SOCA (1907-1959)	5
Tiempo del mar	8
En un país de la memoria	8
Aniversario	11
Amanecer	13
Alta la noche	15
CIPRIANO S. VITUREIRA (1907)	17
Esta mañana	20
Otra mañana	20
Tarde	21
31 de Agosto	21
El cauce	22
Iba bajo los árboles	23
Tardes del pueblo	23
Avaro	24
Mañana de verano	25
FERNANDO PEREDA (1907)	26
El bailarín	29
Corazón del poema	29
Se paga el precio	31

Ultimos convidados	31
Sobresuma	32
Sucesos reales	33
ALVARO FIGUEREDO (1908)	34
Exaltación de Bartolomé Hidalgo:	37
I — El villorrio	37
II — Los años mozos	37
III — El sistema	38
IV — Al compás del cielito	39
V — La victoria del cielito	39
Fábula del toro	40
Celebración de la niña	41
Desnudo	42
El pecador y la abeja	42
Al Sur ¿o al Este?, Solo	44
La Heredad	44
Caballo junto al mar	45
Canto a Hispano-América	45
SERAFIN GARCIA (1908)	48
Ejemplo	51
Reclarando	52
Piona	54
Canción del siete oficios	55
PEDRO PICCATTO (1908-1944)	56
III Las anticipaciones	59
IX Las anticipaciones	60
XIV Las anticipaciones	60
I Las anticipaciones	61
VII Las anticipaciones	61
VI Las anticipaciones	61
X Las anticipaciones	62
IX Las anticipaciones	63
II Las anticipaciones	63
VII Las anticipaciones	64
JUAN CUNHA (1910)	65
Guitarreos	68
Sonetos	69
Espacios	70
Cantares del camino	71
Repaso	71
Vivir	72
Existir	72
Refrán	73

SARA DE IBAÑEZ (1910)	74
Las voces	77
¿ ?	77
Plegaria	78
Retorno	78
IV (Pastoral)	79
La muerte	80
XV (Pastoral)	80
III (Pastoral)	81
De los vivos	82
Liras VIII	82
Isla en la tierra	83
Liras I	84
Pasión y muerte de la luz	85
Balada de la extraña fuente	86
Balada de la señora de las nieves	87
Clamor guerrero	88
MARIO BENEDETTI (1920)	90
El nuevo	93
Elegía extra	94
Angelus	96
Licencia	96
A la izquierda del roble	98
Dactilógrafo	103
Ausencia de Dios	104
IDEA VILARIÑO (1920)	106
Verano	109
El Olvido	109
Paraíso perdido	110
Si muriera esta noche	111
A la noche	112
Noche sin nadie	112
De nuevo	113
El encuentro	113
El testigo	114
Ya no	115
No te amaba	116
AMANDA BERENGER (1923)	117
Sola va, y gritos daba	119
Primavera I	119
15 (Contracanto)	120
21 (Contracanto)	120
Paisaje	120

La entrega	121
Cuando los pájaros	121
Carestía	122
DORA ISELLA RUSSELL (1923)	123
VII (Los barcos de la noche)	125
Tres sonetos del amor viajero	125
Morir	127
Tú	127
OSIRIS RODRIGUEZ CASTILLO (1925)	128
Leyenda de Sebastián Romero	130
Camino de los Quileros	132
Muerte del Gral. Aparicio Saravia	133
Canto al Abuelo Gaucho	137
Romance del Malevo	142
RICARDO PASEYRO (1926)	147
Grís y rayo	149
Un canto de frontera	150
Ser y no ser	150
Fe de vida	151
Haya purpúrea	151
Il penseroso	152
HUMBERTO MEGGET (1926-1951)	153
Salir por este ojo	155
Remó el viento al sostén de mi cuerpo	156
Ahora que todo gira	157
Toma la fruta	157
I	158
Yo tenía una voz	159
IDA VITALE (1928)	160
Apenas vida	162
Ventana sobre el jardín	162
Día acabado	163
Este mundo	163
Paso a paso	164
Cuando es de noche	165
Preguntas	166
Cambios	167
WASHINGTON BENAVIDES (1930)	168
Cuarta casa	170
Chejoviana	171

Las muletas	172
Amarili (fragmentos)	172
Madrugada	174
La búsqueda ominosa	174
El testigo	175
Un tango	176
El concierto	176
JORGE MEDINA VIDAL (1930)	177
San Giorgio e il Drago	179
Y de súbito el rostro	185
No tengo días que recordar	185
2 (Las terrazas)	185
15 (Las terrazas)	187
13 (Las terrazas)	188
CIRCE MAIA (1932)	189
A las tres de la tarde	191
Pronto se irá el invierno	191
Los remansos	192
Estas tardes	193
El ruido del mar	193
Sobre el caraguatá	195
Junto a mí	196
Es así	196
II (Presencia Diaria)	196
RAMON MONTERO Y BROWN (1879-1965)	201
Trisagio	202
Virgencita 'el Carmen!	205
Sandiera	207
JUAN E. FAGETTI (1888-1952)	210
Estación once	212
Bar en Avenida de Mayo	213
Domingo	214
Torrero	215
Tú	217
LEANDRO VILARINO (1892-1944)	219
Parque otoñal y ceniciento	220
La tarde dió a mi alma	220
Me eras desconocida	221

DIMAS ANTUÑA (1894)	222
Recuerdo y muerte de un amigo	223
JUNIO AGUIRRE (1895)	228
Gaudeamus	229
Le daban tierra	230
FEDERICO MORADOR (1896)	231
Encuentro	233
Ella es así	233
Posesión	234
El comedor	234
Alba	235
BLANCA LUZ BRUM (1905)	236
6 (Atmósfera arriba)	237
8 (Atmósfera arriba)	237
La ardiente soledad	238
MARIA ELENA MUÑOZ (1905-1964)	239
En el piano	241
Como un puñado de agua	242
Llueve	243
CESAR M. RAPPALINI (1908)	244
Pensando en ti	246
En donde estás	246
JUAN DE GREGORIO (1909)	248
El sobreviviente	249
LUIS ALBERTO VARELA (1914)	251
Una	253
Nuevo aire en Líber Falco	254
Niño muerto en el alba	255
PEDRO MONTERO LOPEZ (1914)	257
Domingo	258
La luna	258
La siesta	259
WALTER GONZALEZ PENELAS (1915)	260
Juego con el relámpago de tu cuerpo en la sombra ...	262

URUGUAY GONZALEZ POGGI (1915)	263
Nocturno	264
La muerte del amigo	264
Saetas	265
BELTRAN MARTINEZ (1915)	266
Versos de un anochecer	267
Donde llueve el olvido	267
Ultimo poema	268
Oh frentes	268
ALEJANDRO PEÑASCO (1915)	270
Al borde del sendero... ..	271
LUIS ALBERTO CAPUTTI (1915)	273
El niño de la lámpara	275
El ciervo acuitado	276
II (El Semblante)	276
CARLOS DENIS MOLINA (1918)	278
Campos	279
Remate	281
ARIEL BADANO (1920)	282
Ausencia	283
El río	283
Don Quijote	284
MIRTHA GANDOLFO (1920)	285
El hijo	286
ORFILA BARDESIO (1922)	288
La magnolia	290
El abrazo	290
El mago	291
SILVIA HERRERA (1922)	292
El césped	293
XI (La Noche Breve)	293
Mariposas	295
SARANDY CABRERA (1923)	296
Los presagios	298
Un triste son	298
Bárbara andante	299

HUGO EMILIO PEDEMONTE (1923)	300
Recuerdo de Castilla	301
Goya	301
GENEROSO MEDINA (1923)	302
A un duraznero florecido	303
JUAN CARLOS LEGIDO (1923)	304
El tranvía	305
El perro muerto	306
UMBERTO T. PEREIRA (1923)	307
Pinar	308
Ocaso	308
CARLOS BRANDY (1923)	310
Vuelve a los caminos	312
Larga es la sombra perdida	313
Una sombra doliente	314
Recapitulación	314
LUIS VICTOR ANASTASIA (1925)	315
2 (El Viento y la Sombra)	316
1 (El Viento y la Sombra)	316
CECILIO PEÑA (1925)	317
Claves nocturnas	318
De un pcefa	318
Yo no tengo una estirpe	319
Variaciones sobre el agua	320
PABLO AURELIO CHIARELLI (1925)	321
Cenit	322
Intacta	322
MILTON SCHINCA (1926)	324
Mundo interrogado	325
OCTAVIO LARRIERA (1927)	328
I	329
XIII	329

SAUL PEREZ GADEA (1929)	330
Mi madre	332
Hospital Vilardebó	332
WALTER ORTIZ Y AYALA (1929)	334
Sol de mayo	335
Mirando hacia atrás encuentro	335
Trébol de olor y romero	336
CARLOS FLORES MORA (1930)	337
VII	338
XIII	338
XV	339
SAUL IBARGOYEN ISLAS (1930)	340
La respuesta	341
Anciano en un parque	341
IVAN KMAID (1930)	343
Estoy para la risa	344
V	345
NANCY BARCELO (1931)	346
Tres cantares	347
Esta vida	347
Para siempre	348
MARIA ESTER CANTONNET (1936)	349
Elegías de la noche del sábado	350
Elegías de la Imagen	350

Se terminó de imprimir en la
Impresora Cordón, Dante 2156,
el día 28 de Abril de 1966.

FE DE ERRATAS

- Tomo II pág. 8: El poema titulado "En un país de la melodía" es como reza al pie del mismo, "En un País de la Memoria".
- Tomo II pág. 32: "Sobresuma", Verso 16, léase: "no me cansa el milagro."
- Tomo II pág. 89: "Clamor Guerrero", Verso 7, léase "que mi desnudo brille frío,"
- Tomo II pág. 267: "Versos de un Anochecer", Verso 1, léase: "Lleve en la tarde dulcemente triste."
- Tomo II pág. 276: "Del Ciervo Acuitado", Verso 13, debe leerse: "Tal... como una oración que no se advierte."
- Tomo II pág. 320: "Variaciones sobre el agua", Verso 13, debe leerse: "Murió y nació para mi poco canto."